

Julia Quinn

*Un romance
adorable*

Titania

JULIA QUINN

Un Romance Adorable

1° de la Serie The Smythe-Smiths

Just Like Heaven (2011)

ARGUMENTO:

Marcus, un niño solitario, sin madre y alejado de su padre, es enviado a una exclusiva escuela como pupilo. Allí conoce a Daniel Smythe-Smith, quien enseguida lo adopta como amigo y lo invita a formar parte de su bulliciosa familia, de la que forma parte **Honoría**, su hermana menor, una niña muy molesta que no se separa nunca de ellos. Años más tarde, cuando Daniel debe huir a causa de un duelo, Marcus se compromete a cuidar de Honoría y, específicamente, a filtrar a todos esos hombres que, atraídos por su belleza y su fortuna, no dejan de hacerle propuestas de matrimonio. Honoría se siente irritada por las intromisiones de Marcus, en especial porque su antiguo compañero de juegos se ha convertido en un joven de lo más interesante. Y cuando por fin encuentra a un pretendiente que le parece aceptable, deberá debatirse entre lo que la sociedad le dicta y lo que su corazón le exige...

SOBRE LA AUTORA:



Tras flirtear con la medicina, **Julia Quinn** decidió dedicarse a su vocación de escritora y se ha convertido en una de las autoras de novela romántica de más éxito. Entre sus obras más populares están las series de novelas protagonizadas por la familia Bridgerton. Titania, hasta ahora, ha publicado seis de sus títulos, y están pendientes de programación otros seis títulos más.

Las novelas de Julia se han ganado rápidamente la reputación de cálidas y divertidas, y sus diálogos están considerados entre los mejores de la industria. Cada año trae consigo más premios; en el 2001 fue doble finalista a los prestigiosos premios RITA en la Romance Writers of America (RWA) por “El duque y yo” y “El vizconde que me amó”, y más tarde, ese mismo año, hizo su debut en la lista de los más vendidos del New York Times con “Te doy mi corazón”. El 2002 vio el lanzamiento del muy esperado “Seduciendo a Mr. Bridgerton”, que fue votado como uno de los mejores diez libros del año por los miembros del RWA y fue finalista a los premios RITA, en la categoría de Romance Histórico. Su última novela, “A Sir Phillip, con amor” recibió una excepcional calificación en el Publishers Weekly, la revista comercial de la industria editorial, y más tarde fue nombrada por esa publicación como una de las seis mejores novelas originales de ventas del año. Este año es finalista a los Romantic Times como Mejor novela histórica de amor y humor con “On the way the wedding”. Y esa misma novela es así mismo finalista para los RITA 2007 en la categoría de Históricas.

PRÓLOGO

Marcus Holroyd siempre estaba solo.

Su madre murió cuando él tenía cuatro años, aunque, sorprendentemente, esto tuvo muy poco efecto en su vida. La condesa de Chatteris crió a su hijo de la misma forma como su madre la crió a ella y a sus otros hijos: desde lejos. No era irresponsable, no. Se esmeró muchísimo, y con orgullo, en encontrar a la mejor niñera para el heredero recién nacido de su marido. La señorita Pimm ya pasaba de los cincuenta años y había sido niñera de dos herederos de ducado y de un vizconde. Lady Chatteris le puso el bebé en los brazos, le recordó que el conde no toleraba las fresas y por lo tanto era probable que el bebé tampoco las tolerara, y luego se marchó a disfrutar de la temporada de Londres.

En el momento de su muerte, Marcus había visto a su madre exactamente en siete ocasiones.

A lord Chatteris le gustaba más la vida en el campo que a su esposa, por lo tanto residía con más frecuencia en Fensmore, la enorme y laberíntica casa Tudor, sita en la zona norte de Cambridgeshire, que había sido la casa de los Holroyd a lo largo de generaciones. Pero criaba a su hijo tal como su padre lo crió a él, lo que equivale a decir que aparte de ocuparse de que al niño lo pusieran sobre el lomo de un caballo a los tres años, no veía ningún motivo para molestarse con él hasta que tuviera la edad para llevar una conversación pasablemente inteligente.

El conde no tenía el menor deseo de volver a casarse, aun cuando le advirtieron que debería tener otro hijo, como heredero de recambio. Él miró a Marcus y vio que era un niño inteligente, de excelente constitución para los deportes y bastante bien parecido. Más importante aún, era tan sano como un caballo. No habiendo ningún motivo para suponer que Marcus se metería en algún jaleo y moriría, el conde no vio ninguna necesidad de someterse a otra ronda de búsqueda de esposa o, peor aún, a otra esposa. Decidió invertir en su hijo.

Marcus tuvo los mejores preceptores. Recibió instrucción en absolutamente todo lo que abarca la educación de un caballero. Conocía por su nombre todas las plantas y animalitos autóctonos de la zona; cabalgaba como si hubiera nacido sobre una silla de montar y, si bien no se llevaría el primer premio en las competiciones de esgrima y tiro al blanco, sus habilidades estaban bien por encima del promedio. Sabía hacer largas multiplicaciones y sumas sin desperdiciar ni siquiera una gota de tinta. Sabía leer en latín y en griego.

A los doce años.

Y, tal vez por coincidencia, esa fue la edad en que su padre razonó que podría ser capaz de llevar una conversación decente.

También fue la edad en que su padre decidió que debía dar el siguiente paso en su educación, que consistía en dejar Fensmore para entrar en el colegio Eton, donde todos los niños Holroyd comenzaban su educación formal. Casualmente esto resultó ser la circunstancia más feliz de la vida del niño. Porque lo que Marcus Holroyd, heredero del condado de Chatteris, no tenía era amigos.

Ni uno solo.

En el norte de Cambridge no había niños con los que Marcus pudiera jugar. La familia noble más cercana eran los Crowland, y sólo tenían hijas. La siguiente mejor familia eran de la aristocracia rural terrateniente, y habría sido aceptable en esas circunstancias, pero sus hijos no eran de la edad que convenía. Y Lord Chatteris no iba a tolerar que su hijo se relacionara con campesinos, así que sencillamente contrató más preceptores. Un niño muy ocupado no puede ser un niño solitario y, además, ningún hijo suyo podría desear correr por los campos en compañía de los pendencieros hijos del panadero.

Si el conde le hubiera pedido la opinión a Marcus podría haber recibido una respuesta diferente. Pero veía a su hijo sólo una vez al día, justo antes de la comida del atardecer. La entrevista duraba unos diez minutos y después Marcus subía a

la sala para los niños y el conde se iba al comedor formal. Y eso era todo.

Mirando en retrospectiva, fue nada menos que extraordinario que Marcus no se sintiera absolutamente desgraciado en Eton. No tenía ni la menor idea de cómo relacionarse con sus compañeros. El primer día, mientras todos los demás niños corrían de aquí para allá como un hatajo de salvajes (según el ayuda de cámara de su padre, que lo fue a dejar), él se mantenía a un lado, tratando de no parecer sorprendido, intentando aparentar que él «quería» mantenerse apartado, mirando hacia otro lado.

No sabía qué hacer. No sabía qué decir.

Pero Daniel Smythe-Smith sí que lo sabía.

Daniel Smythe-Smith, además de ser el heredero del condado de Winstead, tenía cinco hermanas y treinta y dos primos de primer grado, chicos y chicas. Si había un niño que sabía relacionarse con los demás niños, era él. A las pocas horas ya era el rey indiscutible entre los niños menores de Eton. Tenía don de gentes, una sonrisa llana, una simpática seguridad en sí mismo y una absoluta falta de timidez. Era un líder nato, capaz de tomar decisiones con la misma rapidez con que hacía bromas.

Le asignaron la cama junto al lado de la de Marcus.

No tardaron en hacerse buenos amigos, y cuando Daniel lo invitó a su casa a pasar los primeros días festivos, Marcus fue. La familia de Daniel vivía en Whipple Hill, que no estaba muy lejos de Windsor, así que le resultaba fácil viajar a casa con frecuencia. Marcus, en cambio, bueno, no era que viviera en Escocia, pero le llevaba más de un día llegar al extremo norte de Cambridgeshire. Además, su padre nunca iba a casa a pasar los días festivos poco importantes y no veía ningún motivo para que su hijo lo hiciera.

Así pues, cuando llegaron los siguientes días festivos y Daniel volvió a invitarlo, Marcus fue.

Y otra vez.

Y otra vez.

Y otra vez, hasta que empezó a pasar más tiempo con los Smythe-Smith que con su familia. Claro que su familia sólo la formaba una persona, pero de todos modos si se paraba a pensarlo (y lo pensaba, con bastante frecuencia), pasaba más tiempo con cada miembro de la familia Smythe-Smith que con su padre.

Incluso con Honoria.

Honoria era la hermana menor de Daniel. A diferencia de los demás Smythe-Smith, no tenía ningún hermano de edad cercana a la suya. Era la última de la familia, separada de los demás por sus buenos cinco años, tal vez fruto de un feliz accidente para coronar la maravillosa carrera procreativa de lady Winstead.

Pero cinco años son un abismo muy grande, sobre todo teniendo seis años, que era la edad que tenía Honoria cuando Marcus la conoció. Sus tres hermanas mayores ya estaban casadas o comprometidas en matrimonio, y Charlotte, que tenía once años, no quería tener nada que ver con ella. Daniel tampoco quería tener nada que ver con ella, pero, tal vez debido a su ausencia, Honoria le había tomado, ridículamente, muchísimo cariño, porque cuando iba a casa lo seguía por todas partes como un cachorrito.

Una vez que iban de camino al lago intentando eludirla, Daniel le dijo:

—No establezcas contacto visual con ella. Si te das por enterado de su presencia, se acaba todo.

Caminaban a paso enérgico mirando al frente. Iban a pescar, y la última vez que los acompañó Honoria, les volcó el bote con los gusanos y los perdieron todos.

—¡Daniel! —gritó ella.

—No le hagas caso —masculló este.

—¡¡Daniel!! —volvió a gritar ella, más fuerte, un verdadero alarido.

Daniel se estremeció.

—Más rápido —dijo—. Si logramos entrar en el bosque no nos encontrará.

—Sabe dónde está el lago —señaló Marcus.

—Sí, pero...

—¡¡Danieeel!!

—... sabe que madre pedirá su cabeza si entra sola en el bosque. Aunque no es tan tonta para decírselo a madre.

—Dan... —alcanzó a decir ella y luego, con una voz tan patética que hacía imposible no girarse a mirarla, dijo—: ¿Marcus?

Él se giró.

—¡Nooooo! —gimió Daniel.

—¡Marcus! —exclamó Honoria feliz, y saltando llegó hasta ellos, deteniéndose con un último bote—. ¿Qué vais a hacer?

—Vamos a pescar —gruñó Daniel—, y tú no vienes.

—Pero si a mí me gusta pescar.

—A mí también. Sin ti.

A ella se le arrugó la cara.

—No llores —se apresuró a decir Marcus.

—Está fingiendo —dijo Daniel, sin impresionarse.

—¡No estoy fingiendo!

—No llores —repitió Marcus, porque, de verdad, eso tenía que ser lo más importante.

—No lloraré —dijo ella, agitando las pestañas— si me dejáis ir con vosotros.

¿Cómo sabía agitar las pestañas una niña de seis años? O tal vez no lo sabía, porque un momento después se estaba frotando el ojo, y retorciéndose.

—¿Qué pasa ahora?

—Me entró algo en el ojo.

—Igual fue una mosca —dijo Daniel astutamente.

Honoría chilló.

—Tal vez decir eso no fue lo mejor —señaló Marcus.

—Sácamela, sácamela —chilló ella.

—Vamos, tranquila —dijo Daniel—. Estás muy bien.

Pero ella siguió chillando, golpeándose la cara. Finalmente, Marcus le cogió las manos, se las puso en las sienes, sujetándoselas firmemente con las suyas e inmovilizándole la cabeza.

—Honoría —dijo, con firmeza—. ¡Honoría!

Ella pestañeó, hizo una brusca inspiración y finalmente se quedó quieta.

—No tienes ninguna mosca —le dijo él.

—Pero...

—Debió ser una pestaña.

Ella abrió la boca formando una pequeña O.

—¿Te puedo soltar?

Ella asintió.

—¿No comenzarás a chillar?

Ella negó con la cabeza.

Marcus apartó lentamente las manos y retrocedió un paso.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó ella, entonces.

—¡No! —exclamó Daniel, casi en un aullido.

Y, dicha sea la verdad, Marcus tampoco deseaba su compañía. Tenía seis años, y era una chica.

—Vamos a estar muy ocupados —explicó, aunque él no sentía la indignación de Daniel.

—¿Por favor?

A Marcus se le escapó un gemido. La niña se veía muy triste con las mejillas mojadas por las lágrimas. El pelo

castaño claro, peinado hacia atrás con la raya a un lado y sujeto por una especie de cinta para el pelo, le caía lacio hasta más abajo de los hombros. Sus ojos, grandes y de un color casi igual a los de Daniel, un impresionante azul con un leve matiz púrpura, estaban mojados y...

—Te dije que no establecieras contacto visual —dijo Daniel.

Marcus gimió.

—Tal vez sólo esta vez.

—¡Yupi! —exclamó ella, pegando un salto que lo hizo pensar en un gato sorprendido, y le dio un impulsivo abrazo (afortunadamente, corto)—. Uy, ¡gracias, Marcus! Eres el mejor. El mejor de los mejores. —Entrecerrando los ojos miró a Daniel con una expresión aterradoramente adulta—. A diferencia de ti.

—Me enorgullece ser el peor de todos —dijo este, con una expresión igualmente maligna.

—No me importa —declaró ella, y le cogió la mano a Marcus—. ¿Vamos?

Él le miró la mano cogida a la de él. La sensación era absolutamente nueva, y sintió un extraño y bastante desagradable revoloteo en el pecho, que, tardíamente comprendió, era terror. No recordaba ni una sola vez que alguien le hubiera cogido la mano. ¿Su niñera, tal vez? No, a esta le gustaba cogerle la muñeca; así lo sujetaba mejor, la oyó decirle una vez al ama de llaves.

¿Su padre? ¿Su madre, alguna vez antes de morir?

Le retumbaba el corazón, y notó resbaladiza la pequeña mano de Honoria. Debía ser por el sudor, de él o de ella, aunque estaba bastante seguro que era el suyo.

La miró. Ella lo estaba mirando con una ancha sonrisa en la cara.

Le soltó la mano.

—Esto... ahora démonos prisa —dijo, sintiéndose torpe—, para pescar mientras aún haya buena luz.

Los dos Smythe-Smith lo miraron extrañados.

—Sólo es mediodía —dijo Daniel—. ¿Cuánto tiempo deseabas estar pescando?

—No lo sé —repuso Marcus, a la defensiva—. Podría llevarnos un buen rato.

Daniel negó con la cabeza.

—Padre acaba de abastecer de peces el lago. Igual podrías coger uno simplemente moviendo una bota en el agua.

Honoría emitió una exclamación de regocijo.

Al instante él se giró a mirarla.

—Ni lo pienses. Si mis botas acaban en cualquier lugar cerca del agua te juro que te ahogaré y te descuartizaré.

Ella hizo un morro y miró hacia el suelo, mascullando:

—Estaba pensando en «mis» botas.

A Marcus se le escapó un borboteo de risa. Al instante ella lo miró con expresión muy dolida, como si la hubiera traicionado.

—Tendría que ser un pez muy pequeño —se apresuró a decir él.

Al parecer eso no la satisfizo.

—No se pueden comer cuando son tan pequeños —probó él, para aplacarla—. Sólo son pura espina.

—Vamos —masculló Daniel.

Y echaron a caminar, internándose en el bosque a paso enérgico, ella moviendo los pies al doble de velocidad para no quedar atrás.

—La verdad es que a mí no me gusta el pescado —dijo ella de pronto, en medio de un ininterrumpido parloteo—. Huele mal y tiene un sabor horrendo.

Y después, cuando ya venían de vuelta:

—... sigo pensando que ese rosado se veía bastante grande para comerlo. Si a uno le gusta el pescado, que a mí no. Pero si

me gustara el pescado...

—Nunca más vuelvas a invitarla a venir con nosotros —le dijo Daniel a Marcus.

—... que no me gusta. Pero creo que a madre le gusta el pescado. Y estoy segura de que le gustaría uno rosado...

—No, nunca más —repuso Marcus.

Encontraba que era el colmo de la grosería criticar a la niña, pero era agotadora.

—... aunque a Charlotte no le gustaría. Charlotte detesta el color rosa. No le gusta vestir de rosa; dice que la hace verse demacrada. No sé qué quiere decir demacrada, pero tiene que ser algo desagradable. A mí me gusta el lavanda.

Daniel y Marcus exhalaban suspiros idénticos, y habrían seguido caminando si Honoria no se hubiera puesto de un salto delante de ellos, sonriendo de oreja a oreja.

—Hace juego con mis ojos.

—¿El pescado? —preguntó Marcus, mirando el contenido del balde que llevaba.

Había tres truchas de buen tamaño dándose golpes en los lados del balde. Llevarían más si Honoria no lo hubiera volcado con un casual puntapié, arrojando de vuelta al lago las dos primeras pescadas por Daniel.

—No. ¿No estabas escuchando?

Marcus recordaría siempre ese momento. Era la primera vez que se enfrentaba a la más fastidiosa de las rarezas femeninas: la pregunta a la que jamás se puede responder bien.

—El lavanda hace juego con mis ojos —dijo Honoria, con mucha autoridad—. Mi padre me lo dijo.

—Entonces debe ser cierto —dijo Marcus, aliviado.

Ella se enrolló un mechón en el dedo, pero el rizo se deshizo al instante cuando lo soltó.

—El marrón hace juego con mi pelo, pero yo prefiero el lavanda.

Marcus dejó el balde en el suelo, pues pesaba bastante y el asa se le estaba empezando a enterrar en la palma.

—Ah, no —dijo Daniel, cogiendo el balde con la mano libre y pasándoselo—. Tenemos que llegar a casa. —Miró a Honoria indignado—. Apártate de nuestro camino.

—¿Por qué eres simpático con todo el mundo menos conmigo?

—¡Porque eres una pelma! —gritó él.

Eso era cierto, pero de todos modos Marcus sentía pena por ella; a veces. Prácticamente era una niña sola, y él sabía exactamente lo que eso la hacía sentir. Lo único que deseaba era participar en las cosas, ser incluida en los juegos y fiestas y en todas esas actividades para las que, como continuamente le repetía su familia, todavía era demasiado pequeña.

Honoria aceptó ese golpe verbal sin inmutarse. Continuó quieta, mirando a su hermano con una expresión maligna. Después sorbió por la nariz en una larga y sonora inspiración.

Marcus deseó tener un pañuelo.

—Marcus —dijo ella, girándose hacia él, en realidad para darle la espalda a su hermano—. ¿Aceptarías la invitación a tomar un té conmigo?

Daniel emitió una risita.

—Traeré mis mejores muñecas —continuó ella, totalmente seria.

«Buen Dios, cualquier cosa menos eso.»

—Y tendremos pasteles —añadió después, con una vocecita gazmoña que lo asustó de muerte.

Marcus miró aterrado a Daniel, pero no le sirvió de nada.

—¿Bien?

—No —soltó él.

Ella lo miró con unos ojos solemnes.

—¿No?

—No puedo. Estoy ocupado.

—¿Haciendo qué?

Marcus se aclaró la garganta; dos veces.

—Cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas. —Se sintió fatal porque no había sido su intención ser tan inflexible—. Con Daniel tenemos planes. — A ella se le contrajo la cara por la congoja; le temblaron los labios, y él tuvo la impresión de que, por una vez, no era fingido—. Lo siento —añadió.

Porque no había sido su intención herirle los sentimientos. Pero, por el amor de Dios, ¡un té! No había ningún chico de doce años vivo que deseara asistir a un té.

Y con muñecas.

Se estremeció.

A Honoria se le puso roja de furia la cara; se giró bruscamente a mirar a Daniel, diciendo:

—Tú lo obligaste a decir eso.

—No he dicho ni una sola palabra.

—Te odio —dijo ella con la voz ronca—. Os odio a los dos. ¡Os odio! —gritó—. ¡Sobre todo a ti, Marcus! ¡Te odio! ¡Te odio!

Entonces se dio media vuelta y echó a correr hacia la casa, a toda la velocidad que le permitían sus flacas piernas, que no era mucha. Marcus y Daniel continuaron donde estaban, observándola en silencio.

Cuando ella ya estuvo lo bastante cerca de la casa, Daniel hizo un gesto de asentimiento, y dijo:

—Te odia. Eres oficialmente un miembro de la familia.

Y lo era. Desde ese momento lo fue.

Hasta la primavera de 1821, cuando Daniel fue y lo estropeó todo.

CAPÍTULO 01

Marzo de 1824

Cambridge, Inglaterra

Lady Honoria Smythe-Smith estaba desesperada.

Desesperada por tener un día soleado, desesperada por encontrar un marido, desesperada, pensó, exhalando un suspiro de agotamiento y mirándose los zapatos azules estropeados, por un par de zapatos nuevos.

Estaba sentada cansinamente en el banco de piedra fuera del Tobacco Shoppe for Discerning Gentlemen del señor Hilleford, con la espalda apoyada contra la pared, desesperada (otra vez esa horrible palabra) por poder proteger todo su cuerpo bajo el toldo. Estaba cayendo un aguacero. Aguacero. No una llovizna, no una simple lluvia, sino un aguacero, de esos en que, como reza el dicho, caen gatos, perros, ovejas y caballos.

Y, la verdad, era tal la fuerza de la lluvia que no se habría sorprendido de ver caer un elefante del cielo.

Además, el lugar apestaba. Había creído que los cigarros producían el olor más desagradable para ella, pero no, el olor del moho era peor, y de la pared del Tobacco Shoppe para Caballeros a los que no les Importa que se les Pongan Amarillos los Dientes, salía una sospechosa sustancia negra que olía a muerto.

De verdad, ¿podría ser peor la situación?

Ah, pues sí. Sí. Porque (claro) estaba absolutamente sola, y en apenas treinta segundos las gotas de lluvia pasaron a convertirse en un aguacero. Sus acompañantes en esa salida de compras estaban felizmente refugiadas enfrente, en el agradable y acogedor Fancy Emporium of Ribbons and Trinkets de la señorita Pilaster, que, además de tener todo tipo de adornos y chucherías para entretenerse mirando, olía muchísimo mejor que la tienda del señor Hilleford.

La señorita Pilaster vendía perfumes. La señorita Pilaster vendía pétalos de rosa secos y velitas con olor a vainilla.

El señor Hilleford criaba moho.

Exhaló un suspiro: así era su vida.

Se había quedado demasiado tiempo mirando el escaparate de una librería, diciéndole a sus amigas que dentro de uno o dos minutos se reuniría con ellas en la tienda de la señorita Pilaster. Los dos minutos se convirtieron en cinco, y justo cuando se preparaba para atravesar la calle, se abrieron los cielos y no tuvo más remedio que refugiarse bajo el único toldo abierto en el lado sur de la calle principal de Cambridge.

Tristemente contempló la lluvia que azotaba la calle; las gotas caían con inmensa fuerza, salpicando y pulverizándose en el aire como pequeñas explosiones. El cielo se estaba oscureciendo más y más, y, como buena conocedora del clima inglés, sabía que en cualquier momento se levantaría viento y el agua dejaría totalmente inútil el pequeño espacio en que estaba refugiada.

Abatida, apretó los labios y miró hacia el cielo.

Tenía los pies mojados.

Tenía frío.

Además, jamás en toda su vida había salido de las fronteras de Inglaterra, lo que significaba que sí era buena conocedora del clima inglés y que dentro de tres minutos estaría peor aún que en ese momento.

Y, la verdad, nunca se había imaginado que eso fuera posible.

—¿Honorina?

Vamos, santo cielo, lo único que le faltaba para aumentar su aflicción: Marcus Holroyd, el conde de Chatteris, contento y seco en su lujoso coche. Sintió bajar la mandíbula, aunque en realidad no sabía por qué eso la sorprendía. Marcus vivía en Cambridgeshire, no muy lejos de la ciudad. Más aún, si alguien tenía que toparse con ella cuando parecía un animalito

de la variedad roedor mojado y con el pelaje enmarañado, sería él.

—Buen Dios, Honoria —le dijo, mirándola ceñudo, de esa manera altanera tan propia de él—, debes de estar congelada.

Ella logró hacer un leve encogimiento de hombros.

—Está algo fresco.

—¿Qué haces aquí?

—Estropear zapatos.

—¿Qué?

—De compras con las amigas —dijo ella, haciendo un gesto hacia el otro lado de la calle—, y primas.

Eso no significaba que sus primas no fueran amigas también, pero tenía tantas que casi formaban una categoría propia.

Él abrió otro poco la portezuela.

—Sube.

No dijo «Sube, por favor» o «Debes secarte, sube, por favor», sino solamente «Sube».

Otra chica podría haber agitado la cabeza echándose atrás el pelo y dicho: «No tienes por qué darme órdenes». Otra algo menos orgullosa podría haberlo pensado aun cuando no tuviera el valor para decirlo. Pero ella tenía frío y valoraba más su comodidad que su orgullo, y, aún más, si el que se lo decía era Marcus Holroyd, al que conocía desde que ella vestía delantal.

Desde los seis años, para ser exactos.

Y tal vez esa fue la edad en que ella consiguió por última vez estar en ventaja, pensó, haciendo un mal gesto. A los siete años era tan fastidiosa que él y su hermano Daniel comenzaron a llamarla Mosquito. Cuando ella les aseguró que eso lo consideraba un cumplido, porque le encantaba lo exótico y peligroso que sonaba el apodo, ellos sonrieron burlones y lo cambiaron por Chinche.

Y Chinche había sido desde entonces.

Además, también la había visto más mojada aún. La había visto totalmente empapada, cuando tenía ocho años, un día en que creía que estaba muy bien escondida entre las ramas del viejo roble en Whipple Hill. Marcus y Daniel habían construido un fortín al pie del árbol, al que no podía entrar ninguna niña. Le arrojaron guijas hasta que ella se soltó de la rama y cayó.

Pensándolo en retrospectiva, no debería haber elegido la rama que colgaba sobre el lago.

Y fue Marcus el que la sacó del agua, lo que era más de lo que podía decir de su hermano.

Marcus Holroyd, pensó pesarosa. Estaba en su vida casi desde que tenía memoria. Desde antes que fuera lord Chatteris, desde antes que Daniel fuera lord Winstead, desde antes que Charlotte, la hermana que más se le acercaba en edad, se casara y se marchara de casa.

Desde antes que Daniel se marchara también.

—Honoría.

Lo miró; su voz sonó impaciente pero en su cara vio un asomo de preocupación.

—Sube —repitió él.

Ella asintió y se cogió de la enorme mano que le ofrecía para ayudarla a subir.

—Marcus —dijo, tratando de sentarse con toda la elegancia y despreocupación que exhibiría en un elegante salón, sin pensar en los charcos que dejaban sus pies—. Qué agradable sorpresa verte.

Él se limitó a mirarla, frunciendo levemente el ceño. Sin duda estaba intentando decidir cuál sería la manera más eficaz de regañarla.

—Estoy pasando unos días en la ciudad, con los Royle — le explicó, aun cuando él no se lo había preguntado—. Llevamos cinco días aquí, Cecily Royle, mis primas Sarah e Iris^{1} y yo. —Dejó pasar un momento por si veía algún

destello de reconocimiento en sus ojos, y entonces añadió—: No recuerdas quiénes son, ¿verdad?

—Tienes muchísimas primas.

—Sarah es la que tiene el pelo y los ojos tupido y oscuros.

—¿Ojos tupidos? —musitó él, esbozando una leve sonrisa.

—Marcus.

Él se rió.

—Muy bien, pelo tupido, ojos oscuros.

—Iris es muy blanca. Pelo rubio fresa. ¿Todavía no la recuerdas?

—Es de una familia de flores.

Ella frunció el ceño. Cierto que sus tíos William y Maria habían elegido nombres de flores para sus hijas: Rose, Marigold, Lavender, Iris y Daisy, pero de todos modos.

—Sé quien es la señorita Royle —dijo él.

—Es tu vecina. Tienes que saber quién es.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—En todo caso, estamos aquí en Cambridge porque la madre de Cecily pensó que a todas nos convenía un poco de instrucción.

Él curvó la boca en una sonrisa vagamente burlona.

—¿Instrucción?

Honoría pensó por qué las mujeres siempre necesitaban instrucción mientras que los hombres iban al colegio.

—Sobornó a dos profesores para que nos permitieran ir a escuchar sus clases.

—¿Sí?

Parecía curioso. Y dudoso.

—La vida y la época de la reina Isabel —recitó ella, obedientemente—, y después algo en griego.

—¿Hablaís griego?

—No, ninguna de nosotras. Pero el profesor de griego fue el único otro que se mostró dispuesto a hablar con mujeres. — Puso los ojos en blanco—. Nos va a dar dos charlas seguidas. Tenemos que esperar en una oficina hasta que los alumnos salgan de la sala de clases, no sea que nos vean y pierdan totalmente la razón.

Marcus asintió, pensativo.

—Es casi imposible que un caballero logre concentrarse en sus estudios en presencia de tan avasalladora belleza femenina.

A ella le pareció que él se puso serio unos dos segundos. Sólo alcanzó a echarle una mirada de reojo y soltó un bufido de risa:

—Vamos, por favor —dijo, dándole un leve golpe en el brazo.

Esa familiaridad era inaudita en Londres, pero ahí, con Marcus...

Después de todo él era prácticamente su hermano.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó él.

—Está bien.

Aunque en realidad no lo estaba. Lady Winstead nunca se había recuperado del escándalo de que obligaran a Daniel a marcharse del país. Alternaba entre molestarse por supuestos desaires y simular que su único hijo no había existido jamás.

Era... difícil.

—Desea retirarse a Bath —añadió—. Su hermana vive ahí y creo que las dos se llevarían bien. En realidad no le gusta Londres.

—¿A tu madre? —preguntó Marcus, algo sorprendido.

—No como antes —aclaró ella—. No le gusta desde que Daniel... bueno, ya sabes.

Marcus apretó las comisuras de los labios. Lo sabía.

—Cree que la gente sigue hablando de eso —explicó ella.

—¿Y hablan?

Honoría se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Yo creo que no. Nadie me ha vuelto la espalda. Además, ya hace casi tres años. ¿No crees que todos tienen otras cosas de qué hablar?

—Yo diría que ya tenían otras cosas de qué hablar cuando ocurrió —dijo él sombríamente.

Honoría arqueó una ceja al mirar su ceño. Ahí estaba el motivo de que ahuyentara a tantas debutantes. Sus amigas le tenían terror.

Bueno, eso no era del todo cierto. Sólo se asustaban cuando estaban en su presencia. El resto del tiempo se sentaban ante sus escritorios a escribir sus nombres enlazados con el de él, en letras con ridículos bucles y luego los adornaban con corazones y querubines.

Marcus Holroyd era todo un premio matrimonial.

Y no porque fuera guapo, porque en realidad no lo era. Tenía el pelo de un hermoso color oscuro. Y los ojos también. Pero había un algo en su cara que ella encontraba severo. Tenía las cejas demasiado tupidas y rectas, sus ojos eran demasiado profundos, algo hundidos.

De todos modos, había algo en él que llamaba la atención. Una especie de reserva, un asomo de desdén, como si sencillamente no tolerara las tonterías.

Eso volvía locas por él a las chicas, aun cuando la mayoría eran la tontería personificada.

Hablaban en susurros acerca de él, como si fuera un misterioso héroe de cuento, o, por el contrario, el villano, todo gótico y misterioso, que sólo necesitaba que una damisela lo redimiera.

Mientras que para ella él era sencillamente Marcus, lo que en realidad no tenía nada de sencillo. Detestaba su manera de mirarla, con ese aire de superioridad, esa expresión desaprobadora. La hacía sentirse como se sentía años atrás, una niña molesta, pesada, o una adolescente desgarbada.

Sin embargo, encontraba tremendamente agradable, consolador, tenerlo cerca. Sus caminos ya no se cruzaban con tanta frecuencia como antes. Todo era diferente desde que Daniel se marchó, pero cuando entraba en una sala y estaba él...

Ella lo notaba al instante.

Y, curiosamente, eso era bueno.

—¿Tienes pensado ir a Londres a pasar la temporada? —le preguntó amablemente.

—Una parte —repuso él, con la cara inescrutable—. Tengo asuntos que atender ahí.

—Claro.

—¿Y tú?

Ella pestañeó.

—¿Piensas ir a Londres a pasar la temporada?

A ella se le abrió sola la boca. No lo preguntaría en serio, ¿verdad? ¿A qué otra parte podría ir dado su estado de soltería? No era como si...

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó, desconfiada.

—No, claro que no —dijo él, pero sonriendo.

—No es divertido. No tengo otra opción. Tengo que ir a pasar la temporada. Estoy desesperada.

—Desesperada —repitió él, con expresión dudosa.

Esa expresión era frecuente en su cara.

—Tengo que encontrar marido este año —dijo.

Notó que se le movía la cabeza en gesto negativo aunque no sabía a qué podría querer poner objeciones. Su situación no era muy diferente de la de muchas de sus amigas. No era la única damita que esperaba casarse. Pero no buscaba marido para poder admirar el anillo en su dedo ni revolcarse en la gloria de su situación como una guapa señora joven. Deseaba tener su casa. Una familia, una familia numerosa, e hijos bulliciosos a los que no les importara demasiado los modales.

De hecho, estaba harta del silencio que se había apoderado de su casa. Detestaba el sonido que hacían sus pasos en el suelo; detestaba que ese fuera el único ruido que oía en toda una tarde.

Necesitaba un marido. Esa era la única solución.

—Ah, vamos, Honoria —dijo Marcus, y ella no necesitó mirarle la cara para saber qué expresión tenía: de condescendiente superioridad y escepticismo, con un pelín de hastío—: Tu vida no puede ser tan horrorosa.

Ella apretó los dientes. Detestaba ese tono.

—Olvida lo que dije —masculló, porque, de verdad, no valía la pena intentar explicárselo.

Él soltó el aliento e incluso en eso consiguió ser condescendiente.

—No creo que vayas a encontrar marido aquí —dijo.

Ella apretó los labios, lamentando haber sacado el tema.

—Los estudiantes son demasiado jóvenes —continuó él.

—Tienen mi misma edad —dijo ella, cayendo limpiamente en la trampa.

Pero Marcus no se relamió; él no era así.

—Por eso estás aquí en Cambridge, ¿verdad? ¿Para charlar con los estudiantes que aún no se han ido a Londres?

—Ya te lo he explicado —contestó ella, mirando resueltamente hacia delante—. Vinimos a escuchar unas clases.

Él asintió.

—En griego.

—Marcus.

Él sonrió. Aunque en realidad no era una sonrisa visible. Marcus era siempre tan serio, tan rígido, que una sonrisa de él sería una media sonrisa seca en cualquier otra persona. ¿Cuántas veces sonreiría sin que nadie lo notara? Ella tenía

suerte de conocerlo tan bien. Cualquier otra persona lo creería totalmente falto de humor.

—¿A qué se debe eso? —preguntó él.

Ella lo miró sorprendida.

—¿A qué se debe qué?

—Esos ojos en blanco.

—¿Qué?

La verdad, no sabía si había puesto los ojos en blanco. Pero, peor aún, ¿por qué la estaba mirando con tanta atención? Era Marcus, por el amor de Dios.

Miró por la ventanilla.

—¿Crees que ha parado de llover?

—No —contestó él, sin girar la cabeza ni una pulgada.

Pero claro, no tenía por qué. La pregunta fue estúpida; sólo la hizo para cambiar de tema. La lluvia seguía cayendo sin piedad sobre el coche.

—¿Te llevo a la casa de los Royle? —preguntó él amablemente.

—No, gracias. —Alargó un poco el cuello por si lograba ver el interior de la tienda de la señorita Pilaster a través del cristal de la ventanilla, la lluvia y el cristal del escaparate. No logró ver nada, pero puesto que ese era un buen pretexto para no mirarlo a él, continuó admirando el espectáculo—. Dentro de un momento iré a reunirme con mis amigas.

—¿Tienes hambre? —preguntó él—. Pasé por Flindle hace un momento y tengo unos cuantos pasteles envueltos para llevar a casa.

A ella se le iluminaron los ojos.

—¿Pasteles?

No dijo la palabra; más bien la suspiró, o tal vez la gimió. Pero no le importó. Él sabía que los dulces eran su debilidad; él era igual. A Daniel nunca le habían gustado particularmente los postres y, cuando eran niños, más de una vez Marcus y ella

se habían sentado acurrucados ante un plato con pasteles y galletas.

Daniel decía que parecían un hatajo de salvajes, y eso hacía reír a Marcus a carcajadas. Ella nunca entendió por qué.

Él se agachó y sacó algo de una caja que tenía a los pies.

—¿Sigues gustándote el chocolate?

—Siempre. —Sonrió, pensando en esa afinidad; y tal vez por la expectación también.

Él se echó a reír.

—¿Te acuerdas de esa tarta que hizo la cocinera...?

—¿Aquella en la que se metió el perro?

—Yo casi lloré.

Ella hizo un mal gesto.

—Creo que yo sí lloré.

—Yo alcancé a probar un bocado.

—Yo no —dijo ella, evocadora—. Pero olía divina.

—Ah, sí —dijo él; daba la impresión de que el recuerdo le hubiera producido una especie de éxtasis—. Divina.

—¿Sabes?, siempre pensé que Daniel pudo tener algo que ver con que *Buttercup* entrara en casa.

—Seguro que sí —convino él—. La expresión de su cara...

—Espero que le dieras una paliza.

—Hasta casi matarlo —le aseguró él.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Pero ¿no hasta matarlo?

Él sonrió también.

—No, en realidad.

Riéndose por el recuerdo, le presentó un pequeño rectángulo de pastel de chocolate, precioso y marrón, sobre un

trozo limpio de papel blanco. Olía divino.

Haciendo una honda inspiración de felicidad, Honoria sonrió.

Entonces miró a Marcus y volvió a sonreír. Porque durante un momento se había sentido ella misma otra vez, esa niña que había sido sólo unos años atrás, cuando tenía el mundo por delante, una reluciente esfera que brillaba con promesa. No se había dado cuenta de que echaba de menos esa sensación, la de formar parte de algo, la de sentirse en casa, la de estar con una persona que la conocía absoluta y totalmente y que, aún así, seguía encontrando valioso reír con ella.

Curioso que fuera Marcus el que la hacía sentirse así.

Y en muchos sentidos, no era curioso en absoluto.

Cogió el pastel de la mano de él y lo miró interrogante.

—Por desgracia no tengo ningún tipo de utensilio —se disculpó él.

—Podría provocar un desastre terrible —dijo ella, con la esperanza de que él entendiera que lo que quería decir era «Dime, por favor, que no te importa que deje migas desperdigadas por todo tu coche».

—Yo voy a comer uno también —dijo él—, para que no te sientas sola.

Ella trató de no sonreír.

—Eres muy generoso.

—Estoy segurísimo de que ese es mi deber de caballero.

—¿Comerte un pastel?

—Es uno de los más atractivos de mis deberes de caballero.

Ella se rió y tomó un bocado.

—Ah, caramba.

—¿Está bueno?

—Divino. —Tomó otro bocado—. Y con eso quiero decir más que divino.

Él sonrió de oreja a oreja y de un solo bocado se devoró la mitad del pastel. Y mientras ella lo miraba algo sorprendida, se metió la otra mitad en la boca y ya está.

El pastel no era muy grande, pero de todos modos. Ella tomó otro bocado pequeño, con el fin de hacerlo durar.

—Siempre hacías eso —dijo él.

Ella lo miró.

—¿Qué?

—Te comías lentamente el postre, sólo para torturarnos a los demás.

—Me gusta hacerlo durar. —Lo miró traviesa y encogió un solo hombro—. Si te sientes torturado por eso, es problema tuyo.

—Cruel —musitó él.

—Contigo, siempre.

Él volvió a reírse y a ella la impresionó lo distinto que era en privado. Era casi como si tuviera de vuelta al antiguo Marcus, aquel que prácticamente vivía en Whipple Hill. Lo cierto es que era un miembro más de la familia, e incluso participaba en sus horribles pantomimas. Siempre hacía de árbol y, por lo que fuera, eso siempre la había divertido.

Le gustaba ese Marcus. Adoraba a ese Marcus.

Pero ese Marcus había estado ausente esos últimos años, reemplazado por el hombre silencioso y ceñudo al que el resto del mundo conocía como lord Chatteris. Era triste, en realidad. Por ella, pero tal vez principalmente, por él.

Terminó de comerse el pastel, tratando de no hacer caso de la expresión divertida de él, y luego cogió el pañuelo que él le ofrecía para limpiarse las manos.

—Gracias —dijo, devolviéndoselo.

Él simplemente asintió, queriendo decir «De nada». Entonces dijo:

—¿Cuándo vas a...?

Lo interrumpió un fuerte golpe en la ventanilla por el lado de él.

Ella miró para ver quien golpeaba.

—Con su perdón, señor —dijo un lacayo uniformado con una librea conocida—. ¿Ella es lady Honoria?

—Sí.

Honoria se inclinó hacia la ventanilla.

—Es... esto... —Bueno, no sabía su nombre, pero era el lacayo que había acompañado a su grupo en la excursión de compras—. Es de los Royle. —Dirigiendo una rápida y torpe sonrisa a Marcus, se levantó y luego se agachó para poder bajar del coche—. Debo irme. Mis amigas me estarán esperando.

—Mañana pasaré a verte.

Ella se quedó inmóvil, agachada como una vieja.

—¿Qué?

Él arqueó una ceja, a modo de fingido saludo.

—Supongo que eso no le molestará a tu anfitriona.

¿Que a la señora Royle le iba a molestar que un conde soltero que aun no tenía treinta años visitara su casa? Le resultaría difícil intentar impedirle que organizara un desfile.

—Seguro que será muy agradable —consiguió decir.

—Estupendo —dijo él y se aclaró la garganta—. Hacía demasiado tiempo que no te veía.

Ella lo miró sorprendida. Seguro que él no pensaba en ella ni una sola vez cuando no estaban los dos pavoneándose durante la temporada en Londres.

—Me alegro de que estés bien —dijo él entonces, abruptamente.

Por qué encontró tan inesperadas esas palabras no podría ni empezar a explicarlo, pero las encontró.

De verdad, lo fueron.

Marcus se quedó mirando a Honoria atravesar la calle acompañada por el lacayo, hasta que entraron en la tienda. Entonces dio tres golpes en la pared, indicándole al cochero que continuara.

Lo había sorprendido verla en Cambridge. No vigilaba de cerca a Honoria cuando ella no estaba en Londres, pero de todos modos pensaba que debería haber sabido que ella iba a venir a pasar unos días tan cerca de su casa.

Tal vez debería comenzar a hacer planes para ir a Londres a pasar la temporada. No mintió cuando le dijo que tenía asuntos que atender ahí, aunque a lo mejor habría sido más exacto decir que sencillamente prefería continuar en el campo. No había nada que hiciera necesaria su presencia en Cambridgeshire, sólo que muchas cosas se le hacían más fáciles estando ahí.

Por no decir que detestaba la temporada. La detestaba. Pero si Honoria estaba tan resuelta a conseguir un marido, él iría a Londres a asegurar que no cometiera un error irreparable.

Después de todo, había hecho una promesa.

Daniel Smythe-Smith había sido su más íntimo amigo. No, su único amigo, su único verdadero amigo.

Mil conocidos y un solo verdadero amigo.

Así era su vida.

Pero Daniel estaba en alguna parte de Italia, si seguía vigente lo que le escribió en su última carta. Y no era probable que volviera, mientras el marqués de Ramsgate continuara empeñado en vengarse.

En qué maldito enredo se había convertido todo aquel asunto. Él le advirtió seriamente que no jugara a las cartas con Hugh Prentice. Pero no sirvió de nada; Daniel simplemente se rió, resuelto a probar. Prentice siempre ganaba. Siempre. Era condenadamente inteligente, todo el mundo lo sabía. Matemáticas, física, historia; acababa dándoles clases a los profesores de la universidad. Hugh Prentice no hacía trampas en las cartas, simplemente ganaba siempre porque tenía una

memoria fenomenal y una mente que veía el mundo en patrones y ecuaciones.

Al menos eso le explicó Hugh cuando eran compañeros de estudios en Eton; la verdad, todavía no entendía qué quiso decir con eso. Y eso que él había sido el segundo mejor alumno en matemáticas. Pero comparado con Hugh... Bueno, no había comparación posible.

Nadie que estuviera en su sano juicio jugaba a las cartas con Hugh Prentice, pero Daniel no estaba en su sano juicio. Estaba algo borracho y también algo atolondrado, por una chica a la que acababa de llevarse a la cama, por lo tanto se sentó a jugar con Hugh.

Y ganó.

Ni siquiera él, Marcus, fue capaz de creerlo.

Y no era que creyera que Daniel había hecho trampas. Nadie creía que Daniel hiciera trampas. Le caía bien a todos; todos se fiaban de él. Pero claro, nadie le ganaba jamás a Hugh Prentice.

Pero Hugh había estado bebiendo. Daniel había estado bebiendo. Todos habían estado bebiendo, así que cuando Hugh volcó la mesa y acusó a Daniel de hacer trampas, se armó el alboroto en la sala.

Hasta ese mismo momento no sabía qué fue lo que se dijeron, pero a los pocos minutos quedó acordado: Daniel Smythe-Smith y Hugh Prentice se encontrarían al alba, en un duelo con pistolas.

Y si había suerte, a esas horas ya estarían lo bastante sobrios para comprender su idiotez.

Hugh disparó primero y la bala le rozó el hombro izquierdo a Daniel. Y mientras todos comentaban que lo educado habría sido disparar al aire, Daniel levantó su pistola y disparó.

Y la bala de Daniel, condenación, Daniel siempre había tenido mala puntería, se enterró en la parte superior del muslo de Hugh. Salió tanta sangre que sólo recordarlo le produjo náuseas. El cirujano gritó. La bala había perforado una arteria;

ninguna otra cosa habría producido ese torrente de sangre. Durante tres días la preocupación fue si Hugh viviría o moriría; nadie daba mucho por la pierna, pues tenía el fémur destrozado.

Hugh vivió, pero ya no podía caminar sin un bastón. Y su padre, el poderosísimo y furiosísimo marqués de Ramsgate, juró que llevaría a Daniel ante la justicia.

De ahí la huida de Daniel a Italia.

De ahí también su petición en el último momento, con la voz resollante, para que le hiciera la promesa, pues estaban en el muelle y el barco estaba a punto de zarpar, cuando le dijo:

«Cuida de Honoria, por favor. Vigíla. Encárgate de que no se case con un idiota».

Lógicamente, él dijo que sí; ¿qué otra cosa podría haber dicho? Pero nunca le había hablado a Honoria de la promesa que le hiciera a su hermano. Buen Dios, eso habría sido un desastre. Ya era difícil seguirle los pasos y observarla sin que ella lo supiera. Si llegaba a saber que él hacía el papel de padre, se enfurecería. Lo último que necesitaba era que ella intentara frustrarlo.

Y lo intentaría, no le cabía duda.

Aunque Honoria no era voluntariosa u obstinada adrede. En general era una chica muy sensata. Pero incluso la más sensata de las mujeres se ofende cuando considera que la están mangoneando.

Así pues, la observaba desde lejos y, discretamente, había ahuyentado a uno o dos pretendientes.

O a tres.

O tal vez a cuatro.

Se lo había prometido a Daniel.

Y Marcus Holroyd no faltaba a sus promesas.

CAPÍTULO 02

¿A qué hora llegará?

—No lo sé —contestó Honoria, más o menos por séptima vez.

Sonrió amablemente a las damitas sentadas en el salón verde y gris de los Royle. La aparición de Marcus el día anterior ya había sido comentada y analizada minuciosamente hasta en sus más mínimos detalles. Y por último a lady Sara Pleinsworth, su prima y una de sus mejores amigas, se le ocurrió convertirla en poema.

—Apareció bajo una nubada —entonó Sarah—, el agua saltaba.

Honoria se atragantó con el té y casi lo escupió.

—La calle estaba embarrada.

Cecily Royle sonrió traviesa por encima de su taza.

—¿No has pensado en verso libre?

—Nuestra heroína, desolada.

—Tenía frío —dijo Honoria.

Iris Smythe-Smith, la otra prima presente, levantó la cabeza con su característica expresión sarcástica.

—Yo estoy desolada. Me duelen los oídos.

Honoria la miró con una expresión que decía claramente: «Sé amable». Iris simplemente se encogió de hombros.

—Su aflicción, simulada —continuó Sarah.

—¡No es cierto! —protestó Honoria.

—Su maniobra, esperanzada.

—Este poema se está desviando del tema —comentó Honoria.

—Yo empiezo a disfrutarlo —dijo Cecily.

—Su existencia la amargaba.

—Vamos, ¡venga ya! —exclamó Honoria.

—Creo que lo está haciendo admirablemente —dijo Iris—, dadas las limitadoras reglas de la rima.

Miró a Sarah, que se había quedado absolutamente en silencio. Ladeó la cabeza. También la ladearon Honoria y Sarah.

Sarah seguía con los labios entreabiertos y la mano izquierda abierta en gesto muy teatral, pero al parecer se le habían acabado las palabras.

—¿Castigada? —sugirió Cecily.

—¿Desquiciada? —sugirió Iris.

—Ahora, en cualquier momento —dijo Honoria, secamente—, si sigo atrapada aquí con vosotras mucho rato más.

Sarah se rió, pegó un salto y se hundió en el sofá.

—El conde de Chatteris —suspiró—. Jamás te perdonaré que no nos lo presentaras el año pasado —dijo a Honoria.

—¡Te lo presenté!

—Bueno, pues deberías habérmelo presentado dos veces —añadió Sarah, traviesa—, para que él lo recordara. Creo que no me dirigió más de dos palabras en toda la temporada.

—Escasamente me dirige dos palabras a mí —repuso Honoria.

Sarah ladeó la cabeza y arqueó las cejas como diciendo: «¿De veras?»

—No es tremendamente sociable —explicó Honoria.

—Yo lo encuentro guapo —dijo Cecily.

—¿Sí? —preguntó Sarah—. Yo lo encuentro algo siniestro.

—Siniestro «es» guapo —dijo Cecily con firmeza, antes que Honoria pudiera dar su opinión.

—Estoy atrapada en una mala novela —declaró Iris, sin dirigirse a nadie en particular.

—No has contestado mi pregunta —le dijo Sarah a Honoria—. ¿A qué hora va a llegar?

—No lo sé —contestó Honoria, y esa sería la octava vez—. No lo dijo.

—Descortés —dijo Cecily, cogiendo una galleta.

—Esa es su manera de ser —dijo Honoria, encogiéndose levemente de hombros.

—Eso es lo que yo encuentro tan interesante —musitó Cecily—, que tú conozcas «su manera de ser».

—Se conocen desde hace décadas —dijo Sarah—. Siglos.

—Sarah —dijo Honoria; adoraba a su prima, de verdad; la mayor parte del tiempo.

Sarah sonrió ladina, con sus ojos oscuros brillantes de travesura.

—La llamaba Chinche.

Honoria la miró indignada. No hacía ninguna falta que se supiera que en otro tiempo un conde del reino la había comparado con un insecto.

—¡Sarah! De eso hace mucho tiempo —añadió, con toda la dignidad que pudo conseguir—. Yo tenía siete años.

—¿Qué edad tenía él? —preguntó Iris.

Honoria lo pensó.

—Trece, lo más probable.

—Bueno, eso lo explica —dijo Cecily, agitando la mano, como descartándolo—. Los chicos son bestias.

Honoria asintió amablemente. Cecily tenía siete hermanos menores; tenía que saberlo.

—De todos modos —dijo Cecily, toda teatral—, qué coincidencia que se encontrara contigo en la calle.

—Casual —convino Sarah.

—Casi como si te hubiera seguido —añadió Cecily, inclinándose hacia ella con los ojos muy agrandados.

—Bueno, eso sí que es una tontería —dijo Honoria.

—Bueno, claro —repuso Cecily, y continuó en tono enérgico y serio—. Eso no ocurriría jamás. Simplemente quise decir que era «como si» te hubiera seguido.

—Vive cerca —dijo Honoria, moviendo la mano en dirección a ninguna parte en particular.

Tenía un pésimo sentido de la orientación; no sabía decir hacia dónde estaba el norte ni aunque en ello le fuera la vida. Y, en todo caso, no tenía ni idea de por dónde había que salir de Cambridge para ir a Fensmore.

—Su propiedad está contigua a la nuestra —dijo Cecily.

—¿Sí? —dijo Sarah, con mucho interés.

—O tal vez debería decir que la rodea —continuó Cecily, riendo—. Este hombre posee la mitad de la zona norte de Cambridgeshire. Creo que su propiedad toca a Bricstan por el norte, por el sur y por el oeste.

—¿Y por el este? —preguntó Iris, y a Honoria le explicó —: Esa es la siguiente pregunta lógica.

Cecily cerró los ojos, pensándolo.

—Seguro que por ahí también llegarías a sus tierras. Puedes tomar un camino a través de una pequeña parte al sureste. Pero entonces llegarías a la parroquia, así que, ¿de qué serviría?

—¿Está lejos? —preguntó Sarah.

—¿Bricstan?

—No —replicó Sarah, con bastante impaciencia—. Fensmore.

—Ah. No, no. Estamos a veinte millas de distancia de aquí, así que él estaría sólo un poquito más lejos. —Pensó un momento—. Es posible que tenga una casa de ciudad aquí. No lo sé.

Los Royle eran decididamente eastanglianos, así que tenían una casa de ciudad en Cambridge y una casa de campo un poco al norte. Cuando iban a Londres alquilaban una.

—Deberíamos ir —dijo Sarah de repente—. Este fin de semana.

—¿Ir? ¿Adónde? —preguntó Iris.

—¿Al campo? —preguntó Cecily.

—Sí —contestó Sarah, elevando la voz por el entusiasmo—. Alargaría sólo unos días nuestra visita, así que supongo que nuestras familias no pondrían objeciones. —Giró levemente la cabeza para dirigir lo siguiente a Cecily—: Tu madre podría programar una reunión festiva de fin de semana. Podríamos invitar a algunos universitarios. Seguro que agradecerían un descanso de la vida estudiantil.

—He oído decir que les dan una comida muy mala —dijo Iris.

—Es una idea interesante —musitó Cecily, pensativa.

—Es una idea espectacular —dijo Sarah, con convicción—. Ve a proponérselo a tu madre. Ahora, antes que llegue lord Chatteris.

—No pretenderás invitarlo a él, ¿verdad? —exclamó Honoria.

Había sido agradable verlo el día anterior, pero lo último que necesitaba era pasar todo un fin de semana en su compañía. Si asistía, podía despedirse de toda esperanza de atraer la atención de algún joven caballero. Marcus tenía una manera de mirar muy fea cuando desaprobaba su conducta. Y su mirada tenía el poder de ahuyentar a cualquier ser humano que estuviera cerca de ella.

La idea de que tal vez él no desaprobaba el comportamiento de ella jamás le había pasado por la cabeza.

—Claro que no —contestó Sarah, mirándola con una expresión de suma impaciencia—. ¿Por qué habría de alojarse ahí el fin de semana pudiendo dormir en su cama que sólo está a una poca distancia? Pero deseará ir de visita, ¿verdad? Tal vez ir a cenar, o ir de cacería.

La opinión de Honoria era que si Marcus estaba atrapado una tarde con ese parlanchín grupo de mujeres, comenzaría a

dispararles.

—Es perfecto —insistió Sarah—. Es mucho más probable que los caballeros más jóvenes acepten nuestra invitación si saben que va a estar lord Chatteris. Querrán causarle buena impresión. Es muy influyente, ¿sabes?

—Creí entender que no lo ibas a invitar —dijo Honoria.

—Yo no. Es decir. —Hizo un gesto hacia Cecily, que, después de todo, era la hija de la que haría la invitación—. No lo «vamos» a invitar. Pero en las invitaciones podemos decir que es probable que él vaya a hacer una visita.

—Él agradecerá mucho eso, no me cabe duda —dijo Honoria, irónica, aun cuando nadie la estaba escuchando.

—¿A quiénes invitaremos? —continuó Sarah, sin hacer el menor caso de ese comentario—. Deberían ser cuatro caballeros.

—Un caballero quedará de non cuando esté lord Chatteris —observó Cecily.

—Mejor para nosotras —repuso Sarah con firmeza—. Y de ninguna manera podemos invitar a tres, porque entonces seremos demasiadas damas cuando él no esté.

Honoría exhaló un suspiro. Su prima era la definición de tenacidad. No había manera de discutir con ella cuando estaba empeñada en algo.

—Será mejor que vaya a hablar con mi madre —dijo Cecily, levantándose—. Tendremos que ponernos a la tarea inmediatamente.

Salió del salón en un espectacular revuelo de muselina rosa.

Honoría miró a Iris, que sin duda se daba cuenta de la locura que iba a seguir a todo eso. Pero Iris se limitó a encogerse de hombros y dijo:

—Es una buena idea, en realidad.

—A eso hemos venido a Cambridge —les recordó Sarah—. A conocer caballeros.

Eso era cierto, pensó Honoria. A la señora Royle le encantaba hablar de ofrecer oportunidades de cultura y educación a las damitas, pero todas sabían la verdad. Habían venido a Cambridge por motivos puramente sociales. Cuando la señora Royle le explicó la idea a su madre, se lamentó de que muchos caballeros estuvieran en Oxford o Cambridge al comienzo de la temporada y por lo tanto no acudieran a Londres, donde deberían estar, cortejando a las damitas. La señora Royle tenía pensado ofrecer una cena al día siguiente, pero un fin de semana en el campo, lejos de la ciudad, sería más eficaz aún.

Nada como atrapar a los caballeros en un lugar del que no podrían escapar.

Tal vez tendría que escribirle una carta a su madre, para informarla de que estaría unos días más en Cambridge. No le gustaba utilizar a Marcus como cebo para conseguir que los otros caballeros aceptaran, pero era consciente de que no podía permitirse desaprovechar esa oportunidad. Los universitarios eran muy jóvenes, casi de la misma edad que ellas cuatro, pero no le importaba. Aun cuando ninguno de ellos estuviera preparado para casarse, sin duda tendrían hermanos mayores, ¿no? O primos. O amigos.

Exhaló otro suspiro. Detestaba lo calculado que era todo, pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Gregory Bridgerton —declaró Sarah, con los ojos brillantes de triunfo—. Sería perfecto. Extraordinariamente bien conectado. Una de sus hermanas se casó con un duque y otra con un conde. Y él está cursando el último año, así que es posible que esté dispuesto a casarse pronto.

Honoria levantó la vista. Se había encontrado varias veces con el señor Bridgerton, generalmente cuando la madre lo llevaba a rastras a una de las infames veladas musicales Smythe-Smith.

Intentó no hacer un mal gesto. La velada musical anual de la familia nunca era un buen momento para hacer amistad con un caballero, a menos que fuera sordo. Había ciertos desacuerdos en la familia acerca de quién exactamente inició

la tradición, pero se decía que en 1807 cuatro primas Smythe-Smith subieron al escenario y masacraron una pieza de música totalmente inocente. Por qué esas primas (o más bien sus madres) encontraron conveniente repetir la masacre al año siguiente, era algo que no sabría jamás, pero la repitieron, y después continuaron, año tras año.

Se daba por entendido que todas las hijas Smythe-Smith debían aprender a tocar un instrumento musical y, cuando les llegara el momento, formar parte del cuarteto. Y una vez que entraba a formar parte del cuarteto, la chica quedaba clavada ahí hasta que encontrara marido. Ese era, había pensado más de una vez, un argumento tan bueno como cualquier otro para casarse pronto.

Lo extraño era que la mayoría de los familiares, y las intérpretes, no se daban cuenta de lo «horroroso» que tocaban. Su prima Viola formó parte del cuarteto seis años y todavía hablaba con nostalgia de aquellos tiempos. Cuando Viola se casó, hacía seis meses, ella medio había esperado que dejara plantado al novio ante el altar para poder continuar siendo primer violín.

Alucinante, francamente.

A ella y a Sarah las habían obligado a ocupar sus puestos en el cuarteto un año atrás, ella al violín y Sarah al piano. La pobre Sarah seguía traumatizada por la experiencia; en realidad, Sarah era bastante musical y tocó fielmente su parte; o al menos eso fue lo que le dijeron a ella, porque era difícil oír algo por encima del ruido de los violines. O de las exclamaciones del público.

Sarah juró que nunca más volvería a tocar con sus primas. Ella, por su parte, simplemente se encogió de hombros; en realidad no le importaba la velada musical, al menos no terriblemente. La verdad, encontraba bastante divertido todo el asunto. Además, no podía hacer nada al respecto. Era la tradición familiar, y no había nada que a ella le importara más que la familia, nada.

Pero ahora tendría que tomarse en serio lo de buscar marido, lo cual significaba que tendría que encontrar un

caballero que tuviera mal oído. O muchísimo sentido del humor.

Gregory Bridgerton parecía ser un excelente candidato. No tenía idea de si él sería capaz de seguir una melodía, pero hacía dos días se habían cruzado con él cuando las cuatro salieron para ir a un salón de té, y entonces fue cuando descubrió que tenía una sonrisa encantadora.

Le gustó. Era sorprendentemente amistoso y extrovertido, y algo en él le recordó a su familia, como eran antes, cuando estaban todos en Whipple Hill, bulliciosos, alborotados y siempre riendo.

Probablemente se debía a que él también era de una familia numerosa; era el séptimo de ocho. Ella era la menor de seis, así que seguro que tendrían muchas cosas en común.

Gregory Bridgerton, mmm. No sabía por qué no había pensado en él antes.

Honorina Bridgerton.

Winifred Bridgerton. Siempre había deseado ponerle Winifred a una hija, así que encontró juicioso probar a decir ese nombre en alto también.

Señor Gregory y lady Hono...

—¿Honorina? ¡Honorina!

Pestañeó. Sarah la estaba mirando con visible irritación.

—¿Gregory Bridgerton? —preguntó—. ¿Tu opinión?

—Esto, creo que sería una muy buena elección —contestó Honorina, de la manera más modesta y despreocupada posible.

—¿Quién más? —dijo Sarah, levantándose—. Tal vez debo hacer una lista.

—¿Para cuatro nombres? —preguntó Honorina, sin poder evitarlo.

—Estás tremendamente resuelta —comentó Iris.

—Tengo que estarlo —replicó Sarah, con los ojos relampagueantes.

—¿De verdad crees que en las próximas dos semanas vas a encontrar a un hombre y casarte con él? —le preguntó Honoria.

—No sé de qué hablas —replicó Sarah, en tono abrupto.

Honoria miró hacia la puerta abierta para comprobar que no hubiera nadie cerca.

—Ahora sólo estamos las tres, Sarah.

—¿Una tiene que tocar en la velada musical si está comprometida? —preguntó Iris.

—Sí —contestó Honoria.

—No —dijo Sarah, con firmeza.

—Ah, pues sí —dijo Honoria.

Iris exhaló un suspiro.

—No te quejes —le dijo Sarah, mirándola con los ojos entrecerrados—. El año pasado no tuviste que tocar.

—De lo que estoy eternamente agradecida —dijo Iris.

Ese año tenía que tocar el cello en el cuarteto.

—Tú necesitas encontrar marido con la misma urgencia que yo —le dijo Sarah a Honoria.

—¡No en las próximas dos semanas! Y no —añadió con un poquito más de decoro— sólo para librarme de tocar en la velada musical.

—No he dicho que me fuera a casar con un hombre horrendo —dijo Sarah, sorbiendo por la nariz—. Pero si diera la casualidad de que lord Chatteris se enamorara perdidamente de mí...

—No se va a enamorar —dijo Honoria, sin rodeos. Entonces se dio cuenta de lo cruel que había sonado eso y añadió—: No se va a enamorar de nadie. Créeme.

—Los caminos del amor son misteriosos —dijo Sarah, aunque parecía más esperanzada que segura.

—Aun en el caso de que Marcus se enamorara de ti, lo que no va a ocurrir, y no por nada que tenga que ver contigo,

simplemente no es el tipo de hombre que se enamora rápido.

Se interrumpió, tratando de recordar cómo comenzó la frase, porque estaba bastante segura de que no la había terminado.

Sarah se cruzó de brazos.

—¿Hay algún buen argumento ahí escondido entre los insultos que me acabas de dedicar?

Honoría puso los ojos en blanco.

—Sólo que si Marcus llegara a enamorarse de alguien, lo haría de la manera más vulgar y corriente.

—¿El amor es vulgar alguna vez? —preguntó Iris.

Esa pregunta fue lo bastante filosófica para silenciarlas. Aunque sólo un momento.

—Él nunca precipitaría una boda —continuó Honoría, volviendo a mirar a Sarah—. Detesta atraer la atención. Lo detesta —repitió, porque, francamente, era algo que merecía repetirse—. No te va a librar de la velada musical, eso seguro.

Sarah permaneció inmóvil y muy derecha unos cuantos segundos. Entonces exhaló un suspiro y se le hundieron los hombros.

—Tal vez Gregory Bridgerton —dijo, abatida—. Me parece que podría ser un romántico.

—¿Lo bastante para fugarse? —preguntó Iris.

—¡Nadie se va a fugar! —exclamó Honoría—. Y las dos vais a tocar en la velada musical del próximo mes.

Sarah e Iris la miraron con expresiones idénticas: dos partes sorpresa y una parte indignación; con una saludable pulgarada de miedo.

—Bueno, vais a tocar. Todas vamos a tocar. Es nuestro deber.

—Nuestro deber —repitió Sarah—. ¿Tocar música horrorosamente mal?

Honoría la miró fijamente.

—Sí.

Iris se echó a reír.

—No es divertido —dijo Sarah.

Iris se secó los ojos.

—Pues lo es.

—No lo será cuando tengas que tocar —le advirtió Sarah.

—Por eso aprovecho para reírme ahora —contestó Iris.

—Creo que debemos tener esos invitados el fin de semana —dijo Sarah.

—Estoy de acuerdo —dijo Honoria.

Sarah la miró desconfiada.

—Simplemente creo que sería ambicioso considerarlo un medio para librarnos de tocar en la velada musical.

Más tonto que ambicioso, en realidad, pero eso no lo iba a decir.

Sarah fue a sentarse en el escritorio que estaba cerca y cogió una pluma.

—¿Estamos de acuerdo respecto al señor Bridgerton, entonces?

Honoría miró a Iris. Las dos asintieron.

—¿Quién más? —preguntó Sarah.

—¿No crees que deberíamos esperar a que vuelva Cecily? —dijo Iris.

—¡Neville Berbrooke! —exclamó Sarah—. Está emparentado con el señor Bridgerton.

—¿Sí? —preguntó Honoria.

Sabía bastante acerca de los Bridgerton, todo el mundo los conocía en realidad, pero le parecía que ninguno de ellos se había casado con alguien de la familia Berbrooke.

—La hermana de la esposa del hermano del señor Bridgerton está casada con el hermano del señor Berbrooke.

Esa era una afirmación que pedía un comentario sarcástico, pero Honoria estaba tan impresionada por la velocidad con que Sarah había soltado toda esa parrafada que simplemente pestañeó.

Pero Iris no estaba tan impresionada.

—¿Y eso los convierte en qué, en conocidos?

—Primos —dijo Sarah, mirando a Iris malhumorada—. Hermanos. Políticos.

—¿De tercer grado? —musitó Iris.

—Dile que pare —dijo Sarah mirando a Honoria.

Honoria se echó a reír. Iris también, hasta que finalmente Sarah sucumbió y se unió a sus risas. Impulsivamente Honoria se levantó a abrazarla.

—Todo irá bien, ya lo verás.

Sarah sonrió tímidamente. Abrió la boca para decir algo, pero justo entonces entró Cecily en el salón seguida por su madre.

—Le ha encantado la idea —dijo Cecily.

—Me gusta —confirmó la señora Royle.

Diciendo eso caminó hasta el escritorio y se sentó en la silla que Sarah acababa de desocupar de un salto.

Honoria la observó con interés. La señora Royle era una mujer de tipo «medio»; de estatura mediana, constitución mediana, pelo medio castaño, ojos medio castaños, e incluso su vestido era de color medio púrpura con un volante de tamaño mediano alrededor de la orilla.

Pero no había nada mediano en la expresión que tenía en ese momento. Parecía lista para comandar un ejército y estaba claro que no haría ningún prisionero.

—Es brillante —dijo la señora Royle con el ceño levemente fruncido, buscando algo en el escritorio—. No sé por qué no se me ocurrió esto antes. Tendremos que trabajar rápido, por supuesto. Esta tarde enviaré a alguien a Londres a notificar a vuestros padres que os quedaréis aquí unos días

más. —Se giró hacia Honoria—. Cecily dice que puede conseguir que lord Chatteris haga acto de presencia, ¿es cierto?

—No —contestó Honoria, alarmada—. Puedo intentarlo, claro, pero...

—Pues haga un buen intento —dijo la señora Royle enérgicamente—. Esa será su tarea mientras nosotras hacemos los planes para el fin de semana. ¿A qué hora va a venir, por cierto?

—No tengo ni idea —contestó Honoria, y esa sería la... ah, rayos, ya no importaba cuántas veces había contestado esa pregunta—. No lo dijo.

—¿Cree que se ha olvidado?

—No es del tipo de persona que olvide las cosas.

—No, no da esa impresión —musitó la señora Royle—. De todos modos, nunca se puede contar con que un hombre sea tan fiel a la mecánica del cortejo como una mujer.

La alarma que se había ido introduciendo en el interior de Honoria pasó a convertirse en puro terror. Santo cielo, si la señora Royle estaba pensando en emparejarla a ella con Marcus...

—No me está cortejando —se apresuró a decir.

La señora Royle la miró con expresión evaluadora.

—No, de verdad, se lo prometo.

La señora Royle miró a Sarah, que al instante enderezó la espalda en su asiento.

—Sí que parece improbable —dijo Sarah, puesto que estaba claro que la señora Royle quería que interviniera—. Son más como hermanos.

—Es cierto —confirmó Honoria—. Él y mi hermano eran íntimos amigos.

A la mención de Daniel se hizo un silencio en la sala. Honoria no supo discernir si eso fue por respeto, por incomodidad o por la pena de que un caballero que era tan

buen partido no estuviera disponible para la actual cosecha de debutantes.

—Bueno —dijo la señora Royle—, haga todo lo posible. Eso es lo único que podemos pedirle.

—¡Oh! —exclamó Cecily, apartándose de la ventana—. Creo que ha llegado.

Sarah se levantó de un salto y comenzó a alisarse la falda que no tenía ni la más mínima arruga.

—¿Estás segura?

—Ah, sí —dijo Cecily, casi en un suspiro de placer—. Ah, caramba, ese coche es precioso.

Ya todas de pie se quedaron inmóviles esperando al visitante. A Honoria le pareció que la señora Royle tenía retenido el aliento.

—Qué tontas nos vamos a sentir si no es él, ¿eh? —le susurró Iris al oído.

Honoria reprimió la risa y le dio un disimulado puntapié en el zapato.

Iris simplemente sonrió.

El silencio era tal que se oyó el golpe en la puerta y luego el leve sonido cuando la abrió el mayordomo.

—La espalda derecha —le siseó la señora Royle a Cecily, y luego, como si se le acabara de ocurrir, añadió—: Vosotras también.

Entonces apareció el mayordomo en la puerta, pero solo.

—Lord Chatteris ha enviado sus disculpas —anunció.

Todas hundieron los hombros, incluso la señora Royle. Fue como si las hubiera pinchado un alfiler y hubiera salido todo el aire de ellas.

—Ha enviado una carta —continuó el mayordomo.

La señora Royle alargó la mano, pero entonces el mayordomo dijo:

—Está dirigida a lady Honoria.

Honorina enderezó la espalda y, consciente de todos los ojos fijos en ella, se esforzó más en disimular el alivio que sin duda se le reflejaba en la cara.

—Gracias —dijo, cogiendo el papel doblado de manos del mayordomo.

—¿Qué dice? —preguntó Sarah, antes que Honorina hubiera roto el sello.

—Un momento —dijo Honorina, acercándose a la ventana para poder leer la carta en relativa soledad—. No tiene importancia, en realidad —dijo, cuando terminó de leer las tres cortas frases—. Se presentó algo urgente en su casa y no puede venir esta tarde.

—¿Eso es todo lo que dice? —preguntó la señora Royle.

—No es dado a largas explicaciones —explicó Honorina.

—Los hombres poderosos no explican sus actos —declaró Cecily, teatralmente.

Pasado un momento de silencio, durante el cual todas asimilaban «eso», Honorina dijo en tono decididamente alegre:

—Nos envía sus mejores deseos a todas.

—No tan buenos como para honrarnos con su presencia —masculló la señora Royle.

La pregunta obvia sobre la reunión del fin de semana quedó suspendida en el aire; las damitas se miraban entre ellas preguntándose en silencio cual de ellas debía hacerla. Finalmente todos los ojos se clavaron en Cecily; tenía que ser ella. Habría sido de mala educación que la hiciera otra.

—¿Qué vamos a hacer entonces respecto al fin de semana en Bricstan? —preguntó Cecily. Pero su madre estaba sumida en sus pensamientos, con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos. Cecily se aclaró la garganta—. ¿Madre?

—Sigue siendo una buena idea —dijo la señora Royle de repente.

Su voz sonó muy resuelta y Honorina casi sintió resonar las sílabas en los oídos.

—Entonces ¿vamos a invitar a los estudiantes? —preguntó Cecily.

—Yo había pensado en Gregory Bridgerton —dijo Sarah, esperanzada—, y en Neville Berbrook.

—Buenas elecciones —dijo la señora Royle, caminado hacia el escritorio—. De buenas familias, los dos. —De un cajón sacó varias hojas de papel color crema y, pasando los dedos por las esquinas las contó—. Escribiré las invitaciones inmediatamente. —Se giró hacia Honoria con el brazo extendido y una hoja en la mano—. A excepción de esta.

—¿Perdón? —dijo Honoria, aunque sabía muy bien lo que quería decir la señora; simplemente no deseaba aceptarlo.

—Invite a lord Chatteris, tal como teníamos planeado. No para los dos días, sólo para una tarde. La del sábado o la del domingo, la que él prefiera.

—¿Estás segura de que la invitación no debería proceder de ti? —preguntó Cecily.

—No, es mejor que proceda de lady Honoria —dijo su madre—. A él le resultará más difícil declinar si la envía ella, que es de una familia con la que tiene una amistad tan íntima. —Avanzó un paso y Honoria no tuvo más remedio que coger la hoja de su mano—. Somos buenos vecinos, por supuesto —añadió—. No vaya a creer que no lo somos.

—Claro que sí —dijo Honoria.

No podría haber dicho ninguna otra cosa. Y no podía hacer nada tampoco, pensó, mirando el papel que tenía en la mano. Entonces le sonrió la suerte. La señora Royle se sentó ante el escritorio, lo que significaba que ella tendría que retirarse a su habitación a escribir la invitación.

Y eso significaba que nadie a excepción de ella, y de Marcus, lógicamente, sabrían lo que decía la carta:

Marcus

La señora Royle me ha pedido que te envíe esta invitación para visitarnos en Bricstan una tarde de este fin de semana. Piensa reunir a un pequeño grupo; estaremos las cuatro damitas que ya sabes y cuatro caballeros de la universidad. Te lo ruego, no aceptes. Te vas a sentir fatal, y yo me sentiré fatal, preocupada por lo mal que te sientes tú.

Con todo mi afecto, etcétera, etcétera

Honoría

Otro tipo de caballero interpretaría esa «invitación» como un reto a aceptar inmediatamente. Pero Marcus no, de eso estaba segura. Podía ser altanero, podía ser desaprobador, pero ciertamente no era rencoroso. No iba a ir ahí a sufrir sólo por hacerla sufrir a ella.

De vez en cuando le amargaba la existencia, pero en el fondo era una buena persona. Sensato también. Comprendería que la reunión organizada por la señora Royle sería exactamente el tipo de evento social que lo haría desear arrancarse los ojos. Desde hacía tiempo le extrañaba que él fuera a las temporadas en Londres; siempre se le veía totalmente aburrido.

Selló la carta, bajó y se la entregó a un lacayo para que la hiciera llegar a Marcus.

Cuando varias horas después llegó la respuesta, venía dirigida a la señora Royle.

—¿Qué dice? —preguntó Cecily, ansiosa, corriendo a situarse al lado de su madre.

Iris también se le acercó a tratar de mirar por encima de su hombro.

Honoría se quedó atrás y esperó. Sabía qué diría.

La señora Royle rompió el sello, desdobló el papel y leyó, moviendo rápidamente los ojos.

—Envía sus disculpas —dijo, en tono de desencanto.

Cecily y Sarah emitieron gemidos de desesperación. La señora Royle miró a Honoria, que esperaba estar haciéndolo bien simulando sorpresa.

—Se lo pedí —dijo—. Creo que simplemente este no es su tipo de entretenimiento. De verdad, no es muy sociable.

—Bueno, eso es cierto —gruñó la señora Royle—. No recuerdo más de tres bailes en que lo vi bailando la temporada pasada. Y habiendo tantas damitas sin pareja. Fue francamente grosero.

—Pero es buen bailarín —dijo Cecily.

Todas la miraron.

—Lo es —insistió Cecily, algo sorprendida de la atención que habían atraído sus palabras—. Bailó conmigo en el baile de los Mottram. —Se giró hacia las otras chicas, como si eso necesitara explicación—. Somos vecinos, después de todo. Sólo fue educado.

Honoria asintió. Marcus era buen bailarín; bailaba mejor que ella, eso seguro. Ella nunca había logrado entender las complejidades del ritmo. Sarah había intentado infinitas veces explicarle la diferencia entre el ritmo del vals y el del cuatro por cuatro, pero ella jamás había logrado captarlo.

—Perseveraremos —dijo la señora Royle, poniéndose una mano sobre el corazón—. Dos de los cuatro caballeros ya han aceptado, y estoy segura de que por la mañana tendremos las respuestas de los otros.

Pero esa noche, cuando Honoria ya iba en dirección a la escalera para subir a acostarse, la señora Royle la llevó hacia un lado y le preguntó en voz baja:

—¿Cree que hay alguna posibilidad de que lord Chatteris cambie su decisión?

Honoria tragó saliva, incómoda.

—Creo que no, señora.

La señora Royle movió la cabeza e hizo un suave sonido al chasquear la lengua.

—Qué lástima. Con su presencia me habría apuntado un tanto. Bueno, buenas noches, querida. Que tenga sueños agradables.

A veinte millas de distancia, Marcus estaba sentado solo en su despacho bebiendo de una taza de sidra caliente y reflexionando sobre la misiva de Honoria. Cuando la leyó le vino un ataque de risa, lo cual, se imaginó, había sido la intención de ella. Tal vez no su intención principal, ya que seguro que esa había sido impedirle que fuera a visitar al grupo reunido en casa de la señora Royle, pero sin duda sabía que eso lo divertiría infinitamente.

Volvió a mirar el papel y sonrió al releerlo. Sólo Honoria le escribiría una nota como esa, rogándole que declinara la invitación que había escrito en el párrafo anterior.

Había sido bastante agradable volver a verla. Hacía muchísimo tiempo que no la veía. No contaba las numerosas veces que se cruzaban sus caminos en Londres. Esos encuentros nunca podían ser como las despreocupadas ocasiones que pasaba con su familia en Whipple Hill. En Londres o bien él estaba eludiendo a las ambiciosas madres que estaban totalmente seguras de que sus hijas habían nacido para ser la siguiente lady Chatteris, o bien tratando de observar a Honoria. O las dos cosas.

Mirado en retrospectiva, era extraordinario que a nadie se le hubiera ocurrido pensar que él estaba interesado en ella. Sí que había pasado bastante tiempo entrometiéndose discretamente en los asuntos de ella. En la temporada pasada había ahuyentado a cuatro caballeros, dos de ellos cazadotes, uno con una vena de crueldad y el último un tonto pomposo y viejo. Estaba bastante seguro de que ella habría tenido la sensatez de rechazar al último, pero el que tenía la vena de crueldad lo disimulaba bien, y los cazadotes eran encantadores, le habían dicho.

Lo que sin duda era un requisito para ser cazadotes.

Era probable que ella estuviera interesada por uno de los caballeros que estarían en la reunión del fin de semana organizada por la señora Royle, y no quería estropearle las

cosas. Además, él no deseaba particularmente estar ahí tampoco, así que en eso estaban desacuerdo.

Pero necesitaba saber en quién había puesto la mira ella. Si no era un joven que él conocía, tendría que hacer averiguaciones. No le resultaría difícil conseguir la lista de los invitados; los criados siempre sabían la manera de enterarse de esas cosas.

Y tal vez, si el tiempo era bueno, iría a cabalgar por ahí. O a pie. En el bosque había un sendero que cruzaba aquí y allá el límite entre Fensmore y Bricstan. No recordaba cuándo anduvo por ese sendero por última vez. Eso era una irresponsabilidad; un terrateniente debe conocer su propiedad hasta en sus más mínimos detalles.

Sería una caminata, entonces. Y si por casualidad se encontraba con Honoria y sus amigas, podría conversar con ellas el tiempo suficiente para obtener la información que necesitaba. Podría evitar la visita y enterarse de a quién deseaba conquistar ella.

Terminó de beber su sidra y sonrió. Imposible imaginarse un resultado más agradable.

CAPÍTULO 03

El domingo a mediodía Honoria ya estaba convencida de que había elegido bien. Gregory Bridgerton sería un marido ideal. Unos días atrás le tocó a él sentarse al lado de ella durante la cena en la casa de ciudad de los Royle, y estuvo absolutamente encantador. Ciertamente no dio la menor señal de que se hubiera enamorado de ella, pero tampoco pareció conquistado por las otras. Era amable, cortés y tenía un sentido del humor igual que el suyo.

Más aún, creía que si se esforzaba un poco, tenía bastantes posibilidades de captar su atención. Era hijo menor. No, era «el menor», y eso significaba que las damitas que tenían la esperanza de hacerse con un título, lo considerarían indigno de su atención. Además, era probable que necesitara dinero. Su familia era pasablemente rica y sin duda le daría algún dinero, pero los hijos menores estaban notablemente necesitados de una dote.

Y ella tenía una dote. Nada pasmoso, pero antes de marcharse Daniel le había dicho a cuánto ascendía, y la suma era bastante respetable. No entraría en el matrimonio con las manos vacías.

Lo único que le faltaba era hacer comprender al señor Bridgerton que formaban una pareja perfecta. Y ella tenía su plan.

La idea le vino esa mañana en la iglesia (las damas fueron al servicio; los caballeros se las arreglaron para no ir). El plan no era terriblemente complicado; sólo necesitaba que el día estuviera soleado, un sentido de la orientación más o menos aceptable, y una pala.

En lo primero no hubo problema; el día estaba soleado. El sol brillaba esplendoroso cuando entraron en la pequeña iglesia parroquial, y tal vez a eso se debió que se le ocurriera la idea. Mejor aún, seguía brillando cuando salieron, y eso era algo con lo que nunca se podía contar, dados los caprichos del clima inglés.

Lo segundo sería más difícil. Pero el día anterior habían hecho una caminata por el bosque y estaba bastante segura de que lograría encontrar el camino para volver. Podía no ser capaz de distinguir entre el norte y el sur, pero sí era capaz de seguir un sendero bien cuidado.

En cuanto a la pala, tendría que ver la manera de encontrar una después.

Cuando llegaron a Bricstan de vuelta del servicio en la iglesia, las informaron de que los caballeros habían ido a cazar y volverían para una tardía comida de mediodía.

—Van a tener muchísima hambre —declaró la señora Royle—. Debemos hacer nuestros preparativos de acuerdo con eso.

Al parecer ella fue la única que no entendió que eso significaba que necesitaba una ayudante. Cecily y Sarah subieron corriendo a elegir sus vestidos para la tarde; Iris masculló una tontería sobre un dolor de estómago y escapó también. Y eso la dejó al instante como parte del comité de dos de la señora Royle.

—Había pensado servir empanadas de carne —dijo la señora Royle—. Son fáciles de comer al aire libre, pero creo que tendremos necesidad de otra carne. ¿Cree que a los caballeros les gustará la carne asada fría?

—Por supuesto —contestó ella, entrando en la cocina, siguiéndola. «¿No le gustaba a todo el mundo?»

—¿Con mostaza?

Ella abrió la boca para contestar, pero la señora no necesitaba respuesta, porque continuó:

—Serviremos carnes de tres tipos. Y una compota.

Ella esperó un momento, y cuando se le hizo evidente que la señora Royle sí esperaba una respuesta, dijo:

—No me cabe duda de que eso es lo ideal.

No era la demostración más esplendorosa de su habilidad como conversadora, pero dado el tema, fue lo mejor que se le ocurrió.

—¡Uy! —exclamó la señora Royle, girándose tan de repente que casi chocó con ella—. ¡Olvidé decirle a Cecily!

—¿Decirle qué?

Pero la señora Royle ya había avanzado seis pasos en el vestíbulo y llamado a una criada. Cuando volvió dijo:

—Es muy importante que lleve el vestido azul esta tarde. He sabido que es el color favorito de dos de nuestros invitados.

Cómo se enteró de eso. Honoria no lograba ni siquiera comenzar a imaginárselo.

—Y complementa sus ojos —añadió la señora.

—Cecily tiene unos ojos hermosos —convino ella.

La señora Royle la miró de una manera rara.

—Usted debería considerar la posibilidad de usar azul con más frecuencia también. El azul le hará que se vea menos raro el color de sus ojos.

—Me gusta el color de mis ojos —dijo ella, sonriendo.

La señora Royle apretó los labios.

—Es un color muy poco común.

—Es un rasgo de familia. Mi hermano los tiene del mismo color.

—Ah, sí, su hermano —suspiró la señora Royle—. Una lástima.

Ella asintió. Tres años atrás ese comentario la habría ofendido, pero ya era menos impetuosa, más pragmática. Además, era cierto. Era una lástima.

—Tenemos la esperanza de que algún día pueda volver.

La señora Royle emitió un bufido.

—No mientras no muera Ramsgate. Lo conozco desde que usaba andador y es terco como una mula.

Ella pestañeó, sorprendida. Esa franqueza para hablar era inesperada en la señora Royle.

—Bueno —dijo esta, suspirando—, no se puede hacer nada al respecto, una pena. Ahora bien, la cocinera está preparando tartaletas individuales para los postres, con fresas y crema de vainilla.

—Maravillosa idea —dijo ella, que ya había comprendido que su tarea era manifestar su acuerdo siempre que fuera posible.

—Tal vez debería hornear galletas también —continuó la señora Royle, ceñuda—. Las hace muy bien, y los caballeros tendrán mucha hambre. Cazar es agotador.

Hacía tiempo que Honoria pensaba que el deporte de la caza era más agotador para los pájaros que para los cazadores, pero eso se lo guardó. De todos modos, no pudo evitar decir:

—¿No es curioso que esta mañana fueran a cazar y no a la iglesia?

—No soy quién para decir cómo deben llevar su vida los caballeros jóvenes —dijo remilgadamente la señora Royle—. A menos que sean mis hijos, en cuyo caso deben hacer siempre lo que yo digo.

Ella intentó detectar ironía en su tono, pero no lo consiguió, así que simplemente asintió. Y tuvo la impresión de que el futuro marido de Cecily formaría parte del grupo de los que «deben hacer lo que yo digo».

Era de esperar que el pobre hombre, fuera quien fuera, supiera en qué se iba a meter. Una vez Daniel le dijo que el mejor consejo que había recibido sobre el tema del matrimonio se lo había dado (sin que se lo hubiera pedido, lógicamente) lady Danbury, una dama viuda mayor, aterradora, que al parecer gozaba dando consejos a cualquiera que quisiera escuchar.

Y a muchos que no querían escuchar, también.

Al parecer Daniel se lo había tomado muy en serio, o por lo menos aprendido de memoria. Y era que un hombre debe entender que cuando se casa, se casa con su suegra tanto como con su novia.

Bueno, casi. Y Daniel se rió muchísimo al hacer este añadido. Ella simplemente lo miró sin entender, y eso lo hizo reír aún más.

Sí que era un granuja a veces. De todos modos, lo echaba de menos.

Pero, la verdad, la señora Royle no era tan terrible. Sencillamente era resuelta, y ella sabía por experiencia que las madres resueltas son temibles. En otro tiempo su madre lo había sido. Sus hermanas todavía contaban historias de cuando eran damitas solteras y su madre era todo lo ambiciosa que se podía ser en la alta sociedad. Margaret, Henrietta, Lydia y Charlotte iban siempre ataviadas con los mejores vestidos, siempre estaban en los lugares y ocasiones donde podían ser vistas, y todas se habían casado bien. No fabulosamente, pero bien. Y todas lo consiguieron en dos temporadas o menos.

Ella, en cambio, veía la tercera temporada en lontananza y el interés de su madre por verla bien establecida era tibio en el mejor de los casos. Y no es que no deseara que se casara, simplemente no era capaz de animarse para darle más importancia al asunto.

Nada le importaba mucho desde que Daniel se marchó del país.

Por lo tanto, si la señora Royle quería que se prepararan dulces extras y obligaba a su hija a cambiarse el vestido basándose en algo que tal vez oyó acerca del color favorito de alguien, pues bien, lo hacía por cariño, y ella nunca la criticaría por eso.

—Es usted un encanto al ayudarme en los preparativos — le dijo la señora Royle dándole una palmadita en el brazo—. Todas las tareas se hacen más fáciles con un par de manos extras, eso es lo que siempre me decía mi madre.

Aunque Honoria pensó que lo que en realidad ofrecía era un par de oídos extras, no manos, le dio las gracias y la siguió hacia el jardín, donde la señora quería supervisar los arreglos en la mesa para la comida al aire libre.

—Me parece que el señor Bridgerton ha estado mirando a mi Cecily con bastante interés —dijo la señora Royle, saliendo a la luz del sol, del que ya no se veía mucho—. ¿No lo ha notado?

—No, no lo he notado.

Y no lo había notado, pero, rayos, ¿sería cierto?

—Ah, pues sí —dijo la señora Royle, con mucha convicción—, anoche en la cena. Sus sonrisas eran muy anchas.

Ella se aclaró la garganta.

—Es un caballero muy sonriente.

—Sí, pero sus sonrisas eran «diferentes».

—Supongo.

Miró hacia el cielo. Se estaba cubriendo de nubes, aunque no daba la impresión de que fuera a llover.

—Sí, lo sé —dijo la señora Royle siguiendo su mirada e interpretando mal el motivo—. No está tan soleado como esta mañana. Es de esperar que se mantenga el tiempo para la comida.

Y unas dos horas más tarde, por lo menos, se dijo. Tenía un plan, un plan, pensó mirando alrededor, pues al fin y al cabo estaban en el jardín, y allí podría encontrar una pala.

—Sería una tragedia si tuviéramos que trasladarnos al interior —continuó la señora Royle—; no podríamos llamarla comida al aire libre en ese caso.

Honoría asintió distraída, sin dejar de analizar las nubes. Había una que se veía más oscura que el resto, pero ¿se iba acercando o alejando?

—Bueno, supongo que lo único que podemos hacer es esperar a ver qué pasa —continuó la señora Royle—. Y no será un verdadero perjuicio. Un caballero igual se puede enamorar dentro que fuera de una casa, y si el señor Bridgerton ha puesto sus ojos en Cecily, ella podrá impresionarlo tocando el piano.

—Sarah toca muy bien también —comentó Honoria.

La señora Royle se detuvo y se giró a mirarla.

—¿Sí?

Bueno, no le extrañaba en absoluto que la mujer pareciera tan sorprendida. Sabía de cierto que había asistido a la velada musical del año anterior.

—En todo caso, no es probable que tengamos que comer dentro —continuó la señora Royle antes que ella pudiera hacer otro comentario—. El cielo no se ve tan ominoso. Jum. Supongo que debo reconocer que tenía la esperanza de que el señor Bridgerton se interesara por Cecily. Ay, espero que esa criada la haya cogido a tiempo para ponerse el vestido azul; la fastidiaría tener que cambiárselo, pero claro, lord Chatteris sería aún más fascinante.

Alarmada, Honoria giró la cabeza para mirarla.

—Pero no va a venir.

—No, claro que no, pero es nuestro vecino. Y, como dijo Cecily el otro día, eso significa que bailará con ella en Londres, y hay que aprovechar las oportunidades cuando se presentan.

—Sí, por supuesto, pero...

—Él no concede su favor a muchas damitas —dijo la señora Royle, orgullosa—. A usted, supongo, debido a su amistad anterior, y tal vez a una o dos más. Eso le hará más fácil a Cecily captar su atención. Por aquí, lady Honoria —dijo, señalando una mesa con una hilera de arreglos florales en el centro—. Además, nuestra propiedad es como un bocadito sacado de la suya. Seguro que la deseará.

Honoria se aclaró la garganta, sin saber muy bien qué decir.

—Aunque no podríamos dársela entera —continuó la señora Royle—. Nada está vinculado, pero de ninguna manera podría hacerle ese desaire a Georgie.

—¿Georgie?

—Mi hijo mayor. —Se giró a mirarla evaluadora, y luego agitó una mano—. No, usted es demasiado mayor para él. Una lástima.

Honorina concluyó que era imposible dar una respuesta apropiada a eso.

—Aunque podríamos añadir unos cuantos acres a la dote de Cecily. Valdría la pena, por tener una condesa en la familia.

—No creo que él ande buscando esposa todavía.

—Qué tontería. Todos los hombres solteros andan en busca de esposa. Lo que pasa es que no siempre lo saben.

Honorina consiguió esbozar una leve sonrisa.

—Procuraré tener presente eso.

La señora Royle se giró a mirarla atentamente.

—Debe —dijo al fin, ya convencida de que no había sido una burla—. Ah, hemos llegado. ¿Qué le parecen estos arreglos florales? ¿Se ven pesados con tantas flores de azafrán?

—Las encuentro preciosas —dijo Honorina, admirando en particular las de color lavanda—. Además, sólo estamos al comienzo de la primavera. Son los azafranes los que están florecidos.

—Supongo —dijo la señora Royle, exhalando un largo suspiro—, pero yo las encuentro algo vulgares.

Honorina sonrió soñadora y pasó los dedos por los pétalos. Esas flores tenían algo que la hacían sentirse absolutamente contenta.

—Yo prefiero considerarlas pastoriles.

La señora Royle ladeó la cabeza, tal vez analizando ese comentario. Pasado un instante debió decidir que no era necesaria una respuesta, porque enderezó la cabeza y dijo:

—Creo que iré a pedirle a la cocinera que haga galletas.

—¿Sería aceptable que yo me quedara aquí? —se apresuró a preguntar Honorina—. Me gusta muchísimo arreglar flores.

La señora Royle miró las flores, que ya estaban expertamente arregladas, y luego la miró a ella.

—Sólo ahuecarlas —explicó.

La señora Royle agitó una mano.

—Si quiere. Pero no olvide cambiarse el vestido antes que vuelvan los caballeros. Pero nada azul. Quiero que Cecily se destaque.

—Creo que ni siquiera traje un vestido azul —dijo Honoria, toda diplomática.

—Bueno, eso lo pondrá fácil. Que se divierta... esto, ahuecando.

Honoria sonrió y esperó hasta que su anfitriona entró en la casa y se perdió de vista. Entonces esperó otro poco más, pues había varias criadas yendo y viniendo, afanadas poniendo tenedores, cucharas y demases. Mientras tanto tocaba las flores, levantándoles los pétalos, mirando aquí y allá, hasta que vio el brillo de un objeto plateado más allá de un rosal. Echando una mirada a las criadas para cerciorarse de que estaban ocupadas, atravesó la pequeña extensión de césped para ver qué era el aquello.

Era una pala de jardín pequeña, al parecer olvidada por los jardineros. «Gracias», dijo, sólo modulando la palabra. No era una verdadera pala, pero serviría. Además, no lograba imaginarse cómo se podría emplear la palabra «pala» y «que no llama la atención» en una misma frase.

De todos modos, sería necesario hacer planes para la palita. Ninguno de sus vestidos tenía bolsillos, y aun en el caso de que alguno los tuviera, no veía cómo podría meter en uno esa herramienta tan largos como la mitad de su antebrazo sin que se notara. Pero sí podría esconderla por ahí y luego cogerla cuando llegara el momento.

En realidad, decidió, eso era exactamente lo que haría.

CAPÍTULO 04

¿Qué estaría haciendo?

A Marcus no se le había ni ocurrido mantenerse oculto, pero cuando vio a Honoria arrodillada en el suelo cavando, no pudo evitarlo. Tuvo que retroceder para observarla.

Estaba cavando con una pequeña pala de jardín, y fuera cual fuera el tipo de hoyo que estaba haciendo, no podía ser muy grande, porque sólo al cabo de un minuto se incorporó, miró atentamente el agujero que había hecho y después metió un pie. Aah. Sigiloso fue a ocultarse detrás de un árbol. Entonces ella miró alrededor hasta que vio un montón de hojas secas y fue a esconder debajo la pequeña pala.

En ese momento él estuvo a punto de dar a conocer su presencia. Pero entonces ella caminó hasta el hoyo, estuvo un momento mirándolo ceñuda y luego volvió al montón de hojas a sacar la herramienta.

Con la palita en la mano se acuclilló a hacer unos arreglos. Estaba de espaldas a él, bloqueándole la vista, así que sólo cuando ella volvió al montón de hojas a esconder la pala, que, ya estaba claro, era la manifiesta prueba del delito, vio que había rodeado el hoyo con montoncitos de tierra suelta, formando un anillo.

Había cavado una madriguera para un topo.

¿Sabría ella que una madriguera nunca está sola, aislada? Cuando hay una, normalmente hay otra cerca, muy visible. Pero tal vez eso no importaba. A juzgar por las veces que ella había probado el hoyo con el pie, su intención era fingir una caída. O tal vez provocar un tropiezo y la caída de alguien. Fuera lo uno o lo otro, no era probable que alguien se preocupara de ver si había otra madriguera de topo en la cercanía después de torcerse un tobillo.

Continuó observándola. Pasaron varios minutos. Podría considerarse un aburrimiento estar mirando a una dama que no hace otra cosa que estar junto a una madriguera excavada por ella misma, pero él lo encontraba sorprendentemente

entretenido, tal vez debido a que Honoria se esforzaba muchísimo en no aburrirse. Primero le pareció que estaba recitando algo en voz baja y, luego, al verla arrugar la nariz, le quedó claro que no recordaba cómo terminaba el poema o la cita. Después bailó una corta giga; después bailó un vals, con los brazos en posición como si estuviera bailándolo con una pareja invisible.

Bailaba con sorprendente gracia, ahí, en el bosque; el vals lo bailaba considerablemente mejor sin música que con música. Con su vestido verde claro casi daba la impresión de ser una ninfa. No le costaría imaginársela con un vestido hecho de hojas brincando por el bosque.

Siempre había sido una chica de campo. En Whipple Hill correteaba por todas partes, trepaba a los árboles, rodaba por las laderas de las colinas. Generalmente intentaba seguirlos a él y a Daniel, pero cuando ellos rechazaban su compañía siempre encontraba maneras de entretenerse sola, siempre al aire libre, fuera de la casa. Una vez, recordó, caminó alrededor de la casa cincuenta veces en una tarde, sólo para ver si eso se podía hacer.

Y era una casa grande. Al día siguiente estaba muy dolorida; incluso Daniel creyó que sus quejas no eran fingidas.

Pensó en Fensmore, su casa. Era monstruosamente grande. Ninguna niña en su sano juicio daría la vuelta alrededor diez veces en un día, y mucho menos cincuenta veces. ¿Había estado ahí Honoria alguna vez? Lo pensó; no logró imaginar cuándo podría haber estado. Desde luego, él no invitaba a nadie a su casa cuando era niño. Su padre nunca fue famoso por su hospitalidad, y lo último que podría haber deseado él era invitar a sus amigos a ese mausoleo silencioso de su infancia.

En todo caso, pasados diez minutos Honoria se aburrió. Y entonces él también se aburrió, porque ella no hacía nada aparte de permanecer sentada al pie de un árbol, con los codos apoyados en las rodillas y el mentón en las manos.

De pronto oyó pasos de alguien acercándose. Ella también los oyó, porque se levantó de un salto, corrió hasta el hoyo,

metió un pie y, acuclillándose primero, se dejó caer al suelo y luego acomodó el cuerpo en la posición más airosa que le permitía el pie metido en el agujero.

En esa posición esperó, muy atenta, y cuando quien fuera la persona que andaba por el bosque estuvo lo bastante cerca para oírla, emitió un grito de dolor bastante convincente.

Todas esas pantomimas que hacían en familia le habían sido muy útiles. Si él no la hubiera visto organizar esa caída, habría creído absolutamente que se había hecho daño.

Esperó para ver quién aparecía.

Y esperó.

Y esperó.

Ella también esperó, pero al parecer esperó demasiado rato para lanzar el segundo grito de «dolor». Porque no llegó nadie a auxiliarla.

Entonces ella emitió un último grito, pero le salió desgano.

—¡Maldita sea! —masculló, sacando el pie del hoyo.

Él se echó a reír.

Ella hizo una brusca inspiración.

—¿Quién anda ahí?

Condenación, no fue su intención reírse tan fuerte. Salió de detrás del árbol y avanzó; no quería asustarla.

—¿Marcus?

Él la saludó levantando una mano; le habría dicho algo, pero ella seguía en el suelo y tenía el zapato cubierto de tierra. Y su cara... Ah, su cara, nunca había visto nada tan divertido. Reflejaba agravio y humillación, y él no logró discernir cuál sentimiento era más fuerte.

—¡Deja de reírte!

—Lo siento —dijo él, que no lo sentía en absoluto.

Ella frunció el entrecejo en un gesto cómicamente feroz.

—¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí —dijo él y, avanzando otro poco, le tendió la mano; eso era lo caballeroso, le pareció.

Ella entrecerró los ojos; no le creía, eso estaba claro.

—Bueno, vivo cerca —enmendó él—. Este sendero cruza por aquí y por allá el límite de la propiedad.

Ella le cogió la mano, aceptando su ayuda para levantarse; cuando estuvo de pie comenzó a limpiarse la tierra de la falda. Pero la tierra estaba húmeda, así que se le habían pegado trocitos de barro, lo que la hizo emitir gruñidos y suspiros. Finalmente renunció, y lo miró.

—¿Cuánto rato llevas ahí escondido?

—Más del que tú querrías.

Ella emitió un cansino gemido.

—Supongo que no querrás guardarme el secreto.

—No diré una palabra —le prometió él—, pero, ¿a quién querías atraer?

—Vamos —bufó ella—. Eres la última persona a la que se lo diría.

Él arqueó una ceja.

—Ah. La última.

Ella le dirigió una mirada impaciente.

—Después de la reina, después del primer ministro...

—Para —dijo ella, aunque disimulando una sonrisa. Y volvió a desinflarse—. ¿Te importa si me vuelvo a sentar?

—Faltaría más.

—Ya tengo el vestido sucio —dijo ella, eligiendo un lugar al pie del árbol—. Unos minutos más no cambiarán gran cosa. —Se sentó y lo miró con expresión irónica—. Ahora es cuando debes decir que estoy tan limpia y lozana como una margarita.

—Depende de la margarita, creo.

Entonces ella lo miró con una expresión de absoluta incredulidad, expresión tan conocida que él la encontró casi cómica. ¿Durante cuántos años ella lo había mirado poniendo los ojos en blanco? ¿Catorce? ¿Quince? Hasta ese momento nunca lo había pensado, pero ella era casi sin duda la única mujer entre sus conocidas que le hablaba francamente, añadiendo una saludable dosis de sarcasmo.

Por eso detestaba ir a Londres a pasar la temporada. Las mujeres le sonreían con afectación, se pavoneaban y le decían lo que ellas creían que él deseaba oír.

Los hombres también.

Lo irónico era que casi siempre se equivocaban. Nunca había deseado estar rodeado por aduladores. Detestaba que estuvieran pendientes de cada una de sus palabras. No deseaba que lo cumplimentaran por el excelente corte y confección de su chaleco totalmente corriente e idéntico al de todos los demás.

Cuando se marchó Daniel no quedó nadie que lo conociera de verdad. Ningún familiar, a no ser que estuviera dispuesto a retroceder en unas cuatro generaciones para encontrar un antepasado normal y corriente. Era el hijo único de un hijo único. Los Holroyd no eran famosos por su capacidad procreativa.

Se apoyó en un árbol cercano y contempló a Honoria, que se veía agotada y afligida sentada en el suelo.

—¿El fin de semana con invitados no fue el éxito que habías imaginado?

Ella lo miró interrogante.

—En tu carta dabas a entender que sería un grupo atractivo.

—Bueno, sabía que tú lo detestarías.

—Podría haberlo encontrado divertido —dijo él, aunque los dos sabían que eso no era cierto.

Ella volvió a mirarlo con esa conocida expresión.

—Habríamos sido cuatro damitas solteras, cuatro caballeros jóvenes de la universidad, el señor y la señora Royle y tú. —Esperó a que él asimilara eso y añadió—: Y posiblemente un perro.

Él sonrió irónico.

—Me gustan los perros.

Con eso consiguió que ella se riera. Entonces ella cogió una ramita que estaba cerca y comenzó a dibujar círculos en la tierra. Se veía muy triste, con unos mechones de pelo escapados del moño colgando lisos. Sus ojos también se veían cansados; cansados y... algo más. Algo que a él no le gustó.

Parecía derrotada.

Eso estaba mal. Honoria Smythe-Smith no debería sentirse nunca derrotada.

—Honorita —dijo.

Ella levantó bruscamente la vista al captar su tono.

—Tengo veintiún años, Marcus.

Él guardó silencio, calculando.

—Eso no puede ser posible.

Ella apretó los labios, malhumorada.

—Te aseguro que lo es. El año pasado hubo unos cuantos caballeros que parecían interesados, pero ninguno se decidió a dar el paso y proponerme matrimonio. —Se encogió de hombros—. No sé por qué.

Marcus se aclaró la garganta y vio la necesidad de arreglarse la corbata.

—Supongo que todo fue para mejor —continuó ella—. Yo no adoraba a ninguno de ellos. Y uno de ellos era... —Frunció el ceño—. bueno, una vez lo vi darle una patada a un perro. Así que de ninguna manera podía considerar la posibilidad..., bueno, ya sabes.

Él asintió.

Ella enderezó la espalda y sonrió, en actitud resueltamente alegre; tal vez demasiado alegre.

—Pero este año estoy resuelta a que me vaya mejor.

—Seguro que te irá mejor —dijo él.

Ella lo miró desconfiada.

—¿Qué he dicho? —preguntó él.

—Nada, pero no hace falta que hables de esa manera tan condescendiente, con ese aire de superioridad.

—¿De qué diablos hablas? No soy...

—Vamos, Marcus, por favor. «Siempre» eres condescendiente.

—Expícate.

Ella lo miró como si no pudiera entender que él no lo viera.

—Ah, sabes lo que quiero decir.

—No, no sé qué quieres decir.

Ella soltó un bufido y se puso de pie.

—Siempre miras a las personas «así».

Arregló los rasgos en una expresión que él no habría podido ni comenzar a describir.

—Si alguna vez miro así —dijo irónico—, exactamente así, para ser más preciso, te doy permiso para pegarme un tiro.

—Eso —dijo ella, triunfante—. Así.

Él comenzó a dudar de que estuvieran hablando en el mismo idioma.

—¿Así cómo?

—¡Eso! Lo que acabas de decir.

Él se cruzó de brazos. Le pareció la única respuesta aceptable. Si ella no era capaz de hablar con frases completas, no veía ningún motivo para decir algo.

—La última temporada la pasaste mirándome ceñudo. Cada vez que te miraba, te veía desaprobador.

—Te aseguro que esa no era mi intención.

Al menos no con ella. Desaprobaba a los hombres que la cortejaban, pero a ella jamás.

Ella se cruzó de brazos y lo miró contrariada.

Él tuvo la clara impresión de que estaba tratando de determinar si sus palabras habían sido o no una disculpa. Que no lo habían sido. Eligiendo con sumo cuidado las palabras, y el tono, dijo:

—¿Hay alguna cosa en la que yo pueda ayudarte?

—No —repuso ella secamente. Y luego añadió—: Gracias.

Él exhaló un cansino suspiro, pensando que tal vez era el momento de cambiar de táctica.

—Honorina, no tienes padre, tu hermano está en algún lugar de Italia, creemos, y tu madre desea retirarse a Bath.

—¿Qué quieres decir?

—Que estás sola en el mundo —contestó él, casi ladrando; no recordaba que alguien le hubiera hablado a él en ese tono—. O podrías estarlo.

—Tengo hermanas.

—¿Alguna de ellas te ha ofrecido su casa para vivir?

—No, claro que no. Saben que vivo con mi madre.

—Que desea retirarse a Bath.

—No estoy sola —dijo ella, acalorada, y a él lo horrorizó detectar un sollozo reprimido en su voz; pero si estaba a punto de llorar, se tragó las lágrimas, porque continuó, toda ella ira e indignación—: Tengo montones de primas, montones. Y cuatro hermanas que me recibirían en sus casas al instante si fuera necesario.

—Honorina...

—Y también tengo un hermano, aun cuando no sepa dónde está. No... —Se interrumpió y pestañeó, como si la

sorprendieran las palabras que tenía en la punta de la lengua; pero las dijo de todos modos—: No te necesito a ti.

Se hizo un silencio horrible. Marcus no pensó en todas las veces que había estado sentado a la mesa cenando en la casa de ella. Ni en las pantomimas familiares en las que él siempre hacía de árbol. Eran horrorosas, todas y cada una, pero disfrutaba simulando que tenía ramas y hojas; nunca deseó hacer los papeles principales, le encantaba no tener que hablar, pero le gustaba participar. Le encantaba estar ahí, con ellos, como familia.

No, no pensó en nada de eso. Estaba segurísimo de que no estaba pensando en nada de eso al contemplar a la niña que le acababa de decir que no lo necesitaba.

Y tal vez no lo necesitaba.

Y tal vez ya no era una niña tampoco.

Infierno y condenación.

Soltó el aliento que tenía retenido, diciéndose que no importaba lo que ella creyera sentir por él. Daniel le había pedido que cuidara de ella, y cuidaría de ella.

—Necesitas... —suspiró, tratando de encontrar una manera de decirlo sin hacerla enfadar; no había ninguna, concluyó, así que simplemente lo dijo—: Necesitas ayuda.

Ella retrocedió un paso.

—¿Es que te ofreces a ser mi tutor?

—Noo, no, eso es lo último que desearía.

Ella se cruzó de brazos.

—Porque soy difícil, un engorro.

—Noo. —Buen Dios, ¿cómo se deterioró tan rápido la conversación?—. Simplemente quiero ayudarte.

—No necesito otro hermano —dijo ella, ásperamente.

—Y yo no deseo ser tu hermano —replicó él. Entonces volvió a verla o, mejor dicho, la vio de otra manera, distinta. Tal vez fueron sus ojos, o su piel, sonrosada por el enfado, o

tal vez su forma de respirar. O la curva de su mejilla, o ese pequeño lunar en...—. Tienes una mancha de barro en la mejilla —dijo, ofreciéndole su pañuelo.

No tenía ninguna mancha de nada, pero necesitaba una interrupción para cambiar de tema.

Ya.

Ella se pasó el pañuelo por la cara y luego lo miró, vio que seguía blanco níveo, frunció el ceño y volvió a pasárselo.

—Ya está —dijo él.

Ella le devolvió el pañuelo y continuó mirándolo con expresión hosca, fría. Parecía una niña de doce años otra vez, o al menos su expresión era la de una niña de doce años, y eso le venía bien a él.

—Honorita, como amigo de Daniel...

—No —dijo ella, simplemente eso: no.

Él hizo una inspiración, aprovechando el tiempo para elegir las palabras.

—¿Por qué te resulta tan difícil aceptar ayuda?

—¿La aceptas tú?

Él la miró sorprendido.

—¿Te gusta aceptar ayuda?

—Depende de quién me la ofrezca.

—Yo. —Se cruzó de brazos, al parecer bastante satisfecha por su respuesta, aunque, por más que quisiera, no tenía ni idea de por qué—. Imagínatelo. Imagínate que yo te ofrezco ayuda.

—Suponiendo que es en algo que tienes conocimiento o experiencia, sí. No me importaría aceptar ayuda de ti.

Se cruzó de brazos también, bastante complacido consigo mismo. La frase le había salido perfecta, apaciguadora y simpática, y no decía absolutamente nada.

Esperó la respuesta, pero pasado un momento ella movió levemente la cabeza y dijo:

—Tengo que volver.

—¿Te echarán de menos?

—Ya me habrán echado de menos —masculló ella.

—El tobillo torcido —dijo él, moviendo la cabeza compasivo.

Ella lo miró enfurruñada y echó a andar; en dirección opuesta a la casa.

—¡Honorina!

Ella giró la cabeza.

Él se esforzó en no sonreír y apuntó:

—Bricstan está hacia allí.

—Gracias —dijo ella, aunque con la mandíbula tensa.

Y entonces se giró, pero se giró tan rápido que perdió el equilibrio. Soltó un chillido, tratando de no caerse, y entonces Marcus hizo lo que haría instintivamente cualquier caballero: corrió a sostenerla.

Y entonces pisó justo dentro de la maldita madriguera.

La exclamación de sorpresa fue de él, una palabrota bastante fea, lo avergonzó reconocer. Al perder él el equilibrio, los dos cayeron al suelo, Honorina de espaldas y él encima de ella, y el golpe hizo un ruido sordo en la tierra húmeda.

Al instante Marcus se incorporó un poco apoyándose en los codos, con el fin de quitarle algo de su peso de encima y mirarla. Se dijo que era para ver si ella estaba bien; se lo iba a preguntar cuando recuperara el aliento. Pero cuando la miró, ella también estaba intentando recuperar el aliento; tenía los labios entreabiertos y en sus ojos había una expresión de aturdimiento; entonces hizo lo que haría instintivamente cualquier hombre: bajó la cabeza para besarla.

CAPÍTULO 05

Un instante Honoria estaba bien erguida, bueno, vale, no bien erguida, no del todo; era tal su desesperación por alejarse de Marcus que se giró demasiado rápido, se resbaló en la tierra húmeda y perdió el equilibrio.

Pero estaba casi erguida, y habría recuperado el equilibrio enseguida si Marcus no se hubiera lanzado hacia ella de un salto.

Eso ya la habría desorientado bastante, pero entonces el hombro de él se le enterró justo en el vientre, con lo que le salió todo el aire de los pulmones, y los dos cayeron al suelo, Marcus totalmente encima de ella.

Entonces fue cuando la abandonaron todos los pensamientos.

Jamás en su vida había sentido el cuerpo de un hombre apretado al suyo. Santo cielo, ¿cuándo podría haberlo sentido? Había bailado valsos, de vez en cuando con los cuerpos más cerca de lo que era decoroso, pero eso no tenía nada que ver con lo que sentía en ese momento: el peso de él, su calor. Sentía algo extrañamente primitivo y, más raro aún, lo encontraba bastante agradable.

Movió los labios para hablar, pero al estar ahí tendida mirándolo, no logró encontrar palabras. Lo veía diferente; lo conocía casi desde que tenía memoria, ¿cómo era posible que nunca se hubiera fijado en la forma de su boca? O de sus ojos. Ya sabía que eran castaños, pero era asombroso ver esos colores tan vivos, con pintitas ámbar cerca de los bordes del iris. Y en ese mismo momento le pareció que cambiaban, cuando él acercó la cara.

¿La acercó?

Ay, Dios santo. ¿La iba a besar? ¿Marcus?

Retuvo el aliento. Se le entreabrieron los labios, y por dentro se le apretó algo, por la expectación, y lo único que pudo pensar fue...

Nada. O al menos eso fue lo que debió pensar, porque le quedó clarísimo que él no pensaba besarla. Soltó una sarta de maldiciones, del tipo que ella no había oído desde que Daniel se marchó del país, y entonces se apartó de ella incorporándose bruscamente, dio un paso atrás y...

—¡Infierno y condenación!

A eso siguió un revuelo de movimiento, luego el ruido de un golpe, un gruñido y otra sarta de palabrotas, ante las que ella tuvo la sensatez de no ofenderse. Horrorizada, ahogó una exclamación y se incorporó apoyándose en los codos. Marcus estaba en el suelo de nuevo, y a juzgar por su cara, esta vez se había hecho daño.

—¿Te has hecho daño? —preguntó, angustiada, aun cuando estaba claro que sí.

—Fue el hoyo —masculló él, apretando los dientes para resistir el dolor; entonces, como si fuera necesaria una aclaración, añadió—: Otra vez.

—Lo siento —se apresuró a decir ella, poniéndose de pie; entonces, puesto que la situación pedía una disculpa más en serio, repitió—: Lo siento, lo siento mucho.

Él no dijo nada.

—Tienes que saber que no fue mi intención que...

No terminó; un parloteo ininterrumpido no iba a favorecer su causa y, la verdad, él tenía todo el aspecto de que no deseaba oír su voz.

Tragó saliva, nerviosa, y avanzó tímidamente un paso, otro paso más corto. Él seguía en el suelo, no totalmente de espaldas ni de costado. Tenía barro en las botas y en las calzas. Y en la chaqueta.

Hizo un mal gesto. Eso no le iba a gustar a él. Nunca había sido excesivamente quisquilloso, pero esa era una chaqueta muy fina y bonita.

—¿Marcus? —dijo, vacilante.

Él estaba enfurruñado; no con ella en particular, pero de todos modos eso la afirmó en su decisión de no decirle que

tenía hojas secas en el pelo.

Él se movió un poco hasta quedar más de espaldas y cerró los ojos.

Ella abrió la boca, a punto de hablar, pero decidió esperar. Él hizo una respiración profunda, luego otra y otra, y entonces abrió los ojos. Le había cambiado la expresión; estaba más calmado.

Menos mal.

Honoría se acercó otro poco. Seguía considerando prudente andarse con pies de plomo en torno a él, pero le pareció que ya estaba bastante calmado, así que se arriesgó:

—¿Me permites que te ayude?

—Dentro de un momento —gruñó él.

Se incorporó hasta quedar casi sentado y, cogiéndose la pierna por la pantorrilla con las dos manos, la levantó, sacando el pie del hoyo.

El cual, observó ella, estaba bastante más grande después de haber metido él el pie dos veces.

Vio que hacía rotar el tobillo con sumo cuidado. Primero moviendo el pie de arriba abajo y luego de un lado a otro. Al parecer ese último movimiento fue el que le causó más dolor.

—¿Crees que se ha roto? —preguntó.

—No.

—¿Torcido?

Él se limitó a gruñir para decir sí.

—¿Crees que...?

Él la miró con tal ferocidad en los ojos que al instante ella cerró la boca. Pero pasados quince segundos de encogerse ante su dolor, no pudo refrenarse.

—¿Marcus?

Él no la estaba mirando y no giró la cara hacia ella al oírla, pero dejó de moverse.

—¿Crees que deberías quitarte la bota?

Él no contestó.

—Por si tienes hinchado el tobillo.

—Sé... —se le cortó la voz por falta de aliento y luego continuó en tono más calmado— por qué. Sólo estaba pensando.

Ella asintió aun cuando él no la veía, pues le daba la espalda.

—Claro. Sólo dime si... mmm...

Él volvió a dejar de moverse.

Ella retrocedió un paso, diciendo:

—No importa.

Él se palpó el tobillo por encima de la bota, sin duda para apreciar la hinchazón. Ella lo rodeó por un lado para poder mirarle la cara. Intentó discernir el grado de su dolor por su expresión, pero era difícil. Parecía tan a punto de perder los estribos que no era posible ver nada más aparte de eso.

Qué ridículos son los hombres en eso, pensó. Ella sabía que tenía la culpa de que él se hubiera torcido el tobillo, y entendía que él estuviera al menos un poco irritado con ella, pero era evidente que necesitaba ayuda. No se veía capaz de ponerse de pie solo, y mucho menos de caminar de vuelta a Fensmore. Si razonara con sensatez comprendería eso y permitiría que ella lo ayudara, cuanto antes mejor. Pero no, necesitaba dar zarpazos como un tigre herido, como si eso pudiera hacerlo sentirse al mando de la situación.

—Oye —se aclaró la garganta—, sólo para saber si hago lo correcto. ¿Te puedo ayudar de alguna manera o prefieres que guarde absoluto silencio?

Pasado un largo y angustioso silencio, él dijo:

—¿Me harías el favor de ayudarme a quitarme la bota?

—¡Por supuesto! —exclamó ella, acercándose—. A ver, déjame... mmm.

Eso lo había hecho hacía mucho tiempo, cuando era pequeña y ayudaba a su padre, pero desde entonces nunca, y mucho menos a un hombre que había estado encima de ella solo unos minutos antes.

Sintió arder la cara. ¿De dónde le vino ese pensamiento? Fue un accidente que él cayera encima de ella. Y era Marcus. Debía recordar eso. Sólo era Marcus.

Se sentó frente a él, ante el pie de la pierna estirada y cogió la bota, con una mano en el talón y la otra en la suela.

—¿Preparado?

Él asintió, muy serio.

Ella tiró con la mano que tenía bajo el talón, y empujó hacia arriba con la que tenía cogida la suela, pero él lanzó un grito de dolor tan terrible que al instante le soltó el pie.

—¿Te he hecho mucho daño?

Casi no se reconoció la voz; era puro terror.

—Vuelve a intentarlo —dijo él con la voz rasposa.

—¿Estás seguro? Porque...

—Hazlo.

—Muy bien.

Volvió a cogerle la bota, apretó los dientes y tiró. Fuerte. Esta vez Marcus no gritó, pero emitió un sonido feo, parecido al que hace un animal justo antes de que lo sacrifiquen. Hizo otro intento, hasta que finalmente no lo pudo soportar y renunció.

—Creo que esto no resulta. —Lo miró—. Y con eso quiero decir que no lograré quitártela.

—Vuelve a intentarlo —dijo él—. Siempre es difícil quitarse estas botas.

—¿Tan difícil? —preguntó ella, absolutamente incrédula.

Y luego decían que las ropas de las mujeres eran poco prácticas.

—Honoraria.

—Muy bien. —Volvió a intentarlo, con el mismo resultado —. Lo siento, pero creo que vas a tener que cortarla cuando llegues a casa.

Por la cara de él pasó un rápido gesto de dolor.

—Sólo es una bota —musitó ella, compasiva.

—No es eso —ladró él—. El dolor es horrible.

—Ah. —Se aclaró la garganta—. Perdona.

Él exhaló un largo y tembloroso suspiro.

—Vas a tener que ayudarme a ponerme de pie.

Asintiendo, ella se levantó.

—Venga, dame tu mano.

Se la cogió y tiró, pero él no consiguió equilibrarse bien. Pasado un momento renunció.

Honorina se miró la mano; se veía vacía. Y la sintió fría.

—Tendrás que cogerme por las axilas —dijo él.

Eso podría haberla horrorizado antes, pero después de haber intentado quitarle la bota no veía por qué podría ser más indecoroso.

Asintiendo otra vez se agachó y pasó los brazos por debajo de los de él.

—Ya está, ahora, venga —dijo.

Emitiendo un suave gruñido por el esfuerzo, comenzó la tarea de levantarlo. Encontraba raro tenerlo así abrazado, y terriblemente violento. Irónico también. Si él no hubiera pisado dentro del hoyo y caído sobre ella, eso sería lo más cerca que habría estado de él en toda su vida.

Claro que si él no hubiera vuelto a meter el pie en el hoyo, no estarían en esa situación.

Con unas cuantas maniobras por parte de ella y una maldición en voz baja por parte de él, finalmente lo consiguió y quedó de pie. Ella retrocedió, poniendo entre ellos una distancia más decorosa, aunque sí le puso la mano en el hombro para afirmarlo.

—¿Puedes apoyar el peso en el pie?

—No lo sé —dijo él, probando.

Dio un paso completo, pero la cara se le retorció de dolor al hacerlo.

—¿Marcus? —preguntó, vacilante.

—Estaré bien.

Ella no lo encontraba nada bien.

—¿Estás seguro? Porque de verdad creo que...

—He dicho que estoy b... ¡aay!

Se le fue el cuerpo y se apoyó en el hombro de ella para no caerse.

Honoría esperó pacientemente que él se tranquilizara y le ofreció la otra mano para que se apoyara. Él se la cogió con firmeza, y nuevamente ella notó lo agradable que era su mano, grande y cálida. Y segura también, aunque no sabía si eso tenía algún sentido.

—Podría necesitar ayuda —dijo él, visiblemente fastidiado por tener que reconocer eso.

—Por supuesto. Yo te... eh...

Se le acercó, luego se apartó un poco y volvió a acercarse.

—Ponte a mi lado —dijo él—. Voy a tener que apoyarme en ti.

Ella obedeció y él pasó el brazo por encima de sus hombros. Lo sintió pesado. Y agradable.

—Ya está —dijo, pasándole el brazo por la espalda, a la altura de la cintura—. Ahora bien, ¿hacia dónde está Fensmore?

—Hacia allá —dijo él, indicando con la cabeza.

Ella avanzó haciéndolo girar hasta que quedaron de cara al camino que debían seguir.

—En realidad, creo que una pregunta más pertinente sería ¿a qué distancia está Fensmore?

—A tres millas.

—¿Trrr...? —Controlándose continuó en un volumen más normal que un chillido—: Perdón, ¿has dicho tres millas?

—Más o menos.

¿Estaría loco?

—Marcus, de ninguna manera podría ayudarte a caminar tres millas. Vamos a tener que ir a la casa de los Royle.

—Ah, no —dijo él, mortalmente serio—. No voy a presentarme en su puerta en este estado.

Secretamente ella estaba de acuerdo con él. ¿Un conde soltero lesionado totalmente a su merced? La señora Royle lo consideraría un regalo del cielo. Seguro que lo instalaría en una habitación antes que él pudiera protestar; con Cecily como enfermera.

—En todo caso no tendrás que ayudarme todo el camino —dijo él—. Iré mejorando a medida que camine.

—Eso no tiene ninguna lógica.

—Simplemente ayúdame, ¿quieres?

Su voz sonó como si estuviera agotado; tal vez exasperado. Probablemente las dos cosas.

—Lo intentaré —concedió, pero sólo porque sabía que no resultaría; le daría cinco minutos, como mucho, para que reconociera su derrota.

Cuando habían avanzado unas yardas él dijo:

—Una madriguera para un topo habría sido mucho más pequeña.

—Lo sé, pero tenía que caberme el pie.

Él dio otro paso y luego otro, medio saltando.

—¿Qué creías que iba a ocurrir?

Ella exhaló un suspiro. Ya hacía rato que había pasado el momento de sentir vergüenza. No tenía ningún sentido simular que aún le quedaba algo de orgullo.

—No lo sé —dijo, cansinamente—. Supongo que pensé que aparecería mi príncipe azul y me salvaría. Tal vez me ayudaría a caminar hasta la casa de la misma manera que yo te estoy ayudando a ti.

Él la miró.

—¿Y el príncipe azul es...?

Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco. No creería que ella le iba a decir un nombre, ¿verdad?

—Honorina...

—No es asunto tuyo.

Él se rió.

—¿Qué crees que haré con la información?

—Simplemente no quiero...

—Me has dejado lisiado, Honorina.

Eso fue un golpe bajo, pero eficaz.

—Ah, muy bien —dijo, renunciando a la lucha—. Si has saberlo, era Gregory Bridgerton.

Él se detuvo y la miró con una cierta dosis de sorpresa.

—Greg...

—El menor. El hijo menor, quiero decir. El que está soltero.

—Sé quién es.

—Muy bien, pues, ¿qué hay de malo en él?

Diciendo eso ladeó la cabeza y esperó.

Él pensó un momento.

—Nada.

Ella pestañeó.

—Has dicho..., un momento. ¿Nada?

Él movió la cabeza y pasó un poco de su peso al pie accidentado; el bueno se le estaba adormeciendo.

—No se me ocurre nada en estos momentos.

Era cierto. Ella podría tenerlo mucho peor que con Gregory Bridgerton.

—¿De verdad? —preguntó ella, desconfiada—. No encuentras nada objetable en él.

Marcus fingió pensarlo un rato más. Estaba claro que él tenía que hacer un papel en eso, tal vez el del villano. Y si no el del villano, el del viejo gruñón.

—Lo encuentro muy joven —dijo. Hizo un gesto hacia el tronco de un árbol caído que estaba a unas cinco yardas—. Ayúdame a llegar hasta ahí, por favor. Necesito sentarme.

Avanzando laboriosamente llegaron al grueso y largo tronco. Con sumo cuidado ella le quitó el brazo de sus hombros y lo ayudó a sentarse.

—No es tan joven —dijo.

Marcus se miró el pie. Se veía normal dentro de la bota, y sin embargo lo sentía como si se lo hubieran aprisionado con grilletes y luego metido así dentro de la bota.

—Todavía está en la universidad —dijo.

—Es mayor que yo.

Él la miró.

—¿Le ha dado una patada a un perro últimamente?

—No que yo sepa.

—Bueno, no te preocupes. —Movié la mano libre en un gesto muy amplio—. Tienes mi bendición.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Por qué necesito tu bendición?

Buen Dios, sí que estaba difícil.

—No la necesitas. Pero ¿tan doloroso será recibirla?

—Nooo, pero...

Él esperó, hasta que finalmente preguntó:

—Pero ¿qué?

—No lo sé —dijo ella, pronunciando muy lento y sin dejar de mirarlo a los ojos.

Él sofocó la risa.

—¿Por qué desconfías tanto de mis motivos?

—Ah, no lo sé —contestó ella, toda sarcasmo—. Tal vez porque te pasaste toda la última temporada mirándome ceñudo.

—No.

—Ah, pues sí —bufó ella.

—Puede que haya mirado ceñudo a uno o dos de tus pretendientes —maldita sea, no era su intención decir eso—, pero no a ti.

—O sea, que me espías —dijo ella, triunfante.

—Por supuesto que no —mintió él—. Pero no era tan fácil no verte.

Ella hizo una brusca inspiración, horrorizada.

—¿Qué significa eso?

Condenación, se había liado.

—No significa nada. Tú estabas en Londres, yo estaba en Londres. —Puesto que ella no dijo nada, continuó—: Veía a todas las otras damas también. —Entonces, antes de darse cuenta de que eso era lo peor que podría decir, añadió—: Lo que pasa es que tú eres la única que recuerdo.

Ella se quedó absolutamente inmóvil, mirándolo con esa expresión cavilosa, solemne, tan suya. Detestaba esa expresión de ella; significaba que estaba pensando demasiado, viendo demasiado, y lo hacía sentirse expuesto. Ya de niña parecía verlo más hasta el fondo que los demás de la familia. No tenía lógica; la mayor parte del tiempo ella era la feliz y alegre Honoria, pero de repente lo miraba de esa manera, con esos increíbles ojos color lavanda, y él comprendía lo que su familia nunca comprendió: que ella entendía a las personas.

Lo entendía a él.

Movió la cabeza para expulsar los recuerdos. No quería pensar en la familia de ella, en cómo se sentía sentado a la mesa con ellos, formando parte de su mundo. Y no quería pensar en ella tampoco ni pensar que sus ojos eran del color exacto de los jacintos de penacho, que comenzaban a aparecer por todo el campo. Cada año florecían en esa época y él siempre pensaba, sólo un momento, hasta que desechaba el pensamiento, que eran la flor de ella. Aunque no los pétalos, que son demasiado oscuros. Los ojos de Honoria eran del color de la parte más nueva en la base de la flor, donde todavía no era azul del todo.

Sintió oprimido el pecho; intentó respirar. Lo que no quería pensar era que sabía que podía mirar una flor y ver el punto exacto del pétalo que era igual al color de sus ojos.

Deseó que ella dijera algo, pero claro, ella no decía nada; justo cuando él habría agradecido su cháchara.

Finalmente ella dijo en voz baja:

—Yo podría presentarte.

¿De qué estaba hablando?

—¿Qué?

—Yo podría presentarte —repitió ella— a algunas de las damitas. Las que dijiste que no conoces.

Vamos, por el amor de Dios, ¿ella creía que ese era el problema? Le habían presentado a todas las damas de Londres, pero simplemente no «conocía» a ninguna de ellas.

—Yo lo haría con mucho gusto —dijo ella amablemente.

¿Amablemente?

¿Compasivamente?

—No es necesario —dijo, en tono brusco.

—No, claro, ya te las han presentado.

—Simplemente no me gusta...

—Nos encuentras tontas.

—No hablan de nada.

—Incluso yo me aburro.

—La verdad es —dijo, impaciente por poner fin a esa conversación— que detesto Londres.

La voz le salió mucho más alta que lo que habría querido, y se sintió tonto. Un tonto que seguramente tendría que romper con un cuchillo una bota del par que era el segundo mejor que tenía.

—Esto no va a resultar —dijo.

Ella lo miró desconcertada.

—No lograré llegar a Fensmore así. —Vio que ella se esforzaba en no decir «te lo dije», así que decidió salvarlos a los dos de esa indignidad—. Tú vas a tener que volver a Bricstan. Está más cerca y sabes el camino. —Entonces recordó con quién estaba hablando—. Sabes el camino, ¿verdad?

Ella no se ofendió, y él tuvo que reconocerle el mérito.

—Sólo necesito seguir el sendero hasta llegar al estanque pequeño. Desde ahí subo la ladera de la colina y ya casi he llegado.

Él asintió.

—Tendrás que enviar a alguien a buscarme. No de Bricstan. Envía recado a Fensmore. A Jimmy.

—¿Jimmy?

—El jefe de mis mozos de establo. Simplemente dile que estoy en el sendero a Bricstan, a unas tres millas de la casa. Él sabrá qué hacer.

—¿Estarás bien aquí solo?

—Mientras no llueva —bromeó él. Los dos miraron hacia arriba. En el cielo se extendía un ominoso manto de nubes oscuras—. Condenación.

—Iré corriendo —dijo ella.

—No. —Igual podría pisar una verdadera madriguera de topo y entonces, ¿en qué situación estarían los dos?—. No me hace ninguna falta que te tropieces y te caigas también.

Ella se giró y echó a caminar, pero enseguida se detuvo a decirle:

—¿Me enviarás una nota cuando ya estés sano y salvo en casa?

—Por supuesto.

No recordaba haber tenido que enviar una nota sobre el estado de su salud y bienestar a nadie. Encontraba algo desconcertante en eso. Pero agradable también.

La observó alejarse, atento a los sonidos de sus pasos hasta que dejó de oírlos. ¿Cuanto tardaría en llegar la ayuda? Ella tenía que llegar a Bricstan, que estaba a algo más de una milla, suponiendo que no se perdiera. Ahí tendría que escribir una carta y enviar a alguien a llevarla a Fensmore. Entonces Jimmy tendría que ensillar dos caballos y cabalgar por el bosque por un sendero que era más apropiado para caminar.

¿Una hora? No, noventa minutos. Tal vez más.

Se deslizó hasta el suelo para poder apoyar la espalda en el tronco. Buen Dios, estaba cansado. Le dolía tanto el tobillo que no podría dormir, pero cerró los ojos de todos modos.

Entonces fue cuando cayó la primera gota de lluvia.

CAPÍTULO 06

Cuando Honoria llegó a Bricstan estaba mojada hasta los huesos. La lluvia comenzó sólo cinco minutos después que dejara a Marcus sentado en el tronco caído. Al principio fue suave, unas pocas gotas gordas aquí y allá; lo bastante para fastidiar, pero nada más.

Pero en el momento en que llegó al final del sendero comenzó a caer con fuerza. Corrió por el césped a la mayor velocidad que pudo, pero no sirvió de nada. Diez segundos bajo el aguacero bastaron para dejarla empapada.

No deseaba ni pensar en Marcus, solo, ahí en el bosque, durante al menos una hora más. Intentó recordar los detalles topográficos del lugar donde lo dejó. ¿Los árboles lo protegerían de la lluvia? Sólo estaban al comienzo de la primavera y las ramas aún no tenían mucho follaje.

Intentó entrar en la casa por una puerta lateral, pero estaba cerrada con llave así que tuvo que dar la vuelta hasta la puerta principal. La puerta se abrió antes que ella golpeará, así que entró casi de cabeza.

—¡Honoría! —exclamó Sarah corriendo a afirmarla—. Estaba mirando por la ventana por si te veía. ¿Dónde has estado? He estado loca de inquietud. Estábamos a punto de enviar a un grupo a buscarte. Dijiste que ibas a ir a recoger flores y no volviste.

Honoría trató de intervenir entre cada una de las frases de Sarah, pero sólo consiguió recuperar el aliento lo suficiente para decir «Para».

Miró al suelo y vio dos charcos de agua alrededor de sus zapatos. De uno salía un hilillo de agua avanzando lentamente hacia la pared.

—Tenemos que secarte —dijo Sarah; le cogió las manos—. Estás congelada.

—Sarah, para. —Se liberó las manos y le cogió un hombro—. Por favor. Necesito papel. Debo escribir una carta.

Sarah la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Ahora mismo. Tengo que...

—¡Lady Honoria! —exclamó la señora Royle irrumpiendo en el vestíbulo—. Nos ha tenido muy preocupadas. ¿Dónde ha estado?

—Sólo andaba buscando flores —mintió Honoria—, pero, por favor, necesito escribir una carta.

La señora Royle le tocó la frente.

—Me parece que no tiene fiebre.

—Está tiritando —dijo Sarah y miró a la señora Royle—. Debe de haberse perdido. Tiene un sentido de la orientación fatal.

—Sí, sí —dijo Honoria, dispuesta a aceptar cualquier insulto con tal de poner fin a esa conversación—. Pero, por favor, escúchenme un momento. Debo actuar rápido. Lord Chatteris ha quedado tirado en el bosque y le dije que...

—¿Qué? —chilló la señora Royle—. ¿De qué habla?

Honoria explicó la breve historia que había inventado de camino a la casa: Cuando ella se alejó del grupo se perdió, y de pronto se encontró con lord Chatteris, que había salido a caminar por el bosque. Él le explicó que el sendero cruzaba por varias partes el límite entre las propiedades. Y entonces se torció un tobillo.

La historia era cierta en su mayor parte.

—Le traeremos aquí —dijo la señora Royle—. Enviaré a alguien inmediatamente.

—No —dijo Honoria, todavía un poco jadeante—. Quiere ir a su casa. Me pidió que le enviara recado al jefe de sus mozos de establo. Me dijo qué debía decirle.

—No —dijo la señora Royle, con firmeza—. Creo que debe venir aquí.

—Señora Royle, por favor. Cada momento que pasemos discutiendo él estará desamparado bajo la lluvia.

La señora Royle estaba visiblemente en desacuerdo, pero finalmente asintió.

—Sígueme —dijo.

En un esconce del vestíbulo había un escritorio. Sacó papel, pluma y tintero y se hizo a un lado para que Honoria pudiera sentarse. Pero Honoria tenía los dedos adormecidos por el frío y casi no podía sostener la pluma. Y seguro que de su pelo mojado caerían gotas sobre el papel.

—¿Quieres que la escriba yo? —se ofreció Sarah.

Honoria le cedió el asiento y le dictó lo que debía escribir, al tiempo que intentaba desentenderse de la señora Royle, que estaba detrás de ella interrumpiendo cada dos por tres con comentarios que consideraba útiles.

Sarah terminó de escribir, firmó con el nombre de Honoria, y ante un gesto de asentimiento de esta, le entregó la carta a la señora Royle.

—Por favor, envíela con el jinete más rápido.

La señora Royle se alejó a toda prisa con la carta en la mano. Inmediatamente Sarah le cogió la mano a Honoria.

—Necesitas calentarte —dijo en un tono que no admitía discusión—. Vas a venir conmigo inmediatamente. Ya le dije a una criada que calentara agua para un baño.

Honoria asintió. Había hecho lo que era necesario hacer. Podía desplomarse, por fin.

A la mañana siguiente el cielo estaba despejado, como una burla. Honoria había dormido doce horas ininterrumpidas, cubierta por edredones y con un ladrillo caliente a los pies. Sarah entró a decirle que habían recibido recado de Fensmore; Marcus había llegado bien a su casa y era probable que estuviera en la cama con un ladrillo caliente a los pies.

Pero Honoria seguía preocupada mientras se vestía. Ella estaba absolutamente congelada cuando llegó a Bricstan y él había estado bajo la lluvia muchísimo más tiempo que ella. Y había soplado viento también; mientras se bañaba había oído por la ventana los movimientos de las hojas de los árboles y

los crujidos de las ramas. Casi seguro que Marcus había cogido un enfriamiento. ¿Y si el tobillo no sólo estaba simplemente hinchado sino roto? ¿Habrían llamado a un médico para que se lo tratara? ¿Habrían sabido qué hacer?

¿Y quiénes eran «ellos» en todo caso? Que ella supiera, Marcus no tenía ningún familiar. ¿Quién cuidaría de él si estaba enfermo? ¿Habría alguien en Fensmore aparte de los criados?

Tendría que ir a ver cómo estaba. Si no iba, no podría vivir consigo misma.

Cuando entró en la sala de desayuno las comensales la miraron sorprendidas. Los caballeros habían vuelto a Cambridge, pero las damitas estaban congregadas alrededor de la mesa desayunando con huevos pasados por agua y tostadas.

—¡Honoría! —exclamó Sarah—. ¿Qué haces fuera de la cama?

—Estoy muy bien. No tengo ningún síntoma de refriado; ni siquiera he estornudado.

—Anoche tenía los dedos como carámbanos —dijo Sarah a Cecily y Iris—. Ni siquiera podía sostener una pluma.

—No era nada que un baño caliente y una buena noche de sueño no pudiera curar —dijo Honoría—. Pero quiero ir a Fensmore esta mañana. Fue culpa mía que lord Chatteris se torciera el tobillo, y de verdad creo que debo ir a ver cómo está.

—Por qué fue culpa tuya? —preguntó Iris.

Honoría casi se mordió el labio; había olvidado que eso era un elemento que faltó en su historia.

—En realidad no fue nada —improvisó—. Me tropecé en la raíz de un árbol y él corrió a sostenerme. Debió pisar la madriguera de un topo y se cayó.

—Ah, detesto a los topos —dijo Iris.

—Yo los encuentro bastante simpáticos —dijo Cecily.

—Debo ir a buscar a tu madre —dijo Honoria—. Voy a necesitar un coche. O igual podría ir a caballo. Ya no está lloviendo.

—Antes debes tomar tu desayuno —terció Sarah.

—No te dejará ir sola —contestó Cecily—. Fensmore es la casa de un soltero.

—No vive solo —dijo Iris—. Debe de tener montones de criados.

—Como mínimo cien diría yo —dijo Cecily—. ¿Habéis visto la casa? Es enorme. Pero eso no quiere decir nada; de todos modos vive solo. No hay nadie que pueda actuar de verdadera carabina.

—Llevaré a alguien conmigo —dijo Honoria, impaciente—. La verdad es que eso no me importa. Sólo quiero ponerme en marcha.

—¿Llevar a alguien con usted adónde? —preguntó la señora Royle al entrar.

Honoria repitió todo e hizo su petición. La señora Royle aceptó de inmediato.

—Desde luego, debemos ocuparnos de ver cómo está de salud el conde. Sería francamente poco cristiano no hacerlo.

Honoria pestañeó. No había esperado que fuera tan fácil.

—Yo la acompañaré —dijo la señora Royle.

Una taza golpeó su platillo. Honoria miró hacia el sonido y vio que Cecily, sentada enfrente, tenía una sonrisa tensa en la cara, pero los dedos casi enterrados en su taza.

—Madre —dijo entonces Cecily—, si tú vas yo también debo ir.

La señora Royle guardó silencio, pensándolo, y antes que pudiera contestar, Sarah dijo:

—Si va Cecily yo también debo ir.

—¿Por qué? —preguntó Cecily.

—Estoy segurísima de que yo no debo ir sean cuales sean las circunstancias —dijo Iris irónica.

—No me importa quién me acompañe —dijo Honoria tratando de no delatar en la voz la irritación que sentía—. Sólo deseo partir tan pronto como sea posible.

—Cecily la acompañará —declaró la señora Royle—. Yo me quedaré aquí con Iris y Sarah.

Sarah estaba visiblemente molesta por el giro que tomaron las cosas, pero no discutió. Cecily, por su parte, se levantó de un salto, con una ancha sonrisa en la cara.

—Cecily, sube para que Peggy te vuelva a peinar —dijo la señora Royle—. No podemos...

—Por favor —interrumpió Honoria—. Preferiría partir inmediatamente.

La señora Royle pareció fastidiada, pero ni siquiera ella podía alegar que el peinado de su hija era más importante que la salud y el bienestar del conde de Chatteris.

—Muy bien —dijo, enérgicamente—. Os marcháis inmediatamente, entonces. Pero quiero dejarlo claro. Si está muy enfermo, debe insistir en trasladarlo aquí para recuperarse.

Honoria estaba muy segura de que eso no iba a ocurrir, pero sin decir nada se dirigió a la puerta principal, seguida por Cecily y la señora Royle.

—Y comuníqueme que nosotros no vamos a volver a Cambridge hasta dentro de varias semanas —continuó la señora Royle.

—¿No? —preguntó Cecily.

—No, y puesto que tú estás totalmente libre de obligaciones puedes ir cada día a supervisar su cuidado. Esto..., si eso fuera lo que lord Chatteris deseara.

—Por supuesto, madre —dijo Cecily, pero parecía avergonzada.

—Y dale mis recuerdos —continuó su madre.

Honorina bajó la escalinata a esperar que trajeran el coche.

—Y dile que el señor Royle y yo rezamos por su pronta recuperación.

—Podría no estar enfermo, madre —terció Cecily.

Su madre la miró ceñuda.

—Pero si está...

—Le daré tus buenos deseos —terminó Cecily.

—Ha llegado el coche —dijo Honorina, casi desesperada por escapar.

—¡No lo olvidéis! —gritó la señora Royle mientras subían al coche ayudadas por el lacayo—. Si está enfermo, traedlo...

Pero el coche ya se había puesto en marcha.

Marcus todavía estaba en la cama cuando el mayordomo entró silencioso en su habitación a informarlo de que lady Honorina Smythe-Smith y la señorita Royle habían venido a verlo y estaban esperando en el salón amarillo.

—¿Les digo que no está disponible para recibir visitas?

Marcus estuvo tentado de decir que sí. Se sentía fatal y estaba seguro de que se veía peor aún. Cuando lo encontró Jimmy esa noche, tiritaba tanto que lo sorprendió que no se le hubieran caído los dientes. Y cuando llegó a casa su ayuda de cámara tuvo que romperle la bota con un cuchillo; eso ya fue bastante malo, le gustaban esas botas, pero el hombre hizo la tarea con más energía de la que era necesaria, provocándole una herida de cuatro pulgadas en la pierna izquierda.

Pero si la situación fuera la inversa, él habría insistido en ir a ver con sus propios ojos cómo estaba Honorina, así que le pareció que debía permitirle hacer lo mismo con él. En cuanto a la otra chica, la señorita Royle le pareció que dijo el mayordomo, sólo podía esperar que no fuera una mujer de sensibilidades delicadas.

Porque la última vez que se miró en el espejo habría jurado que la piel se le había vuelto verde.

Gracias al trabajo de su ayuda de cámara, tanto en vestirlo como en apoyarlo para bajar al salón, cuando saludó a las dos damas creía estar moderadamente presentable.

—Buen Dios, Marcus —exclamó Honoria, levantándose—. Estás horroroso.

Pues bien, estaba equivocado.

—A mí también me alegra verte, Honoria. —Hizo un gesto hacia un sofá—. ¿Te importa si me siento?

—No, por favor, adelante. Tienes los ojos terriblemente hundidos. —Hizo un gesto de pena al verlo anadear para pasar por el lado de la mesita—. ¿Quieres que te ayude?

—No, no, estoy muy bien.

Tuvo que dar dos saltos para llegar al borde del sofá, y prácticamente cayó de espaldas en él. Al parecer, la dignidad estaba fuera de lugar en el cuarto de un enfermo.

—Señorita Royle —dijo, saludando a la otra dama con una inclinación de la cabeza.

Se había encontrado con ella una o dos veces a lo largo de los años, estaba bastante seguro.

—Lord Chatteris —dijo ella amablemente—. Mis padres le envían sus recuerdos y el deseo de una pronta recuperación.

—Gracias —dijo él, inclinando débilmente la cabeza.

De repente se sentía tremendamente cansado. La bajada por la escalera había sido más difícil de lo que había imaginado. Además, no había dormido bien esa noche. En el instante en que puso la cabeza en la almohada le vino un acceso de tos, y desde ese momento no había dejado de toser.

—Perdonadme, por favor —dijo, poniendo un cojín sobre la mesita y apoyando el pie encima—. Me han dicho que debo tenerlo en alto.

—Marcus —dijo Honoria al instante, prescindiendo de toda simulación de conversación educada—, no deberías haber salido de la cama.

—En ella estaba —repuso él, irónico—, hasta que me informaron de que tenía visitas.

Eso le ganó una mirada de reproche que le recordó a la señorita Pimm, la que fuera su niñera tantísimos años atrás.

—Deberías haberle dicho a tu mayordomo que no recibías visitas —dijo ella.

—¿Sí? Sin duda habrías aceptado mansamente eso y vuelto a casa tranquilizada respecto a mi salud. —Miró a la otra dama, con la cabeza ladeada en gesto irónico—. ¿Qué le parece, señorita Royle? ¿Lady Honoria se habría marchado sin decir nada?

—No, milord —contestó la señorita Royle, sonriendo divertida—. Estaba muy resuelta en su deseo de verle con sus propios ojos.

—¡Cecily! —exclamó Honoria, indignada.

Marcus decidió no hacerle caso.

—¿De veras, señorita Royle? Su preocupación me conmueve el corazón.

—Marcus, déjalo ya —dijo Honoria.

—Es una niñita tenaz —dijo él.

—Marcus Holroyd —dijo Honoria muy severa—, si no dejas de tomarme el pelo inmediatamente, le diré a la señora Royle que deseas que te trasladen a Bricstan para pasar el resto de tu convalecencia ahí.

Marcus se quedó inmóvil, tratando de no reírse. Miró a la señorita Royle, y vio que también estaba reprimiendo la risa. Los dos perdieron la batalla.

—La señora Royle está muy deseosa de demostrar sus habilidades de enfermera —añadió Honoria, esbozando una plácida y pícara sonrisa.

—Tú ganas, Honoria —dijo él, apoyando la espalda en el sofá.

Pero su risa dio paso a un acceso de tos, y tardó casi un minuto en recuperarse y sentirse él mismo.

—¿Cuánto rato estuviste bajo la lluvia anoche? —preguntó Honoria.

Se levantó a tocarle la frente, y la señorita Royle agrandó los ojos al ver esa familiaridad.

—¿Tengo fiebre?

—Creo que no —dijo Honoria, pero lo dijo ceñuda—. Podrías tener un poco. Tal vez debería ir a buscarte una manta.

Marcus abrió la boca para decir que eso no era necesario, pero de pronto comprendió que una manta le vendría muy bien, en realidad. Y se sentía curiosamente agradecido de que ella lo hubiera sugerido. Así que asintió.

—Yo iré a buscarla —dijo la señorita Royle, levantándose de un salto—. Vi a una criada en el corredor.

Mientras la chica salía, Honoria volvió a sentarse y lo miró preocupada.

—Lo siento mucho —dijo una vez que se quedaron solos—. Me siento fatal por lo que te ocurrió.

Él agitó una mano, indicando que la disculpa no era necesaria.

—Me pondré bien.

—No me has dicho cuánto rato estuviste bajo la lluvia.

—¿Una hora? Probablemente dos.

Ella exhaló un triste suspiro.

—Lo siento mucho.

Él sonrió levemente.

—Eso ya lo dijiste.

—Bueno, es que lo siento.

Él intentó sonreírle otra vez, porque, francamente, era una conversación ridícula, pero le vino otro acceso de tos.

Ella frunció el ceño, preocupada.

—Tal vez deberías trasladarte a Bricstan.

Él no podía hablar todavía, pero la miró furioso de todos modos.

—Me preocupa que estés tan solo aquí.

—Honoría —logró decir él; tosió otras dos veces y continuó—: Tú te irás a Londres pronto. La señora Royle es la más amable de las vecinas, no me cabe duda, pero prefiero con mucho recuperarme en mi casa.

—Sí —dijo ella, moviendo la cabeza—, por no decir que igual te habría casado con Cecily antes que termine el mes.

—¿Alguien ha pronunciado mi nombre? —preguntó alegremente Cecily, entrando con una manta azul oscuro.

A Marcus le vino otro acceso de tos, este sólo levemente fingido.

—Aquí está —dijo Cecily, avanzando con la manta, y de pronto pareció que no sabía qué hacer con ella—. Tal vez tú podrías ponérsela —dijo a Honoría.

Honoría se levantó, cogió la manta y se acercó a él, desdoblándola.

—Venga —dijo, inclinándose a extender sobre él la suave manta de lana. Y sonriendo amablemente le remetiό las esquinas—. ¿Demasiado apretada?

Él negó con la cabeza. Encontraba extraño que lo cuidaran.

Cuando ella terminó de remeterle la manta por la espalda, se enderezó, hizo una honda inspiración y declaró que él necesitaba un té.

—Ah, sí —convino la señorita Royle—. Justo lo que necesita.

Esta vez Marcus ni siquiera intentó protestar. Estaba seguro de que se veía patético, todo envuelto en una manta con el pie encima de la mesilla, y no lograba ni imaginarse qué pensaban ellas cada vez que él comenzaba a toser. Pero encontraba bastante agradable que se preocuparan de él y lo cuidaran, y si Honoría insistía en que necesitaba un té, le encantaría hacerla feliz bebiéndolo.

Le dijo dónde estaba el cordón para llamar y pedir que les trajeran té; ella tiró de él, y cuando se presentó la criada le dio la orden, y entonces volvió a sentarse frente a él.

—¿Ha venido un médico a verte el tobillo? —preguntó.

—No es necesario —repuso él—. No está quebrado.

—¿Estás seguro? Esto no es el tipo de cosa con que se pueda jugar y arriesgarse.

—Estoy seguro.

—Sería mejor si...

—Honorita, calla. No está roto.

—¿Y tu bota?

—¿Su bota? —preguntó la señorita Royle; parecía perpleja.

—Esa sí está rota, por desgracia —contestó él.

—Ay, Dios. Me pareció que podrían tener que que cortarla para sacártela.

—¿Tuvieron que cortar su bota? —dijo la señorita Royle—. Oh, eso es terrible.

—Tenía el tobillo horribilmente hinchado —contestó Honorita—. Esa era la única manera.

—Pero, una «bota» —insistió la señorita Royle.

—No era una de mis favoritas —dijo Marcus, con el fin de alegrar a la señorita Royle; estaba tan triste como si alguien hubiera decapitado a un cachorrito.

—Me gustaría saber si se podría mandar a hacer una sola bota —dijo Honorita, pensativa—. Que sea igual a la otra. Así no sería tanto el desperdicio.

—Ah, no, eso no resultaría —dijo la señorita Royle, al parecer una experta en ese tema—. La piel no sería jamás igual.

La llegada de la señora Wetherby, su ama de llaves de muchísimo tiempo, salvó a Marcus de una larga conversación sobre calzados.

—Ya había comenzado a preparar el té cuando lo pidió — comentó ella, entrando con la bandeja.

Él sonrió, nada sorprendido. Ella siempre hacía esas cosas. Le presentó a Honoria y a la señorita Royle, y al saludar a Honoria a ella se le iluminaron los ojos.

—Ah, usted debe de ser la hermana del señorito Daniel — exclamó, poniendo en la mesita el servicio de té.

—Lo soy —contestó Honoria, sonriendo—. ¿Le conoce?

—Sí. Estuvo aquí unas cuantas veces, generalmente cuando el conde anterior estaba fuera. Y, claro, ha venido una o dos veces desde que el señorito Marcus es el conde.

Marcus sintió arder la cara al oírse llamar con el título honorífico de su infancia. Pero no la corregiría. La señora Wetherby había sido como una madre para él cuando era pequeño; muchas veces sólo de ella recibía sonrisas amables o palabras alentadoras.

—Me alegra mucho conocerla —continuó la señora Wetherby—. He oído hablar muchísimo de usted.

—¿Sí? —preguntó Honoria, pestañeando sorprendida.

Marcus también pestañeó de sorpresa. No recordaba haberle hablado de Honoria a nadie, y mucho menos a su ama de llaves.

—Ah, sí —dijo esta—. Cuando eran niños, claro. He de confesar que creía que usted todavía era una niña pequeña. Pero ya es mayor, ¿verdad?

Honoria asintió sonriendo.

—Ahora bien, ¿cómo les gusta el té? —Una vez que Honoria y la señorita Royle le dijeron cómo lo preferían, puso leche en las tres tazas—. Hace muchísimo tiempo que no veo al señorito Daniel por aquí—continuó, cogiendo la tetera para servir—. Es un poquitín granuja, pero me cae muy bien. ¿Está bien?

Se hizo un incómodo silencio, y Honoria lo miró a él, pidiendo auxilio.

Al instante se aclaró la garganta y explicó:

—Tal vez no se lo he dicho, señora Wetherby. Lord Winstead lleva fuera del país varios años.

El resto se lo contaría después, no delante de Honoria y su amiga.

—Comprendo —dijo ella, interpretando bien que el silencio de ellas significaba que no debía seguir con el tema. Se aclaró la garganta unas cuantas veces y le pasó la primera taza a Honoria—. Y esta para usted —dijo, pasándole la segunda taza a la señorita Royle.

Las dos le dieron las gracias y ella se levantó para pasarle la tercera taza a Marcus. Después se volvió hacia Honoria.

—Usted se encargará de que se lo beba todo, ¿verdad?

Honoria sonrió de oreja a oreja.

—Por supuesto.

La señora Wetherby se inclinó y dijo, simulando un susurro:

—Los caballeros son unos pacientes horrorosos.

—Lo he oído —dijo Marcus.

El ama de llaves lo miró traviesa.

—Lo dije para que lo oyera.

Y acto seguido se inclinó en una reverencia y salió del salón.

El resto de la visita transcurrió sin incidentes. Bebieron su té (él dos tazas, por insistencia de Honoria), comieron galletas y charlaron acerca de diversas cosas hasta que le vino otro acceso de tos, que duró tanto que Honoria insistió en que volviera a la cama.

—En todo caso ya es hora de que nos marchemos —dijo, levantándose con la señorita Royle—. Seguro que la señora Royle estará esperando impaciente nuestro regreso.

Marcus asintió y les agradeció con una sonrisa cuando ellas insistieron en que no se levantara a despedirlas. Se sentía

francamente mal, y supuso que tendría que tragarse el orgullo y pedir que lo llevaran a su habitación.

Después que se marcharan las dos damas, lógicamente.

Sofocó un gemido. Detestaba estar enfermo.

Cuando ya estaban instaladas en el coche, Honoria se acomodó en el asiento y se relajó. Marcus parecía estar enfermo, pero no tenía nada que no pudiera curar una semana de reposo y caldos. Pero su momento de paz llegó a su fin cuando Cecily declaró:

—Un mes.

La miró.

—¿Perdón?

—Esa es mi predicción —dijo Cecily. Levantó el índice, lo dobló hasta formar un pequeño círculo y lo enderezó—. Un mes para que lord Chatteris haga una proposición de matrimonio.

—¿A quién? —preguntó Honoria, tratando de disimular su sorpresa.

Marcus no había mostrado ninguna preferencia especial por Cecily; además, era muy impropio de ella ser tan jactanciosa.

—A ti, boba.

Honoria casi se atragantó con la lengua.

—¡Oh! —exclamó, con mucho sentimiento—. Oh, oh, no.

Cecily esbozó una sonrisa satisfecha.

—No, no, no. —Debía parecer una idiota por no poder decir más que ese monosílabo, pero es que estaba idiota—. No —repitió—. Oh, no.

—Incluso estaría dispuesta a apostar —dijo Cecily, maliciosa—. Estarás casada antes que termine la temporada.

—Eso espero —dijo Honoria, recuperando por fin su vocabulario—, pero no será con lord Chatteris.

—Ah, así que ahora es lord Chatteris, ¿eh? No creas que no me fijé que lo tuteabas llamándolo por su nombre de pila todo el tiempo que estuvimos ahí.

—Así lo he tratado siempre —protestó Honoria—. Le conozco desde que yo tenía seis años.

—Sea como sea, los dos... Oh, ¿cómo decirlo? —Frunciendo los labios estuvo un momento mirando el techo—. ¿Actuabais como si ya estuvieseis casados, tal vez?

—No seas ridícula.

—Digo la verdad —dijo Cecily, con expresión de estar muy complacida consigo misma—. Espera a que lo diga a las demás.

Honoria casi saltó hacia ella.

—¡No te atrevas!

—Me parece que la dama protesta demasiado.

—Por favor, Cecily, te lo aseguro, no hay amor entre lord Chatteris y yo y, te lo prometo, nunca nos casaremos. Con propagar rumores sólo conseguirás hacerme desgraciada.

Cecily la miró con la cabeza ladeada.

—¿Nada de amor?

—No tergiverses mis palabras. Claro que le tengo cariño. Fue como un hermano para mí.

—Muy bien —concedió Cecily—, no diré nada.

—Gra...

—Hasta que estés comprometida con él. Entonces gritaré a todo el que quiera oírme «¡Yo lo predije!»

Honoria no se molestó en contestar. No habría compromiso y por lo tanto Cecily no gritaría nada.

Sólo después cayó en la cuenta de que por primera vez había dicho que Marcus «fue» como un hermano para ella.

Pasado.

Y si ya no era un hermano para ella, entonces, ¿qué era?

CAPÍTULO 07

Al día siguiente Honoria volvió a Londres. Aún faltaba un mes para que comenzara la temporada, pero había muchos preparativos que hacer. Según su prima Marigold, casi recién casada, que fue a visitarla esa misma tarde, el rosa estaba causando furor, aunque si iba a ver a la modista tenía que cuidar de añadir prímula, amapola o rubí. Además, sencillamente era necesario tener un montón de pulseras. Nadie podía pasar sin ellas, le aseguró Marigold.

Dado que eso sólo era el comienzo de los consejos de Marigold sobre la moda, Honoria hizo planes para visitar a la modista esa misma semana. Pero antes de que lograra hacer algo más que elegir su matiz de rosa favorito (prímula, para no complicar las cosas), le llegó una carta de Fensmore.

Suponiendo que era de Marcus, la abrió impaciente, sorprendida de que él se hubiera tomado el tiempo para escribirle. Pero cuando desdobló la hoja tamaño folio, vio que la letra era demasiado femenina para ser de Marcus.

Con el ceño fruncido de preocupación, se sentó a leer la carta.

Mi querida lady Honoria:

Perdone mi atrevimiento al escribirle, pero no sé a qué otra persona podría recurrir. Lord Chatteris no está bien. Ha tenido fiebre desde hace tres días y anoche estaba casi inconsciente. El doctor ha venido cada tarde, pero no ha aconsejado nada aparte de esperar y observar.

Como sabe, el conde no tiene ningún familiar. Pero pienso que debo comunicárselo a alguien, y él siempre ha hablado muy bien de su familia.

Atentamente

Sra. Wetherby

Ama de llaves del conde de Chatteris

—Uy, no —musitó, mirando la carta hasta que se le pusieron turnios los ojos.

¿Cómo podía ser? El día que ella estuvo en Fensmore Marcus tenía una tos terrible, pero ningún indicio de fiebre. No había nada en su aspecto que indicara que iba a empeorar tanto.

¿Y cuál fue la intención de la señora Wetherby al enviarle la carta a ella? ¿Sólo quería informarla del estado de Marcus, o le pedía tácitamente que fuera a Fensmore? Y si era lo último, ¿significaba eso que el estado de Marcus era muy grave?

—¡Madre! —gritó. Se levantó y sin pensarlo echó a andar por la casa. Notó que el corazón le latía más rápido y apresuró el paso—. ¡Madre! —gritó más fuerte.

Lady Winstead apareció en lo alto de la escalera, echándose aire con su abanico de seda china favorito.

—¿Honoría? ¿Qué pasa? ¿Has tenido algún problema en el taller de la modista? Creí que pensabas ir con Marigold.

—No, no es eso —contestó Honoría, subiendo a toda prisa la escalera—. Se trata de Marcus.

—¿Marcus Holroyd?

—Sí. Recibí una carta de su ama de llaves.

—¿De su ama de llaves? Vamos, ¿por qué...?

—Le vi en Cambridge, ¿no te acuerdas? Te conté que...

Su madre sonrió.

—Ah, sí, sí. Qué agradable coincidencia haberte encontrado con él. La señora Royle me escribió una nota

acerca de eso. Creo que tiene la esperanza de que él se enamore de su hija.

Honorina le enseñó la carta.

—Madre, ten, léela, por favor. Está muy enfermo.

Lady Winstead leyó rápidamente la breve carta, y frunció los labios de preocupación.

—Ay, Dios. Esto es muy mala noticia, desde luego.

Honorina le puso una mano en el brazo, con fuerza, con el fin de convencerla de la gravedad de la situación.

—Debemos ponernos en marcha hacia Fensmore. Inmediatamente.

Lady Winstead la miró sorprendida.

—¿Debemos?

—No tiene a nadie más.

—Bueno, eso no puede ser cierto.

—Lo es. ¿No recuerdas con cuanta frecuencia iba a pasar las vacaciones en nuestra casa cuando él y Daniel estaban en Eton? Era porque no tenía ningún otro lugar adonde ir. Creo que él y su padre no se llevaban muy bien.

—No sé, lo encuentro presuntuoso —dijo su madre, ceñuda—. No somos sus familiares.

—¡No tiene ningún familiar!

Lady Winstead se cogió el labio inferior entre los dientes.

—Era un niño tan encantador, pero creo que no...

Honorina se plantó las manos en las caderas.

—Si no vienes conmigo, iré sola.

—¡Honorina! —Dio un paso atrás, horrorizada, y entonces, por primera vez desde hacía mucho tiempo, brilló un destello en sus ojos claros—. No harás nada de eso. Quedará arruinada tu reputación.

—Podría estar «moribundo».

—Te aseguro que no es «tan» grave.

Honoría se cogió las manos; empezaban a temblarle y las sentía terriblemente frías.

—No creo que su ama de llaves me hubiera escrito si no lo fuera.

—Ah, muy bien —dijo lady Winstead exhalando un corto suspiro—. Partiremos mañana.

Honoría negó con la cabeza.

—¡Hoy!

—¿Hoy? Honoría, sabes que un viaje como ese necesita planificación. Yo no podría de ninguna manera...

—Hoy, madre. No hay tiempo que perder. —Comenzó a bajar la escalera a toda prisa y continuó por encima del hombro—. Iré a ordenar que preparen el coche. Debes estar lista dentro de una hora.

Pero lady Winstead, demostrando algo de la energía que tenía antes que a su único hijo lo desterraran, hizo algo mejor. Estuvo lista en cuarenta y cinco minutos, con el equipaje hecho y acompañada por su doncella esperando a Honoría en el primer salón.

Cinco minutos después, ya estaban en marcha.

El viaje a la zona norte de Cambridgeshire se podía hacer en un solo día (largo), así que ya era cerca de la medianoche cuando el coche se detuvo ante la puerta de Fensmore. Lady Winstead se había quedado dormida un poco al norte de Saffron Walden, pero Honoría estaba totalmente despierta. Desde el instante en que el coche tomó el largo camino de entrada de la propiedad, se puso tensa y alerta, y le costó un enorme esfuerzo no mover la manija para abrir la portezuela. Por lo tanto, cuando por fin el coche se detuvo, no esperó a que viniera alguien a ayudarla a bajar. En segundos ya había abierto la portezuela, bajado de un salto y subido a toda prisa la escalinata de entrada.

La casa estaba silenciosa, y pasó al menos cinco minutos golpeando con la aldaba, hasta que finalmente vio brillar la luz

de una vela en una ventana y oyó pasos acercándose.

El mayordomo abrió la puerta, ella no logró recordar su nombre, y antes que él pudiera decir una palabra, le dijo:

—La señora Wetherby me escribió acerca del estado del conde. Debo verle inmediatamente.

El mayordomo retrocedió un paso, en actitud tan orgullosa y aristocrática como la de su empleador.

—Eso es imposible.

Honorio tuvo que cogerse del marco de la puerta para no caerse. No podía ser que Marcus hubiera sucumbido a la fiebre en el corto tiempo transcurrido desde que la señora Wetherby escribió la carta.

—¿Qué quiere decir? —susurró.

—El conde está durmiendo —contestó el mayordomo, irritado—. No lo voy a despertar a estas horas de la noche.

A Honorio la recorrió el alivio como la sangre en una pierna adormecida.

—Ah, gracias —dijo, vehemente, cogiéndole la mano—. Ahora, por favor, debo verle. Le prometo que no lo despertaré.

El mayordomo pareció algo alarmado por tener su mano en la de él.

—No puedo permitirle verlo en este momento. Permítame que le recuerde que ni siquiera ha considerado pertinente decirme su nombre.

Honorio pestañeó sorprendida. ¿Tantas eran las visitas a Fensmore que él ya no recordaba la suya cuando aún no había pasado una semana? Entonces cayó en la cuenta de que él tenía los ojos entrecerrados tratando de ver en la oscuridad. Buen Dios, tal vez no la veía bien.

—Acepte mis disculpas, por favor —dijo, con la voz más apaciguadora posible—. Soy lady Honorio Smythe-Smith, y mi madre, la condesa de Winstead, está esperando dentro del coche con su doncella. Tal vez alguien podría ir a ayudarla a bajar.

La arrugada cara del mayordomo experimentó un extraordinario cambio.

—¡Lady Honoria! —exclamó—. Le ruego que me perdone. No la reconocí en la oscuridad. Pase, pase, por favor.

La cogió del brazo y la hizo entrar. Honoria se dejó llevar, pero poco a poco fue aminorando el paso hasta que se giró a mirar atrás, hacia el coche.

—Mi madre...

—Enviaré a un lacayo a atenderla a la mayor brevedad posible —dijo él—. Pero debemos llevarla a una habitación inmediatamente. No tenemos ninguna preparada, pero hay varias que se pueden preparar rápido. —Se detuvo ante una puerta, se asomó y tiró varias veces de un cordón—. Las criadas subirán a prepararlas inmediatamente.

—No las despierte por mí, por favor —dijo ella, aunque claro, a juzgar por el vigor con que él tiró del cordón, ya era demasiado tarde—. ¿Podría hablar con la señora Wetherby? Lamento despertarla, pero es importantísimo.

—Por supuesto, por supuesto —le aseguró el mayordomo, llevándola más al interior de la casa.

—Y mi madre... —dijo ella, mirando atrás nerviosa.

Después de sus primeras protestas, su madre había estado maravillosa todo el día. No quería dejarla dormir en un coche. El cochero y los mozos no la dejarían desatendida y, claro, su doncella estaba en el asiento de enfrente, profundamente dormida también, pero de todos modos, no lo encontraba bien.

—Iré a recibirla tan pronto como la haya llevado ante la señora Wetherby.

—Gracias, eeh... —dijo ella, incómoda por no saber cómo llamarlo.

—Springpeace, milady. —Le cogió la mano entre las suyas y se la apretó.

Tenía las manos deformadas y débiles por el reumatismo, pero ella notó una urgencia en el apretón; y gratitud también. Miró sus ojos oscuros y él le sostuvo la mirada.

—Permítame que le diga, milady, que me alegra muchísimo que esté aquí.

Diez minutos después, Honoria estaba con la señora Wetherby al otro lado de la puerta del dormitorio de Marcus.

—No sé si al conde le va a gustar que usted lo vea en ese estado —dijo el ama de llaves—, pero puesto que ha venido de tan lejos para verlo...

—No lo voy a despertar —la tranquilizó Honoria—. Sólo necesito ver con mis ojos que está bien.

La señora Wetherby tragó saliva y la miró francamente.

—No está bien, señorita. Prepárese para eso.

—N-no quise decir «bien» —dijo Honoria, vacilante—. Quise decir, ah, no sé qué quise decir, sólo que...

La señora Wetherby le puso una mano en el brazo, amablemente.

—Comprendo. Está un poco mejor que ayer, cuando le escribí.

Honoria asintió, pero sintió tenso y torpe el movimiento. Le pareció que el ama de llaves quiso decir que Marcus no estaba a las puertas de la muerte, pero eso la tranquilizaba muy poco, porque significaba que «había estado» a las puertas de la muerte. Y en ese caso, no había ningún motivo para pensar que no volvería a estarlo.

La señora Wetherby se puso un dedo en los labios, indicándole que guardara silencio cuando entraran en la habitación. Giró lentamente el pomo y la puerta se abrió sin el menor chirrido de bisagras.

—Está durmiendo —susurró.

Asintiendo, Honoria entró y entrecerró los ojos para adaptarlos a la penumbra. Hacía muchísimo calor en la habitación, y el aire estaba denso y pesado.

—¿No hace mucho calor aquí? —susurró.

Casi no podía respirar en la sofocante habitación, y Marcus parecía estar enterrado bajo un montón de mantas y edredones.

—Es lo que dijo el doctor —contestó la señora Wetherby—. Que bajo ninguna circunstancia debemos permitir que se enfríe.

Honorina se tironeó el cuello del vestido, deseando tener una manera de soltárselo. Y, buen Dios, si ella se sentía incómoda, Marcus tenía que estar sufriendo. No lograba imaginarse que fuera sano estar envuelto en tanto calor.

Pero aun cuando tuviera un exceso de calor, por lo menos estaba durmiendo. Su respiración sonaba normal, al menos lo que ella creía que era normal. No tenía idea de qué señales debía intentar escuchar en el cuarto de un enfermo; cualquier cosa que se saliera de lo normal, suponía. Avanzó otro poco y se inclinó. Él se veía terriblemente sudado; sólo le veía un lado de la cara, pero su piel brillaba de manera no natural, y el aire estaba impregnado del olor a rancio que despiden un cuerpo después de mucho trabajo físico.

—Yo creo que no debería tener tantas mantas encima —susurró.

La señora Wetherby se encogió de hombros, como impotente.

—El doctor fue muy explícito.

Honorina avanzó otro poco, hasta que tocó la cama con las rodillas.

—No lo encuentro agradable.

—Lo sé —convino la señora Wetherby.

Honorina alargó una mano, tanteando por si lograba echarle atrás las mantas, aunque sólo fuera unas pulgadas. Cogió el borde del edredón que estaba arriba y le dio un suave tirón.

—¡Aaaaay!

Honorina lanzó un chillido, retrocedió de un salto y se cogió del brazo de la señora Wetherby. Marcus se había casi sentado y miraba hacia todos lados.

Y al parecer estaba desnudo, al menos de la cintura para arriba, que era lo que ella le veía.

—Tranquilo, todo está bien —dijo, pero el tono le salió inseguro.

No encontraba que todo estuviera bien, y no sabía cómo decirlo de manera que pareciera que sí lo creía.

La respiración era resollante, y estaba muy agitado, pero sus ojos no estaban enfocados en ella; en realidad no sabía si él se daba cuenta de que estaba ahí. Movía la cabeza de un lado a otro, como si buscara algo, y de pronto los movimientos se aceleraron, como en un estremecimiento.

—No —dijo él, aunque no en tono enérgico; no parecía enfadado sino sólo molesto—. No.

—No está despierto —dijo la señora Wetherby en voz baja.

Honoría asintió lentamente y de pronto captó la enormidad de lo que había emprendido. No sabía nada de enfermedades, y no tenía ni idea de cómo atender y cuidar a una persona con fiebre.

¿A eso había venido? ¿A cuidarlo? Fueron tan grandes su miedo y preocupación cuando leyó la carta de la señora Wetherby, que lo único que fue capaz de pensar fue que tenía que verlo con sus ojos. Aparte de eso no pensó en nada más.

Qué idiota. ¿Qué creyó que haría una vez que lo viera? ¿Darse media vuelta y volver a su casa?

Tendría que cuidar de él. Ya estaba ahí, y hacer cualquier otra cosa era impensable. Pero la perspectiva la aterraba. ¿Y si hacía algo mal? ¿Y si lo hacía empeorar?

Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Él la necesitaba. Marcus no tenía a nadie, y la sorprendió, y la avergonzó un poco, no haber comprendido eso hasta ese momento.

—Me quedaré aquí con él —dijo.

—Oh, no, señorita, no debe. No sería...

—Alguien tiene que estar con él —dijo ella, con firmeza—. No debe estar solo.

Cogió del brazo al ama de llaves y la llevó hasta el otro extremo de la habitación. Era imposible conversar tan cerca de

Marcus. Él ya había puesto la cabeza en la almohada, pero se movía y se daba vueltas con tanta violencia que ella se encogía cada vez que lo miraba.

—Yo me quedaré —dijo la señora Wetherby, pero no daba la impresión de que lo deseara.

—Por lo que parece, usted ya ha pasado muchas horas a su lado —dijo Honoria—. Yo haré este turno.

La señora Wetherby asintió agradecida y, dirigiéndose a la puerta para salir al corredor, dijo:

—Nadie dirá nada acerca de que usted se ha quedado en su dormitorio. Se lo prometo. Nadie de Fensmore diría ni una sola palabra.

Honoria le sonrió, deseando que su sonrisa fuera tranquilizadora.

—Mi madre está aquí. Tal vez no aquí en el dormitorio, pero está en Fensmore. Eso debería bastar para que no haya habladurías.

Asintiendo, la señora Wetherby salió de la habitación y Honoria se quedó escuchando sus pasos hasta que dejó de oírlos.

—Oh, Marcus —dijo en voz baja, acercándose lentamente a la cama—. ¿Qué te ha pasado?

Alargó la mano para tocarlo y entonces pensó «no, mejor que no». No sería decoroso y, además, no quería perturbarle el sueño más de lo que ya se lo había perturbado.

Él sacó un brazo fuera de las mantas y se giró hasta quedar de costado, con el brazo encima del edredón. Ella no sabía que fuera tan musculoso. Claro que sabía que era fuerte, eso era evidente. Lo pensó un momento. En realidad no era evidente; no recordaba si alguna vez lo había visto levantar algo. Pero se veía fuerte. Tenía esa apariencia. Era capaz. No todos los hombres tenían la apariencia. De hecho, la mayoría no la tenían, al menos la mayoría de los que conocía.

De todos modos, hasta ese momento no sabía que los músculos del brazo de un hombre pudieran estar tan bien

definidos.

Interesante.

Se acercó otro poco, ladeando la cabeza, y también acercó un poco más la palmatoria con la vela. Ese músculo del hombro, ¿cómo se llama? El de él era muy hermoso.

Hizo una brusca inspiración, horrorizada por la escandalosa dirección que habían tomado sus pensamientos, y retrocedió un paso. No estaba ahí para comerse con los ojos al pobre Marcus, sino para cuidar de él. Además, si iba a comerse con los ojos a un hombre, no sería a Marcus Holroyd.

Cogió una silla que estaba a cierta distancia y la acercó a la cama, lo suficiente para poder levantarse de un salto a atenderlo si era necesario, pero no tanto que él pudiera golpearla cuando movía los brazos, y se sentó.

Lo veía más delgado. No sabía cómo podía discernir eso estando él tapado con todos esos edredones y mantas, pero estaba claro que había bajado de peso. Tenía la cara demacrada y aunque la luz era tenue, le veía unas ojeras que no le había visto nunca.

Estuvo varios minutos sentada quieta, sintiéndose bastante tonta. Tenía la impresión de que debía «hacer» algo. Observarlo era hacer algo, claro, pero encontraba que no era mucho, sobre todo, dado que intentaba esforzarse en no mirar ciertas partes de él. Él ya se había calmado. De tanto en tanto se movía inquieto bajo las mantas, pero la mayor parte del tiempo, dormía.

Pero qué calor, por el amor de Dios. Estaba con su vestido de día, uno muy bonito abotonado a la espalda. Era una de esas ridículas prendas femeninas que no podía ponerse ni quitarse sola.

Sonrió. Más o menos como las botas de Marcus. Era agradable saber que los hombres podían ser tan poco prácticos como las mujeres en eso de seguir las modas.

De todos modos, era absolutamente un error llevar ese vestido en el cuarto de un enfermo. Consiguió soltarse los botones de más arriba y por fin pudo respirar a bocanadas.

—Esto no puede ser sano —dijo en voz alta, separándose el cuello con dos dedos y moviendo la tela para abanicarse el sudoroso cuello.

Miró a Marcus. Su voz no lo había despertado.

Sacó los pies de los zapatos y entonces, puesto que ya estaba lo bastante desvestida como para arruinar su reputación si alguien la veía, se subió la falda y se quitó las medias.

—Fiuu.

Las medias estaban empapadas de sudor. Consternada, se miró las piernas.

Exhalando un suspiro de resignación, colgó las medias en el respaldo de la silla, pero entonces lo pensó mejor. Sería más conveniente no dejarlas tan a la vista. Las enrolló formando dos bolas y las metió en los zapatos. Y aprovechando que estaba de pie, se cogió la falda y la movió a modo de abanico para refrescarse las piernas.

El calor era insoportable. Dijera lo que dijera el doctor, no podía creer que eso fuera sano. Volvió a acercarse a la cama a mirarlo, a una distancia prudente por si él agitaba los brazos.

Con mucho, mucho cuidado, alargó la mano. No lo tocó, pero casi. Cerca de su hombro el aire estaba caliente en al menos diez grados más que en el resto de la habitación.

Concedió que eso podía ser una exageración, a la que se consideraba con derecho, dado el tremendo calor que tenía; pero de todos modos.

Paseó la mirada por la habitación buscando algo con lo que pudiera abanicarlo. Maldita sea, debería haber cogido uno de los abanicos de seda china de su madre. Su madre vivía últimamente abanicándose. Jamás iba a ninguna parte sin llevar por lo menos tres abanicos en su baúl. Y eso era lo más conveniente, porque tendía a dejarlos olvidados por todas partes.

No vio nada apropiado para abanicar, así que se inclinó sobre Marcus y sopló. Él no se movió, lo que ella interpretó como buena señal. Envalentonada por su éxito (si es que era

un éxito, en realidad no tenía ni idea), volvió a soplar, con un poquitín de más fuerza. Esta vez él se estremeció levemente.

Lo miró ceñuda, sin saber si eso era bueno o malo. Si estaba tan sudado como parecía, se arriesgaba a enfriarlo demasiado, que era exactamente lo que quería evitar el doctor al dar esa orden.

Se sentó, pasado un instante se levantó, volvió a sentarse, y comenzó a darse palmaditas en el muslo, y así siguió y siguió, hasta que tuvo que cubrirse la mano con la otra para mantenerla quieta.

Era ridículo. Se levantó de un salto y se acercó a mirarlo. Nuevamente él estaba inquieto, moviéndose bajo las mantas, aunque no con la suficiente fuerza para quitárselas de encima.

Debía tocarlo. Sí, debía. Era la única manera de determinar lo caliente que tenía la piel. Qué haría cuando lo supiera. No lo sabía, pero no importaba. Si era su enfermera, y al parecer lo era, tenía que estar atenta y observarlo para estar al tanto de su estado.

Le tocó suavemente el hombro con los dedos. No estaba tan caliente como había supuesto, aunque eso podía deberse a que ella estaba asándose. Pero estaba sudado, y al mirar más de cerca vio que la sábana estaba empapada.

¿Debía intentar quitar la sábana? Aunque le quedarían todas las mantas. Cogió la sábana y le dio un tirón, sujetando el edredón de arriba para que no se moviera. Pero no le resultó; todo el conjunto de mantas se deslizó hacia ella, dejando a la vista una pierna ligeramente doblada.

Se quedó boquiabierta. La pierna era bastante musculosa también.

No, no, no, no y no. No estaba mirando a Marcus, no. No a él. Decididamente no a él. Además, tenía que devolver las mantas a su lugar, no fuera él a darse una vuelta y quedar totalmente expuesto, porque no tenía ni idea de si llevaba algún tipo de ropa interior. Tenía los brazos desnudos, las piernas también, así que lo lógico era suponer...

Miró el centro del cuerpo; no se veía la cintura, seguía cubierta, claro, pero si por casualidad ella caía encima de la cama...

Cogió el extremo del edredón y tiró hacia el otro lado para volver a cubrirlo. Otra persona iba a tener que cambiarle las sábanas. Buen Dios, qué calor; ¿cómo diablos era posible que se hubiera calentado más aún la habitación? Tal vez podría salir un momento. O ir a abrir un poco la ventana y quedarse un ratito ahí.

Se abanicó la cara con la mano. Debería volver a sentarse. Esa era una silla buena y podría estar sentada ahí con las manos recatadamente en la falda hasta que llegara la mañana. Le echaría una última mirada para comprobar que todo estaba bien.

Cogió la palmatoria y la acercó a su cara.

Él tenía los ojos abiertos.

Sigilosa, retrocedió un paso. Antes también los había abierto; eso no significaba que estuviera despierto.

—¿Honorita? ¿Qué haces aquí?

Pues sí, estaba despierto.

CAPÍTULO 08

Marcus se sentía como si estuviera en el infierno.

No, se sentía como si hubiera estado en el infierno, y regresado. Y tal vez vuelto a ir porque la primera vez no estuvo el tiempo suficiente.

No sabía cuánto tiempo llevaba enfermo. ¿Un día, tal vez? La fiebre le comenzó... ¿el martes? Sí, el martes, aunque eso no le decía nada, porque no sabía en que día estaba.

O noche. Le parecía que era de noche; le parecía que estaba oscuro y, condenación, sentía un calor terrible. De verdad, era difícil pensar en algo que no fuera en ese calor abrumador.

Tal vez estuvo en el infierno y al volver se lo trajo con él. O tal vez seguía en el infierno, aunque si era así, las camas eran cómodas ahí.

Lo que contradecía todo lo que le habían enseñado en la iglesia.

Bostezó, alargó el cuello hacia la izquierda, luego hacia la derecha y volvió a apoyar la cabeza en la almohada. Conocía esa almohada; era blanda, de plumón y de grosor perfecto. Estaba en su cama, y en su dormitorio. Y era de noche, sí. Estaba oscuro. Eso lo sabía aun cuando no tenía la energía para abrir los párpados.

Oía a la señora Wetherby caminando de aquí para allá por la habitación. Seguro que había estado junto a su cama durante toda su enfermedad. Eso no lo sorprendía, pero de todos modos, agradecía sus cuidados. Le trajo caldo cuando él empezó a sentirse mal, y vagamente la recordaba hablando con un doctor. El par de veces que había salido de la niebla de la fiebre, ella estaba en la habitación, velando.

Sintió unos dedos en el hombro, muy suaves, apenas tocándose. Pero ese contacto no consiguió sacarlo de su estupor. No podía moverse. Estaba muy, muy cansado. No recordaba ninguna vez en que se hubiera sentido tan cansado.

Le dolía todo el cuerpo, y la pierna, eso sí era dolor, dolor. Sólo deseaba volverse a dormir. Pero era demasiado el calor. ¿Para qué tener tan calurosa una habitación?

Como si le hubiera oído el pensamiento, la señora Wetherby le tironeó el edredón y, feliz, él se puso de costado y sacó la pierna buena fuera de las mantas. ¡Aire! Buen Dios, qué agradable. Tal vez podría quitarse todas las mantas. ¿Se escandalizaría ella si yacía ahí casi desnudo? Tal vez sí, pero si era para sanarlo...

Entonces ella volvió a ponerle las mantas encima y él sintió deseos de llorar. Haciendo acopio de las últimas reservas de energía que le quedaban, abrió los ojos y...

No era la señora Wetherby.

—¿Honoría? —graznó—. ¿Qué haces aquí?

Ella retrocedió de un salto emitiendo un extraño gorjeo que le hirió los oídos. Cerró los ojos. No tenía energía para hablar con ella, aunque encontraba muy curiosa su presencia.

—¿Marcus? —dijo ella, con una extraña urgencia—. ¿Puedes decir algo? ¿Estás despierto?

Él sólo pudo mover levemente la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Marcus?

Estaba más cerca y sintió su aliento en el cuello. Horroroso. Demasiado caliente y demasiado cerca.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó, y sintió pasar lentamente las palabras por la lengua, como jarabe caliente—. Deberías estar...

¿Dónde debería estar? En Londres, pensó. ¿No era en Londres donde debía estar?

—Ah, gracias a Dios —dijo ella.

Le tocó la frente. Tenía la mano caliente, pero claro, todo estaba caliente.

—Hon... Honor...

No consiguió decir el resto del nombre. Volvió a intentarlo; movió los labios y respiró unas cuantas veces. Pero le costaba demasiado, sobre todo después de que ella no le contestó a la pregunta. ¿Por qué estaba ahí?

—Has estado muy enfermo —dijo ella.

Él asintió. O le pareció que asentía. Al menos esa fue su intención.

—La señora Wetherby me escribió a Londres.

Ah, fue eso. De todos modos, muy raro.

Ella le cogió la mano y le dio unas palmaditas en un gesto nervioso.

—Vine tan pronto como pude. Mi madre está aquí también.

¿Lady Winstead? Intentó sonreír. Le caía bien lady Winstead.

—Creo que todavía tienes fiebre —continuó ella, como si no estuviera segura—. Tienes la frente muy caliente. Aunque he de decir que esta habitación está terriblemente calurosa. No sé cuánto calor es tuyo y cuánto flota simplemente en el aire.

—Por favor —gimió él, moviendo el brazo para golpear el de ella; abrió los ojos y la tenue luz lo obligó a entrecerrarlos—. La ventana.

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento. Ojalá pudiera. La señora Wetherby dijo que el doctor dijo...

—Por favor —repitió él.

Suplicante, condenación. La voz le salió como si estuviera a punto de echarse a llorar. Pero qué más daba. Sólo quería que abriera la maldita ventana.

—Marcus, no puedo...

Entonces lo miró.

—No puedo respirar —dijo él, y la verdad, no creía que fuera exageración.

—Ah, muy bien —dijo ella, yendo a toda prisa hasta la ventana—. Pero no se lo digas a nadie.

—Lo prometo.

No lograba despertar bien para girar la cabeza y mirar, pero oía todos los movimientos de ella en el profundo silencio de la noche.

—La señora Wetherby lo dijo muy en serio —dijo ella, descorriendo la cortina—. La habitación debe mantenerse caliente.

Él gruñó e intentó mover la mano para descartar eso.

—No sé nada de cuidar a enfermos —ah, oyó el sonido de abrirse la ventana— pero no logro imaginar que sea sano asar de calor a una persona que tiene fiebre.

Marcus sintió el primer indicio de aire fresco en la piel y casi lloró de felicidad.

—Yo nunca he tenido fiebre —continuó ella, volviendo a su lado—. Al menos que yo recuerde. ¿No es raro eso?

Él oyó la sonrisa en su voz. Incluso sabía qué tipo de sonrisa era, un pelín de vergüenza, un pelín de extrañeza. Con frecuencia sonreía así, y cada vez se le levantaba más la comisura derecha de la boca que la izquierda.

Y ahora la oía. Era agradable oírla. Y raro. Qué curioso que la conociera tan bien. Y claro que la conocía, mejor que casi cualquier otra persona. Pero eso no era lo mismo que conocer las sonrisas de alguien.

¿O sí?

Ella acercó una silla a la cama y se sentó.

—Nunca se me había ocurrido pensarlo hasta que vine aquí a cuidarte. Que nunca he tenido fiebre, quiero decir. Mi madre dice que son horrendas.

¿Había venido por él? No sabía por qué encontraba tan extraordinario eso. No había ninguna otra persona en Fensmore por la que ella hubiera venido, y estaba ahí, en su

habitación, pero de todos modos lo encontraba.... bueno, no extraño, tampoco sorprendente, sino simplemente...

Inesperado.

Trató de hacer pensar a su agotada mente. ¿Puede algo no ser sorprendente y sí inesperado? Porque eso era. No habría esperado que Honoria lo dejara todo para venir a Fensmore a cuidarlo a él. Y sin embargo, ahora que ya estaba ahí, no era en absoluto sorprendente.

Lo encontraba casi normal.

—Gracias por abrir la ventana —dijo en voz baja.

—De nada. —Sonrió, pero la sonrisa no logró borrar la preocupación de su cara—. Y no te costó mucho convencerme. Creo que nunca en mi vida he tenido tanto calor.

—Yo tampoco —dijo él, tratando de que sonara como una broma.

Entonces ella sonrió y la sonrisa fue verdadera.

—Uy, Marcus —dijo y alargó la mano para apartarle un mechón de la frente.

La vio mover la cabeza, aunque dio la impresión de que no sabía por qué la movía. Le caía un mechón de pelo en la cara, pelos tiesos como siempre. Se los sopló para apartárselos de la boca, pero le volvieron a caer; finalmente se cogió el mechón y se lo metió detrás de la oreja.

Y el pelo volvió a caerle sobre la cara.

—Estás cansada —dijo él con la voz rasposa.

—Y lo dices tú, que no puedes mantener abiertos los ojos.

—Tocado —dijo él, y consiguió dar énfasis a la palabra moviendo el índice.

Ella estuvo en silencio un rato y de pronto pegó un salto.

—¿Te apetece beber algo?

Él asintió.

—Lo siento. Debería habértelo preguntado en el momento en que despertaste. Debes tener una sed terrible.

—Sólo un poco —mintió él.

—La señora Wetherby dejó un jarro de agua. —Se levantó a coger algo de la mesa que estaba detrás de ella—. No está fría, pero creo que de todos modos te refrescará.

Él volvió a asentir. Mientras no estuviera hirviendo sería refrescante.

Ella le puso un vaso delante, y sólo entonces cayó en la cuenta de que no podría beber en esa posición supina. Dejó el vaso en la mesa.

—Venga, déjame que te ayude. —Le rodeó la espalda con los brazos y, con más resolución que fuerza, lo ayudó a sentarse—. Ya está —dijo, tan enérgica y eficiente como una institutriz—. Sólo que antes, esto., vamos a remeterte esta manta, y entonces beberás un poco.

Él parpadeó varias veces, tan lento que no sabía si alguna vez iba a poder abrir los ojos. No llevaba puesta la camisa. Curioso que sólo acabara de darse cuenta de eso; más curioso aún que no lograra sentir ni la más mínima preocupación por las sensibilidades de una doncella como ella.

Era posible que ella estuviera ruborizada. Imposible saberlo, estaba demasiado oscuro. Pero qué más daba. Era Honoria; una buena persona. Sensata. Verle el pecho desnudo no le dejaría huellas imborrables.

Bebió un trago y luego otro, y apenas notó el agua que le bajó por el mentón. Buen Dios, qué agradable la sentía en la boca. Había tenido la lengua pegajosa y seca.

Honoria emitió una especie de murmullo y luego le limpió el agua del mentón y las mejillas con la mano.

—Lo siento, no tengo pañuelo.

Él asintió lentamente, memorizando en su interior la sensación de la mano de ella en su mejilla.

—Estabas aquí antes —dijo.

Ella lo miró interrogante.

—Me tocaste. En el hombro.

Ella curvó los labios en una leve sonrisa.

—Eso fue hace sólo unos minutos.

—¿Sí? —Lo pensó—. Ah.

—Llevo varias horas aquí —dijo ella.

A él le bajó un pelín el mentón.

—Gracias —dijo.

¿Esa era su voz? Condenación, qué débil sonó.

—No te puedes imaginar el alivio que siento de verte sentado. Es decir, tenías un aspecto terrible, pero ahora te ves mucho mejor. Hablas, y con lógica. —Levantó las manos y las juntó, en un gesto nervioso, tal vez algo angustiado también—. Lo que es más de lo que puedo decir de mí en estos momentos.

—No seas tonta.

Ella movió la cabeza y desvió la cara; pero él vio cómo se pasaba rápidamente el dorso de la mano por los ojos.

La había hecho llorar. Se le ladeó un poco la cabeza. Sólo pensarlo era agotador. Desgarrador. Jamás había deseado hacer llorar a Honoria.

Ella... no debería... Tragó saliva. No deseaba que llorara. Tal vez no sabía mucho, pero eso sí lo sabía.

—Me diste un susto de muerte —dijo ella—. Apostaría a que pensabas que nunca podrías asustarme.

Al parecer quería embromarlo, pero estaba claro que era fingido. De todos modos lo agradeció.

—¿Dónde está la señora Wetherby?

—La envié a acostarse. Estaba agotada.

—Estupendo.

—Te ha cuidado con mucha diligencia.

Él volvió a asentir, ese pequeño movimiento que esperaba que ella viera. Su ama de llaves lo cuidó la última vez que tuvo fiebre, a los once años. Su padre no entró en su habitación ni una sola vez, pero la señora señora Wetherby estuvo siempre,

siempre, a su lado. Deseó contarle eso a Honoria, o tal vez lo de aquella vez cuando su padre se marchó antes de Navidad y ella se dio el trabajo de adornar la casa con tantas ramas de acebo que durante semanas Fensmore olió a bosque. Esa había sido la mejor Navidad, hasta que lo invitaron a pasarla con los Smythe-Smith.

Esa fue la mejor. Siempre sería la mejor.

—¿Quieres más agua? —preguntó Honoria.

Él quería, pero no sabía si tenía la energía para tragarla bien.

—Yo te ayudaré —dijo ella, poniéndole el vaso junto a los labios.

Él bebió un sorbo y exhaló un suspiro de cansancio.

—Me duele la pierna.

—Debe de ser la torcedura —dijo ella, asintiendo.

Él bostezó.

—La siento... ardiente. Un pequeño atizador.

Ella agrandó los ojos. Él no pudo dejar de comprenderla; no tenía ni idea de qué había querido decir él.

Ella se le acercó, ceñuda de preocupación y volvió a ponerle la mano en la frente.

—Se está calentando otra vez.

Él intentó sonreír. Le pareció que lo consiguió, al menos con un lado de la boca.

—¿En algún momento no ha estado caliente?

—No —dijo ella francamente—. Pero ahora la tienes más caliente.

—Va y viene.

—¿La fiebre?

Él asintió.

Ella apretó los labios y a él le pareció que se veía mayor de lo que la había visto nunca. No mayor, de ninguna manera

podía verse mayor. Pero se veía preocupada. El pelo estaba igual que siempre, recogido atrás en un moño flojo. Y se movía igual que siempre, con ese andar alegre, animado, tan especial de ella.

Pero sus ojos se veían distintos. Algo más oscuros, sombríos, tal vez; le daban un aire de preocupación a su cara. Eso no le gustaba.

—¿Podría beber otro poco de agua? —dijo; no recordaba haber tenido tanta sed en toda su vida.

—Por supuesto —dijo ella y se levantó de un salto a poner más agua en el vaso..

Él bebió, demasiado rápido otra vez, pero él mismo se secó el agua que le resbaló por el mentón con el dorso de la mano.

—Probablemente me va a volver —dijo.

—La fiebre —dijo ella, y esta vez no fue pregunta.

Él asintió.

—Me pareció que deberías saberlo.

—No lo entiendo —dijo ella, cogiendo el vaso de su mano temblorosa—. Estabas perfectamente bien la última vez que te vi.

Él intentó arquear una ceja; no supo si lo consiguió.

—Ah, bueno. No perfectamente bien, pero estabas mejorando.

—Tenía esa tos.

—Sí, lo sé. Pero creo que no... —Soltó un bufido y movió la cabeza—. ¿Qué estoy diciendo? No sé nada de enfermedades. Ni siquiera sé por qué se me ocurrió que podría cuidar de ti. En realidad no lo pensé.

Él no tenía ni idea de qué hablaba, pero, inexplicablemente, lo que decía lo hacía feliz.

Ella acercó más la silla a la cama y se sentó.

—Simplemente vine. Recibí la carta de la señora Wetherby y ni siquiera me paré a pensar que en realidad no podría hacer

nada que te hiciera algún bien. Simplemente vine.

—Me has hecho bien —susurró él.

Y era cierto. Ya se sentía mejor.

CAPÍTULO 09

Honoría despertó muy dolorida. Tenía el cuello agarrotado, le dolía la espalda y el pie izquierdo se le había adormecido totalmente. Y estaba acalorada y sudada, lo cual, además de producirle incomodidad, la hacía sentirse poco atractiva. Y posiblemente fragante; y con fragante quería decir...

Vamos, sabía qué quería decir, y también lo sabía cualquiera que estuviera a menos de una yarda y media de ella.

Había cerrado la ventana después que Marcus se quedó dormido. Eso casi la mató; iba contra el sentido común. Pero no tenía tanta seguridad en sí misma como para desafiar las órdenes del médico y dejarla abierta.

Movió el pie, y no pudo evitar hacer un gesto de dolor al sentir los pinchazos por toda la pierna. Maldita sea, detestaba que se le adormeciera el pie. Se lo apretó, para devolverle la circulación, pero con eso sólo consiguió que le ardiera toda la pierna como si la tuviera metida en el fuego.

Bostezando y gimiendo, se puso de pie, tratando de no hacer caso de los crujidos en las articulaciones. Había un motivo para que los seres humanos no durmieran sentados en una silla, concluyó. Si se quedaba ahí la próxima noche, dormiría en el suelo.

Medio caminando y medio cojeando, fue hasta la ventana, impaciente por correr un poco las cortinas para que entrara algo de luz. Marcus estaba durmiendo, así que no debía entrar demasiada, pero sentía una necesidad urgente de verlo. Verle el color de la piel, las ojeras. No sabía qué haría una vez que lo viera, pero claro, no había sabido qué hacer desde que entró en la habitación esa noche.

Y necesitaba un motivo para levantarse de esa maldita silla.

Corrió un poco una de las cortinas, y tuvo que entrecerrar los ojos, deslumbrada por la luz de la primera hora de la mañana. No podía ser mucho más tarde de la aurora; todavía

había nubecillas de color rosa y melocotón, y sobre la hierba flotaba la niebla matutina.

Estaba hermoso fuera, agradable y fresco, así que abrió un poco la ventana y puso la cara en la abertura para inspirar la fresca humedad.

Pero tenía un trabajo que hacer. Apartándose de la ventana se giró y echó a caminar con la intención de ponerle la mano en la frente a Marcus para ver si le había vuelto la fiebre. Pero aún no había dado más de dos pasos cuando él se dio la vuelta en la cama, dormido y...

Buen Dios, ¿así de roja tenía la cara por la noche?

Corrió a la cama, tropezándose por el hormigueo que seguía sintiendo en el pie izquierdo. Se veía horroroso, la cara roja e hinchada, y cuando lo tocó notó la piel reseca.

Y caliente. Terriblemente caliente.

Corrió hasta el jarro de agua. No vio toallas ni pañuelos, así que metió las manos y así mojadas se las puso en las mejillas, para refrescárselas. Enseguida comprendió que esa no sería la mejor solución, así que corrió hasta la cómoda y abrió cajón tras cajón hasta que en uno encontró pañuelos. Sólo cuando sacó uno y fue a mojarlo en el jarro, cayó en la cuenta de que era otra cosa muy diferente.

Santo cielo, le iba a poner un calzoncillo en la cara a modo de paño.

Sintió arder la cara de rubor cuando lo estrujó para quitarle el exceso de agua. Corriendo volvió a la cama, masculló una disculpa, aun cuando él no estaba consciente para entenderle, y le puso el paño en la frente.

Al instante él comenzó a moverse y darse vueltas, agitado, emitiendo sonidos raros y preocupantes: gruñidos, medias palabras, frases sin comienzo ni final. Lo oyó decir «Basta» y «No», pero también le pareció oír «facilitar», «rape» y «puente peatonal».

Claramente lo oyó decir «Daniel».

Conteniendo las lágrimas fue a coger el jarro para ponerlo más cerca. Cuando volvió, él ya se había quitado el paño mojado de la frente, y cuando ella intentó ponérselo otra vez, la empujó.

—Marcus —dijo, severa, aunque consciente de que él no la oía—, tienes que permitirme que te refresque.

Pero él volvió a resistirse, moviéndose de un lado a otro, hasta que ella se sentó prácticamente encima de él para mantenerlo acostado.

—Basta —ladró cuando él volvió a empujarla—. No... vas... a... ganar —dijo, empujándole con fuerza el hombro hacia abajo con el antebrazo—. Con eso quiero decir que si yo gano tú ganas.

De repente él se incorporó y chocaron las cabezas. Ella soltó un gruñido de dolor, pero no lo soltó.

—Ah, no, no. Y con eso quiero decir —puso la cara muy cerca de la de él—, que no te vas a morir.

Poniendo todo su peso encima de él, alargó el brazo hasta el jarro para volver a mojar el paño.

—Mañana me vas a odiar cuando sepas qué te he puesto en la cara —le dijo, poniéndoselo en la frente otra vez.

No era su intención ser tan brusca, pero él no le daba ninguna oportunidad de hacerlo más suave.

—Cálmate —le dijo lentamente, trasladando el paño al cuello—. Te prometo que si te calmas te vas a sentir mucho mejor. —Volvió a mojar el paño—. Y eso no será nada comparado con lo mejor que me voy a sentir yo.

Cuando volvió a mojar el paño consiguió ponérselo en el pecho, que ya hacía rato había dejado de notar que estaba desnudo. Pero a él no le gustó. La empujó con tanta fuerza que ella voló por encima del borde del pie de la cama y cayó sobre la alfombra haciendo un ruido discordante.

—Ah, pues, no —masculló, dispuesta a recomenzar la tarea.

Pero antes que pudiera volver al lado de la cama donde estaba el jarro, él sacó una pierna fuera de las mantas y le golpeó el vientre.

Se le fue el cuerpo hacia atrás y agitó los brazos para cogerse de lo que fuera para no volver a caer al suelo; sin pensarlo se agarró de lo primero que encontró con la mano.

Marcus lanzó un grito.

Con el corazón acelerado al triple de velocidad, soltó lo que tenía cogido y sólo entonces se dio cuenta que era la pierna de él. Al no estar cogida a nada, cayó de espaldas al suelo, golpeándose fuertemente el codo derecho.

—¡Aaaay! —se le escapó el grito por el dolor de las contracciones reflejas que pasaron como rayos por todo su antebrazo hasta las yemas de los dedos.

Pero consiguió ponerse de pie, sujetándose el codo apretado al costado con la otra mano; el grito que le oyó a Marcus...

No era humano.

Él seguía gimiendo cuando avanzó por el lado de la cama; tenía la respiración agitada, el tipo de respiraciones cortas y superficiales que hace la persona para protegerse del dolor.

—¿Qué ha pasado? —susurró.

El grito no se debía a la fiebre, era por un dolor muy agudo.

La pierna. Le había cogido la pierna.

Sólo entonces se dio cuenta de que tenía la mano pegajosa.

Sin soltarse el codo, giró la mano y se miró la palma.

Sangre.

—Dios mío.

Con un nudo en el estómago, avanzó otro paso. No quería sobresaltarlo; ya la había hecho caer dos veces. Y la sangre... no era sangre de ella.

Él ya había metido la pierna bajo las mantas, así que con sumo cuidado las levantó y las echó hacia atrás, dejando a la vista la pierna.

—Dios mío.

Tenía una fea y larga herida a un lado de la pantorrilla, de la que salía sangre y otra cosa que no quiso ni pensar qué era. La pierna estaba terriblemente hinchada y amoratada. La piel de alrededor de la herida estaba roja, cubierta por algo que tenía un brillo horrendo, feo, parecido a carne putrefacta; por la cabeza le pasó la horrorosa idea de si no se estaría pudriendo.

Soltando las mantas, retrocedió de un salto, esforzándose en no arrojar el contenido del estómago.

—Dios mío —repitió.

No era capaz de decir ninguna otra cosa, ni siquiera de pensar en otra cosa. Eso tenía que ser la causa de la fiebre; no tenía nada que ver con la tos ni con el enfriamiento.

Le giraba la cabeza. Esa herida estaba infectada. Debieron hacérsela cuando le cortaron la bota para quitársela. Pero él no dijo que tenía una herida. ¿Por qué no lo dijo? Debería habérselo dicho a alguien, debería habérselo dicho a ella.

Sonó un suave golpe en la puerta y la señora Wetherby asomó la cabeza.

—¿Todo bien? Oí un estruendo.

—No —contestó Honoria, con una vocecita aguda, como un chillido de terror. Trató de dominar el terror que iba aumentando en su interior. Debía ser racional; así no sería útil para nadie—. La pierna. ¿Usted sabía lo de su pierna?

—¿A qué se refiere? —preguntó la señora Wetherby, entrando a toda prisa.

—La pierna. Tiene una herida terriblemente infectada. Estoy segura de que eso es la causa de su fiebre. Tiene que serlo.

—El doctor dijo que era la tos. Dijo que... ¡ooh! —exclamó al ver la herida cuando ella levantó las mantas—.

Santo cielo. —Retrocedió un paso, tapándose la boca con una mano; parecía a punto de vomitar—. No tenía ni idea. Nadie aquí tenía ni idea. ¿Cómo es posible que no se la hayamos visto?

Honoría estaba pensando lo mismo, pero ese no era el momento para apuntar con el dedo a nadie. Lo que necesitaba Marcus era que todos trabajaran unidos para remediar el problema, no que discutieran sobre quién tenía la culpa.

—Tenemos que llamar al doctor —dijo—. Es necesario limpiarle la herida, me imagino.

La señora Wetherby se apresuró a asentir.

—Lo haré llamar.

—¿Cuánto tiempo tardará en llegar aquí?

—Depende de si está en casa o ha salido a atender a otros pacientes. Si está en casa, el lacayo puede volver con él en menos de dos horas.

—¡Dos horas! —chilló Honoría, mordiéndose tardíamente el labio para sofocar el chillido. Nunca había visto una herida como esa, pero había oído historias; ese era el tipo de herida que mata a un hombre, y rápido—. No podemos esperar dos horas. Necesita atención médica ya.

La señora Wetherby la miró asustada.

—¿Sabe limpiar una herida?

—No, por supuesto. ¿Y usted?

—No sé nada de eso —contestó la señora Wetherby, mirando la pierna de Marcus con la cara descompuesta.

—Bueno, ¿cómo limpiaría una más pequeña? Herida, quiero decir.

La señora Wetherby se retorció las manos, mirando aterrada de ella a Marcus.

—No lo sé. Con una compresa, supongo, con algo que le extraiga el veneno.

—¿El veneno? —repitió Honoria. Buen Dios, eso parecía francamente medieval—. Llame al doctor —dijo, intentando aparentar más seguridad de la que sentía—. Ahora mismo, y después vuelva aquí, con agua caliente y toallas. Y con cualquier otra cosa que se le ocurra.

—¿Traigo a su madre?

—¿A mi madre? —La miró boquiabierta, no porque encontrara malo tener a su madre en la habitación, sino porque pensó ¿por qué a la señora Wetherby se le ocurrió eso?—. No lo sé. Haga lo que considere mejor. Pero dése prisa.

La señora Wetherby asintió y salió corriendo.

Honoria volvió la atención a Marcus; la pierna seguía al descubierto, y la fea herida parecía mirarla con un ceño de furia.

—Uy, Marcus —susurró—. ¿Cómo pudo ocurrir esto?

Le cogió la mano y esta vez él no se la apartó. Al parecer, se había calmado un poco; su respiración era más pareja que cinco minutos antes. Además, ¿era posible que no tuviera la piel tan roja?

¿O ella estaba tan desesperada por ver algún signo de mejoría que veía cosas que no estaban ahí?

—Puede ser —dijo en voz alta—, pero me aferraré a cualquier signo que me parezca esperanzador.

Se obligó a mirarle la herida más de cerca; se le revolvió peligrosamente el estómago, pero hizo a un lado la repugnancia. Tenía que comenzar a limpiar la herida. A saber cuánto tardaría en llegar el doctor, y aunque una compresa con agua caliente sería mejor, no veía ningún buen motivo para no comenzar con lo que tenía.

Marcus había arrojado hasta el otro lado de la habitación el paño que le había puesto para refrescarlo, así que fue hasta la cómoda y sacó otro de sus calzoncillos, procurando no ver nada en ellos aparte de que eran de lino bastante suave.

Los enrolló hasta formar un cilindro y metió un extremo en el agua.

—Lo siento mucho, Marcus —susurró cuando aplicó suavemente la punta mojada a la herida.

Él no retiró la pierna.

Soltó el aliento que tenía retenido y miró el paño. En algunos lugares estaba rojo de sangre y también amarillento, por el pus que le salía de la herida infectada.

Sintiéndose ligeramente más tranquila respecto a sus aptitudes como enfermera, desenrolló el cilindro y lo volvió a hacer buscando las partes limpias; lo mojó y lo volvió a aplicar, presionando un poco más que la primera vez. Él no hacía nada que indicara que eso le producía más molestias, así que repitió la operación, una y otra vez, hasta que el paño quedó todo sucio.

Preocupada, miró hacia la puerta. ¿Dónde estaba la señora Wetherby? Ella estaba haciendo progresos, pero sin duda lo haría mejor con agua caliente. De todos modos, continuaría, aprovechando que Marcus seguía relativamente calmado.

Fue a la cómoda a sacar otro par de calzoncillos.

—No sé qué te vas a poner cuando acabe de tratarte —le dijo, con las manos en las caderas.

«Al agua otra vez —se dijo en silencio, mojando el paño—. Y de vuelta a ti.»

Apretó con más fuerza. Había que apretar fuerte en las heriditas y arañazos para restañar la sangre, hasta ahí llegaba. La herida ya no sangraba, pero la presión no le haría ningún daño.

—Y con eso quiero decir que no te hará un daño para siempre —le explicó a Marcus, que afortunadamente seguía inconsciente—. Estoy muy segura de que ahora te va a doler.

Acomodó la prenda buscando las partes limpias, la mojó y la aplicó a la parte de la herida que hasta el momento había evitado conscientemente. Era una parte cerca del extremo de arriba que se veía más fea que el resto, más amarillenta, y claramente más hinchada.

Pasó suavemente el paño, tratando de no causarle dolor, y al ver que él no hacía nada, aparte de mascullar algo dormido, lo pasó con más fuerza.

—Paso a paso —susurró, obligándose a hacer una honda inspiración para calmarse—. Sólo un paso.

Era capaz de hacerlo. Era capaz de limpiarle la herida; no, se la curaría, lo curaría a él. Era como si todo lo ocurrido en su vida la hubiera llevado a ese momento.

—Por eso no me casé el año pasado —le dijo—. No habría estado aquí para cuidarte. —Reflexionó sobre eso un momento—. Claro que se podría aducir que no estarías en esta situación si no fuera por mí. Pero no vamos a darle vueltas a eso.

Continuó con su trabajo, limpiando esmeradamente la herida, hasta que se tomó un momento para estirar el cuello de un lado a otro. Miró el paño; seguía siendo repugnante, pero ya no le producía náuseas.

—Ahí tienes, ¿lo ves? Eso debe significar que estoy aprendiendo a hacer esto.

Y creía que lo hacía mejor también. Procuraba ser práctica y tomárselo con naturalidad, pero de pronto, justo después de haber declarado eso tan alegremente, le salió un fuerte sonido de la garganta; fue en parte un grito ahogado, en parte un extraño resuello parecido a un sollozo, y eso la sorprendió totalmente.

Marcus podría morir. Esa realidad la golpeó con aplastante fuerza. Podría morir, y entonces ella quedaría verdaderamente sola. No era que se hubieran visto mucho esos últimos años, a excepción de los últimos días, claro.

Pero siempre sabía que él estaba ahí. El mundo era sencillamente un lugar mejor sabiendo que él lo habitaba.

Y ahora podría morir. Estaría perdida sin él. ¿Cómo no se había dado cuenta de eso?

—¡Honorina!

Giró la cabeza y miró. Su madre estaba entrando en la habitación.

—Vine tan pronto como pude —dijo lady Winstead acercándose a toda prisa. Entonces vio la pierna de Marcus—. Ooh, Dios mío.

Honoría sintió subir a la garganta otro de esos resuellos raros parecidos a un sollozo. Fue al ver a su madre, al ver a su madre mirando a Marcus. Fue como aquella vez cuando se cayó del caballo. Pensando que estaba bien, hizo a pie todo el camino hasta la casa, magullada y dolorida, con la cara ensangrentada por un arañazo que se hizo al golpearse contra una piedra.

Y entonces, al ver a su madre, al ver su expresión, se echó a llorar a gritos.

Se sentía igual. Deseaba llorar a gritos. Buen Dios, lo único que deseaba hacer era apartarse de la pierna herida, darle la espalda y llorar, llorar y llorar.

Pero no podía. Marcus la necesitaba; necesitaba que ella estuviera tranquila. Y fuera capaz.

—La señora Wetherby va a traer agua caliente —dijo—. No debería tardar mucho.

—Estupendo. Vamos a necesitar muchísima. Y coñac. Y un cuchillo.

Honoría la miró sorprendida. Su madre hablaba como si supiera de qué hablaba. Su madre.

—El doctor va a querer amputarle la pierna —dijo lady Winstead sombríamente.

A Honoría ni se le había ocurrido eso.

—¿Qué?

—Y podría tener razón.

A Honoría se le paró el corazón, hasta que su madre dijo:

—Pero todavía no.

Honoría la miró conmocionada. No recordaba la última vez que la oyó hablar con tanta resolución. Cuando Daniel huyó del país se llevó una parte de su madre consigo. Desde entonces estaba absolutamente desorientada, como insensible,

era incapaz de dedicarse o atender a nada ni a nadie, ni siquiera a su hija. Era como si no pudiera cobrar ánimo para tomar decisiones, porque hacerlo significaría que aceptaba la realidad de su vida, con un hijo ausente tal vez para siempre.

Pero tal vez lo único que necesitaba era un motivo para despertar. Un momento crítico.

Tal vez necesitaba ser necesitada.

—Hazte a un lado —le dijo su madre, arremangándose.

Honoría se hizo a un lado, tratando de desentenderse del pinchazo de celos que habían cobrado vida en su interior. ¿Acaso no había necesitado a su madre?

—¿Honoría?

La miró y vio que la estaba mirando con expresión expectante.

—Perdona. —Le enseñó el paño que tenía en la mano—. ¿Necesitas esto?

—Uno limpio, por favor.

—Inmediatamente.

Corrió hasta la cómoda y mermó aún más la provisión de calzoncillos de Marcus.

Su madre lo cogió y luego lo miró desconcertada.

—Esto es...

—Fue lo único que logré encontrar —explicó Honoría—, y me pareció que el tiempo era esencial.

—Lo es —confirmó su madre. La miró a los ojos con seria franqueza—. He visto esto antes —dijo, y la trémula inspiración que hizo fue la única señal de nerviosismo—. En tu padre. En el hombro. Ocurrió antes que tú nacieras.

—¿Qué ocurrió?

Su madre se inclinó a examinar la herida con los ojos entrecerrados.

—Ve si puedes echar más luz sobre la pierna. —Mientras Honoría iba a abrir las cortinas de la ventana, continuó—: Ni

siquiera sé cómo se hizo la herida. Lo que sé es que se le infectó horriblemente. —Casi tanto como esta —añadió en voz muy baja.

Esa era una historia de la que Honoria sabía el final. Su padre tuvo los brazos bien y fuertes hasta el día de su muerte.

—Pero quedó bien —dijo, volviendo a su lado.

Su madre asintió.

—Tuvimos mucha suerte. El primer doctor quería amputar. Y yo... —Se le quebró la voz y pasado un momento continuó —: Yo se lo habría permitido. Mi preocupación era por su vida. —Cogió el paño limpio y lo pasó por la herida para verla mejor. Entonces continuó, en voz muy baja—. Habría hecho lo que fuera que me dijeran.

—¿Por qué no le amputaron el brazo?

Su madre soltó el aire en un soprido, como para expulsar malos recuerdos.

—Tu padre exigió ver a otro médico. Me dijo que si el segundo estaba de acuerdo con el primero, haría lo que le dijeran. Pero no se iba a dejar cortar el brazo porque se lo dijera un solo hombre.

—¿Y el segundo dijo que no había que amputárselo?

Su madre rió, pesarosa.

—No, dijo que era casi seguro que tendrían que amputárselo. Pero a tu padre le dijo que antes podrían intentar limpiarle la herida. Limpiársela de verdad.

—Eso es lo que he estado haciendo yo —dijo Honoria a borbotones—. Le he quitado bastante de la infección, creo.

—Ha sido un buen comienzo —dijo su madre—. Pero... —Tragó saliva.

—Pero ¿qué?

Su madre continuó con la atención fija en la herida, presionando suavemente con el paño a medida que la examinaba. Pasado un momento, sin mirarla, dijo en voz muy baja:

—El doctor dijo que si tu padre no gritaba de dolor, no se la estábamos limpiando bien.

—¿Recuerdas lo que hizo? —preguntó Honoria, en un susurro.

—Todo —contestó lady Winstead en voz baja, asintiendo.

Honoria esperó a que le dijera más.

Finalmente su madre levantó la cabeza y la miró.

—Vamos a tener que atarlo a la cama.

Entonces Honoria deseó que no lo hubiera dicho.

CAPÍTULO 10

Llevó menos de diez minutos convertir el dormitorio de Marcus en una improvisada sala de operaciones. La señora Wetherby volvió con agua caliente y un montón de paños limpios. Lady Winstead ordenó a dos lacayos que ataran firmemente a Marcus a la cama, y ellos obedecieron, pese al horror que expresaban sus caras.

Entonces lady Winstead pidió unas tijeras, las más afiladas y pequeñas que tuvieran.

—Tengo que extirparle la piel muerta —le explicó a Honoria; en las comisuras de la boca se le formaron pequeñas arruguitas de resolución—. Vi cómo se lo hacía el doctor a tu padre.

—Pero ¿lo hiciste tú? —preguntó Honoria.

Su madre la miró a los ojos un momento y luego desvió la mirada.

—No.

—Ah —dijo Honoria.

Tragó saliva. No se le ocurrió nada más que pudiera servir de respuesta.

—No es difícil, siempre que uno logre dominar los nervios. No es necesario ser muy precisa.

Honoria miró a Marcus y luego a su madre, boquiabierta.

—¿No ser precisa? ¿Qué quieres decir? ¡Es su pierna!

—Lo sé. Pero te lo prometo, no le hará ningún daño si le corto demasiado.

—No le hará...

—Bueno, claro que le dolerá. —Miró a Marcus con expresión pesarosa—. Por eso teníamos que atarlo. Pero no le hará un daño permanente. Es mejor extirpar de más que de menos. Es absolutamente esencial que eliminemos toda la infección.

Honorina asintió. Eso tenía lógica. Era espantoso, pero tenía lógica.

—Voy a comenzar inmediatamente. Es mucho lo que se puede hacer sin tijeras.

—Desde luego —dijo Honorina.

Se quedó ahí mirando mientras su madre se sentaba en una silla al lado de la cama de Marcus y mojaba el paño en el agua caliente.

—¿Hay alguna cosa que pueda hacer yo? —preguntó, porque se sentía bastante inútil ahí al pie de la cama.

—Siéntate al otro lado. Cerca de su cabeza. Háblale. Él podría encontrar consuelo al oírte.

Honorina no estaba nada segura de que él fuera a encontrar consuelo oyéndola, pero ella sí encontraría consuelo hablándole. Cualquier cosa era preferible a estar de pie ahí como una idiota, sin hacer nada.

—Hola, Marcus —dijo, acercando la silla a la cabecera de la cama y sentándose. No esperaba que él contestara, y lógicamente, él no contestó—. Estás muy enfermo, ¿sabes? —continuó, tratando de que la voz le saliera lo más más alegre y feliz posible, aunque sus palabras no lo fueran—. Pero resulta que mi madre es bastante experta en este tipo de cosas. ¿No lo encuentras totalmente extraordinario? —Miró hacia su madre, sintiendo henchido de orgullo el pecho—. He de confesar que no tenía ni idea de que ella supiera estas cosas. —Bajó más la cabeza y le susurró al oído—: Yo creía que era del tipo de mujer que se desmayaría a la vista de la sangre.

—Lo he oído —dijo su madre.

Honorina le sonrió, como pidiendo disculpas.

—Perdona, pero es que...

—No hace falta ninguna disculpa —dijo su madre, la miró sonriendo irónica y reanudó su trabajo. Pero no la miró al decir—: No siempre he sido tan...

Se interrumpió y durante la pausa Honorina comprendió que su madre no sabía qué decir.

—Tan resuelta como tal vez tú necesitabas que fuera — terminó lady Winstead.

Honoría se quedó muy quieta, chupándose el labio superior, dejando penetrar en ella esas palabras para asimilarlas. Era una disculpa, tal como si hubiera dicho la palabra «Perdona».

Pero también era una petición; le decía que no deseaba continuar hablando de eso. Ya le había resultado difícil decir lo que dijo. Por lo tanto, aceptó la disculpa tal como su madre deseaba que la aceptara. Volviendo a mirar a Marcus, dijo:

—Por cierto, creo que a nadie se le ocurrió mirarte la pierna. Por la tos, ¿sabes? El doctor creyó que eso era la causa de la fiebre.

Marcus lanzó un gritito de dolor. Al instante Honoría miró hacia su madre, que ya estaba trabajando con las tijeras que acababa de traerle la señora Wetherby; las tenía totalmente abiertas y una hoja apuntada a la herida, como un escalpelo. Vio cómo con un solo y rápido movimiento hacía un largo tajo en el medio de la herida.

—Ni siquiera se ha encogido —dijo, sorprendida.

Su madre no levantó la vista.

—Esta no es la parte dolorosa —dijo.

—Ah. —Volvió la atención a Marcus—. Bueno, ¿lo ves? No ha sido tan terrible.

Él chilló.

Ella volvió a mirar justo a tiempo para ver a su madre devolviéndole una botella de coñac a un lacayo.

—De acuerdo, eso sí ha sido doloroso —le dijo a Marcus—. Pero lo bueno es que es muy posible que no empeore mucho.

Él volvió a chillar.

Honoría tragó saliva. Su madre acababa de devolverle la forma a las tijeras y estaba cortando trozos de tejido.

—De acuerdo —repitió, dándole una palmadita en el hombro—. Es muy posible que no sea mejor tampoco. La verdad es que no tengo ni la menor idea. Pero yo estaré aquí contigo hasta que termine, te lo prometo.

—Esto es peor de lo que creía —dijo su madre, como hablando consigo misma.

—¿Se la puedes reparar?

—No sé. Puedo intentarlo. Sólo que... —Dejó salir un largo soplo por entre los labios fruncidos—. ¿Alguien podría pasarme un trapo por la frente?

Honorina comenzó a levantarse, pero la señora Wetherby saltó a la acción y le pasó un paño fresco por toda la cara.

—Hace mucho calor aquí —dijo entonces lady Winstead.

—Se nos dijo que tuviéramos las ventanas cerradas —explicó la señora Wetherby—. El doctor insistió.

—¿El mismo doctor que no vio esta enorme herida en su pierna? —preguntó lady Winstead en tono seco.

La señora Wetherby no contestó; simplemente fue hasta la ventana y la abrió hasta la mitad.

Honorina observó atentamente a su madre, sin poder reconocer a esa mujer tan concentrada y resuelta.

—Gracias, mamá —musitó.

Lady Winstead la miró.

—No voy a permitir que este niño muera.

Marcus ya no era un niño, pero a Honorina no la sorprendió que su madre siguiera considerándolo un niño.

Reanudando su trabajo, lady Winstead dijo en voz muy baja:

—Se lo debo a Daniel.

Honorina se quedó absolutamente inmóvil. Era la primera vez que oía a su madre decir el nombre desde que Daniel huyó del país deshonrado.

—¿Daniel? —repitió, cuidando de que la voz le saliera pareja y tranquila.

Su madre no levantó la vista.

—Ya he perdido a un hijo.

Honoría la miró conmocionada; miró a Marcus y luego a su madre otra vez. Hasta ese momento no sabía que lo consideraba un hijo. Y pensó si Marcus lo sabría, porque...

Volvió a mirarlo, tragándose las lágrimas lo más silenciosamente posible. Él había pasado toda su vida deseando tener una familia. ¿Habría comprendido alguna vez que tenía una en la de ella?

—¿Necesitas tomarte un descanso? —le preguntó su madre.

—No —contestó, negando con la cabeza aun cuando su madre no la estaba mirando—. No, estoy muy bien. —Dedicó un momento a serenarse y se inclinó a susurrarle a Marcus al oído—. ¿Oíste eso? Mi madre está muy resuelta, así que no la decepciones. —Le acarició el pelo y le quitó un grueso mechón de la frente—. Ni a mí.

—¡Aaaayyyy!

Honoría enderezó la espalda, sobresaltada. De tanto en tanto su madre le hacía algo que le dolía más, y él levantaba el cuerpo tratando de soltarse de las tiras de tela con que lo habían atado a la cama. Era terrible verlo así, y peor aún sentirlo. Era como si el dolor de él pasara por toda ella.

Aunque claro, no le dolía; sólo la hacía sentirse mal. Mal del estómago, mal consigo misma. Fue por culpa suya que él pisó esa estúpida madriguera de topo falsa; fue por culpa suya que se torció el tobillo. Fue culpa suya que tuvieran que romperle la bota, y culpa suya que estuviera enfermo debido a eso.

Y si se moría, sería por su culpa también.

Tragó saliva, para pasar el nudo que se le formó en la garganta y la ahogaba. Después acercó la cara a la de él y le dijo en voz baja:

—No sabes cuánto lo siento. No tengo palabras para decir cuánto lo siento.

Marcus se quedó muy quieto y ella pensó que la había oído. Pero entonces cayó en la cuenta de que sólo se debió a que su madre había interrumpido el trabajo; fue su madre la que oyó sus palabras, no Marcus. Pero si sintió curiosidad, se la guardó; no le preguntó por qué motivo le pedía disculpas a Marcus; simplemente hizo un leve gesto de asentimiento y reanudó el trabajo.

—He estado pensando que cuando estés mejor deberías ir a Londres —continuó, procurando que la voz le saliera animosa y alegre—. Si no por otra cosa, porque vas a necesitar un par de botas nuevas. Tal vez unas algo más holgadas. No están de moda, lo sé, pero tal vez podrías iniciar una nueva moda.

Él se encogió.

—O podríamos quedarnos en el campo, saltarnos la temporada. Sé que te dije que estaba desesperada por casarme este año, pero... —Disimuladamente miró hacia su madre y luego le susurró al oído—. Mi madre ha cambiado muchísimo de repente. Creo que puedo arreglármelas para pasar otro año en su compañía. Y veintidós años no es una edad tan avanzada para casarse.

—Tienes veintiuno —dijo su madre, sin levantar la vista.

Honoría se quedó inmóvil.

—¿Cuánto oíste de lo que dije?

—Sólo la última parte.

No podía saber si su madre decía la verdad o no, pero al parecer había entre ellas un acuerdo tácito de no hacer preguntas, así que contestó:

—Quise decir que si no me caso hasta el año que viene, a la edad de veintidós años, no pasará nada.

—Significará otro año más en el cuarteto de la familia —dijo su madre sonriendo.

Y su sonrisa era sincera, muy alentadora, no ladina. Se le ocurrió, y no por primera vez, si no sería un poco sorda.

—Te aseguro que tus primas estarán felices de tenerte otro año más —continuó lady Winstead—. Cuando te marches, Harriet tendrá que ocupar tu lugar, y es demasiado joven aún. Creo que aún no tiene dieciséis años.

—Los cumplirá en septiembre —confirmó Honoria.

Su prima Harriet, la hermana menor de Sarah, era muy posiblemente la peor música de la familia Smythe-Smith. Y eso ya era decir mucho.

—Creo que le haría falta más práctica —dijo lady Winstead haciendo un gesto de pena—. Pobre cría. Parece que no logra cogerle el tranquillo. Debe de ser difícil para ella, teniendo una familia tan musical.

Honoria cerró bien la boca, para no mirarla boquiabierta.

—Bueno —dijo al fin, algo desesperada tal vez—, parece que prefiere las pantomimas.

—Cuesta creer que entre tú y Harriet no haya ninguna que toque el violín —comentó lady Winstead.

Entrecerrando los ojos, examinó ceñuda su trabajo en la pierna de Marcus, y lo reanudó.

—Sólo Daisy —contestó Honoria, refiriéndose a otra prima, de otra rama de la familia—, pero ya la han obligado a entrar en servicio ahora que Viola está casada.

—¿Obligado? —repitió su madre, con un leve asomo de risa—. Lo dices como si fuera una faena pesada.

Honoria guardó silencio un momento, tratando de no mirarla boquiabierta. O reírse. O tal vez llorar.

—Noo, claro que no —logró decir al fin—. Adoro los cuartetos.

Hasta ahí era cierto. Le encantaba practicar con sus primas, aun cuando antes tenían que ponerse algodones en los oídos. Sólo las interpretaciones en público eran horribles.

O espantosas, como diría Sarah.

Inaguantables.

Apocalípticas.

Sí, Sarah siempre tendía a exagerar un poco.

Pero por lo que fuera ella nunca se tomaba a mal la vergüenza, y era capaz de mantener una sonrisa en la cara durante todo el concierto. Y cuando pasaba el arco por el instrumento lo hacía con entusiasmo. Al fin y al cabo estaban mirando sus familiares, y significaba muchísimo para ellos.

—Bueno, en todo caso —dijo con el fin de volver al tema anterior, que ya era «tan» anterior que le llevó un momento recordar cuál era—. Estoy segura de que no me saltaré la temporada. Sólo lo dije por hablar, por dar conversación. —Tragó saliva—. Por parlotear, en realidad.

—Es mejor casarse con un hombre bueno que precipitarse al desastre —dijo su madre, en un tono de inmensa sabiduría—. Todas tus hermanas encontraron buenos maridos.

Honoría estaba de acuerdo, aun cuando sus cuñados no eran del tipo de hombres por los que podría sentirse atraída. Pero trataban a sus esposas con respeto, todos ellos.

—Tampoco se casaron en la primera temporada —añadió lady Winstead, sin levantar la vista de su trabajo.

—Cierto, pero todas se casaron al final de la segunda.

Su madre la miró y pestañeó.

—¿Sí? Supongo que tienes razón. ¿Incluso Henrietta? Bueno sí, me parece que sí, justo al final. —Volvió la atención a su tarea—. Encontrarás a alguien. No estoy preocupada.

Honoría soltó un suave bufido.

—Ah, pues me alegra que «tú» no lo estés.

—No sé qué pasó el año pasado. De verdad pensé que Travers te iba a proponer matrimonio. O si no él, lord Fotheringham.

—No tengo ni idea —dijo Honoría, negando con la cabeza—. Yo también lo pensé. Lord Bailey en particular parecía bastante decidido. Y entonces, de repente, nada. Fue como si hubieran perdido el interés de la noche a la mañana. —Se

encogió de hombros y miró a Marcus—. Tal vez fue para mejor. ¿Qué opinas, Marcus? No te caían bien ninguno de ellos, me parece. —Exhaló un suspiro—. No es que tenga algo que ver, pero supongo que valoro tu opinión. —Soltó un bufido de risa—. ¿Te puedes creer que yo haya dicho eso?

Él giró la cabeza hacia ella.

—¿Marcus?

¿Estaría despierto? Se inclinó a mirarlo con más atención, buscando en su cara algún signo de... de cualquier cosa.

—¿Qué pasa? —preguntó su madre.

—No lo sé. Movié la cabeza. Es decir, claro que la ha movido antes, pero esta vez ha sido diferente. —Le apretó el hombro, rogando que sintiera el apretón a través de la niebla de la fiebre—. ¿Marcus? ¿Me oyes?

Vio que se le movían los labios resecos y agrietados.

—Hon... Hon...

Ah, gracias a Dios.

—No hables —le dijo—. Todo está bien.

—Duele —resolló él—. Como... como el infierno.

—Lo sé, lo sé. Lo siento mucho.

—¿Está consciente? —preguntó su madre.

—Apenas. —Pasó el brazo por encima de él para cogerle la mano; entrelazó los dedos con los suyos y le apretó la mano—. Tienes una herida terrible. Estamos intentando limpiarla. Te va a doler, muchísimo creo, pero hay que hacerlo.

Él movió levemente la cabeza, asintiendo.

Entonces Honoria miró a la señora Wetherby.

—¿Tenemos láudano? Tal vez deberíamos darle un poco mientras pueda tragar.

—Creo que sí —contestó el ama de llaves. No había dejado de retorcerse las manos desde que llegó con el agua caliente y las toallas, y parecía aliviada por tener algo que

hacer—. Iré a buscarlo ahora mismo. Sólo puede estar en un lugar.

—Buena idea —dijo lady Winstead, levantándose y caminando hacia la cabecera de la cama—. ¿Me oyes, Marcus?

A él se le movió el mentón, no mucho, pero algo.

—Estás muy enfermo —añadió ella.

Él sonrió.

—Sí, sí —dijo lady Winstead al ver su sonrisa—, sólo he dicho lo obvio, lo sé. Pero te vas a poner bien, te lo aseguro. Sólo ha sido un poco doloroso al comienzo.

—¿Un poco?

Honoría sonrió con los labios temblorosos. No podía creer que él pudiera bromear en ese momento. Se sintió muy orgullosa de él.

—Te sacaremos de esto, Marcus —le dijo.

Y antes de darse cuenta de lo que iba a hacer, se inclinó a darle un beso en la frente.

Otra vez él giró la cabeza hasta quedar de cara a ella, con los ojos casi totalmente abiertos; su respiración era dificultosa y su piel seguía terriblemente caliente. Pero cuando lo miró a los ojos, lo vio presente, a pesar de la fiebre, a pesar del dolor.

Seguía siendo Marcus y ella no permitiría que le ocurriera nada.

Media hora después, Marcus tenía los ojos cerrados; estaba durmiendo, ayudado considerablemente por una dosis de láudano. Honoría había cambiado de posición para poder tenerle cogida la mano, y no había parado de hablarle. Al parecer no importaba lo que dijera, y ella no era la única que notaba que el sonido de su voz lo calmaba.

—Creo que ya casi hemos terminado —le dijo. Miró recelosa hacia su madre, que seguía trabajando diligentemente en la herida—. Yo creo que tenemos que estar terminando. No logro imaginar qué más puede quedar por limpiar.

Justo entonces su madre exhaló un suspiro de frustración, enderezó la espalda y se pasó un paño limpio por la frente.

—¿Hay algún problema? —le preguntó.

Su madre negó con la cabeza y reanudó su trabajo. Pero pasado sólo un momento interrumpió el trabajo y se echó hacia atrás.

—No veo bien.

—¿Qué? —exclamó Honoria—. No, eso es imposible. —Hizo una inspiración para calmarse—. Simplemente mira más de cerca.

Lady Winstead negó con la cabeza.

—No es ese el problema. Me pasa lo mismo cuando leo. Tengo que sostener el libro lejos de los ojos. Lo que pasa es que no... —Exhaló un suspiro de resignación, impaciente—. Sencillamente no veo bien. No veo los trozos pequeños.

—Lo haré yo —dijo Honoria, con la voz más segura de lo que se sentía.

Su madre la miró, aunque no sorprendida.

—No es fácil.

—Lo sé.

—Él podría ponerse a chillar.

—Ya ha chillado —dijo Honoria, pero sentía oprimida la garganta y el corazón retumbante.

—Es difícil aguantarlo cuando eres tú la que está con las tijeras —dijo su madre en voz baja.

Honoria deseó decir algo elegante, algo heroico, acerca de lo mucho más difícil que sería si él se muriera y ella no hubiera hecho todo lo que podía hacer para salvarlo. Pero no dijo nada; no pudo. Ya no le quedaba mucha energía y las palabras no eran el mejor empleo de la que le quedaba.

—Puedo hacerlo —se limitó a decir.

Miró a Marcus, que seguía atado a la cama. En algún momento de la hora transcurrida había pasado de estar rojo

rojo a mortalmente pálido. ¿Sería eso una buena señal? Se lo había preguntado a su madre, pero ella no lo sabía tampoco.

—Puedo hacerlo —repitió, aun cuando ya estaba ahí y su madre le había entregado las tijeras.

Lady Winstead se levantó de la silla y Honoria se sentó, haciendo una honda inspiración.

«Paso a paso», se dijo, mirando atentamente la herida para poder comenzar. Su madre le había explicado cómo identificar el tejido que había que extirpar. Sólo tenía que mirar el trocito y cortarlo. Y cuando hubiera cortado ese debía buscar otro.

—Corta lo más cerca posible del tejido sano —le dijo su madre.

Ella asintió, poniendo las tijeras cerca del extremo de arriba de la herida, y apretando los dientes, cortó.

Marcus gimió, pero no se despertó.

—Bien hecho —dijo lady Winstead.

Honoria asintió, conteniendo las lágrimas. ¿Cómo era posible que esas dos cortas palabras la pusieran tan emotiva?

—Había un trocito en la parte de abajo al que no llegué —continuó su madre—. No veía bien los bordes.

—Lo veo —dijo Honoria, muy seria.

Cortó un poco de la piel muerta, pero esa parte continuaba hinchada. Cogiendo las tijeras como había visto hacer a su madre, las puso en ángulo con esa parte de la herida y pinchó el tejido, con lo que comenzó a salir el pus de la infección. Nuevamente Marcus trató de soltarse de las ataduras, así que ella musitó una disculpa, pero no interrumpió el trabajo. Cogió un paño, lo aplicó ahí y apretó con fuerza.

—Agua, por favor.

Alguien le pasó una taza con agua y la vertió en la herida, tratando de no oír el gemido de dolor de Marcus. El agua estaba caliente, muy caliente, pero su madre juraba que eso fue lo que le salvó la vida a su padre tantos años atrás; el calor hacía salir la infección.

Rogó que eso fuera cierto.

Pasó el paño por la herida quitando el exceso de agua. Marcus emitió un sonido raro, aunque no tan desgarrador como el anterior. Y entonces comenzó a estremecerse.

—Ay, Dios —exclamó, arrojando lejos el paño—. ¿Qué le hice?

Su madre se agachó a mirar, con expresión perpleja.

—Casi parece como si se estuviera riendo —dijo.

—¿Podemos darle más láudano? —preguntó la señora Wetherby.

—Creo que no debemos —dijo Honoria—. He oído hablar de personas que no despertaron por haberles dado demasiado.

—De verdad, creo que se está riendo —dijo su madre.

—No se está riendo —dijo Honoria, secamente.

Santo cielo, ¿de qué diablos podría reírse en un momento como ese? Le dio un suave codazo a su madre para que se apartara y vertió más agua caliente en la herida; después continuó trabajando hasta que estuvo convencida de que había limpiado la herida, lo mejor posible.

—Creo que ya está —dijo, enderezando la espalda.

Hizo una inspiración profunda. Estaba terriblemente tensa, sentía tirantes todos los músculos del cuerpo. Dejando a un lado las tijeras, intentó abrir bien las manos, sentía agarrotados los dedos, doblados como garras.

—¿Y si le vertiéramos láudano directamente en la herida? —propuso la señora Wetherby.

Lady Winstead pestañeó.

—No tengo ni idea.

—No podría hacerle daño, ¿verdad? —dijo Honoria—. No es probable que le irrite la piel, si es algo que se puede tragar; y si su efecto es disminuir el dolor...

—Lo tengo aquí —dijo la señora Wetherby levantando una botella pequeña marrón.

Honoría la cogió y le quitó el corcho.

—¿Madre?

—Sólo un poquito —contestó lady Winstead, con expresión de no estar muy segura de la decisión.

Con sumo cuidado, Honoría vertió una gota en la herida, y al instante Marcus aulló de dolor.

—Ay, Dios —gimió la señora Wetherby—. Cuánto lo siento. Fue idea mía.

—No, no —dijo Honoría—. Eso fue el jerez. Así es como lo preparan.

Cómo lo sabía, no tenía ni idea, pero estaba bastante segura de que la botella con esa ominosa etiqueta (ponía VENENO, con letras mucho más grandes que LÁUDANO) también contenía canela y azafrán. Metió un dedo y lo tocó con la lengua para probarlo.

—¡Honoría! —exclamó su madre.

—Buen Dios, sí que es asqueroso. —Frotó la lengua entre los dientes y el paladar, en un inútil intento de quitarse el sabor—. Pero decididamente contiene jerez.

—No puedo creer que hayas probado eso —dijo lady Winstead—. Es peligroso.

—Simple curiosidad. Él puso mala cara cuando se lo dimos. Y vimos que le dolió cuando se lo pusimos en la herida. Además, sólo fue una gota.

Su madre suspiró, con expresión de estar muy agraviada.

—Ojalá llegara el doctor.

—Todavía tardará —dijo la señora Wetherby—, por lo menos una hora, diría yo. Y eso si estaba en casa para atender la llamada. Si había salido... —Se le quebró la voz.

Durante un buen rato nadie dijo nada. El único sonido era el de la respiración de Marcus, curiosamente superficial y laboriosa. Finalmente Honoría no pudo soportar más tiempo el silencio y preguntó:

—¿Qué hacemos ahora? —Observó la herida; estaba abierta y roja y todavía sangraba en algunos lugares—. ¿Deberíamos ponerle una venda?

—Creo que no —dijo su madre—. Igual tendremos que quitársela cuando llegue el doctor.

—¿Tienen hambre? —preguntó la señora Wetherby.

—Yo no —dijo Honoria, aunque tenía un hambre canina. Sólo creía que no podría comer.

—¿Lady Winstead?

—Tal vez poca cosa —musitó esta, sin dejar de mirar a Marcus, preocupada.

—¿Un bocadillo, tal vez? —sugirió la señora Wetherby—. O, mejor aún, un desayuno. Ninguna de las dos ha desayunado. Puedo pedirle al cocinero que prepare huevos con beicon.

—Lo que sea más fácil —contestó lady Winstead—. Y, por favor, algo para Honoria también. —La miró—. Deberías intentar comer.

—Lo sé. Lo que pasa es que...

No terminó. Estaba segura de que su madre sabía exactamente cómo se sentía.

Su madre le puso amablemente una mano en el hombro.

—Deberías sentarte, también.

Honoria se sentó.

Y esperó.

Eso fue lo más difícil que había hecho en toda su vida.

CAPÍTULO 11

El láudano era algo excelente.

Normalmente él evitaba ese calmante, y tenía la clara impresión de que despreciaba a aquellos que lo tomaban, pero estaba pensando que tal vez les debía una disculpa. Tal vez una disculpa a todo el mundo. Porque en realidad nunca antes había sentido verdadero dolor. Nunca el dolor que estaba sufriendo en esos momentos.

No era tanto las pasadas del trapo hurgándole la herida ni los tijeretazos; cualquiera encontraría doloroso que le arrancaran trocitos del cuerpo como un pájaro carpintero picoteando un tronco, pero en realidad eso no era tan terrible. Le dolía, pero era un dolor que podía soportar.

No, lo que lo mataba (o al menos eso le parecía) era cuando lady Winstead le echaba coñac. Cada dos por tres le vertía una cantidad de coñac que tenía que ser un galón sobre la herida abierta. Podría haberlo quemado y no le hubiera dolido tanto.

Nunca más volvería a beber coñac. Bueno, a no ser que fuera del verdaderamente bueno. Y si bebía, sólo lo haría por principio: por ser verdaderamente del bueno.

El que es necesario beber.

Reflexionó sobre eso un momento. Le encontró lógica cuando lo pensó. No, seguía teniendo lógica. ¿No?

Fuera como fuera, poco después que lady Winstead le vertiera en la herida algo que deseaba de todo corazón no fuera del coñac bueno, lo hicieron tragar una dosis de láudano y, la verdad, debía decir, fue agradable. Seguía sintiendo la pierna como si la estuvieran asando en un espetón, lo que la mayoría de las personas encontrarían desagradable, pero después de soportar la «operación» de lady Winstead sin anestesia, encontraba francamente agradable que le enterraran un cuchillo bajo el efecto de un opiáceo.

Casi relajante.

Y aparte de eso, se sentía inexplicablemente feliz.

Le sonrió a Honoria, o mejor dicho, sonrió hacia donde creía que estaba ella. Tenía los párpados pesados como si tuviera piedras encima.

En realidad, sólo creyó que sonrió; sentía la boca pesada también.

Pero deseaba sonreír; habría sonreído si hubiera podido. Seguro que eso tenía que ser lo más importante.

Los pinchazos en la pierna se interrumpieron un momento y luego se reanudaron. Entonces hubo una agradable pausa y...

Condenación, eso sí le dolió.

Pero no lo bastante para gritar. Aunque tal vez gimió. No estaba seguro. Le habían vertido agua caliente, muchísima. ¿Tal vez querían cocerle la pierna?

Carne cocida; qué británicas.

Se rió. Era divertido. ¿Quién sabía que él era divertido?

«¡Ay, Dios! —oyó exclamar a Honoria—. ¿Qué le hice?»

Se rió más. Porque la voz de ella sonó ridícula; casi como si estuviera hablando a través de una sirena de niebla. Aaaaggg Dioooooossss.

¿La oiría igual ella?

Un momento. Fue Honoria la que preguntó qué le había hecho. ¿Significaba eso que ella estaba blandiendo las tijeras? No sabía muy bien qué debía pensar de eso.

Por otro lado, ¡carne cocida!

Volvió a reírse, concluyendo que no le importaba. Buen Dios, sí que era divertido él. ¿Como era posible que nadie le hubiera dicho nunca que era divertido?

«¿Podemos darle más láudano?», oyó decir a la señora Wetherby.

Ah, sí, por favor.

Pero no le dieron. En lugar de eso intentaron hacerlo hervir otra vez, con unos pocos pinchazos. Pero pasados unos pocos minutos, esto paró.

Las damas volvieron a hablar de láudano, lo que resultó ser una pura crueldad, porque nadie se le acercó con un vaso o una cuchara a darle un poco. En lugar de dárselo a beber se lo echaron en la herida, y esto...

«¡Aaaayyyy!»

Dolía más que el coñac al parecer.

Pero las damas debieron decidir dejar de torturarlo, porque después de conversar un momento le soltaron las ataduras y lo trasladaron al otro lado de la cama, que no estaba tan mojado con el agua caliente que habían usado para hervirlo.

Y después, bueno, tal vez durmió un rato. Al menos eso esperaba, haber dormido, porque estaba bastante seguro de que vio a un conejo de casi dos yardas de largo saltando por el dormitorio, y si eso no fue un sueño, todos estaban metidos en un problema terrible.

Aunque en realidad, el conejo no era tan peligroso como la zanahoria gigante que blandía como una maza.

Esa zanahoria podría alimentar a toda una aldea.

Le gustaban las zanahorias, aunque el naranja no era uno de sus colores favoritos. Siempre lo encontraba algo discordante. Solía aparecer cuando menos se lo esperaba, y él prefería su vida sin sorpresas.

Azul. Bueno, ese sí era un color correcto; hermoso y relajante. Azul celeste, como el cielo un día soleado.

O como los ojos de Honoria. Ella decía que eran color lavanda, lo decía desde que era niña, pero no lo eran, en su opinión. Para empezar, eran demasiado luminosos para ser lavanda. El lavanda es un color apagado, casi tan gris como el púrpura. Y demasiado selecto; lo hacía pensar en ancianas de luto, con turbantes en las cabezas. Jamás había entendido por qué el lavanda se consideraba el color apropiado para abandonar el negro en el calendario del luto. ¿No sería más apropiado el marrón? ¿Algo más de medio tono?

¿Y por qué las ancianas usaban turbantes?

Sí que era interesante: nunca había pensado tanto en el color. Tal vez debería haber prestado más atención cuando su padre le programó esas clases de pintura tantos años atrás. Pero, francamente, ¿qué niño de diez años desea pasarse cuatro meses pintando una fuente con frutas?

Nuevamente pensó en los ojos de Honoria. En realidad, eran más azules que lavanda. Aunque sí tenían ese matiz púrpura que los hacía tan excepcionales; era cierto, nadie tenía los ojos de ese color. Ni siquiera los de Daniel eran exactamente del mismo color; los de Daniel eran más oscuros, no mucho más, pero él veía la diferencia.

Pero Honoria no estaría de acuerdo. Cuando era niña decía muy a menudo que tenía los ojos iguales a los de Daniel. Él siempre pensó que deseaba que hubiera un vínculo entre ellos, algo que los conectara de una manera especial.

Simplemente deseaba ser parte de las cosas, eso era lo que siempre deseó. No era de extrañar que estuviera tan deseosa de casarse, para salir de su casa silenciosa y vacía. Necesitaba ruido, risas.

Necesitaba no estar tan sola; necesitaba no estar nunca sola.

¿Estaría en la habitación? Esta estaba muy silenciosa. Nuevamente intentó abrir los ojos. No tuvo suerte.

Se puso de costado, feliz por estar libre de las ataduras. Toda su vida había dormido de costado.

Alguien le tocó el hombro y le subió las mantas. Intentó emitir un murmullo para agradecerlo, y debió conseguirlo porque oyó a Honoria decir:

—¿Estás despierto?

Él volvió a hacer el murmullo; al parecer era lo único que conseguía hacer.

—Bueno, tal vez estás un poco despierto —dijo ella—. Eso es mejor que nada, supongo.

Él bostezó.

—Todavía estamos esperando al doctor —continuó ella—. Yo había esperado que estuviera aquí ya. —Pasado un momento, añadió alegremente—. Tu pierna está mucho mejor. Al menos eso es lo que dice mi madre. La verdad es que yo sigo encontrándola horrorosa. Aunque no tan horrorosa como esta mañana, eso sí.

¿Esta mañana? ¿Eso significaba que ya era la tarde? Deseó poder abrir los ojos.

—Se fue a su habitación. Mi madre, quiero decir. Dijo que necesitaba tomarse un respiro del calor. —Guardó silencio otro momento y continuó—: Aquí hace mucho calor. Abrimos la ventana, pero sólo un poquito. La señora Wetherby tenía miedo de que cogieras un enfriamiento. Sí, lo sé, es difícil imaginar que puedas coger un enfriamiento con tanto calor, pero ella asegura que es posible. A mí me gusta dormir en una habitación fría y bajo muchas mantas. Aunque qué te puede importar eso a ti.

Pues sí que le importaba; no tanto lo que ella decía. Simplemente le gustaba oír su voz.

—Y mi madre siempre está acalorada este último tiempo. No lo entiendo. Tiene calor, luego tiene frío, y vuelve a tener calor; te juro que eso no tiene ni ton ni son. Me parece que siente calor con más frecuencia que frío. Si alguna vez quieres hacerle un regalo, te recomiendo un abanico. Siempre necesita tener uno cerca.

Volvió a tocarle el hombro y luego le apartó suavemente el pelo de la frente. Sintió muy agradable el contacto. Suave, delicado, tierno, algo totalmente desconocido para él. Más o menos como cuando vino a verlo y lo obligó a tomar té.

Le gustaba que lo cuidaran y mimaran. Imagínate.

Exhaló un suave suspiro; a sus oídos sonó feliz. Era de esperar que ella también lo encontrara feliz.

—Has dormido bastante rato —dijo ella—. Pero creo que te ha bajado la fiebre. No totalmente, pero te veo apacible. Aunque, ¿sabías que hablas dormido?

¿Sí?

—Sí. Esta mañana habría jurado que dijiste algo sobre un rape. Y no hace mucho rato creo que dijiste algo sobre cebollas.

¿Cebollas? ¿No zanahorias?

—Me gustaría saber en qué estás pensando. ¿En comida? ¿Rape con cebollas? Yo no desearía comer eso estando enferma, pero cada uno es cada uno. —Volvió a acariciarle el pelo y entonces, sorprendiéndolo y causándole un enorme placer, lo besó suavemente en la mejilla—. No eres tan terrible, ¿sabes? —dijo, sonriendo.

Él no vio su sonrisa, pero sabía que estaba sonriendo.

—Te gusta fingir que eres tremendamente distante y amedrentador, pero no lo eres. Aunque sí frunces mucho el ceño.

¿Sí? Pues no era con intención, no al mirarla a ella.

—Casi me engañaste, ¿sabes? Ya empezabas a caerme mal en Londres. Pero sólo fue porque te había olvidado. Como eras, quiero decir, como probablemente sigues siendo.

¿A qué se refería? No tenía ni idea.

—No te gusta que la gente te vea como realmente eres.

Guardó silencio y él la oyó moverse. Tal vez cambió de posición en la silla. Y nuevamente la oyó sonreír al decir:

—Creo que eres tímido.

Vamos, por el amor de Dios, él podría haberle dicho eso. No le gustaba entablar conversación con personas a las que no conocía. Siempre lo había detestado.

—Es extraño pensar eso de ti —continuó ella—. Uno nunca considera tímido a un hombre.

Él no logró imaginar por qué no.

—Eres alto —dijo ella, en tono reflexivo—, atlético, inteligente y todas esas cosas que se supone han de ser los hombres.

Él se fijó en que no dijo que era guapo.

—Por no decir ridículamente rico, ah, y claro, está el título también. Si decidieras casarte estoy segura de que podrías elegir a quien quisieras.

¿Lo encontraba feo?

Ella le pinchó el hombro con un dedo.

—No te puedes imaginar a cuantos hombres les encantaría estar en tu piel.

Pero no en ese momento, seguro.

—Pero eres tímido —continuó ella, como si eso le extrañara. La sintió acercarse, sintió su aliento en la mejilla—. Creo que me gusta que seas tímido.

Vaya, a él siempre lo había fastidiado. Todos esos años viendo a Daniel hablar con todo el mundo y con cualquiera sin un instante de vacilación. A él le llevaba más tiempo imaginar cómo podría encajar. Por eso le encantaba pasar tanto tiempo con los Smythe-Smith. En su casa siempre había desorden y loca actividad, y él entró casi desapercibido en su vida no rutinaria y se convirtió en uno de la familia.

Era la única familia que había conocido.

Nuevamente ella le tocó la frente y bajó el dedo por el puente de su nariz.

—Serías demasiado perfecto si no fueras tímido. Demasiado parecido a un héroe de cuento. Seguro que nunca lees novelas, pero creo que mis amigas siempre te ven como a un personaje de una de las novelas góticas de la señora Gorely.

Seguro que ese era uno de los motivos de que nunca le hubieran caído bien sus amigas.

—Aunque yo nunca veía claro si eras el héroe o el villano.

Él decidió no darse por insultado por eso. Sabía que ella estaría sonriendo con picardía al decirlo.

—Tienes que mejorarte —susurró ella—. No sé qué sería de mí si no te mejoraras. —Y añadió en voz tan baja que él apenas la oyó—. Creo que podrías ser mi punto de apoyo.

Él intentó mover los labios para decir algo, porque ese era un tipo de cosa que no se deja sin respuesta, pero seguía sintiendo la cara abotargada, pesada, así que sólo consiguió emitir unos resuellos.

—¿Marcus? ¿Quieres un poco de agua?

Pues sí.

—¿Estás despierto?

Más o menos.

—Venga, trata de tragar esto.

Sintió algo en los labios. Era una cuchara, vertiéndole agua tibia en la boca. Pero le costó tragarla, así que sólo fueron unas cuantas gotas.

—Me parece que no estás despierto —dijo Honoria.

Oyó el movimiento que hizo ella al volver a sentarse. Entonces la oyó suspirar. Parecía cansada. Detestó eso.

Pero lo alegraba que ella estuviera ahí. Tenía la impresión de que ella también era su punto de apoyo.

CAPÍTULO 12

Veinte minutos después entró un hombre en la habitación.

—¡Doctor! —exclamó Honoria, levantándose de un salto. Era sorprendentemente joven; no recordaba haber visto a un médico que no fuera canoso—. Es la pierna. Creo que usted no se la vio cuando...

—No fui yo quien lo vio antes —interrumpió el doctor—. Fue mi padre.

—Ah —dijo ella y retrocedió respetuosa cuando él se inclinó a mirar la pierna.

Su madre, que había entrado detrás del doctor, fue a situarse a su lado.

Ella le cogió la mano, y se la apretó como si fuera una cuerda salvavidas, agradeciendo el contacto.

El joven le observó la pierna a Marcus menos tiempo del que ella habría creído necesario y de ahí pasó a ponerle el oído en el pecho.

—¿Cuánto láudano le dieron? —preguntó.

Honoria miró a su madre, pues fue ella la que se lo dio.

—Una cucharada —dijo lady Winstead—. Tal vez dos.

El doctor apretó los labios y se enderezó a mirarlas.

—¿Una o dos?

—Es difícil saberlo —contestó lady Winstead—. No se lo tragó todo.

—Yo tuve que limpiarle la cara —terció Honoria.

Sin hacer ningún comentario, él volvió a poner el oído en el pecho de Marcus y movió la boca, como si estuviera contando en silencio. Honoria esperó, y cuando ya no pudo soportar más tiempo el silencio, dijo:

—Doctor, eh...

—Winters —suplió su madre.

—Sí, esto..., doctor Winters, ¿podría decirnos por favor si le dimos demasiado?

—Creo que no —contestó el doctor, sin apartar el oído del pecho de Marcus—. El opio dificulta el funcionamiento de los pulmones. Por eso tiene la respiración tan superficial.

Honorina se tapó la boca horrorizada. No se había dado cuenta de que su respiración era superficial; en realidad le pareció que había mejorado, que era más apacible.

El doctor se enderezó y pasó la atención a la pierna.

—Es fundamental que yo tenga toda la información pertinente —dijo abruptamente—. Me preocuparía más si no supiera que le han dado láudano.

—¿No está preocupado? —preguntó Honorina, incrédula.

El doctor la miró severo.

—No he dicho que no esté preocupado. —Volvió la atención a la pierna y la observó atentamente—. Sólo he dicho que me preocuparía más si él no lo hubiera tomado. Si su respiración fuera así de superficial sin haber tomado láudano, indicaría que hay una infección grave.

—¿Y esto no es grave?

El doctor volvió a mirarla, molesto. No le gustaban sus preguntas, eso estaba claro.

—Tenga la amabilidad de guardarse sus preguntas o comentarios hasta que yo haya terminado de examinarlo.

A Honorina se le contrajo de irritación la cara, pero retrocedió. Sería cortés con el doctor Winters aunque eso la matara; si alguien podía salvarle la vida a Marcus, sería él.

—Explíquenme que hicieron para limpiarle la herida —dijo el doctor levantando la vista para mirarla—. Y también necesito saber cómo estaba antes que comenzaran.

Entre ella y su madre le explicaron todo lo que habían hecho. Él parecía aprobador, o al menos no desaprobador. Cuando terminaron, estuvo otro rato observando la herida, hasta que expulsó el aliento en una larga espiración.

Honorina esperó. Al parecer él quería tomarse un tiempo para pensar. Pero, condenación, se tomaba muchísimo tiempo. Cuando no pudo soportarlo más, soltó:

—¿Cuál es su opinión?

—Podría conservar la pierna —contestó el doctor Winters muy lentamente, como si estuviera pensando en voz alta.

—¿Podría?

—Aún es muy pronto para saberlo. Pero si la conserva — las miró a las dos—, será gracias al buen trabajo que han hecho.

Honorina pestañeó sorprendida, no había esperado ese elogio. Entonces hizo la pregunta que temía hacer:

—Pero ¿vivirá?

Él la miró a los ojos con seria franqueza.

—Sin duda vivirá si le amputamos la pierna.

A Honorina le temblaron los labios.

—¿Qué quiere decir? —preguntó en un susurro.

Pero sabía lo que quiso decir; sólo necesitaba oírse.

—Estoy seguro de que si le amputamos la pierna en este momento, vivirá. —Volvió a mirar a Marcus, como si una última mirada fuera a darle una señal—. Si no le amputo la pierna, podría recuperarse totalmente. O podría morir. No puedo predecir cómo va a progresar la infección.

Honorina se quedó muy quieta. Sólo movió los ojos, de la cara del doctor a la pierna de Marcus y nuevamente al doctor.

—¿Cómo lo sabremos? —preguntó en voz baja.

Él ladeó la cabeza, mirándola interrogante.

—¿Cómo sabremos cuándo debemos tomar la decisión? — aclaró, en voz más alta.

—Hay signos indicadores que se han de observar. Por ejemplo, si ve que de la herida comienzan a salir líneas rojas que avanzan hacia arriba o hacia abajo de la pierna, sabremos que debemos amputar.

—Y si no aparecen, ¿significa que se está curando?

—No necesariamente —reconoció el doctor—, pero por ahora, si no hay ningún cambio en la apariencia de la herida, lo tomaré como una buena señal.

Honorina asintió lentamente, intentando asimilarlo todo.

—¿Se va a quedar aquí en Fensmore?

—No puedo —dijo él, girándose a coger su maletín—. Debo ir a ver a otro paciente, pero esta noche volveré. Hasta entonces creo que no será necesario tomar una decisión.

—¿Cree? ¿No está seguro?

El doctor Winters suspiró y, por primera vez desde que entró en la habitación, pareció cansado.

—Nunca hay nada seguro en medicina, milady. —Miró hacia la ventana, por la que se veía hasta el infinito la extensión de verdor del parque de césped al sur—. Tal vez esto cambie algún día, pero creo que no será durante nuestra vida. Hasta entonces, mi trabajo sigue siendo tanto un arte como una ciencia.

No era eso lo que ella deseaba oír, pero comprendió que era cierto, así que asintió y le dio las gracias por su atención.

El doctor le correspondió la cortesía con una venia y luego les explicó a las dos lo que había que hacer, prometiéndoles que volvería esa noche.

Lady Winstead salió con él para acompañarlo y Honorina volvió a quedarse sola con Marcus, que estaba aterradoramente inmóvil en la cama.

Estuvo varios minutos en el centro de la habitación, sintiéndose extrañamente débil y desorientada. No había nada que hacer. Esa mañana se había sentido igual de asustada, pero por lo menos podía concentrarse en tratarle la herida. Ahora lo único que podía hacer era esperar, y no teniendo ninguna tarea concreta, sólo podía llenar con miedo la cabeza.

Qué decisión: su vida o su pierna. Y era posible que ella tuviera que tomarla.

No deseaba esa responsabilidad. Santo Dios, no la deseaba.

—Uy Marcus —suspiró al fin, caminando hasta la silla junto a la cama—. ¿Cómo ocurrió esto? ¿Por qué ocurrió? No es justo.

Se sentó y se apoyó con los brazos cruzados en la cama y la frente en el pliegue de un codo.

Lógicamente sacrificaría la pierna para salvarle la vida; eso era lo que elegiría él si estuviera lo bastante consciente para hablar. Era un hombre orgulloso, pero no tanto como para preferir morir a quedar lisiado. Lo conocía lo suficiente para saberlo. Nunca habían hablado acerca de eso, pero claro, ¿quién habla de esas cosas? Nadie se sienta a la mesa del comedor a hablar sobre si amputar o morir.

Pero sabía que eso era lo que él preferiría. Eran ya quince años que lo conocía. No le hacía falta preguntárselo para saber qué elegiría.

Se enfurecería, por supuesto. No con ella, y ni siquiera con el doctor. Con la vida, tal vez con Dios. Pero continuaría con su vida; ella se encargaría de eso. No se apartaría de su lado hasta que... hasta que...

Buen Dios, no lograba ni imaginárselo.

Hizo una respiración profunda para calmarse. Una parte de ella deseaba salir corriendo a suplicarle al doctor que le amputara la pierna inmediatamente. Si eso garantizaba que él sobreviviría, ella misma manejaría la maldita sierra; o al menos se la pasaría al doctor.

No podía enfrentar la idea de un mundo sin él. Aun en el caso de que él no estuviera presente en su vida, si continuaba viviendo en Cambridgeshire y ella se casaba con un hombre que viviera en Yorkshire, Gales o las Órcadas y no volviera a verlo nunca más, sabría que él estaba vivo y bien, cabalgando, leyendo un libro o tal vez sentado en un sillón junto al hogar.

Pero aún no era el momento de tomar la decisión, por mucho que detestara la incertidumbre. No debía ser egoísta. Tenía que mantenerlo entero todo el tiempo que fuera posible. Pero ¿y si eso significaba esperar demasiado tiempo?

Cerró fuertemente los ojos, aun cuando tenía la cara hundida en los brazos. Sintió el escozor de las lágrimas en los párpados, listas para salir con todo el terror y frustración acumulados dentro de ella.

—No te mueras, por favor —musitó.

Se pasó el antebrazo por la cara para quitarse las lágrimas y volvió a hundirla en el pliegue del codo. Tal vez debería hacerle el ruego a su pierna, no a él. O tal vez a Dios, al demonio, a Zeus o a Tor. Le suplicaría al hombre que ordeñaba las vacas si creyera que con eso lo conseguiría.

—Marcus —dijo, porque decir su nombre la consolaba un poco—. Marcus.

—Noria.

Se quedó quieta y luego enderezó la espalda.

—¿Marcus?

Él no abrió los ojos, pero vio movimiento bajo sus párpados, y el mentón se le movió levemente hacia arriba y hacia abajo.

—Ay, Marcus —sollozó; brotaron las lágrimas—. Oh, lo siento, no debería llorar. —Miró inútilmente alrededor por si veía un pañuelo, y finalmente se secó los ojos con la sábana—. Lo que pasa es que estoy tan feliz de oírte hablar. Aunque tu voz no suena como la tuya.

—Agg...

—¿Quieres agua?

Nuevamente vio moverse su mentón.

—Venga, deja que te levante un poco, así será más fácil. —Le pasó los brazos bajo las axilas y consiguió levantarlo un poco. En la mesilla tenía un vaso con la cuchara dentro, de la última vez que intentó hacerlo beber—. Sólo te daré unas gotas. Poco a poco. Me da miedo de que te atragantes si te doy demasiada.

Pero él fue capaz de tragar, así que le dio la mayor parte de ocho cucharadas, hasta que él indicó que había bebido

suficiente y dejó caer la cabeza en la almohada.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, esponjándole un poco la almohada—. Aparte de fatal, quiero decir.

Él movió levemente la cabeza hacia el lado. Ella tuvo la impresión de que su intención fue encoger el hombro.

—Te sientes fatal, por supuesto —aclaró—, pero, ¿notas algún cambio? ¿Más fatal? ¿Menos fatal?

Él no hizo ningún movimiento.

—¿Igual de fatal? —Se rió. ¡Se rió! Increíble—. Qué ridícula soy.

Él asintió. Fue un movimiento mínimo, pero más definido que los anteriores.

—Ah, me oíste —dijo, sin poder reprimir una ancha sonrisa temblorosa—. Te burlas, pero me oíste.

Él volvió a asentir.

—Eso está bien. Siéntete libre. Cuando estés mejor, y te pondrás mejor, no te permitiré hacerlo, y con eso quiero decir burlarte, pero por ahora, puedes. ¡Ah! —Se levantó de un salto, a rebosar de energía nerviosa—. Debería mirarte la pierna. No hace mucho que se marchó el doctor Winters, lo sé, pero no tiene ningún sentido no mirártela.

Sólo tardó dos pasos y un segundo para comprobar que la pierna seguía igual, no había cambiado en nada. La herida seguía inflamada y roja, pero ya no tenía esas manchas amarillas de la infección y, más importante aún, no vio ninguna línea roja.

—Está igual —dijo—. No es que haya creído que habría un cambio, pero, como he dicho, no tiene ningún sentido... bueno, ya sabes. —Sonrió tímida—. Ya lo había dicho.

Guardó silencio un momento, contentándose con mirarlo. Tenía los ojos cerrados y, en efecto, no se veía diferente a como estaba mientras lo examinaba el doctor Winters, pero había oído su voz y le había dado agua, y eso ya bastaba para hacer entrar la esperanza en su corazón.

—¡Tu fiebre! —exclamó de pronto—. Debería comprobar eso. —Le tocó la frente—. Te encuentro igual, es decir, tienes más temperatura de la que deberías tener, pero estás mejor que antes. Decididamente mejor que antes. —Se interrumpió, pensando si no estaría hablándole a la niebla—. ¿Me oyes?

Él movió la cabeza.

—Ah, estupendo, porque sé que digo tonterías, y no le veo ningún sentido a decir tonterías si nadie me escucha.

Él movió la boca. A ella le pareció que era una sonrisa. En alguna parte de su mente, estaba sonriendo.

—Me encanta ser tonta para ti.

Él asintió.

Ella se puso una mano en la boca y apoyó el codo en el otro brazo, que tenía atravesado sobre la cintura.

—Me gustaría saber qué estás pensando.

Él encogió levemente el hombro.

—¿Quieres decir que no estás pensando en nada? —Lo apuntó con un dedo—. Porque no te creeré. Te conozco muy bien.

Esperó otra reacción, por pequeña que fuera; en vista de que no vio ninguna, continuó hablando:

—Podrías estar calculando la mejor manera de aumentar al máximo tu cosecha de trigo para este año. O tal vez si tus alquileres son demasiado bajos. —Pensó en eso un momento—. No, tal vez si tus alquileres son demasiado elevados. Estoy segura de que eres un propietario compasivo, no querías que nadie pase apuros.

Él negó con la cabeza, justo lo suficiente para que ella entendiera lo que quería decir.

—¿No quieres que nadie pase apuros, o no es eso lo que estás pensando?

—Tú —resolló él.

—¿Estás pensando en mí?

—Agradecerte.

La voz le salió apenas audible, pero lo oyó. Y tuvo que recurrir a toda su fuerza para no llorar.

—No me iré de tu lado —dijo, cogiéndole la mano entre las suyas—. No me marcharé hasta que estés bien.

—Gr..., gr...

—Tranquilo, tranquilo. No hace falta que lo repitas. Y no necesitabas decirlo la primera vez.

Pero la alegraba que lo hubiera dicho. No sabía qué la había conmovido más, si la palabra para darle las gracias o su sencillo y solitario «Tú».

Estaba pensando en ella. Acostado ahí, posiblemente cerca de la muerte, y más posiblemente al borde de una amputación, estaba pensando en ella.

Por primera vez desde que llegó a Fensmore, no se sentía aterrada.

CAPÍTULO 13

Cuando Marcus volvió a despertar, notó que algo había cambiado. En primer lugar, la pierna volvía a dolerle horrorosamente, pero tenía la sensación de que eso no era malo. En segundo lugar, tenía hambre, un hambre canina, en realidad, como si llevara días sin comer.

Y tal vez sí llevaba días sin hacerlo. No tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido desde que cayó enfermo.

Por último, podía abrir los ojos. Eso era excelente.

No sabía qué hora era. Estaba oscuro, pero igual podían ser las cuatro de la mañana que las diez de la noche. Giró la cabeza hacia la mesilla de noche. Aún no se le adaptaban bien los ojos a la oscuridad, pero vio que alguien estaba durmiendo en una silla al lado de su cama. ¿Honoría? Muy probable. Tenía la impresión de que ella había estado en su habitación durante todo el suplicio.

Parpadeó varias veces, tratando de recordar la razón por la que ella vino a Fensmore. Ah, sí, la carta de la señora Wetherby. No lograba imaginarse por qué a su ama de llaves se le ocurrió escribirle, pero le estaría eternamente agradecido por haberlo hecho.

Tenía bastante claro que estaría muerto si no hubiera sido por la tortura que le infligieron en la pierna ella y su madre.

Pero eso no era todo. Sabía que había perdido y recuperado el conocimiento muchas veces y que en su memoria siempre habría enormes lagunas respecto a lo ocurrido en ese terrible momento. Pero incluso cuando estaba inconsciente sabía que Honoría estaba ahí, en su dormitorio. Le cogía la mano, le hablaba, y su suave voz le llegaba al alma, aun cuando no entendía las palabras.

Y saber que estaba ahí... le hacía todo más fácil. No estaba solo. Por primera vez en su vida, no había estado solo.

Soltó un bufido. Vaya dramatismo el suyo. No era que hubiera andado por ahí con una especie de escudo invisible

para mantener a raya a todo el mundo. Podría haber tenido más personas en su vida. Era conde, por el amor de Dios. Con sólo un chasquido de los dedos podía llenar su casa.

Pero nunca había deseado compañía sólo para una cháchara ociosa. Y en todo lo que significaba algo en su vida, había estado solo.

Y eso era lo que deseaba.

Eso era lo que había creído que deseaba.

Parpadeó otras cuantas veces y comenzó a distinguir cosas en la habitación. Las cortinas no estaban cerradas y la luz de la luna iluminaba lo suficiente para ver gradaciones de color. O tal vez simplemente sabía que las paredes eran de color burdeos y el enorme paisaje que colgaba sobre la repisa del hogar era principalmente verde. Las personas ven lo que esperan ver. Eso era una de las perogrulladas más elementales de la vida.

Giró nuevamente la cabeza para mirar a la persona sentada en la silla al lado de la cama. Era Honoria, sin duda, y no porque fuera la persona que esperaba ver. Tenía medio deshecho el moño y el pelo era decididamente castaño claro, no lo bastante oscuro para ser de lady Winstead.

¿Cuánto tiempo llevaría sentada ahí? No podía estar cómoda.

Pero no debía despertarla. Sin duda necesitaba dormir.

Intentó sentarse, pero descubrió que estaba tan débil que sólo consiguió subir la espalda unas pocas pulgadas. De todos modos, en esa posición veía algo mejor, y tal vez incluso podría alargar la mano por delante de ella y coger el vaso que estaba en la mesilla.

O tal vez no. Levantó el brazo y antes de que llegara a un palmo le cayó pesadamente a la cama. Qué cansado estaba, maldita sea. Y sediento. Sentía la boca como si la tuviera llena de serrín.

El vaso de agua se veía divino; un cielo, fuera de su alcance.

Condenación.

Exhaló un suspiro y al instante deseó no haber suspirado, porque le dolieron las costillas. Le dolía todo el cuerpo. ¿Cómo puede ser posible que duelan absolutamente todas las partes del cuerpo?

Pero le parecía que ya no tenía fiebre. O al menos no mucha. Difícil saberlo.

Estuvo contemplando a Honoria un buen minuto más o menos y en todo ese rato ella no se movió ni una sola vez. Tenía la cabeza ladeada en un ángulo raro, y con toda seguridad iba a despertar con una terrible tortícolis.

Tal vez debía despertarla. Eso sería lo amable.

—Honorita —graznó.

Ella no se movió.

—Honorita —repitió, intentando elevar la voz, pero le salió igual, rasposa y ronca, como el sonido que hace un insecto al chocar con el cristal de la ventana.

Por no decir que el esfuerzo fue agotador.

Nuevamente intentó alargar la mano para tocarla; el brazo cayó como un peso muerto, pero fuera de la cama. Sólo había querido tocarla, pero la mano le cayó sobre la pierna que ella tenía estirada.

—¡Aaaaay! —chilló ella, despertando, y levantó con tanta rapidez la cabeza que se la golpeó contra el poste de la cama —. Aaaaay —gimió tocándose el punto doloroso.

—Honorita —repitió él, con el fin de captar su atención.

Ella masculló algo y abrió la boca en un enorme bostezo, frotándose la mejilla con la parte inferior de la palma de la mano.

—¿Marcus? —dijo entonces.

La voz le salió adormilada. Maravillosa.

—¿Podría beber un poco de agua, por favor?

Tal vez debería haber dicho algo más profundo; al fin y al cabo, prácticamente acababa de volver de entre los muertos. Pero tenía sed. Había vagado sediento por el desierto. Y pedir agua es lo más profundo que se puede decir en esa situación.

—Por supuesto. —Buscó a tientas en la oscuridad hasta que encontró el vaso—. Maldita sea. Un momento. —Se levantó, fue hasta una mesa y cogió un jarro—. No queda mucha —comentó, grogui, y vertió agua en el vaso—. Pero hay suficiente.

Volvió y cogió la cuchara que estaba en la mesilla.

—Puedo solo —dijo él.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Sí?

—¿Me ayudas a sentarme?

Asintiendo, ella dejó el vaso y la cuchara en la mesilla y lo rodeó con los brazos, como en un abrazo.

—Venga, arriba —musitó, levantándolo.

Él sintió sus palabras en la curva del cuello, casi como un suave beso. Suspirando se quedó quieto saboreando la sensación de su cálido aliento en la piel.

—¿Te sientes mal? —preguntó ella, apartándose.

—No, no, estoy bien —dijo él, saliendo de su ensoñación lo más rápido que pudo en su estado de debilidad—. Perdona.

Con la colaboración de él, ella consiguió dejarlo sentado. Entonces él cogió el vaso y bebió sin ayuda. Extraordinario lo triunfante que se sintió.

—Te veo mucho mejor —dijo ella, pestañeando para despejarse el sueño de los ojos—. Esto... —Volvió a pestañear y él tuvo la impresión de que esta vez era para no llorar—. Qué agradable volver a verte.

Él asintió y le pasó el vaso.

Ella volvió a ponerle agua y se lo pasó. Él bebió con avidez, y sólo cuando se la bebió toda reanudó la respiración.

—Gracias —dijo, devolviéndole el vaso.

Ella lo puso en la mesilla y volvió a sentarse.

—Estaba preocupadísima por ti.

—¿Qué pasó? —preguntó él.

Recordaba algo, a lady Winstead, las tijeras, el conejo. Y que ella lo llamó su punto de apoyo. Jamás olvidaría eso.

—El doctor vino a verte dos veces. El doctor Winters. El doctor Winters hijo. Su padre, bueno, no sé qué le pasó a su padre, pero francamente no me interesa saberlo; no te miró la pierna, no tenía ni idea de que tenías una herida infectada. Si la hubiera visto antes que se extendiera tanto la infección, bueno, supongo que todo podría haber sido igual. —Frunció los labios, frustrada—. O tal vez no.

—¿Qué dijo el doctor Winters? El hijo.

Ella sonrió.

—Dijo que ibas a conservar la pierna.

Él movió la cabeza, sin entender.

—¿Qué?

—Llegamos a pensar que tendríamos que amputártela.

—Dios de los cielos —exclamó él, reclinando la cabeza en las almohadas.

—Tal vez es mejor que no hayas sabido que esa era una posibilidad —dijo ella amablemente.

—Dios de los cielos.

No podía imaginarse la vida sin una pierna. Claro, nadie puede, hasta que le toca.

Ella le cogió la mano entre las suyas.

—Todo irá bien.

—Mi pierna —musitó él.

Sintió el irracional deseo de sentarse a mirarla para comprobar que seguía teniéndola. Se obligó a quedarse quieto. Tal vez ella pensaría que era más que tonto por desear vérsela.

Pero le dolía. Le dolía muchísimo, y agradeció el dolor; el dolor le decía que la pierna estaba donde debía estar.

Ella soltó una mano para sofocar un largo bostezo.

—Uy, perdona —dijo después—, creo que no he dormido mucho.

Por culpa de él. Otro motivo más para deberle gratitud.

—Esa silla no puede ser cómoda —dijo—. Deberías acostarte en el otro lado de la cama.

—Oh, no podría.

—No puede ser más indecoroso que todo lo demás que ha ocurrido hoy.

—No —dijo ella, con una expresión que decía que se reiría si no estuviera tan cansada—. En serio, no podría. El colchón todavía está mojado de cuando te limpiamos la herida.

—Ah —dijo él.

Y entonces se rió, porque era divertido y por lo agradable que era sonreír.

Ella se movió buscando una posición más cómoda.

—Igual podría echarme encima de las mantas —dijo, alargando el cuello para ver el espacio desocupado por encima de él

—Como quieras.

Ella exhaló un largo suspiro de agotamiento.

—Se me podrían mojar los pies. Pero creo que no me importa.

Pasado un momento ya estaba acostada en la cama encima de las mantas. Bueno, y él también estaba acostado encima de las mantas, aunque con la mayor parte del cuerpo debajo de un edredón. Suponía que le habían dejado adrede la pierna al descubierto.

Ella volvió a bostezar.

—Honoría —susurró él.

—¿Mmmm?

—Gracias.

—Mmmm.

Él dejó pasar un momento y finalmente tuvo que decirlo:

—Me alegra que estés aquí.

—Yo también —dijo ella, adormilada—. Yo también.

A ella se le hizo pareja la respiración y después a él también. Y durmieron.

A la mañana siguiente Honoria despertó sintiéndose deliciosamente cómoda y abrigada. Sin abrir los ojos estiró los dedos de los pies, después flexionó los pies, rotando los tobillos hacia uno y otro lado. Ese era su rito matutino, estirarse en la cama. Después continuó con las manos. Las abrió con los dedos separados como una estrella de mar y luego las flexionó, con los dedos como garras. De ahí pasó al cuello, moviéndolo hacia atrás y hacia adelante, hacia los lados y luego rotándolo.

Bostezó, cerró las manos en dos puños y estiró los dos brazos juntos hacia delante.

Y enterró los puños en alguien.

Se quedó inmóvil. Abrió los ojos, y entonces lo recordó todo.

Santo cielo, estaba en la cama con Marcus. No, no era esa la manera correcta de expresarlo. Estaba en la cama «de» Marcus.

Pero no «con» Marcus.

Indecoroso, de acuerdo, pero seguro que tenía que haber una dispensa especial para una damita que se encuentra en la cama con un caballero que está tan enfermo que no puede comprometerla.

Decidió deslizarse poco a poco y con sigilo hacia el borde de la cama; no había ninguna necesidad de despertarlo. Seguro que él ni siquiera sabía que ella estaba ahí. Y con «ahí» quería decir junto a él, tocándole un pie con los suyos. No estaba

exactamente cerca del borde de la cama, donde se acostó esa noche.

Flexionó las rodillas y afirmó bien las plantas en la cama para poder arrastrar el resto del cuerpo; comenzó por las caderas, levantándolas y moviéndolas un poquito hacia la derecha; después los hombros. Nuevamente las caderas y luego los pies para tener otro punto de sujeción. Ahora los hombros y...

¡Suas!

Un brazo de Marcus le cayó con fuerza encima, atravesado.

Se quedó muy quieta. Vamos a ver, ¿qué podía hacer? Tal vez si esperaba uno o dos minutos, él se daría la vuelta y volvería a su posición anterior.

Esperó. Siguió esperando. Él se movió.

Hacia ella.

Tragó saliva, nerviosa. No sabía qué hora era. Un poco pasada la aurora, pero aparte de eso no tenía ni idea, y de ninguna manera le convenía que entrara la señora Wetherby y la encontrara pegada a Marcus en la cama. O, peor aún, su madre.

Nadie pensaría mal de ella, por supuesto, después de todo lo ocurrido el día anterior. Pero estaba soltera, él también estaba soltero y además llevaba muy poca ropa y...

Ya está. Tenía que bajar de la cama. Y si él se despertaba, pues que se despertara.

Dándose un impulso se sentó y bajó las piernas por el borde, obligándose a desentenderse de los sonidos bastante agradables que hizo él al darse la vuelta y acomodarse bajo su edredón. Cuando tuvo los pies firmes en el suelo fue a echarle una rápida mirada a la pierna de él. Daba la impresión de que la herida estaba curando bien, y entorno a ella no se veía ninguna de esas ominosas líneas rojas de las que les advirtió el doctor Winters.

—Gracias —musitó, haciendo una breve oración de acción de gracias por la ininterrumpida recuperación de él.

—De nada —dijo Marcus.

Lanzando un chillido de sorpresa, ella retrocedió de un salto, casi dos palmos.

—Lo siento —dijo él, pero riendo.

Sonido más precioso no había oído jamás en su vida, pensó ella.

—No eran para ti las gracias.

Él sonrió.

—Lo sé.

Ella comenzó a alisarse la falda, que estaba tremendamente arrugada. Llevaba el mismo vestido azul que se puso en Londres, santo cielo, ¿cuándo?, dos días atrás. No se atrevía ni a pensar en lo horrorosa que debía verse.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Mucho mejor —dijo él, sentándose.

Ella observó que él se cubrió el pecho con el edredón al sentarse. Y seguro que ese fue el único motivo de que su rubor fuera rosa y no rojo vivo. Era divertido, casi. Le había visto el pecho desnudo unas cien veces el día anterior, le había hurgado y pinchado la herida de la pierna desnuda e incluso, aunque eso no se lo diría jamás, había tenido un atisbo de una de sus nalgas mientras él se movía agitado en la cama. Pero en ese momento, en que los dos estaban totalmente despiertos y él ya no estaba a las puertas de la muerte, no lograba obligarse a mirarlo a los ojos.

—¿Te duele mucho todavía? —preguntó, haciendo un gesto hacia la pierna, que seguía fuera del edredón.

—Ahora es más un dolor sordo.

—Te va a quedar una cicatriz horrible.

Él sonrió irónico.

—La llevaré con orgullo y mendacidad.

—¿Mendacidad? —repitió ella, tratando de reprimir la risa.

Ladeando la cabeza él se miró la herida.

—Se me ha ocurrido que podría decir que me la hice luchando con un tigre.

—Un tigre. En Cambridgeshire.

—Eso es más creíble que un tiburón.

—Un jabalí —sugirió ella.

—Bueno, eso es poco digno.

Ella apretó los labios y luego se le escapó un borboteo de risa. Él también se rió, y sólo entonces ella se permitió creerlo: él se iba a poner bien; era un milagro. No encontró otra palabra mejor para describirlo. Le había vuelto el color a la cara, y aunque tal vez se veía demasiado delgado, eso no era nada comparado con lo despejados que tenía los ojos.

Sí, se pondría bien, muy bien.

—¿Honoría?

Ella lo miró interrogante.

—Se te meció el cuerpo. Te ayudaría a sostenerte, pero...

—Sí que me siento un poco... mareada —dijo ella, yendo a sentarse en la silla junto a la cama. Creo que...

—¿Has comido?

—Sí. No. Bueno, un poco. Tal vez debería comer. Creo que sólo estoy... aliviada.

Entonces, así de repente, se echó a llorar, lo que la horrorizó tremendamente. Le salieron los sollozos, desgarradores, golpeándola como una inmensa ola. Había estado tensa, tensa por el miedo y los nervios. Había estirado y estirado su resistencia hasta más allá de sus límites, y al saber que él se pondría bien, se le rompió.

Estaba como una cuerda de un violín rota por haberla tensado demasiado.

—Lo siento —resolló, entre sollozo y sollozo—. No sé... no quería... Sólo estoy muy feliz.

—Chsss —arrulló él, cogiéndole la mano—. No pasa nada. Todo va a ir bien.

—Lo sé —sollozó ella—. Lo sé. Por eso estoy llorando.

—Por eso estoy llorando yo también.

Ella se giró a mirarlo. No le bajaban lágrimas por las mejillas, pero tenía los ojos húmedos. Nunca lo había visto mostrar tanta emoción, jamás se lo había imaginado posible. Con una mano temblorosa le tocó la mejilla y deslizó las yemas de los dedos hasta la comisura del ojo, y retiró la mano cuando sintió el dedo mojado por una lágrima. Y entonces hizo algo tan inesperado que los cogió a los dos por sorpresa.

Hundiendo la cara en la curva de su cuello, lo rodeó con los brazos y lo estrechó con fuerza.

—He tenido tanto miedo —musitó—. Creo que ni siquiera sabía lo asustada que estaba.

Él la rodeó con los brazos, vacilante, pero como si sólo hubiera necesitado ese impulso se relajó, abrazándola suavemente y acariciándole el pelo.

—No lo sabía —dijo ella—, no lo entendía.

Esas sólo eran palabras, cuyo sentido ni siquiera entendía. No sabía qué quería decir, qué era lo que no sabía o no entendía. Sólo... sólo...

Levantó la cabeza para mirarlo. Necesitaba verle la cara.

—Honorita —musitó él, mirándola como si nunca antes la hubiera visto.

Tenía los ojos cálidos, oscuros como chocolate, y a rebosar de emoción. De pronto pasó un destello por ellos, algo que ella no logró identificar, y bajó la cara, muy, muy lentamente, hasta que sus labios tocaron los de ella.

Marcus no podría explicar jamás por qué besó a Honorita. No sabía por qué. La tenía abrazada mientras ella lloraba y de pronto le pareció que besarla era lo más natural e inocente del

mundo. No había sentido ninguna inclinación a besarla, ningún deseo de hacerlo.

Pero entonces ella lo miró. Sus ojos, ah, esos increíbles ojos, brillantes de lágrimas, y sus labios llenos y temblorosos. Dejó de respirar, dejó de pensar. Tomó el mando otra cosa, algo que estaba muy en el fondo de él, al sentirla en sus brazos, y estuvo perdido.

Cambió.

Tenía que besarla, tenía. Eso era tan elemental como su respiración, su sangre, su alma.

Y cuando la besó...

La tierra dejó de girar.

Los pájaros dejaron de cantar.

Se detuvo todo en el mundo, todo a excepción de él y de ella y el beso suave como el roce de una pluma que los conectaba.

Algo cobró vida dentro de él, pasión, deseo. Comprendió que si no estuviera tan debilitado continuaría besándola y haría algo más, no podría parar. Apretaría su cuerpo al suyo, gozando de su blandura y de su aroma.

La besaría profundo, profundo y la acariciaría. Por todas partes.

Le suplicaría que continuara con él, le rogaría que acogiera su pasión, que lo aceptara dentro de ella.

La deseaba. Y nada podría aterrorarlo más.

Era Honoria. Él había jurado protegerla. Y en lugar de eso...

Apartó los labios, pero no pudo apartar el cuerpo. Apoyando la frente en la de ella, saboreando ese último contacto, dijo:

—Perdóname.

Entonces ella se apartó y salió casi volando de la habitación, no podría haber ido más rápido. Él se la quedó

mirando y alcanzó a ver que le temblaban las manos y los labios.

Era un bestia. Ella le había salvado la vida y, ¿esa era su manera de agradecersele?

—Honorita —musitó.

Se pasó las yemas de los dedos por los labios, como si pudiera sentirla ahí.

Y la sintió. Algo de lo más desesperante.

Seguía sintiendo su beso, seguía sintiendo el hormigueo de la sensación de sus labios tocando los suyos.

Ella seguía con él.

Y tuvo la rarísima impresión de que siempre seguiría con él.

CAPÍTULO 14

Afortunadamente, Honoria no tuvo que pasar el siguiente día de su vida atormentándose por ese breve beso con Marcus.

Lo pasó durmiendo.

Era corto el trayecto entre el dormitorio de él y el de ella, así que centró la atención en una sola tarea, a saber, poner un pie delante del otro y mantenerse erguida hasta llegar a su habitación. Y cuando llegó, se arrojó en la cama y ahí continuó las siguientes veinticuatro horas.

Si soñó, no recordaba nada.

Cuando despertó ya era la mañana, y seguía con el mismo vestido que se había puesto, ¿cuántos días atrás? en Londres. Entonces vio la necesidad de darse un baño, ponerse ropa limpia y luego bajar a desayunar, lógicamente.

Y ahí estaba muy feliz desayunando, acompañada por la señora Wetherby, a la que le insistió en que se quedara para conversar, conversar de todo tipo de cosas que no tuvieran nada que ver con Marcus.

El tema de los huevos era interesantísimo, como también el del beicon, y las hortensias que se veían por la ventana eran fascinantes.

Hortensias. ¿Quién se habría imaginado?

Total, que evitó muy bien no sólo hablar de Marcus, sino también pensar en él, hasta que la señora Wetherby le preguntó:

—¿Ha ido a ver a su señoría esta mañana?

Honoria detuvo el bollo a mitad de camino hacia la boca.

—Esto..., no todavía.

La mantequilla del bollo le cayó en la mano, así que lo dejó en el plato para limpiársela.

—Sin duda a él le encantaría verla —dijo entonces la señora Wetherby.

Lo cual significaba que tendría que ir a verlo. Después de todo el tiempo y esfuerzo que había dedicado a cuidar de él cuando estaba con esa fiebre e infección tan graves, parecería muy raro si agitaba la mano y decía: «Aah, estoy segura de que está muy bien».

El trayecto desde la sala de desayuno al dormitorio de Marcus llevaba alrededor de tres minutos, que eran tres minutos más de los que ella deseaba pasar pensando en ese beso de tres segundos.

Había besado al mejor amigo de su hermano. Había besado a «Marcus». ¿Cómo pudo ocurrir eso? Marcus siempre había sido amigo de Daniel, no de ella. O, mejor dicho, primero de Daniel y segundo de ella. Lo que no quería decir...

Se detuvo. Se estaba mareando.

Rayos, seguro que él no había pensado en el beso ni una sola vez. Tal vez incluso podría haber estado algo delirante. Posiblemente ni siquiera lo recordara.

¿Y de verdad se podía llamar beso a eso? Fue muy, muy corto. ¿Y significaba algo si el que besó (él) se sentía muy, muy agradecido de la besada (ella) y posiblemente también en deuda, de una manera de lo más elemental?

Ella le había salvado la vida después de todo. Un beso no era del todo impropio.

Además, él le dijo «Perdóname». ¿Contaría como un beso si él le pidió perdón?

En su opinión, no.

De todos modos, lo último que desearía sería hablar con él de eso, así que cuando la señora Wetherby le contó que cuando fue a verlo estaba durmiendo, ella decidió hacer la visita inmediatamente para verlo antes de que hubiera despertado.

Habían dejado la puerta ligeramente entreabierta, así que puso la palma en la madera oscura y empujó con sumo cuidado; era impensable que en una casa tan bien llevada como Fensmore chirriaran los goznes, pero nunca se sabe. Cuando calculó que la abertura era del tamaño de su cabeza, la metió y la giró para poder verlo, y...

Él giró la cabeza y la miró.

—¡Ah, estás despierto!

Las palabras le salieron de la boca como el gorjeo de un pajarito pasmado.

Rayos.

Marcus estaba sentado en la cama, con las mantas bien remetidas alrededor de la cintura. Aliviada observó que por fin tenía puesto un camisón de dormir.

Él levantó un libro.

—He estado intentando leer.

—Ah, entonces no te molestaré —se apresuró a decir ella, aun cuando a juzgar por el tono de él, lo que quiso decir fue que estaba intentando leer pero no conseguía interesarse por el tema del libro.

Entonces le hizo una reverencia.

¡Una reverencia!

¿Por qué diablos la hizo? Jamás en la vida le había hecho una reverencia a Marcus. Hacía una inclinación de la cabeza, tal vez en alguna ocasión flexionaba un poquito las rodillas, pero él se habría desternillado de risa si ella le hubiera hecho una reverencia. Y seguro que él se estaba riendo en ese momento, aunque no lo sabría nunca porque echó a correr antes de oír ese sonido.

De todos modos, cuando más avanzado el día entró en el salón y se encontró con su madre y la señora Wetherby, pudo decir con absoluta sinceridad que había ido a visitar a Marcus y lo encontró muy mejorado.

—Incluso estaba leyendo —dijo, en un tono maravillosamente despreocupado—. Eso tiene que ser buena señal.

—¿Qué estaba leyendo? —preguntó amablemente su madre, cogiendo la tetera para servirle una taza a ella.

—Mmm. —Pestañeó, intentando recordar algo más que la cubierta de piel roja del libro—. Pues la verdad es que no me

fijé.

—Tal vez deberíamos llevarle más libros para que pueda elegir —dijo lady Winstead, pasándole la taza—. Está caliente —le advirtió, y continuó—: Es terriblemente aburrido tener que guardar cama. Lo sé por experiencia. Tuve que guardar cama cuatro meses cuando estaba embarazada de ti, y tres cuando lo estuve de Charlotte.

—No lo sabía.

Lady Winstead agitó la mano.

—No había nada que hacer; no tenía otra opción. Pero puedo decirte que los libros me salvaron la cordura. En cama se puede leer o bordar, y no me imagino a Marcus cogiendo una aguja con hilo.

—No —convino Honoria, sonriendo al imaginárselo.

Su madre bebió otro trago de té y continuó:

—Deberías explorar su biblioteca a ver que logras encontrar para él. Yo puedo dejarle mi novela cuando nos marchemos. —Dejó la taza en el platillo—. Traje esa de Sarah Gorely. Me falta muy poco para terminarla. Hasta el momento la encuentro maravillosa.

—¿*La señorita Butterworth y el barón loco*? —dijo Honoria, dudosa. La había leído; era una novela ridículamente melodramática, y no se imaginaba a Marcus disfrutando de su lectura. Si no le fallaba la memoria, había muchísimas escenas en que la protagonista se quedaba colgando de un acantilado, de un árbol, y del alféizar de una ventana—. ¿No crees que preferiría algo más serio?

—No me cabe duda de que él «cree» que preferiría algo más serio. Pero ese niño ya es demasiado serio. Necesita más frivolidad en su vida.

—Ya no es un niño.

—Para mí siempre será un niño —dijo su madre, y miró a la señora Wetherby, que hasta el momento no había intervenido en la conversación—. ¿No está de acuerdo conmigo?

—Ah, desde luego —convino la señora Wetherby—. Pero claro, yo lo conozco desde que llevaba pañales.

Honoría estaba segura de que Marcus no aprobaría esa conversación.

—Tal vez tú podrías elegirle algunos libros, Honoría —continuó su madre—. Sin duda conoces mejor que yo sus gustos.

—En realidad no sé si los conozco —dijo Honoría, mirando el té de su taza.

Por lo que fuera, eso la fastidiaba.

—Tenemos una biblioteca muy completa en Fensmore —dijo la señora Wetherby, con orgullo.

—Seguro que encontraré algo —dijo Honoría, obligándose a esbozar una alegre sonrisa.

—Tendrás que encontrarlo —dijo su madre—, a no ser que prefieras enseñarle a bordar.

Honoría la miró aterrada y entonces vio la risa en sus ojos.

—Uy, ¿te lo imaginas? —dijo su madre riendo—. Sé que hay hombres que son sastres maravillosos, pero estoy segura de que tienen equipos de costureras escondidas en sus trastiendas.

—Tienen los dedos demasiado grandes —concedió la señora Wetherby—. No pueden coger bien las agujas.

—Bueno, no podría ser peor que Margaret —dijo su madre y se inclinó hacia la señora Wetherby para explicarle—: Es mi hija mayor. Jamás he conocido a nadie menos hábil con una aguja.

Honoría la miró con bastante interés. No tenía ni idea de que Margaret fuera tan mala para la labor de aguja. Pero claro, Margaret era diecisiete años mayor que ella. Ya se había casado y marchado de la casa cuando ella aún no tenía memoria para formar recuerdos.

—Es bueno que tenga tanto talento para el violín —continuó su madre.

Honoría levantó bruscamente la vista. Había oído tocar a Margaret; «talento» no era una palabra que emplearía ella para describir su forma de interpretar.

—Todas mis hijas tocan el violín —dijo lady Winstead orgullosa.

—¿Incluso usted, lady Honoría? —preguntó la señora Wetherby.

—Incluso yo —repuso ella, asintiendo.

—Ojalá hubiera traído su instrumento. Me habría encantado oírlo tocar.

—No soy tan competente como mi hermana Margaret.

Lo cual era trágicamente cierto.

—Vamos, no seas tonta —dijo su madre, dándole una juguetona palmadita en el brazo—. Yo te encontré magnífica el año pasado. Sólo te hace falta practicar un poco más. Nuestra familia ofrece una velada musical todos los años —explicó a la señora Wetherby—. Es de las invitaciones más solicitadas de la ciudad.

—Qué maravilla pertenecer a una familia tan musical.

—Ah, sí —dijo Honoría, porque no sabía si lograría decir alguna otra cosa.

—Es de esperar que tus primas estén ensayando en tu ausencia —dijo su madre con expresión preocupada.

—Dudo que puedan. Es un cuarteto. No se puede ensayar si falta uno de los violines.

—Sí, supongo. Lo que pasa es que Daisy está muy verde.

—¿Daisy? —preguntó la señora Wetherby.

—Mi sobrina —explicó lady Winstead—. Es muy niña todavía y... no tiene mucho talento —añadió apenas en un susurro, aunque Honoría no logró entender por qué.

—Ay, Dios —exclamó la señora Wetherby, llevándose una mano al pecho—. ¿Qué van a hacer? Estropeará la velada musical.

—Estoy bastante segura de que Daisy estará a la altura de las demás —dijo Honoria, sonriendo levemente.

En realidad, Daisy tocaba fatal, pero era muy difícil imaginar que realmente empeorara el cuarteto. Además, infundiría un muy necesitado entusiasmo al grupo. Sarah seguía asegurando que prefería que le arrancaran todos los dientes antes que tocar en el cuarteto otra vez.

—¿Lord Chatteris ha asistido a alguna de las veladas musicales? —preguntó la señora Wetherby.

—Ah, sí, asiste cada año —repuso lady Winstead—, y se sienta en la primera fila.

Era un santo, pensó Honoria. Al menos una noche al año.

—Le encanta la música —dijo la señora Wetherby.

Un santo. Un mártir, incluso.

—Supongo que este año tendrá que perdérsela —dijo lady Winstead suspirando tristemente—. Tal vez podríamos organizar las cosas para que las niñas vengan aquí a dar un concierto especial.

—¡No! —exclamó Honoria, tan fuerte que las dos damas la miraron sorprendidas—. Es decir, estoy segura de que a él no le gustaría eso. No le gusta que se desvivan por él. —Por la cara de su madre vio que esta no encontraba muy sólido ese argumento, así que añadió—: a Iris no le gusta mucho viajar.

Mentira descarada, pero con tan poco tiempo no se le ocurrió nada mejor.

—Bueno, supongo —concedió su madre—, pero siempre hay un próximo año. —Entonces con un destello de terror en sus ojos, añadió—: Aunque tú no tocarás el próximo año, estoy segura. —Cuando se le hizo evidente que esa afirmación necesitaba explicación, dijo a la señora Wetherby—: Cada hija Smythe-Smith debe abandonar el cuarteto cuando se casa. Es la tradición.

La señora Wetherby frunció el ceño, confusa.

—¿Está comprometida en matrimonio, lady Honoria?

—No, y...

—Lo que quiere decir —interrumpió su madre—, es que espera comprometerse al final de la temporada.

Honorina no pudo hacer otra cosa que mirarla sorprendida. No había visto tanta resolución o estrategia en su madre durante sus dos primeras temporadas.

—Espero que no nos retrasemos demasiado en ir a ver a madame Brovard —musitó su madre, pensativa.

¿Madame Brovard?, pensó Honorina, pasmada. ¿La modista más exclusiva de Londres? Sólo unos días atrás su madre le dijo que fuera de compras con su prima Marigold y «buscara algo rosa». ¿Y ahora quería llevarla a ver a madame Brovard?

—Se niega a usar la misma tela dos veces si es distintiva —le estaba explicando su madre a la señora Wetherby—. Por eso está considerada la mejor.

La señora Wetherby asintió aprobadora, visiblemente encantada con la conversación.

—Pero el lado malo es que si uno va a verla demasiado tarde en la temporada —continuó lady Winstead, levantando las manos en actitud fatalista—, ya no quedan telas.

—Uy, eso es terrible —repuso la señora Wetherby.

—Lo sé, lo sé. Y este año quiero procurar encontrar los colores adecuados para Honorina. Colores que le destaquen los ojos, ¿sabe?

—Tiene unos ojos muy hermosos —convino la señora Wetherby. La miró a ella—. Los tiene.

—Ah, gracias —dijo Honorina, automáticamente.

Le extrañaba ver a su madre actuando como... bueno, como la señora Royle, para ser totalmente sincera. Desconcertante.

—Creo que iré ahora mismo a la biblioteca —declaró.

Las dos damas ya estaban lanzadas en una animada conversación sobre la distinción entre el azul lavanda y el azul pervinca.

—Que te diviertas, querida —dijo su madre sin siquiera mirarla—. Le digo, señora Wetherby, que si usted tuviera un matiz más claro de pervinca...

Honoría simplemente movió la cabeza. Necesitaba un libro. Y tal vez otra siesta. Y una rodaja de empanada. No necesariamente en ese orden.

El doctor Winters pasó a ver a Marcus esa tarde y afirmó que estaba muy bien encaminado hacia su recuperación. Ya no tenía nada de fiebre, la herida de la pierna estaba curando espléndidamente, e incluso el esguince del tobillo, del que todos se habían olvidado, ya no mostraba señales de hinchazón.

No estando ya en peligro su vida, lady Winstead anunció que Honoría y ella harían sus equipajes y se marcharían inmediatamente a Londres.

Fue a visitarlo para hablar con él en privado.

—Fue muy irregular hacer este viaje. Dudo que haya habladurías, dada nuestra relación anterior y la precariedad de tu salud, pero los dos sabemos que la sociedad no será tan indulgente si nos quedamos más días.

—Por supuesto —dijo él.

Eso era lo mejor, en realidad. Él estaba más que aburridísimo y las echaría de menos, pero pronto comenzaría en serio la temporada, y Honoría necesitaba volver a Londres. Era una hija soltera de un conde, por lo tanto debía encontrar un marido apropiado; no había ningún otro lugar para ella en esa época del año.

Él tendría que ir también, para cumplir su promesa a Daniel y encargarse de que no se casara con un idiota, pero estaba clavado en la cama, por orden del médico, y guardaría cama por lo menos otra semana. Después tendría que estar encerrado en casa otra semana más, tal vez dos, hasta que el doctor Winters estuviera seguro de que ya había superado del todo la infección. Lady Winstead lo había hecho prometer que se atendería a las directrices del doctor. «No te salvamos la vida para que la despilfarres».

Ya habría pasado casi un mes cuando pudiera ir a Londres; y eso lo encontraba inexplicablemente frustrante.

—¿Está Honoria por ahí? —preguntó, aun cuando sabía que no debía preguntar por una hija soltera a su madre, ni aunque se tratara de ellas dos; pero estaba aburridísimo, y echaba de menos su compañía.

Lo que no era en absoluto lo mismo que decir que la echaba de menos «a ella».

—Hace un rato tomamos el té —dijo lady Winstead—. Dijo que vino a verte esta mañana. Creo que pensaba ir a la biblioteca a buscar libros para ti. Me imagino que más tarde te los traerá.

—Eso lo agradeceré muchísimo. Casi he terminado... — Miró hacia la mesilla de noche; ¿qué había estado leyendo?—. *Interrogantes filosóficos acerca de la esencia de la libertad humana.*

Ella arqueó las cejas.

—¿Te ha gustado?

—No mucho, no.

—Le diré a Honoria que se dé bastante prisa con los libros, entonces —dijo ella, sonriendo divertida.

Él empezó a esbozar una sonrisa también, pero se pilló y adoptó un semblante más serio.

—Me hace ilusión —dijo.

—Seguro que a ella también —contestó lady Winstead.

De eso él no estaba tan seguro. De todos modos, si ella no mencionaba el beso, él tampoco lo haría. En realidad era algo sin importancia; y si no, pues debía serlo. Fácil de olvidar. No tardarían nada en volver a ser los viejos amigos de siempre.

—Creo que sigue cansada —dijo lady Winstead—, aunque no entiendo por qué—. Durmió veinticuatro horas seguidas, ¿lo sabías?

Él no lo sabía.

—No se apartó de tu lado hasta que te bajó la fiebre. Yo me ofrecí a reemplazarla pero no aceptó.

—Estoy muy en deuda con ella —dijo él en voz baja—. Y con usted también, según tengo entendido.

Lady Winstead no dijo nada. Pero entreabrió los labios como si estuviera intentando decidir si hablar o no. Él esperó, pues sabía que el silencio suele ser el mejor estimulante, y pasados unos segundos ella se aclaró la garganta y dijo:

—No habríamos venido a Fensmore si Honoria no hubiera insistido.

Él no supo qué decir.

—Le dije que no debíamos venir, que eso no era correcto, puesto que no somos familia.

—Yo no tengo familia —dijo él en voz baja.

—Sí, eso fue lo que dijo Honoria.

Él sintió una extraña punzada de dolor. Claro que Honoria sabía que no tenía familia; todo el mundo lo sabía. Pero oírsele decir, u oír a otra persona decir que ella lo había dicho...

Le dolía. Sólo un poco, y no entendía por qué.

Honoria había visto todo eso y más allá, visto su soledad y penetrado en ella. Había visto eso. No, lo había visto a él, de una manera que ni siquiera él había entendido.

No se había dado cuenta de lo solitaria que era su vida hasta que Honoria volvió a entrar en ella.

—Insistió muchísimo —dijo lady Winstead, interrumpiendo sus pensamientos. Y entonces añadió en voz tan baja que él apenas la oyó—: Simplemente pensé que debías saberlo.

CAPÍTULO 15

Unas horas después Marcus estaba sentado en la cama sin siquiera simular que estaba leyendo *Interrogantes filosóficos acerca de la esencia de la libertad humana*, cuando llegó Honoria a hacerle otra visita. Traía unos seis libros en los brazos, y venía acompañada por la criada que le traía la bandeja con la cena.

No lo sorprendió que ella hubiera esperado a que otra persona tuviera que subir también a su habitación.

—Te traigo unos cuantos libros —dijo, con una muy resuelta sonrisa. Esperó hasta que la criada puso la bandeja en la cama para poner los libros en la mesilla de noche—. Mi madre dijo que ibas a necesitar entretenimiento.

Volvió a sonreír, pero su expresión era tan resuelta que no podía ser espontánea. Haciéndole una leve inclinación de la cabeza, se giró y echó a andar detrás de la criada que ya estaba saliendo de la habitación.

No podía dejarla marcharse. No todavía.

—¡Espera! —gritó.

Ella se detuvo en la puerta, se giró y lo miró con expresión interrogante.

—¿Me acompañas un ratito? —le pidió, haciendo un gesto con la cabeza hacia la silla. Vio que ella vacilaba, así que añadió—: Sólo he tenido mi propia compañía durante la mayor parte de estos dos últimos días. —Vio que seguía vacilante, así que sonrió irónico—. Y creo que soy un poco aburrido como señorita de compañía.

—¿Sólo un poco? —dijo ella, al parecer olvidando que intentaba no entablar conversación.

—Estoy desesperado, Honoria —dijo él.

Ella suspiró, pero con una sonrisa melancólica, y entró en la habitación, dejando la puerta abierta; ahora que él ya no

estaba a las puertas de la muerte, era necesario acatar ciertas reglas.

—Detesto esa palabra —dijo.

—¿Desesperado? ¿La encuentras muy manida?

—No —suspiró ella, sentándose en la silla al lado de su cama—. Es acertada con demasiada frecuencia. Es una sensación terrible.

Él asintió, aunque en realidad creía que no entendía qué era sentirse desesperado. Sentirse solo sí, pero desesperado, no.

Ella guardó silencio, con las manos juntas en la falda. Se fue alargando el silencio, que no era del todo violento pero tampoco cómodo, y de repente ella dijo:

—El caldo es de carne.

Él miró la pequeña sopera de porcelana que seguía con la tapa puesta.

—El cocinero lo llamó *boeuf consommé* —continuó ella, hablando más rápido que de costumbre—, pero es un caldo puro y simple. La señora Wetherby asegura que sus poderes curativos son incomparables.

—Supongo que no me van a dar nada más aparte de este caldo —dijo él tristemente, mirando la bandeja casi vacía.

—Una tostada sin mantequilla —dijo ella compasiva—. Lo siento.

A él le bajó otro poco la cabeza. Qué no daría por un trozo de pastel de chocolate de la pastelería Flinde. O una tarta de manzana con crema, o un mantecado, o un bollo de Chelsea, o cualquier maldita cosa que contuviera muchísima azúcar.

—Huele muy bien —dijo Honoria—. El caldo.

Sí que olía bien, pero no tan bien como olería el chocolate.

Suspirando, cogió la cuchara, la llenó de caldo y lo sopló antes de probarlo.

—Está bueno —dijo.

—¿Sí? —dijo ella, dudosa.

Él asintió y comió otro poco. O más bien bebió otro poco. ¿La sopa se come o se bebe? Y más al caso, ¿podría conseguir un poco de queso para derretirlo en la sopa?

—¿Qué sirvieron para la cena? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—No te conviene saberlo.

Él comió-bebió otra cucharada.

—Puede que no —dijo, y luego no pudo contenerse—. ¿Había jamón?

Ella no contestó.

—Había —dijo él, acusador.

Miró lo poco que le quedaba de sopa. ¿Tal vez si remojaba en ella la tostada sin nada? Pero quedaba muy poco caldo, así que sólo después de dos bocados la tostada se mantuvo francamente seca.

Seca como serrín. Vagando por el desierto seco. Lo pensó un momento. ¿No había estado sediento vagando por el desierto unos días atrás? Tomó otro bocado de la nada apetitosa tostada. Jamás en su vida había estado en un desierto y jamás lo estaría, pero por lo que a hábitats geográficos se refiere, un desierto le ofrecía muchísimas similitudes últimamente.

—¿Por qué sonrías? —le preguntó Honoria, curiosa.

—¿He sonreído? Ha sido una sonrisa triste, triste, te lo aseguro. —Contempló lo que quedaba de la tostada—. ¿De veras comiste jamón? —Y entonces añadió, aunque consciente de que no deseaba oír la respuesta—: ¿Había pudín?

La miró, y en su cara vio una expresión culpable.

—¿De chocolate? —susurró.

—Ella negó con la cabeza.

—¿De arándanos dulces? ¿De gros...? Buen Dios, ¿el cocinero hizo tarta de melaza?

Nadie hacía la tarta de melaza como el cocinero de Fensmore.

—Estaba deliciosa —confesó ella, exhalando uno de esos suspiros increíblemente felices reservados para los recuerdos de los mejores postres—. La sirvieron acompañada de nata cuajada y fresas.

—¿Quedó algo? —preguntó él tristemente.

—Yo diría que sí. La sirvieron en una enorme... Un momento —Entrecerró los ojos y lo apuñaló con una mirada de desconfianza—. No me vas a pedir que te robe un trozo, ¿verdad?

—¿Lo harías? —preguntó poniendo una cara que esperaba fuera tan patética como su voz; necesitaba que ella le tuviera lástima.

—¡No! —exclamó ella, pero apretó los labios, claramente para reprimir la risa—. La tarta de melaza no es una comida apropiada para un enfermo.

—No veo por qué no —repuso él, con la más absoluta sinceridad.

—Porque debes tomar caldo. Y gelatina de pie de ternero. Y aceite de hígado de bacalao. Todo el mundo sabe eso.

Él le ordenó a su estómago que no se le revoliera.

—¿Esas exquisiteces te han hecho sentirte mejor alguna vez?

—No, pero no se trata de eso.

—¿Cómo es que no se trata de sentirse mejor?

Ella abrió la boca para contestar, pero al instante la cerró y se quedó cómicamente inmóvil. Movié los ojos hacia arriba y a la derecha, como buscando en su cabeza alguna respuesta adecuada. Finalmente, dijo muy lentamente, adrede:

—No lo sé.

—Entonces, ¿me robarías un trozo? —La obsequió con su mejor sonrisa; su mejor sonrisa de «estuve a punto de morir, ¿cómo puedes negarme algo?»

Bueno, al menos esperaba que dijera eso la sonrisa. Dicha fuera la verdad, no era un experto en coquetería, así que igual la sonrisa que le salió fue una que decía «estoy un poco loco así que por tu propio interés finge que estás de acuerdo conmigo».

Pero claro, no había manera de saberlo.

Ella se inclinó hacia él de modo furtivo, como si creyera que alguien podría estar espiándolos.

—¿No se te ha ocurrido pensar en el problema en que podría meterme?

—No sería para tanto. Esta es mi casa.

—Eso pesa muy poco ante a la ira colectiva de la señora Wetherby, el doctor Winters y mi madre.

Él se encogió de hombros.

—Marcus...

A él le quedó claro que aparte de esa protesta ella no tenía ningún otro argumento lógico, así que dijo:

—Por favor.

Ella lo miró; él puso una cara patética.

—Ah, muy bien —bufó ella, capitulando con una extraordinaria falta de elegancia—. ¿Tengo que ir ahora mismo?

Él juntó las manos piadosamente.

—Te lo agradecería muchísimo.

Sin mover la cabeza ella miró de uno a otro lado y él no supo si lo que intentaba era actuar furtivamente. Entonces se levantó y se pasó las manos por la falda verde claro.

—Volveré —dijo.

—No veo la hora.

Ella fue hasta la puerta y ahí se giró.

—Con la tarta.

—Eres mi salvadora.

Ella entrecerró los ojos.

—Me lo debes.

—Te debo muchísimo más que un simple trozo de tarta de melaza —dijo él muy serio.

Sin decir otra palabra, ella se alejó, dejándolo con una sopera vacía y las migas de corteza de pan. Y libros. Miró hacia la mesilla, donde ella había dejado los libros. Con sumo cuidado para no volcar el vaso de limonada tibia que le había preparado la señora Wetherby, puso la bandeja en el otro lado de la cama. Alargó la mano, cogió el primer libro y le echó una mirada al título: *Impresionantes y pintorescas descripciones y dibujos de los magníficos, hermosos, maravillosos e interesantes paisajes en torno al lago Earn.*

Buen Dios, ¿eso encontró en su biblioteca?

Miró el siguiente: *La señorita Butterworth y el barón loco.* No era lo que elegiría él normalmente, pero comparado con *Impresionantes y pintorescos dibujos de los magníficos, hermosos, etcétera, etcétera, en un lugar de las remotas tierras de Escocia te aburriré de muerte*, el título era francamente más conciso.

Se acomodó en los almohadones, abrió el libro, pasó las páginas hasta encontrar el primer capítulo y comenzó a leer:

La noche estaba oscura y ventosa...

¿No había leído eso en alguna parte?

...y la señorita Priscilla Butterworth estaba segura de que en cualquier momento comenzaría a llover y caería el agua en cortinas y arroyos...

Aún no volvía Honoria y la señorita Butterworth ya había quedado abandonada en el umbral de una puerta, había

sobrevivido a una plaga y la había perseguido un jabalí.

Era bastante rápida a la hora de correr la señorita Butterworth.

Impaciente pasó al capítulo tres, en el que preveía que la señorita Butterworth se toparía con una plaga de langostas, y estaba absorto en la lectura cuando apareció Honoria en la puerta, sin aliento y con un paño de cocina en las manos.

—¿No lo lograste, entonces? —preguntó, mirándola por encima del libro.

—Por supuesto que lo logré —repuso ella, desdeñosa. Puso el paño de cocina en la cama, lo abrió y quedó a la vista un inmenso trozo de tarta, algo desmoronado, pero reconocible—. Traje todo lo que quedaba.

Sin querer Marcus agrandó los ojos. Sintió estremecimientos, de verdad, estremecimientos de expectación. La señorita Butterworth y sus langostas no eran nada comparados con eso.

—Eres mi heroína.

—Por no decir que te salvé la vida.

—Eso también.

—Me persiguió uno de los lacayos. —Por encima del hombro miró hacia la puerta abierta—. Supongo que pensó que yo era una ladrona, aunque, francamente, si viniera a robar a Fensmore, no comenzaría por una tarta de melaza.

—¿No? —preguntó él, con la boca llena de cielo—. Pues yo comenzaría exactamente por eso.

Ella desprendió un trozo y se lo echó a la boca.

—Uy, está buenísima —suspiró—. Incluso sin las fresas ni la nata.

—No se me ocurre nada mejor —dijo él, suspirando feliz—. A no ser, tal vez, el pastel de chocolate.

Ella se sentó en el borde de la cama y tomó otro trocito.

—Lo siento —dijo; cuando se lo tragó, continuó—: No sabía dónde buscar tenedores.

—A mí no me importa.

Y no le importaba. Estaba sencillamente feliz por estar comiendo verdadera comida, con verdadero sabor. Algo que hacía necesario masticar. Por qué la gente creía que tomar líquidos era lo principal para recuperarse de una fiebre, no lo entendería jamás.

Comenzó a fantasear con un pastel de carne cubierto de puré de patatas. Los postres eran maravillosos, pero necesitaba verdadero sustento. Picadillo de carne. Patatas en rodajas al horno, ligeramente doradas y crujientes. Casi podía saborearlas.

Miró a Honoria. Cuando se lo pidió no creía que ella fuera a conseguir sacar la tarta de la cocina oculta en un paño.

Ella cogió otro trozo más.

—¿Qué estás leyendo?

—*La señorita Butterworth y...* —miró el libro, que había dejado a un lado con las páginas abiertas hacia abajo— *el barón loco*, me parece.

—¿Ese? —preguntó ella, pasmada.

—No conseguí animarme a abrir *Reflexiones e iluminaciones de una pequeña zona inhabitada de Escocia*.

—¿Qué?

—Este —dijo él, pasándole el libro.

Ella lo miró y él observó que tenía que desplazar bastante la mirada para leer todo el título.

—Me pareció descriptivo —dijo ella, encogiéndose levemente de hombros—. Pensé que te gustaría.

—Sólo si hubiera estado preocupado de que la fiebre no me hubiera matado —bufó él.

—Me pareció interesante.

—Tú deberías leerlo entonces —dijo él, con un elegante movimiento de la mano—. Yo no lo echaré en falta.

Ella apretó los labios, malhumorada.

—¿Miraste alguno de los otros que te traje?

—Pues, no. —Levantó la novela—. Este me inspiró curiosidad.

—Me cuesta creer que te guste.

—¿Lo has leído?

—Sí, pero...

—¿Lo terminaste?

—Sí, pero...

—¿Te gustó?

A él le pareció que ella estaba pensando la respuesta, así que, aprovechando su distracción, dio un tironcito al paño de cocina acercándolo más a él. Otras pocas pulgadas y la tarta estaría fuera del alcance de ella.

—Me gustó —dijo ella al fin—, aunque algunas partes las encontré inverosímiles.

Él pasó algunas páginas y miró.

—¿Sí?

—No has leído mucho —dijo ella, tirando hacia ella del paño de cocina—. Unas palomas matan a picotazos a su madre.

Marcus miró el libro con un nuevo respeto.

—¿Sí?

—Es bastante macabro.

—No veo la hora.

—Vamos, por favor, no es posible que desees leerlo.

—¿Por qué no?

—Es muy... —Agitó la mano, como buscando la palabra—. No serio.

—¿No puedo leer algo no serio?

—Bueno, claro que puedes. Simplemente encuentro difícil imaginarte eligiendo algo así.

—¿Y eso por qué?

Ella arqueó las cejas.

—Estás muy a la defensiva.

—Sólo siento curiosidad. ¿Por qué yo no elegiría leer algo no serio?

—No lo sé. Eres «tú».

—¿Por qué eso me suena a insulto? —dijo él, por pura curiosidad.

—No lo es —dijo ella.

Diciendo eso cogió otro trozo de tarta y lo mordisqueó. Y entonces fue cuando ocurrió algo de lo más extraño. Él le miró los labios y justo entonces ella sacó la lengua para lamerse una miga errante.

Fue un movimiento rapidísimo, duró menos de un segundo, pero por dentro de él pasó algo eléctrico, y, abriendo la boca, sorprendido, comprendió que era deseo. Un deseo ardiente, desgarrador.

Deseo de Honoria.

—¿Te sientes mal?

Sí.

—No, ¿por qué?

—Pensé que podría haberte herido los sentimientos —reconoció ella—. Si te los herí, acepta mis disculpas, por favor. De verdad, no lo dije como insulto. Eres muy agradable tal como eres.

Qué palabra más sosa.

—¿Agradable?

—Es mejor que desagradable.

Ese era el momento en que otro hombre la habría agarrado y demostrado lo desagradable que podía ser, y en realidad él era lo bastante desagradable para imaginarse la escena hasta en los más mínimos detalles. Pero también estaba sufriendo las consecuencias de una fiebre casi mortal, por no decir nada de la puerta abierta y de que era muy posible que su madre estuviera sólo unas habitaciones más allá por el corredor. Así que simplemente dijo:

—¿Qué otra cosa me trajiste para leer?

Ese era un tema mucho menos arriesgado, sobre todo después de haberse pasado la mayor parte del día convenciéndose de que el beso que le dio no tenía nada que ver con el deseo; simplemente fue un absoluto error, un momentáneo ataque de locura producido por una intensa emoción.

Por desgracia, ese argumento se estaba reduciendo a polvo rápidamente. Ella había cambiado de posición para coger los libros sin tener que levantarse, por lo que tenía el trasero demasiado cerca del suyo, o, mejor dicho, de su cadera, para ser más exactos. Sólo había una sábana y una manta entre ellos, sin contar su camisón y el vestido de ella y lo que fuera que llevara debajo, pero, santo Dios, jamás se había sentido tan consciente de otro ser humano como se sentía de ella en ese momento.

Y aún no entendía cómo ocurrió.

—*Ivanhoe* —dijo ella.

¿De qué hablaba?

—¿Marcus? ¿Me oyes? Te traje *Ivanhoe*, de sir Walter Scott. Aunque mira este, ¿no lo encuentras interesante?

Él pestañeó. Seguro que ella había dicho algo antes que él no oyó. Ella había abierto el libro y estaba pasando las primeras páginas.

—No tiene título; no lo encuentro por ninguna parte. —Lo giró para que él mirara—. Sólo dice «Por el autor de *Waverley*». Mira, ¿ves?, incluso en el lomo.

Él asintió, porque eso era lo que se esperaba de él, pero al mismo tiempo no podía apartar los ojos de sus labios, que tenía fruncidos en ese morrito rosa que hacía cuando estaba pensando.

—No he leído *Waverley* ¿Y tú? —dijo ella, mirándolo con los ojos brillantes.

—No.

—Tal vez yo debería leerlo —musitó ella—. Mi hermana dice que le gustó. Pero, en todo caso, no te traje *Waverley*, te traje *Ivanhoe*, o más bien el primer volumen. No le vi sentido a traerte los tres.

—Ya leí *Ivanhoe*.

—Ah, bueno, dejémoslo a un lado entonces —dijo ella y miró el siguiente.

Y él la miró a ella.

Las pestañas. ¿Como era que nunca se había fijado en lo largas que las tenía? Era bastante raro porque no tenía la piel ni el pelo de los colores que normalmente van acompañados por unas pestañas largas. Tal vez justamente por eso no se había fijado en ellas; eran largas, pero no oscuras.

—¿Marcus? ¿Marcus?

—¿Mmmm?

—¿Te sientes mal? —Se inclinó a mirarlo preocupada—. Tienes la cara un poco colorada.

Él se aclaró la garganta.

—Tal vez un poco de limonada. —Bebió un trago y luego otro—. ¿Encuentras que hace calor aquí?

—No. —Frunció el ceño—. No.

—Seguro que no es nada. Esto...

Ella ya le tenía puesta la mano en la frente.

—Me parece que no tienes calentura.

—¿Qué otra cosa trajiste? —se apresuró a preguntar él, indicando los otros libros con la cabeza.

—Ah, eh, este. —Cogió el otro libro y leyó el título de la cubierta—. *Historia de las Cruzadas por la recuperación y posesión de Tierra Santa*. Ay, Dios.

—¿Qué pasa?

—Sólo traje el segundo volumen. No puedes comenzar por ahí. Te perderás todo el sitio de Jerusalén y todo sobre los noruegos.

«Dígase que nada ha enfriado tanto el ardor de un hombre como las Cruzadas», pensó Marcus, irónico. De todos modos... La miró interrogante.

—¿Noruegos?

—Una cruzada poco conocida al comienzo —explicó ella, dejando de lado tal vez unos buenos diez años de historia con un movimiento de la mano—. Nadie habla de ella. —Lo miró, y debió ver una expresión de absoluto asombro—. Me gustan mucho las cruzadas —dijo, encogiéndose de hombros.

—Eso es... excelente.

—¿Qué tal *La vida y la muerte del cardenal Wolsey*? —preguntó ella, enseñándole otro libro—. ¿No? También tengo *Historia del levantamiento, progreso y término de la Revolución Americana*.

—Sí que me consideras aburrido —dijo él.

Ella lo miró acusadora.

—Las cruzadas no son aburridas.

—Pero sólo trajiste el segundo volumen.

—Ah, pues, no me costaría nada ir a buscar el primero.

Él decidió interpretar eso como una amenaza.

—Ah, toma, mira esto. —Con expresión triunfante le enseñó un libro muy delgado, tamaño bolsillo—. Tengo uno de Byron. El hombre menos aburrido que existe. Al menos eso

me han dicho. No lo conozco, no le he visto nunca. —Abrió el libro por la página del título—. ¿Has leído *El corsario*?

—El día en que apareció publicado.

—Ah —dijo ella, ceñuda—. Aquí hay otro de sir Walter Scott, *Pevevil del pico*. Es bastante largo. Tendría que tenerte ocupado un buen tiempo.

—Creo que continuaré con la señorita Butterworth.

—Si quieres —dijo ella con una expresión que decía «de ninguna manera te va a gustar»—. Es de mi madre, aunque dijo que te lo puedes quedar.

—Si no otra cosa, seguro que me reencenderá el gusto por el pastel de paloma.

Ella se rió.

—Le diré al cocinero que te lo prepare después que nos marchemos mañana. —Levantó la vista—. ¿Sabías que mañana nos marchamos a Londres?

—Sí, tu madre me lo dijo.

—No nos iríamos si no estuviéramos seguras de que te estás recuperando bien.

—Lo sé. Seguro que tienes que ocuparte de muchas cosas en Londres.

Ella hizo un mal gesto.

—Ensayos, en realidad.

—¿Ensayos?

—Para la velada...

Ay, no.

—... musical.

La velada musical Smythe-Smith. El broche final para lo que comenzaron las Cruzadas. No existía ningún hombre vivo que pudiera sostener un pensamiento romántico ante el recuerdo, o la amenaza, de una velada musical Smythe-Smith.

—¿Sigues tocando el violín? —preguntó amablemente.

Ella lo miró extrañada.

—No me he dedicado al cello desde el año pasado.

—No, no, claro que no. —Pregunta tonta, pero tal vez fue la única que se le podría haber ocurrido—. Esto, ¿sabes ya para cuándo está programada la velada musical de este año?

—Para el catorce de abril. No falta mucho. Sólo un poco más de dos semanas.

Marcus se echó a la boca otro trozo de tarta de melaza, y mientras lo masticaba calculó cuánto tiempo podría necesitar para recuperarse. Tres semanas le parecían el tiempo exacto.

—Me la voy a perder, lo siento.

—¿Sí? —preguntó ella, visiblemente incrédula.

Él no supo interpretar su incredulidad.

—Bueno, por supuesto —dijo, con cierto tartamudeo; nunca había sido tremendamente bueno para mentir—. No me he perdido ninguna durante años.

—Lo sé —dijo ella, moviendo la cabeza—. Ha sido un magnífico esfuerzo por tu parte.

Él la miró.

Ella lo miró.

Él la miró con más atención.

—¿Qué quieres decir? —preguntó cauteloso.

A ella le subió un leve rubor a las mejillas.

—Bueno —dijo, mirando una pared en que no había absolutamente nada—. Sé que no somos las más... eh... —Se aclaró la garganta—. ¿Existe un antónimo de «discordante»?

Él la miró incrédulo.

—¿Quieres decir que sabes que... esto, quiero decir...?

—¿Que tocamos horrendo? —terminó ella—. Por supuesto que lo sé. ¿Crees que soy idiota? ¿O que estoy sorda?

—Nooo —dijo él, alargando la sílaba para darse tiempo a pensar, aunque no sabía de qué le serviría—. Sólo pensé...

No terminó la frase.

—Tocamos fatal —dijo Honoria, y se encogió de hombros—. Pero no sacamos nada con protestar o enfurruñarnos. No hay nada que hacer al respecto.

—¿Práctica? —sugirió él, aunque con mucha cautela.

No habría creído que una persona pudiera tener una expresión desdeñosa y divertida al mismo tiempo, pero la de Honoria le demostró que era posible.

—Si creyera que la práctica podría mejorarnos —dijo, curvando muy levemente los labios, aunque sus ojos bailaban de risa—, créeme, sería la estudiosa de violín más aplicada que haya conocido el mundo.

—Tal vez si...

—No —dijo ella con mucha firmeza—. Somos horrorosas. Eso es lo que hay. No tenemos ni un sólo hueso musical en el cuerpo, y mucho menos en nuestros oídos.

A él le costó dar crédito a lo que estaba diciendo. Había asistido a tantas veladas musicales Smythe-Smith, que era una maravilla que siguiera gustándole la música. Y en la del año pasado, cuando Honoria hizo su debut con el violín, se veía francamente radiante, interpretando su parte con una sonrisa tan ancha que sólo se podía suponer que estaba inmersa en un éxtasis.

—En realidad —continuó ella—, lo encuentro todo bastante entrañable.

Él no creía que ella lograra encontrar a otro ser humano que estuviera de acuerdo con eso, pero no vio ningún motivo para decirlo.

—Por lo tanto sonrío —continuó ella— y finjo que lo disfruto. Y en cierto modo sí lo disfruto. Las Smythe-Smith han ofrecido veladas musicales desde 1807. Es toda una tradición familiar. —Y entonces añadió en un tono más reflexivo—: Me considero afortunada por tener tradiciones familiares.

Marcus pensó en su familia, o, mejor dicho, en el enorme agujero en que nunca había habido una familia.

—Sí —dijo en voz baja—, lo eres.

—Por ejemplo —dijo ella—, me pongo zapatos para la suerte.

Si duda no la había oído bien, pensó él.

—Para la velada musical —explicó ella, encogiéndose levemente de hombros—. Es una costumbre de mi rama de la familia. Henrietta y Margaret siempre discuten sobre quién la comenzó, pero siempre nos calzamos unos zapatos rojos.

Zapatos rojos. La espiral de deseo que había quedado aplastada por el recuerdo de esa música de aficionadas recobró la vida. De repente nada en el mundo podía ser más seductor que unos zapatos rojos. Buen Dios.

—¿De verdad estás bien? —preguntó ella—. Estás un poco colorado.

—Estoy bien —dijo él, con la voz ronca.

—Mi madre no lo sabe —continuó ella.

¿Qué? Si antes no había estado ruborizado, pues ahora lo estaba.

—¿Qué?

—Lo de los zapatos rojos. No tiene ni idea de que nos los ponemos para la velada.

Él se aclaró la garganta.

—¿Hay un motivo especial para que sea un secreto?

Honoría lo pensó un momento y luego arrancó otro trocito de tarta.

—No lo sé. Creo que no. —Se echó el trocito de tarta en la boca, lo masticó y se encogió de hombros—. En realidad, ahora que lo pienso, no sé por qué tienen que ser rojos. Igual podrían ser verdes. O azules. Bueno, no, azules no. El azul sería de lo más corriente. Pero verde iría bien. O rosa.

Nada iría tan bien como el rojo, de eso Marcus estaba seguro.

—Me imagino que comenzaremos a ensayar tan pronto como yo llegue a Londres.

—Lo siento —dijo él.

—Ah, no. Me gustan los ensayos. Sobre todo ahora que ya no están mis hermanas ni Daniel y la casa no es otra cosa que tictacs de relojes y comidas en bandeja. Es agradable reunirse y tener con quién hablar. —Lo miró avergonzada—. Hablamos casi tanto como ensayamos.

—Eso no me sorprende —musitó él.

Ella lo miró con una expresión que decía que había captado la pulla. Pero no se ofendió; él ya sabía que no se ofendería.

Entonces cayó en la cuenta: le gustaba eso de haber sabido que ella no se ofendería. Encontraba algo maravilloso en conocer tan bien a otra persona.

—Y así —continuó ella, resuelta a agotar el tema—, Sarah volverá a estar al piano este año; es mi amiga más íntima. Lo pasamos en grande juntas. Iris formará parte del grupo tocando el cello; tiene casi mi misma edad, y siempre he deseado pasar más tiempo con ella. Estuvo con los Royle también, y...

—¿Qué pasa? —preguntó él; ella parecía preocupada.

Honoría pestañeó.

—Creo que podría ser francamente buena.

—¿Con el cello?

—Sí. ¿Te imaginas?

Él decidió considerar la pregunta como una que no necesitaba respuesta.

—En todo caso, tocará Iris y también su hermana Daisy, que, me atterra decirlo, es horrorosa.

—Eh... —¿Cómo hacer la pregunta correctamente?—. ¿Horrorosa comparada con la mayor parte de la humanidad, u

horrorosa para las Smythe-Smith?

La expresión de ella indicaba que estaba reprimiendo una sonrisa.

—Horrorosa incluso para nosotras.

—Eso sí que es muy grave —dijo él, con la cara asombrosamente seria.

—Lo sé. Creo que la pobre Sarah tiene la esperanza de que la parta un rayo en algún momento en las próximas tres semanas. Sólo acaba de recuperarse de la velada del año pasado.

—¿Supongo que no sonrió ni puso cara de valiente?

—¿No estabas ahí?

—No estaba mirando a Sarah.

Ella abrió la boca, no por sorpresa, al menos no al abrirla; sus ojos seguían iluminados por la expectación, como cuando la persona está a punto de hacer un comentario muy ingenioso. Pero antes que le saliera algún sonido, pareció comprender lo que él había dicho.

Y sólo entonces él comprendió lo que había dicho.

Ella ladeó poco a poco la cabeza y lo miró como si... como si...

No lo sabía. No sabía qué significaba su mirada, aparte de que se le habían oscurecido los ojos, mirándolo. Tenía los ojos más oscuros, y más profundos, y lo único que pudo pensar fue que ella lo veía hasta el fondo, hasta el corazón.

Hasta el alma.

—Te estaba mirando a ti —dijo, en voz tan baja que casi no le oyó—. Sólo te miraba a ti.

Pero eso fue antes de...

Ella puso la mano sobre la de él. Una mano pequeña, delicada, blanca rosácea.

Perfecta.

—¿Marcus? —musitó ella.

Y entonces cayó en la cuenta, por fin. Eso fue antes de que la amara.

CAPÍTULO 16

Por extraordinario que fuera, pensó Honoria, el mundo había dejado de girar. Estaba segura. No podía haber ninguna otra explicación para esa sensación de vértigo, de embriaguez, la absoluta singularidad del momento, de ese momento, ahí, en la habitación de él, con una bandeja con la cena, una tarta de melaza robada y el intenso deseo de un beso perfecto.

Giró la cabeza hacia él, ladeándola levemente, como si al cambiar el ángulo fuera a verlo con más claridad. Y, asombrosamente, lo vio; al cambiar el ángulo él quedó enfocado claramente, lo cual era rarísimo, porque habría jurado que justo un instante antes tenía la visión muy clara.

Era como si nunca antes lo hubiera visto. Lo miró a los ojos y vio algo más que color, algo más que forma. No era que el iris fuera castaño o la pupila negra; era que «él» estaba ahí, y lo veía, todo, todo entero, y...

Lo amo, pensó.

El pensamiento resonó en su cabeza.

«Lo amo.»

Nada podría ser más asombroso y al mismo tiempo más simple y cierto. Se sentía como si durante años hubiera tenido algo descolocado en su interior, y de repente él, con cinco inocentes palabras, «no estaba mirando a Sarah», lo hubiera colocado en su lugar.

Lo amaba. Lo amaría siempre. Qué lógica tenía eso. ¿Cómo podría amar a alguien que no fuera Marcus Holroyd?

—Te estaba mirando a ti —dijo él, en voz tan baja que ella no supo si lo oyó de verdad—. Sólo te miraba a ti.

Ella se miró la mano. La tenía sobre la de él. No recordaba haberla puesto ahí.

—¿Marcus? —susurró, y no supo por qué lo dijo como una pregunta.

Pero no pudo obligarse a decir otra palabra.

—Honorina —susurró él.

Entonces...

—¡Milord, milord!

De un salto Honorina se echó hacia atrás y casi se cayó de la cama, golpeó la silla y estuvo a punto de volcarla. Se oía una especie de alboroto en el corredor, los sonidos de pasos rápidos en dirección al dormitorio. Se apresuró a levantarse y fue a situarse detrás de la silla.

Un instante después entraron a toda prisa su madre y la señora Wetherby.

—Ha llegado una carta —dijo su madre, sin aliento—. De Daniel.

A Honorina se le fue ligeramente el cuerpo y tuvo que afirmarse en el respaldo de la silla para no caerse. Hacía más de un año que no tenían noticias de su hermano. Bueno, tal vez Marcus sí, pero ella no, y ya hacía tiempo que Daniel había dejado de escribirle en vano a su madre.

—¿Qué dice? —preguntó lady Winstead, cuando Marcus aún estaba rompiendo el sello.

—Deja que la abra primero —le aconsejó ella.

Estuvo a punto de decir que deberían salir para que él pudiera leer la carta en privado, pero no lo dijo. Daniel era su único hermano y lo echaba terriblemente de menos. A medida que pasaban los meses sin recibir ni una sola nota de él, se decía que no era porque él quisiera desentenderse de ella; era muy posible que se perdieran las cartas; el correo internacional no era en absoluto fiable.

Pero en ese momento no le importaba por qué no había sabido nada de él durante tanto tiempo; sólo deseaba saber qué decía en su carta a Marcus.

Así pues, ahí estaban las tres mirando a Marcus sin respirar; muy grosero, sí, pero ninguna de ellas estaba dispuesta a ceder.

—¿Está bien? —se atrevió a preguntar su madre cuando Marcus terminó de leer la primera página.

—Sí —dijo él, pestañeando, como si no pudiera creer lo que estaba leyendo—. Sí. En realidad, va a regresar al país.

—¿Qué? —exclamó lady Winstead, palideciendo.

Honoría corrió a situarse a su lado, por si era necesario sostenerla.

Marcus se aclaró la garganta.

—Dice que ha tenido una especie de correspondencia con Hugh Prentice, y que en una carta este le dice que Ramsgate ha aceptado por fin olvidar el pasado.

En cuanto a pasado por olvidar, este había resultado bastante largo, no pudo de dejar de pensar Honoría. Y la última vez que vio al marqués de Ramsgate, a él casi le dio un ataque de apoplejía al verla. De acuerdo, de eso hacía más de un año, pero de todos modos...

—¿No podría ser un ardid de lord Hugh? —preguntó—. ¿Un cebo para que Daniel vuelva al país?

—No lo creo —dijo Marcus, mirando la segunda página—. No es el tipo de persona que haría algo así.

—¿No es el tipo? —repitió lady Winstead, con la voz muy aguda por la incredulidad—. Arruinó la vida de mi hijo.

—Eso es lo que lo hace todo tan extraño —dijo Marcus, sin dejar de leer—. Hugh Prentice siempre ha sido un hombre bueno. Es excéntrico, pero no un hombre sin honor.

—¿Dice Daniel cuándo volverá? —preguntó Honoría.

Marcus negó con la cabeza.

—No da ninguna fecha. Dice que tiene que atender unos cuantos asuntos en Italia y después iniciará su viaje de regreso.

—Cielos —dijo lady Winstead, sentándose en la silla que estaba más a mano—. Nunca pensé que vería el día. Ni siquiera me permitía pensarlo. Lo que, claro, significa que no pensaba en otra cosa.

Honoría sólo pudo mirarla sorprendida. Durante tres años su madre no había ni siquiera mencionado el nombre de Daniel. ¿Y ahora decía que era en lo único que había pensado?

Movió la cabeza de un lado a otro. No tenía ningún sentido enfadarse con ella. Por lo que fuera que hubiera hecho o sido esos tres años, se había redimido con mucho esos últimos días. Sabía sin un asomo de duda que Marcus no estaría vivo si no hubiera sido por las habilidades de enfermera de su madre.

—¿Cuánto dura el viaje de Italia a Inglaterra? —preguntó, porque seguro que esa tenía que ser la pregunta más importante.

Marcus levantó la vista.

—No tengo ni idea. Ni siquiera sé en qué parte de Italia está.

Honoría asintió. Su hermano siempre había tenido la costumbre de contar historias saltándose todos los detalles más importantes.

—Esto es fabuloso —dijo la señora Wetherby—. Sé que todos lo han echado tremendamente de menos.

Nadie dijo nada. Era uno de esos comentarios tan evidentes que nadie sabe cómo manifestar su acuerdo. Pasado un momento, lady Winstead rompió el silencio:

—Bueno, es estupendo que ya tengamos decidido marcharnos a Londres mañana. No me gustaría nada no estar en casa cuando llegue. —Miró a Marcus—. Ahora nos retiraremos. Seguro que deseas descansar. Vamos, Honoría. Tenemos muchas cosas de qué hablar tú y yo.

Resultó que de lo que deseaba hablar su madre era de cómo celebrarían el regreso de Daniel. Pero la conversación no llegó muy lejos. Honoría señaló juiciosamente que no era mucho lo que podían hacer si no sabían la fecha de su llegada. Su madre se las arregló para hacer caso omiso de eso por lo menos diez minutos, barajando posibilidades, que si reunir un grupo pequeño, que si uno grande, que si deberían o no invitar a lord Ramsgate y a lord Hugh y que, en el caso de invitarlos, ¿podrían estar seguras de que declinarían la invitación? Cualquier persona sensata la declinaría, pero tratándose de lord Ramsgate nunca se sabía.

—Madre —repitió Honoria—, no podemos hacer nada mientras no llegue Daniel. Y es posible incluso que él no quiera una celebración.

—Qué tontería. Por supuesto que querrá. Él...

—Salió del país desacreditado —interrumpió Honoria.

Detestó ser tan franca, pero no se podía decir otra cosa.

—Sí, pero no fue justo.

—No importa que no haya sido justo. Es la realidad, y es posible que él no desee recordárselo a nadie.

Su madre no pareció convencida, pero abandonó el tema, y entonces ya no quedó nada más por hacer que irse a acostar.

A la mañana siguiente Honoria se levantó con el sol. Iban a partir temprano; era la única manera de llegar a Londres el mismo día, sin tener que parar para pasar la noche en una posada del camino. Después de un rápido desayuno subió al dormitorio de Marcus, para despedirse.

Y tal vez para algo más.

Pero cuando llegó él no estaba en la cama. En la habitación encontró una criada cambiando las sábanas de la cama.

—¿Sabes dónde está lord Chatteris? —le preguntó, deseando que no pasara nada malo.

—Está en el cuarto contiguo —dijo la criada, y entonces se ruborizó—. Con su ayuda de cámara.

Honoria tragó saliva y tal vez se ruborizó un poco, al comprender muy bien que eso significaba que él se estaba lavando o bañando. La criada salió con las sábanas sucias y ella se quedó sola, pensando qué debía hacer. Tal vez tendría que despedirse por escrito. No podía esperarlo ahí; eso sería muy irregular, mucho más que todas las otras irregularidades que habían cometido esos días.

Hay ciertas reglas del decoro que se pueden incumplir cuando una persona está muy enferma, pero Marcus ya estaba levantado y al parecer en cierto grado de desnudez. De

ninguna manera su presencia en el dormitorio de él llevaría a otra cosa que no fuera su completa deshonra.

Además, su madre estaba impaciente por partir.

Paseó la mirada por la habitación en busca de papel y pluma. Había un pequeño escritorio junto a la ventana, y en la mesilla de noche vio...

La carta de Daniel.

Estaba donde la dejó Marcus esa noche, dos páginas algo arrugadas bien llenas, con la letra pequeña con que escriben las personas para ahorrar en el franqueo. Marcus no le había dicho nada de la carta aparte de que Daniel iba a regresar al país. Lógico, pues eso era lo más importante, pero ella estaba hambrienta de noticias. Hacía muchísimo tiempo que no sabía nada de él. No le importaría si sólo contaba lo que había comido para desayunar; sería un desayuno en Italia y, por lo tanto, tremendamente exótico. ¿Qué hacía? ¿Se aburría? ¿Sabía hablar en italiano?

Contempló las dos hojas. ¿Sería muy terrible si les echaba una mirada?

No. No debía. Sería un grave abuso de confianza, una absoluta intrusión en la intimidad de Marcus. Y en la de Daniel.

Pero claro, ¿qué podrían tener que decirse que no fuera de interés para ella?

Se giró a mirar la puerta que le había señalado la criada. No se oía ningún sonido procedente de ahí. Si Marcus había terminado de bañarse, lo oiría caminar o moverse por el cuarto. Volvió a mirar la carta.

Leía muy rápido.

Finalmente no tomó la decisión de leer la carta de Daniel a Marcus; simplemente no se permitió decidir no leerla. La diferencia era mínima, pero le permitía desentenderse de su código moral y hacer algo que la enfurecería si fuera una carta de ella la que estaba en la mesilla.

Caminó de prisa, como si la velocidad fuera a hacer menos grave el pecado, y cogió las dos hojas.

«Querido Marcus», etcétera, etcétera. Escribía sobre el apartamento que había alquilado, describía todas las tiendas del barrio con encantadores detalles, arreglándoselas para omitir el nombre de la ciudad en que estaba. De ahí pasaba a comentar las comidas, los que, insistía, eran muy superiores a las inglesas. A continuación un breve párrafo sobre su plan de volver a casa.

Sonriendo, pasó a la segunda página. Daniel escribía tal como hablaba, así que casi oía su voz saliendo del papel.

En el siguiente párrafo le pedía a Marcus que informara a su madre de su inminente regreso, y eso la hizo ensanchar la sonrisa; Daniel no podría haberse imaginado que su madre estaría con Marcus mientras este leía su carta.

Entonces, hacia el final, vio su nombre.

No he tenido ninguna noticia de matrimonio acerca de Honoria, así que supongo que sigue soltera. Debo agradecerte nuevamente que hayas ahuyentado a Fotheringham el año pasado. Es un sinvergüenza, y me enfurece que haya intentado cortejarla.

¿Y eso? Parpadeó, como si así fuera a cambiar las palabras. ¿Marcus había tenido algo que ver con que lord Fotheringham no le hubiera hecho la proposición? Ella había decidido que le caía mal y no lo aceptaría, pero de todos modos...

Con Travers también habría sido una mala alianza. Espero que no hayas tenido que pagarle para que la dejara en paz, pero si lo hiciste, te lo reembolsaré.

¿Qué? ¿Les pagaban para que... para qué? Para que no la cortearan. Eso ni siquiera tenía sentido.

Te agradezco que cuides de ella. Fue pedirte muchísimo y soy consciente de que no te di muchas opciones al pedírtelo cuando estaba a punto de partir. Asumiré la responsabilidad cuando vuelva y quedarás libre para dejar de ir a Londres, cosa que sé que detestas.

Y así terminaba la carta, dejando libre a Marcus de la onerosa carga que al parecer era ella.

Dejó las páginas en la mesilla, y las dispuso tal como estaban antes de que las cogiera.

¿Daniel le había pedido a Marcus que cuidara de ella? ¿Por qué Marcus no le había dicho nada? Y, francamente, era una estúpida por no haberse dado cuenta. Tenía toda la lógica del mundo. Todas esas fiestas en que lo sorprendía mirando ceñudo hacia ella... No la miraba ceñudo porque desaprobaba su comportamiento; estaba de mal humor porque estaba clavado en Londres hasta que ella recibiera una buena proposición de matrimonio. No era de extrañar que siempre pareciera tan desdichado.

Y todos esos pretendientes que misteriosamente dejaron de cortejarla; los había ahuyentado él. Concluía que no eran lo que Daniel deseaba para ella, y a espaldas de ella los ahuyentaba.

Debería sentirse furiosa.

Pero no se sentía; no por eso.

Lo único en que podía pensar era en lo que le dijo él esa noche, «No estaba mirando a Sarah». Claro que no estaba mirando a Sarah, maldita sea; la miraba a ella porque estaba obligado a hacerlo. La miraba a ella porque su mejor amigo le había pedido que lo prometiera.

La miraba porque ella era una obligación.

Y ahora ella estaba enamorada de él.

Le salió un horrorizado borboteo de risa de la garganta. Tenía que salir de ahí inmediatamente. Lo único que podría hacer más completa su humillación sería que él la sorprendiera leyendo su correspondencia.

Pero no podía marcharse sin dejarle una nota. Eso sería totalmente raro en ella; seguro que él comprendería que le pasaba algo.

Así pues, buscó papel, una pluma y escribió una despedida perfectamente normal y aburrida.

Y entonces salió.

CAPÍTULO 17

A la semana siguiente, en la recién ventilada sala de música.

Casa Winstead, Londres

Mozart este año! —declaró Daisy Smythe-Smith, colocando su nuevo violín en posición con tanto vigor que casi se le desprendieron del peinado sus rizos rubios—. ¿No es precioso? Es un Ruggieri. Mi padre me lo compró para que lo tuviera cuando cumpliera los dieciséis años.

—Es un instrumento hermoso —concedió Honoria—, pero tocamos Mozart el año pasado.

—Tocamos Mozart todos los años —terció Sarah desde el piano arrastrando la voz.

—Pero yo no toqué el año pasado —dijo Daisy. Miró a Sarah fastidiada—. Y este año sólo es la segunda vez que vas a tocar en el cuarteto, así que no puedes quejarte de tocar todos los años.

—Creo que podría matarte antes que acabe la temporada —dijo Sarah con el mismo tono con que diría «Creo que tomaré limonada en lugar de té».

Daisy le sacó la lengua.

—¿Iris? —preguntó Honoria a su prima que tocaba el cello.

—No me importa —dijo Iris, malhumorada.

Honoria exhaló un suspiro.

—No podemos tocar lo que tocamos el año pasado.

—No veo por qué no —dijo Sarah—. No me imagino que alguien lo reconozca tras nuestra interpretación.

—Pero estará impreso en el programa —señaló Honoria.

—¿De veras crees que alguien guarda nuestros programas de un año para el siguiente? —preguntó Sarah.

—Mi madre los guarda —dijo Daisy.

—Mi madre también —repuso Sarah—, pero no la veo sacándolos para compararlos uno al lado del otro.

—Mi madre los guarda —repitió Daisy.

—Buen Dios —gimió Iris.

—No es que el señor Mozart compusiera sólo una pieza —dijo Daisy descaradamente—. Tenemos montones para elegir. Creo que deberíamos tocar *Eine kleine Nachtmusik*⁽²⁾. Es absolutamente mi favorita. Tan enérgica y alegre.

—No tiene partes para piano —le recordó Honoria.

—Yo no tengo ninguna objeción —se apresuró a decir Sarah, desde detrás del piano.

—Si yo tengo que tocar tú tienes que tocar —protestó Iris, en un siseo.

Sarah se echó hacia atrás en su banqueta.

—No tenía ni idea de que pudieras verte tan maligna, Iris.

—Es porque no tiene pestañas —dijo Daisy.

Iris se giró a mirarla.

—Te odio —dijo, con absoluta calma.

—Qué terrible decir eso, Daisy —dijo Honoria, mirándola severa.

Cierto que Iris era extraordinariamente blanca y tenía el pelo de ese color rubio fresa que hacía casi invisibles las pestañas y las cejas; pero ella siempre la había encontrado guapísima, con esa apariencia casi etérea.

—Si no tuviera pestañas estaría muerta —dijo Sarah.

Honoria la miró sin poder creer el giro que había tomado la conversación. Bueno, no, eso no era del todo cierto; lo creía (por desgracia), simplemente no lo entendía.

—Bueno, es cierto —dijo Sarah a la defensiva—. O, como mínimo, estaría ciega. Las pestañas nos protegen los ojos del polvo.

—¿A qué viene esta conversación? —preguntó Honoria, pensando en voz alta.

Daisy contestó al instante:

—A que Sarah dijo que no sabía que Iris pudiera verse tan maligna, y entonces yo dije...

—Lo sé —la interrumpió Honoria, y al ver que Daisy seguía con la boca abierta, esperando el momento oportuno para terminar su frase, repitió—: Lo sé. Sólo fue una pregunta hipotética.

—De todos modos yo tenía una respuesta muy válida —dijo Daisy, sorbiendo por la nariz.

Honoria pasó la atención a Iris. Tenían la misma edad, veintiún años, pero ese sería el primer año en que Iris tocaría en el cuarteto; su hermana Marigold había mantenido firmemente la parte del cello hasta que se casó el pasado otoño.

—¿Tienes alguna sugerencia, Iris? —le preguntó alegremente.

Iris se rodeó con los brazos y se inclinó en su silla; daba la impresión de que quisiera enrollarse hasta desaparecer.

—Algo sin cello —masculló.

—Si yo tengo que tocar tú tienes que tocar —dijo Sarah, sonriendo satisfecha.

Iris la miró con toda la furia de una artista incomprendida.

—No lo entiendes.

—Ah, pues sí que lo entiendo, créeme —dijo Sarah con mucho sentimiento—. Toqué el año pasado, si lo recuerdas. He tenido todo un año para entenderlo.

—¿Por qué os quejáis tanto? —preguntó Daisy, impaciente—. ¡Esto es fascinante! Llegar a interpretar. ¿Sabéis cuanto tiempo he estado esperando este día?

—Por desgracia, sí —dijo Sarah, secamente.

—Más o menos todo el tiempo que yo lo he estado temiéndolo —masculló Iris.

—Francamente es extraordinario que seáis hermanas —dijo Sarah.

—A mí me maravilla cada día —dijo Iris.

—Tendría que ser un cuarteto con partes para piano —se apresuró a decir Honoria, antes que Daisy se diera cuenta de que la estaban insultando—. Por desgracia no hay muchos para elegir.

Nadie ofreció una opinión.

Honoria reprimió un gemido. Estaba claro que tendría que coger las riendas, no fuera que cayeran en una anarquía musical. Aunque, en realidad, esa anarquía podría mejorar la situación normal del cuarteto Smythe-Smith.

Triste pensamiento ese.

—Cuarteto con piano número uno o cuarteto con piano número dos de Mozart —anunció, enseñando los dos conjuntos de partituras—. ¿Alguien tiene algo que decir?

—El que sea que no tocamos el año pasado —suspiró Sarah.

Apoyó la cabeza en las teclas y luego la movió tocando varias notas.

—Eso sonó muy bien —dijo Daisy, sorprendida.

—Sonó como un pez vomitando —dijo Sarah, con la boca sobre las teclas.

—Creo que los peces no vomitan —alegó Daisy—, y si vomitaran, no creo que sonaría como...

—¿No podemos ser el primer grupo de primas que se amotinen? —interrumpió Sarah levantando la cabeza—. ¿No podemos sencillamente decir no?

—¡No! —gritó Daisy.

—No —dijo Honoria.

—¿Sí? —dijo Iris en voz baja.

—No puedo creer que desees hacer esto otra vez —dijo Sarah a Honoria.

—Es la tradición.

—Es una maldita tradición, y me llevará seis meses recuperarme.

—Yo no me recuperaré jamás —se lamentó Iris.

Daisy parecía a punto de golpear el suelo con los pies; y tal vez lo habría hecho si Honoria no la hubiera refrenado con una severa mirada.

Honoria pensó en Marcus y enseguida se obligó a no pensar en él.

—Es la tradición —repitió—, y tenemos la suerte de pertenecer a una familia que valora la tradición.

—¿De qué hablas? —preguntó Sarah, moviendo la cabeza.

—Algunas personas no tienen ninguna —dijo Honoria, vehemente.

Sarah la miró un momento más largo y volvió a preguntar:

—Lo siento, pero ¿a qué te refieres?

Honoria las miró a todas, consciente de que la emoción la hacía elevar la voz y era incapaz de moderarla.

—Puede que no me guste tocar en veladas musicales, pero me encanta ensayar con vosotras.

Sus tres primas la miraron perplejas.

—¿No os dais cuenta de la suerte que tenemos? —dijo. En vista de que ninguna se apresuraba a manifestar su acuerdo, añadió—: ¿De tenernos mutuamente?

—¿No podríamos tenernos mutuamente en una partida de cartas? —sugirió Iris.

—Somos Smythe-Smith —machacó Honoria— y esto es lo que hacemos. —Y antes que Sarah abriera la boca para protestar, le dijo—: Tú también, aunque lleves otro apellido. Tu madre era Smythe-Smith, y eso es lo que cuenta.

Sarah exhaló un suspiro, largo, fuerte, cansino.

—Ahora vamos a coger nuestros instrumentos para tocar Mozart —declaró Honoria—. Y vamos a tocar con una sonrisa en la cara.

—No tengo ni idea de qué habláis —dijo Daisy.

—Yo tocaré —dijo Sarah—, pero no prometo ninguna sonrisa. —Miró el piano y pestañeó—. Y no voy a «coger» mi instrumento.

Iris se rió, y entonces se le iluminaron los ojos.

—Yo podría ayudarte.

—¿A cogerlo?

La sonrisa de Iris fue francamente pícara.

—La ventana no está lejos...

—Siempre he sabido que te quiero —dijo Sarah, esbozando una ancha sonrisa.

Mientras Sarah y Iris hacían planes para destruir el flamante piano de lady Winstead, Honoria volvió la atención a la música, para decidir cuál cuarteto escoger.

—El año pasado tocamos el cuarteto número dos —dijo, aunque sólo la estaba escuchando Daisy—, pero dudo de elegir el número uno.

—¿Por qué? —preguntó Daisy.

—Tiene fama de ser difícil.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé. Sólo lo he oído decir, pero con una frecuencia que me hace temerlo.

—¿Hay un cuarteto número tres?

—No.

—Entonces creo que deberíamos tocar el número uno —dijo Daisy osadamente—. Sin riesgo no hay beneficio.

—Sí, pero es sabio el hombre que conoce sus límites.

—¿Quién dijo eso?

—Yo —contestó Honoria impaciente; levantó la partitura del cuarteto número uno—. No creo que podamos aprendernos esto ni aunque tuviéramos tres veces el tiempo que tenemos para practicar.

—No tenemos por qué aprenderlo. Tendremos las partituras delante.

El asunto iba a ser mucho peor de lo que imaginaba, pensó Honoria.

—Creo que deberíamos tocar el número uno —insistió Daisy, con énfasis—. Sería vergonzoso si tocáramos la misma pieza del año pasado.

Sería vergonzoso eligieran la pieza que eligieran, pensó Honoria, pero no tuvo el valor para decírselo a la cara.

Por otro lado, fuera cual fuera la pieza que tocaran, seguro que la destrozaban de tal manera que sería irreconocible. ¿Podía ser mucho peor una pieza difícil mal tocada que una un poco menos difícil mal tocada?

—Ah, muy bien, ¿por qué no? —concedió—. Tocaremos el número uno.

Movió la cabeza. Sarah se enfurecería; la parte para piano era particularmente difícil.

Por otro lado, Sarah no se había dignado a participar en la elección.

—Juiciosa elección —dijo Daisy, en un tono muy convencido—. ¡Vamos a tocar el cuarteto número uno! —gritó a las otras mirándolas por encima del hombro.

Honoria también miró hacia ellas, y vio que ya habían movido el piano unos cuantos palmos.

—¿Qué hacéis? —exclamó, casi en un chillido.

—Vamos, no te preocupes —contestó Sarah riendo—. No lo vamos a arrojar por la ventana.

Iris se dejó caer en la banqueta del piano con todo el cuerpo estremecido de risa.

—Eso no es divertido —dijo Honoria.

Aunque en realidad lo era. Nada le gustaría más que unirse a las tonterías de sus primas, pero alguien tenía que tomar el mando, y si no lo tomaba ella lo tomaría Daisy.

Dios de los cielos.

—Hemos elegido el cuarteto para piano número uno de Mozart —informó Daisy otra vez.

Iris palideció, lo que en su caso era quedarse blanca como un fantasma.

—Bromeas.

—No —repuso Honoria, francamente bastante harta—. Si tenías una opinión firme deberías haber participado en la conversación.

—Pero ¿no sabes lo difícil que es?

—¡Por eso queremos tocarlo! —proclamó Daisy.

Iris estuvo un momento mirando a su hermana y luego miró a Honoria, a la que evidentemente consideraba la más sensata de las dos.

—Honoriam, no podemos tocar el cuarteto número uno. Es difícilísimo. ¿Lo has oído tocar?

—Sólo una vez, pero no lo recuerdo bien.

—Es difícilísimo, imposible. No fue compuesto para aficionados.

Honoriam no tenía el corazón tan puro para no disfrutar un poco con la aflicción de su prima. Iris no había hecho otra cosa que quejarse toda la tarde.

—Escucha —continuó Iris—. Si intentamos tocar esta pieza, va a ser masacrada.

—¿Por quién? —preguntó Daisy.

Iris se limitó a mirarla; era incapaz de articular palabra.

—Por la música —terció Sarah.

—Ah, así que has decidido participar en la conversación.

—No seas sarcástica.

—¿Dónde estabais cuando yo intentaba que eligiéramos algo?

—Estaban moviendo el piano —contestó Daisy.

—¡Daisy! —gritaron las tres al unísono.

—¿Qué he dicho?

—Procura no tomarte todo al pie de la letra —ladró Iris.

Daisy emitió unos gruñidos y comenzó a hojear la partitura.

—He intentado levantarnos el ánimo a todas —dijo Honoria, con las manos en las caderas, mirando a Iris y a Sarah—. Tenemos que practicar para una audición, y por mucho que os quejéis, las quejas no nos van a servir para escapar. Así que dejad de complicarme tanto la vida y haced lo que se os dice.

Iris y Sarah se limitaron a mirarla.

—Eeh, por favor —añadió Honoria.

—Tal vez este sería un buen momento para tomarnos un corto descanso —sugirió Sarah.

—Pero si ni siquiera hemos empezado —gimió Honoria.

—Lo sé, pero necesitamos un descanso.

Honoría se quedó muy quieta sintiendo el cuerpo recorrido por el desánimo. Era agotador, y Sarah tenía razón. Necesitaban un descanso. Un descanso de no hacer absolutamente nada, pero descanso de todos modos.

—Además, estoy muerta de sed —dijo Sarah, mirándola ladina.

Honoría arqueó una ceja.

—¿Y todas esas quejas te han dado sed?

—Exactamente —replicó Sarah sonriendo de oreja a oreja—. ¿Tienes limonada, querida prima?

—No lo sé —suspiró Honoria—, pero supongo que podría preguntarlo.

Sí que iría bien una limonada, y si quería ser totalmente sincera también sería estupendo no practicar. Se levantó a tirar del cordón para que viniera una criada y apenas acababa de sentarse cuando en la puerta apareció Poole, el mayordomo de toda la vida.

—Sí que fue rápido —comentó Sarah.

—Tiene una visita, lady Honoria —entonó el mayordomo.

¿Marcus?

El corazón comenzó a golpetearle el pecho, hasta que cayó en la cuenta de que no podía ser él. Seguía restableciéndose en Fensmore. El doctor Winters había insistido.

Poole llegó hasta ella y le presentó la bandeja para que cogiera la tarjeta de visita.

EL CONDE DE CHATTERIS

Santo cielo, sí que era Marcus. ¿Qué diablos hacía en Londres? Olvidando totalmente su humillación o rabia o lo que fuera que sentía (aún no lo había decidido) pasó directamente a una absoluta furia. ¿Cómo se atrevía a arriesgar su salud? Ella no se había desvelado junto a su cama atendiéndolo, soportando el calor, la sangre y el delirio sólo para que él cayera desplomado en Londres por haber sido tan idiota que no se quedó en su casa donde debía estar.

—Hágalo pasar inmediatamente —dijo.

Y debió decirlo con mucha fuerza, porque sus tres primas la miraron con expresiones idénticas de sorpresa.

Las miró enfurruñadas; Daisy incluso retrocedió un paso.

—No debería haber salido de su casa —gruñó.

—Lord Chatteris —dijo Sarah, con absoluta seguridad.

—Quedaos aquí —les dijo ella—, volveré enseguida.

—¿Es necesario que practiquemos en tu ausencia? — preguntó Iris.

Honorina simplemente puso los ojos en blanco, no iba a honrar esa pregunta con una respuesta.

—Su señoría la está esperando en el salón —le dijo Poole.

Claro, ningún mayordomo insultaría a un conde obligándolo a poner su tarjeta en la bandeja y dejándolo solo esperando en la puerta.

—Volveré enseguida —dijo ella a sus primas.

—Ya lo dijiste —dijo Sarah.

—No me sigáis.

—También dijiste eso —dijo Sarah—, o algo que podría considerarse similar.

Después de dirigirle una última mirada furiosa, Honorina salió de la sala. No le había contado mucho a Sarah del tiempo que pasó en Fensmore, sólo que Marcus había caído enfermo y ella y su madre lo atendieron hasta que se le pasó la fiebre. Pero Sarah la conocía mejor que nadie; iba a sentir curiosidad, sobre todo después que ella casi hubiera perdido los estribos con sólo ver la tarjeta de visita de Marcus.

Con paso enérgico atravesó la casa en dirección al salón, y con cada paso le aumentaba la furia. ¿Qué diablos se creía? El doctor Winters no podría haber hablado más claro. Marcus debía guardar cama durante una semana y luego permanecer en la casa durante otra semana, posiblemente dos. En ningún universo matemático eso podía igualar a que él estuviera en Londres en ese momento.

—¿Qué diablos se te...? —alcanzó a decir irrumpiendo en el salón, y tuvo que parar en seco, al verlo de pie junto al hogar, todo él un verdadero cuadro de salud—. ¿Marcus?

Él sonrió, y el corazón, ese maldito órgano traidor, se le derritió.

—Honorina —dijo—, a mí también me alegra verte.

—Te ves... —Pestañeó, todavía sin poder dar crédito a sus ojos: tenía buen color y parecía haber recuperado el peso perdido, el que fuera—. Bien —terminó de decir, sin poder disimular la sorpresa en la voz.

—El doctor Winters me declaró en forma para viajar —explicó él—. Dijo que nunca había visto a nadie recuperarse tan rápido de una fiebre.

—Debió ser la tarta de melaza.

—Desde luego —dijo él con los ojos cálidos.

—¿Qué te ha traído a la ciudad? —preguntó ella, deseando añadir «dado que no hace mucho te liberaron de la obligación de encargarte de que no me casara con un idiota».

Sí, tal vez se sentía un pelín amargada.

Pero no enfadada. No tendría sentido enfadarse, y no tenía ningún motivo para estar enfadada con él; él sólo hacía lo que Daniel le pidió. Además, no le había frustrado ningún verdadero romance. No había sentido una gran atracción por ninguno de sus pretendientes y, en realidad, si alguno le hubiera propuesto matrimonio no habría aceptado.

Pero se sentía violenta. ¿Por qué nadie le dijo que Marcus se entrometía en sus asuntos? Ella podría haber armado un alboroto, bueno, sí que habría armado un alboroto, pero no muy grande. Además, si lo hubiera sabido no habría interpretado mal los actos de él en Fensmore. No habría pensado que tal vez él se estaba enamorando un poco de ella.

Y, lógicamente, no se habría permitido enamorarse de él.

Pero si había una cosa de la que estaba segura era que no le daría motivo para pensar que le pasaba algo; por lo que él sabía, ella seguía ignorante de sus maquinaciones.

Así pues, esbozó su mejor sonrisa y cuando él abrió la boca para contestar su pregunta aparentó estar tremendamente interesada en lo que iba a decir.

—No quería perderme la velada musical —dijo él entonces.

—Vamos, ahora sí sé que mientes.

—No, de verdad. Conocer tus verdaderos sentimientos le dará toda una dimensión nueva a la velada.

Ella puso los ojos en blanco.

—Por favor, por mucho que creas que te ríes conmigo y no de mí, no puedes librarte de la cacofonía.

—Estaba pensando en ponerme unas bolitas de algodón en los oídos.

—Si mi madre te pilla se sentirá mortalmente herida. Ella, que te salvó de una herida mortal.

Él la miró con cierta sorpresa.

—¿Sigues pensando que tenéis talento?

—Todas y cada una de nosotras —confirmó ella—. Creo que la entristece que yo sea la última de sus hijas que va a actuar en el cuarteto. Pero supongo que la antorcha no tardará en pasar a la nueva generación. Tengo muchas sobrinas practicando con sus deditos en sus diminutos violines.

—¿Sí? ¿Diminutos?

—No, sólo que describirlos así suena mejor.

Él se rió y no dijo nada más, y ella tampoco. Se quedaron en silencio, ahí de pie en el salón, sintiéndose violentos y bueno, callados.

Rarísimo. Eso no era propio de ellos.

—¿Te apetecería dar un paseo? —preguntó él de repente—. Hace buen tiempo.

—No —repuso ella, con más brusquedad de la que habría querido—. Gracias.

Por los ojos de él pasó una sombra, pero tan rápido que ella pensó que igual se la había imaginado.

—Muy bien —dijo, fríamente.

—No puedo —añadió ella, porque de verdad no había querido herirle los sentimientos; o igual sí y se sentía culpable—. Están mis primas aquí. Estamos en pleno ensayo.

Por la cara de él pasó una leve expresión de alarma.

—Es probable que te convenga buscarte algún asunto que te obligue a alejarte de Mayfair —le aconsejó—. Daisy todavía no consigue el *pianissimo*. —Al ver que él la miraba sin entender, explicó—: Es estridente.

—¿Y las demás no lo sois?

—Tocada, pero no, no como ella.

—¿Quieres decir, entonces, que cuando venga a la velada debería procurarme un asiento en la última fila?

—En el cuarto contiguo, si puedes conseguirlo.

—¿Sí? —dijo él, con una expresión extraordinariamente, no, cómicamente, esperanzada—. ¿Habrá asientos en el cuarto contiguo?

—No —repuso ella, poniendo los ojos en blanco otra vez—. Pero no creas que la última fila te va a salvar. De Daisy no.

Él exhaló un suspiro.

—Deberías haber tomado en cuenta esto antes de apresurar el fin de tu convalecencia.

—Empiezo a comprenderlo.

—Bueno —dijo ella, en el tono de una damita muy ocupada que tiene muchos compromisos y cosas que hacer y que daba la casualidad que no suspiraba en absoluto por él—. Tengo que irme, de verdad.

—Por supuesto —dijo él, haciéndole una amable venia de despedida.

—Adiós —dijo ella, pero no se movió.

—Adiós.

—Cuánto me ha alegrado verte.

—Y a mí verte a ti —dijo él—. Dale, por favor, mis recuerdos a tu madre.

—Claro que sí. Le encantará saber que estás tan bien.

Él asintió. Y continuó ahí.

—Bueno, entonces —dijo finalmente.

—Sí —se apresuró a decir ella—. Debo irme, adiós.

Entonces sí salió del salón. Y no miró atrás por encima del hombro.

Lo que era toda una consecución que no se habría imaginado.

CAPÍTULO 18

La verdad, estaba pensando Marcus sentado ante su escritorio en el despacho de su casa de Londres, era que sabía muy poco de cortejar a damitas. Sabía muchísimo acerca de evitarlas y tal vez más aún de evitar a sus madres. También sabía muchísimo de investigar discretamente a hombres que estaban cortejando a damitas (más concretamente, a Honoria), y por encima de todo sabía ser discretamente amenazador para convencerlos de abandonar la caza.

Pero en lo referente a él, no tenía ni idea de nada.

¿Flores? Había visto a hombres con ramos de flores. A las mujeres les gustaban las flores. Condenación, también le gustaban a él. ¿A quién no le gustan las flores?

Se le ocurrió que podría gustarle encontrar jacintos de penacho, que le recordaban el color de los ojos de Honoria, pero eran flores muy pequeñas y tenía la impresión de que no quedarían bien en un ramo. Además, cuando le entregara las flores ¿debía decirle que le recordaban el color de sus ojos? Porque entonces tendría que explicarle que se refería a una parte muy concreta de la flor, en la parte de abajo del pétalo, casi junto al pedúnculo.

No lograba imaginar nada que pudiera hacerlo sentirse más ridículo.

El otro y último problema con las flores era que nunca le había llevado un ramo. Al instante ella sentiría curiosidad y después desconfianza, y si no le correspondía los sentimientos (y no tenía ningún motivo en particular para creer que se los correspondía) él ya estaría clavado ahí en el salón con la cara de un absoluto imbécil.

Tomado todo eso en cuenta, era una posibilidad que prefería evitar.

Habría menos riesgo en cortejarla en público, decidió. Al día siguiente, lady Bridgerton ofrecía un baile para celebrar su cumpleaños y sabía que Honoria asistiría. Aunque ella no deseara asistir, iría de todos modos; no declinaría la invitación,

pues asistirían muchos solteros cotizables. Entre ellos estaba Gregory Bridgerton, acerca del cual había revisado su opinión; aún estaba muy inmaduro para tomar esposa. Si Honoria decidía que le interesaba el señor Bridgerton después de todo, él tendría que intervenir.

Como siempre a su manera discreta y entre bastidores, lógicamente. Y ese era otro motivo por el que debía asistir.

Paseó la mirada por su escritorio. A la izquierda estaba la invitación impresa a la Casa Bridgerton. A la derecha estaba la nota que le dejó Honoria cuando se marchó de Fensmore la semana anterior. Era una misiva asombrosamente insulsa. Saludo, firma y entre medio dos frases normales y corrientes. No decía nada que hiciera la más mínima alusión a que se había salvado una vida, a que se habían dado un beso, a que se había robado una tarta de melaza.

Era el tipo de nota que se escribe para dar las gracias a sus anfitriones por haberlos invitado a una merienda en el jardín muy correcta y educada. No era el tipo de misiva que se le escribe a alguien con quien podría considerar la posibilidad de casarse.

Porque esa era su intención. Tan pronto como Daniel tuviera su maldito culo de vuelta en Inglaterra le pediría su mano. Pero mientras tanto tenía que cortejarla él.

De ahí su problema.

Exhaló un suspiro. Algunos hombres saben por instinto cómo hablar con las mujeres. Le habría sido muy conveniente ser uno de esos hombres.

Pero no lo era. Era un hombre que sólo sabía hablar con Honoria, y últimamente ni siquiera eso le salía bien.

Así fue como a la noche siguiente se encontró en uno de los lugares a los que menos acudiría del mundo: un salón de baile.

Fue a ocupar su lugar normal, a un lado, dando la espalda a la pared, desde donde podía observarlo todo simulando indiferencia. No por primera vez se le ocurrió pensar que tenía una suerte increíble por no haber nacido mujer. La damita que

estaba a su izquierda era una de las feas del baile; él tenía que adoptar una expresión sombría, distante y siniestra.

La fiesta era una locura multitudinaria, pues lady Bridgerton era inmensamente popular, y a él le era imposible saber si Honoria estaba ahí o no. No la veía, pero claro, tampoco veía la puerta por donde él mismo entró. Jamás entendería cómo alguien esperaba pasarlo bien en un lugar donde hacía tanto calor, se sudaba tanto y con esa multitud.

Disimuladamente volvió a mirar a la damita que estaba a su lado. La cara le resultaba conocida, pero no lograba recordar dónde la había visto. Tal vez no estaba en los primeros arreboles de la juventud, pero dudaba que fuera mucho mayor que él. Ella exhaló un suspiro, un suspiro largo, cansino, y él no pudo dejar de pensar que estaba al lado de un espíritu afín. Ella también estaba mirando la multitud, tratando de simular que no buscaba a nadie en particular.

Se le ocurrió decirle buenas noches o tal vez preguntarle si conocía a Honoria y, si la conocía, si la había visto. Pero justo antes que se girara hacia ella, ella se giró hacia el otro lado, y él habría jurado que la oyó musitar: «Iré a buscarme un pastelillo con nata, maldita sea».

Y se alejó, abriéndose paso por en medio del gentío. Él la observó con interés; al parecer sabía muy bien adónde iba. Lo cual significaba que, si había oído bien...

Sabía dónde podía encontrar un pastelillo.

Al instante la siguió. Si iba a estar clavado en ese salón de baile sin siquiera ver a Honoria, que era el único motivo de que se sometiera a esa desagradable aglomeración, bien podía buscarse un postre, maldita sea.

Hacía tiempo que había perfeccionado el arte de caminar con mucha decisión y finalidad, aun cuando no tuviera ninguna meta ni objetivo, y conseguía evitar las conversaciones innecesarias simplemente llevando bien elevado el mentón y la mirada al frente, por encima de la multitud.

Y así iba, hasta que algo le golpeó la pierna.

Aayyy.

—¿Y a qué viene esa cara, Chatteris? —preguntó una imperiosa voz femenina—. Apenas te toqué.

Él se quedó quieto porque conocía esa voz y sabía que no podría escapar. Sonriendo levemente miró la arrugada cara de lady Danbury, que llevaba aterrorizando a las Islas Británicas desde la época de la Restauración.

Al menos eso parecía. Era la tía abuela de su madre y juraría que tenía sus cien años.

—Una herida en la pierna, milady —dijo, haciéndole una respetuosa venia.

Ella golpeó el suelo con su arma (que algunos llamarían bastón, pero él sabía que en realidad era un arma).

—¿Te caíste del caballo?

—No, me...

—¿Te caíste por la escalera? ¿Te cayó una botella en el pie? —Su expresión pasó a ladina—. ¿O estuvo involucrada una mujer?

Él resistió el deseo de cruzarse de brazos. Lo estaba mirando con una sonrisa bastante satisfecha. Le encantaba pinchar a sus acompañantes; una vez le dijo que lo mejor de ser hacerse vieja era que podía decir impunemente lo que le diera la gana.

—En realidad —dijo acercando la cara a ella muy serio—, me la hirió con un cuchillo mi ayuda de cámara.

Esa sería quizás la única vez en su vida que había conseguido dejarla callada por el asombro.

Ella lo miró boquiabierta, con los ojos agrandados, y le hubiera gustado decir que estaba pálida, pero tenía la piel de un color tan raro que era difícil saberlo. Pasado un momento ella soltó un ladrido de risa y dijo:

—No, no. ¿Qué ocurrió?

—Exactamente lo que he dicho. —Esperó un momento y añadió—: Si no estuviéramos en medio de un salón de baile, le

enseñaría la herida.

—No me digas —dijo ella; estaba realmente interesada. Le miró la pierna con los ojos brillantes de macabra curiosidad—. ¿Es horrible?

—Lo era.

Ella apretó los labios y entrecerró los ojos.

—¿Dónde está ahora tu ayuda de cámara?

—En la casa Chatteris, probablemente robándome una copa de mi mejor coñac.

Ella emitió otro de sus ladridos de risa.

—Siempre me has divertido —declaró—. Creo que eres el segundo de mis sobrinos favoritos.

—¿Sí? —dijo él, porque no se le ocurrió ninguna respuesta.

—Sabes que muchas personas te encuentran arisco, ¿verdad?

—Sí que le gusta ser franca.

Ella se encogió de hombros.

—Eres mi sobrino bisnieto, contigo puedo ser todo lo franca que quiera.

—Me parece que la consanguinidad nunca ha sido uno de sus requisitos para hablar con franqueza.

—Tocada —contestó ella, haciendo un gesto de aprobación—. Simplemente quise comentar que eres bastante cauto con tu buen humor. Eso lo aplaudo muy sinceramente.

—Me estremezco de alegría.

Ella movió un dedo ante su cara.

—Eso es justamente lo que quiero decir. Eres muy divertido, aunque eso no lo dejas ver a cualquiera.

Él pensó en Honoria. A ella sabía hacerla reír. Era el sonido más encantador que conocía.

—Bueno, basta de esto —declaró lady Danbury golpeando el suelo con su bastón—. ¿Por qué estás aquí?

—Me parece que me invitaron.

—Pua, pua. Detestas estas cosas.

Él se encogió levemente de hombros.

—Al acecho de esa chica Smythe-Smith, me imagino.

Él había estado mirando por encima del hombro por si veía los pastelillos, pero al oír eso giró bruscamente la cara hacia ella.

—Vamos, no te preocupes —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—, no voy a suponer que estás interesado en ella. Es una de las que toca el violín, ¿verdad? Santo cielo, quedarías sordo en una semana.

Él abrió la boca para defender a Honoria, para decir que ella sabía muy bien de qué iba el chiste, pero entonces pensó que para ella no era un chiste. Sabía muy bien que el cuarteto era tremendamente malo, pero continuaba en él porque era importante para su familia. Ocupar su lugar en el escenario y simular que se creía una violinista virtuosa demostraba que tenía muchísimo valor.

Y amor.

Su amor por su familia era inmenso, muy profundo, y sólo pudo pensar «Yo deseo eso».

—Siempre has sido muy amigo de esa familia —dijo lady Danbury interrumpiendo sus pensamientos.

Él parpadeó, con el fin de darse un tiempo para volver la atención a la conversación.

—Sí —contestó al fin—, fui compañero de colegio de su hermano, nos hicimos amigos.

—Ah, sí —suspiró ella—. Qué farsa aquel asunto. A ese chico no deberían haberlo echado del país. Siempre he dicho que Ramsgate es un imbécil.

Él la miró asombrado.

—Como bien has dicho —siguió diciendo ella descaradamente—, la consanguinidad nunca ha sido un requisito para hablar con franqueza.

—Veo que no.

—Ah, mira, ahí está —dijo lady Danbury, e hizo un gesto con la cabeza hacia la derecha.

Marcus siguió su mirada y ahí estaba Honoria, conversando con dos damitas a las que no logró identificar a esa distancia. Ella no lo había visto aún, así que aprovechó el momento para observarla y empaparse de su vista. Llevaba un peinado distinto al habitual, aunque no supo captar en qué era diferente; nunca había entendido los detalles más sutiles de un peinado femenino, pero le pareció encantador. Toda ella estaba encantadora. Tal vez debería buscar una manera más poética para describirla, pero a veces las palabras más sencillas son las más sinceras.

Era encantadora, y suspiraba por ella.

—Ah, la amas —dijo lady Danbury en voz baja.

Él se giró a mirarla.

—¿De qué habla?

—Lo llevas escrito en la cara, por manida que sea la expresión. Venga, adelante, ve a pedirle un baile. —Levantó su bastón y lo movió en dirección a Honoria—. Podrías tenerlo mucho peor.

Él no se movió. Tratándose de lady Danbury, era difícil interpretar hasta las frases más sencillas. Por no decir que ella seguía con el bastón levantado; no se podía exagerar en tener cuidado cuando ese bastón estaba en movimiento.

—Ve, ve —lo instó ella—. No te preocupes por mí. Me buscaré a otro pobre tonto desprevenido para torturar. Y sí, antes que sientas la necesidad de protestar, acabo de llamarte tonto.

—Eso, creo, podría ser el único privilegio que permite la consanguinidad.

Ella cacareó de regocijo.

—Eres un príncipe entre los sobrinos.

—Su segundo favorito.

—Te elevarás al primer lugar de la lista si consigues destruirle el violín.

Aunque consciente de que no debía, él se rió.

—Francamente, es una maldición —dijo ella—. Soy la única persona de mi edad que conozco que tiene el oído en perfecto estado.

—Muchos llamarían a eso una bendición.

Ella emitió un bufido.

—No, teniendo esa velada musical muy próxima en el horizonte.

—¿Por qué asiste? No tiene una amistad especial con la familia. Le sería fácil declinar.

Ella suspiró y se le suavizó la expresión.

—No lo sé. Es necesario que alguien aplauda a esas pobrecillas.

Él observó cómo su cara recuperaba su expresión normal, nada sentimental.

—Es usted una persona mejor de lo que deja ver —dijo, sonriendo.

—No se lo digas a nadie. —Golpeó el suelo con su bastón—. Jumjum. Ha terminado mi conversación contigo.

Él se inclinó, con todo el respeto debido a una aterradora tía bisabuela, y echó a andar en dirección a Honoria. Vestía de color azul muy claro, un vestido vaporoso o espumoso que le era imposible describir, aparte de que le dejaba desnudos los hombros, lo que decididamente aprobaba muchísimo.

—Lady Honoria —dijo al llegar a su lado.

Ella lo miró y él se inclinó en una cortés venia.

Un destello de felicidad le iluminó los ojos a ella y, haciéndole una reverencia, dijo:

—Lord Chatteris, cuánto me alegra verte.

Por eso él detestaba esas fiestas. Ella siempre lo llamaba por su nombre de pila, toda su vida, pero estando en un salón de baile de Londres, de repente pasaba a ser lord Chatteris.

—Recuerdas, por supuesto, a la señorita Royle —dijo ella, haciendo un gesto hacia la damita que estaba a su derecha, que llevaba un vestido de color azul más oscuro—. Y a mi prima, lady Sarah.

—Señorita Royle, lady Sarah —dijo él, haciendo su venia a cada una.

—Qué sorpresa verte aquí —dijo Honoria.

—¿Sorpresa?

—Pensé que ya no... —Se interrumpió y, curiosamente, le subió algo de rubor a las mejillas—. No, nada.

Eso era claramente una mentira, pero él no podía insistir en ese lugar tan público, así que hizo el comentario asombrosamente perspicaz e interesante:

—Tenemos una fiesta multitudinaria esta noche, ¿no les parece?

—Ah, sí —dijeron las tres damas al unísono, en diferentes grados de volumen.

Aunque tal vez una de ellas dijo «Desde luego». Pasado un corto silencio, Honoria preguntó:

—¿Has sabido algo más de Daniel?

—No —repuso él—. Espero que eso signifique que ya inició su viaje de regreso.

—Entonces no sabes cuándo llegará —dijo ella.

—No.

Curioso; creía haber dejado claro eso en su respuesta anterior.

—Comprendo —dijo ella.

Entonces esbozó esa sonrisa que dice «Sonrío porque no tengo nada que decir». Y eso era más curioso aún.

Pasados varios segundos en que nadie aportó nada a la conversación, ella dijo:

—Seguro que no ves la hora de que llegue.

Él captó claramente que esa frase contenía una connotación subliminal, pero no logró discernir cuál era. Desde luego no era el sentido subliminal de él: que estaba esperando que llegara su hermano para poder pedirle permiso para casarse con ella.

—Espero con ilusión verle, sí —musitó.

—Como lo esperamos todos —dijo la señorita Royle.

—Ah, sí —terció la prima de Honoria que hasta el momento no había dicho nada.

Después de otro largo silencio, él se volvió hacia Honoria:

—Espero que me reserves un baile.

—Por supuesto —dijo ella.

A él le pareció ver que estaba complacida, aunque esa noche le resultaba insólitamente difícil interpretar sus expresiones.

Las otras dos damitas estaban absolutamente inmóviles, con los ojos agrandados sin pestañear; verlas así lo hizo pensar en un par de avestruces, y sólo entonces cayó en la cuenta de lo que en realidad se esperaba de él.

—Espero que las tres me reserven bailes —dijo cortésmente.

Inmediatamente ellas sacaron sus tarjetas de baile. A la señorita Royle se le asignó un minué, a lady Sarah una contradanza, y para Honoria él pidió un vals. Los traficantes de chismes podían decir lo que quisieran. No era que nunca antes hubiera bailado un vals con ella.

Una vez que quedaron asignados los bailes, se hizo el silencio otra vez; un cuarteto silencioso (todos los cuartetos deberían ser silenciosos, en opinión suya). Y así continuaron hasta que la prima de Honoria se aclaró la garganta y dijo:

—Creo que está a punto de comenzar el baile.

Eso significaba que había llegado el momento para el minué.

La señorita Royle lo miró sonriendo de oreja a oreja. Entonces él recordó, tardíamente, que la señora Royle tenía la intención de emparejarlos.

Honorina lo miró como diciendo «Ten mucho miedo».

Y lo único que pudo pensar él fue «Maldita sea, al final no encontré esos dichosos pastelillos con nata».

—Le gustas —dijo Sarah tan pronto como Marcus y Cecily echaron a caminar hacia la pista de baile a ocupar sus puestos para el minué.

Honorina tuvo que pestañear; se le habían desenfocado los ojos al mirar la espalda de Marcus alejándose.

—¿Qué? —preguntó.

—Le gustas.

—Qué dices. Por supuesto que le caigo bien. Somos amigos de toda la vida.

Bueno, eso no era del todo cierto. Se conocían de toda la vida; pero se habían hecho amigos, verdaderos amigos, muy recientemente.

—No, le «gustas» —dijo Sarah, recalcando exageradamente la palabra.

—¿Qué? —repitió Honorina, porque estaba claro que se había vuelto idiota—. Ah, no, no, por supuesto que no.

De todos modos, le brincó el corazón.

Sarah movió lentamente la cabeza, como si acabara de recordar algo y lo estuviera pensando.

—Cecily me dijo que lo sospechaba, desde aquella vez que las dos fuisteis a verlo a Fensmore, al día siguiente que él se quedara atrapado bajo la lluvia, pero yo pensé que eran imaginaciones tuyas.

—Deberías atenerte a ese primer juicio —dijo Honorina enérgicamente.

Sarah emitió un bufido.

—¿No viste cómo te miraba?

—No me estaba mirando —dijo Honoria, casi suplicando que la contradijeran.

—Ah, pues sí que te miraba. Ay, por cierto, por si quieres saberlo, no estoy interesada en él.

Honoria sólo pudo pestañear.

—En casa de los Royle, ¿no te acuerdas? Cuando yo hablé de la posibilidad de que él se enamorara rápidamente de mí.

—Ah, sí —dijo Honoria, tratando de no notar cómo se le volvía ácido el estómago ante la idea de que él se enamorara de otra. Se aclaró la garganta—. Lo había olvidado.

Sarah se encogió de hombros.

—Era una esperanza sin esperanza —dijo, y miró hacia la multitud—. ¿Habrá algún caballero aquí que esté dispuesto a casarse conmigo antes del miércoles?

—¡Sarah!

—Es broma. Santo cielo, deberías saberlo. Te está mirando otra vez.

—¿Qué? —exclamó Honoria, pegando un salto ante la sorpresa—. No, no puede estar mirándome, está bailando con Cecily.

—Está bailando con Cecily y mirándote a ti —replicó Sarah, en un tono que decía que se sentía bastante satisfecha con su evaluación.

A Honoria le habría gustado creer que eso significaba que él la quería, pero después de haber leído la carta de Daniel, sabía que no.

—No es porque esté interesado en mí —dijo, negando con la cabeza.

—¿No? —dijo Sarah, con una expresión que decía que deseaba cruzarse de brazos—. ¿Por qué, entonces, si me haces el favor de decírmelo?

Honorina tragó saliva y miró disimuladamente alrededor.

—¿Sabes guardar un secreto?

—Por supuesto.

—Daniel le pidió que cuidara de mí en su ausencia.

—¿Por qué es un secreto? —preguntó Sarah, en absoluto impresionada.

—Supongo que no lo es. Bueno, sí lo es, porque nadie me lo dijo.

—¿Cómo lo sabes, entonces?

Honorina sintió subir calor a las mejillas.

—Puede que haya leído algo que no debía leer —musitó.

Sarah agrandó los ojos.

—¿Sí? —Se le acercó más—. Eso es muy impropio de ti.

—Fue un momento de debilidad.

—¿Uno que ahora lamentas?

Honorina lo pensó un momento.

—No.

—Honorina Smythe-Smith —dijo Sarah, sonriendo de oreja a oreja—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Te preguntaría por qué —repuso Honorina, recelosa—, pero no sé si deseo oír la respuesta.

—Esto es tal vez lo más incorrecto que has hecho en tu vida.

—Eso no es cierto.

—Ah, ¿tal vez olvidaste contarme lo de aquella vez que anduviste corriendo desnuda por Hyde Park?

—¡Sarah!

Sarah se rió.

—¿Quién no ha leído algo que no debe alguna vez en su vida? Simplemente me alegra que hayas decidido por fin

unirte al resto de la humanidad.

—No soy tan estirada ni correcta —protestó Honoria.

—No, claro que no, pero yo no te llamaría atrevida ni arriesgada.

—Yo tampoco te llamaría así a ti.

Sarah hundió los hombros.

—No, no lo soy.

Guardaron silencio un momento, las dos algo tristes, algo pensativas.

—Bueno —dijo Honoria al fin, para introducir un poco de frivolidad—, no vas a correr desnuda por Hyde Park, ¿verdad?

—No sin ti —contestó Sarah, ladina.

Honoria se rió e, impulsivamente, le pasó un brazo por los hombros y le dio un suave apretón.

—Te quiero, lo sabes.

—Claro que lo sé.

Honoria esperó.

—Ah, sí, yo también te quiero —dijo Sarah.

Honoria sonrió, pensando que todo estaba bien en el mundo. O si no bien, al menos normal. Estaba en Londres, al lado de su prima favorita. Nada podía ser más normal. Ladeó un poco la cabeza y miró hacia la multitud. Sí, era agradable ver bailar un minué, un baile muy bonito, tan majestuoso y elegante. Y podrían ser sólo imaginaciones tuyas pero daba la impresión de que las damas llevaban vestidos de colores majestuosos también, que brillaban por la pista de baile, azules, verdes, plateados.

—Se ve casi como una caja de música —comentó.

—Sí —concedió Sarah, y estropeó el momento añadiendo —: Detesto el minué.

—¿Sí?

—Sí. No sé por qué.

Honorina continuó mirando a los bailarines. ¿Cuántas veces habían estado juntas así Sarah y ella? Una al lado de la otra, las dos mirando hacia la multitud y conversando sin tener que mirarse ni una sola vez. Y no necesitaban mirarse; se conocían tan bien que no era necesario verse las expresiones faciales para saber qué pensaba o sentía la otra.

En ese momento quedaron a la vista Marcus y Cecily, y los observó avanzar y retroceder.

—¿Crees que Cecily va a intentar conquistar a Marcus? —preguntó.

—¿Lo crees tú?

Honorina centró la mirada en los pies de Marcus. Realmente era muy grácil para ser un hombre tan grande.

—No lo sé —musitó.

—¿Te importa?

Honorina dedicó un momento a pensar cuánto de sus sentimientos estaba dispuesta a revelar.

—Creo que sí —dijo finalmente.

—No tiene importancia si lo intenta —repuso Sarah—. Él no está interesado en ella.

—Lo sé —dijo Honorina en voz baja—, pero no creo que esté interesado en mí tampoco.

—Tú espera —dijo Sarah girando la cabeza para mirarla a los ojos—. Simplemente espera.

Más o menos una hora después, Honorina estaba de pie ante una bandeja vacía, felicitándose por haber cogido el último pastelillo con nata, cuando se le acercó Marcus a reclamar su vals.

—¿Lo has probado? —le preguntó.

—¿El qué?

—Un pastelillo con nata. Estaban divinos. Oh, lo siento —añadió reprimiendo una sonrisa—. Por tu expresión veo que no.

—Toda la noche he estado intentando llegar aquí — confesó él.

—Podría haber más —dijo ella, con su mejor tono optimista.

Él la miró con una ceja arqueada.

—Pero lo más probable es que no —dijo ella—. Lo siento muchísimo. Tal vez podríamos preguntarle a lady Bridgerton dónde los compró. O —intentó parecer astuta—, si los hizo su chef. Quizá podríamos robárselo.

Él sonrió.

—O podríamos bailar.

—O podríamos bailar —convino ella, feliz.

Le colocó la mano en el brazo y se dejó llevar hacia el centro del salón. Habían bailado antes, incluso un vals una o dos veces, pero esta vez se sentía diferente. Aún no había comenzado la música, pero se sentía como si se fuera deslizándose, moviéndose sin el menor esfuerzo por la pulida madera de la pista de baile. Y cuando él le colocó la mano en la espalda a la altura de la cintura, lo miró a los ojos y sintió que dentro de ella empezaba a desenroscarse algo caliente y líquido.

Se sentía ingrávida, se sentía emocionada, ansiosa. Se sentía hambrienta, necesitada de algo. Deseaba algo que no sabía definir, y lo deseaba con una intensidad que debería asustarla.

Pero no se asustó. No podía asustarse teniendo la mano de él en la espalda. En sus brazos se sentía segura, aun cuando su cuerpo le estaba produciendo una especie de frenesí. A través de la ropa sentía pasar el calor de él, como alimento, una especie de líquido embriagador que la hacía desear ponerse de puntillas y echar a volar.

Lo deseaba. Lo comprendió al instante. Eso era deseo.

No era de extrañar que las chicas se deshonraran. Había oído hablar de chicas que habían «cometido errores»; la gente murmuraba que eran chicas disipadas, que se habían dejado

extraviar. Ella nunca había entendido bien eso. ¿Por qué alguien iba a arrojar lejos toda una vida de seguridad por una sola noche de pasión?

En ese momento ya lo comprendía, y deseaba hacer lo mismo.

—¿Honorina?

La voz de Marcus bajó hasta ella como estrellas fugaces.

Lo miró y vio que él la estaba mirando con curiosidad. Había comenzado la música y ella no movía los pies.

Él ladeó la cabeza como para hacerle una pregunta. Pero no fue necesario que hablara ni fue necesario que ella contestara. Simplemente le apretó la mano y comenzaron a bailar.

La música subía y bajaba de volumen y ella se dejó llevar por Marcus, sin dejar de mirarle la cara. La música la elevaba, la transportaba, se sentía como si comprendiera qué era bailar. Sus pies se movían llevando el ritmo del vals, un, dos, tres, un, dos, tres, y su corazón volaba.

El sonido de los violines le pasaba a través de la piel, y el de los instrumentos de viento de madera le hacían cosquillas en la nariz. Se hizo una con la música, y cuando terminó el vals, se apartaron y respondió con una reverencia a la venia de él, se sintió despojada.

—¿Honorina? —preguntó Marcus en voz baja.

Parecía preocupado, y no preocupado pensando «¿Qué podría hacer para que ella me adorara?», sino más bien algo así como «Dios mío, va a enfermar».

No parecía un hombre enamorado. Parecía un hombre preocupado por estar al lado de una persona aquejada de una repugnante revoltura en el estómago.

Había bailado con él y se sentía absolutamente transformada. Ella, que no era capaz de seguir una melodía ni golpetear con el pie al son de un ritmo, se había sentido mágica en sus brazos. El baile había sido sencillamente divino, y la mataba que él no se hubiera sentido igual.

No podía haberse sentido igual. Ella apenas podía sostenerse en pie y él se veía...

Él mismo.

El mismo Marcus de siempre, para el que ella era una carga. Una carga no del todo desagradable, pero carga de todos modos. Sabía por qué él no veía la hora de que Daniel estuviera de vuelta en Londres. Eso significaría que por fin podría marcharse y volver al campo, donde era más feliz.

Significaba que quedaría libre.

Él repitió su nombre y ella consiguió salir del aturdimiento.

—Marcus —dijo—, ¿por qué estás aquí?

Él la miró sorprendido, como si le hubiera brotado otra cabeza.

—Me invitaron —contestó, con un cierto toque de indignación.

A ella le dolía la cabeza, deseaba frotarse los ojos y, por encima de todo, echarse a llorar.

—Noo —aclaró—, no aquí en este baile, sino aquí en Londres.

Él entrecerró los ojos, desconfiado.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque detestas Londres.

Él se arregló el nudo de la corbata.

—Bueno, no detes...

—Detestas la temporada —interrumpió ella—. Tú mismo me lo has dicho.

Él abrió la boca para contestar, pero sólo alcanzó a decir una sílaba. Entonces ella recordó que era fatal para mentir. Siempre lo había sido. Recordó aquella vez, cuando de niños, él y Daniel arrancaron una araña del techo. Hasta ese día ella no entendía cómo lo hicieron. Y cuando lady Winstead les exigió que confesaran, Daniel mintió descaradamente y con

tanto encanto que ella vio que su madre no pudo discernir si decía la verdad. Marcus, en cambio, se puso todo colorado y se tironó el cuello de la camisa como si sintiera cierto picor.

Tal como estaba haciendo en ese momento.

—Tengo... responsabilidades aquí —dijo él, medio tartamudeando.

Responsabilidades.

—Comprendo —dijo ella, y casi se atragantó con la palabra.

—Honorita, ¿te sientes mal?

—Estoy muy bien —ladró ella.

Entonces se odió por tener tan mal genio. Él no tenía la culpa de que Daniel lo hubiera cargado con, bueno, con ella. Tampoco era culpable por haber aceptado; cualquier caballero habría aceptado.

Marcus estaba quieto, pero miraba hacia ambos lados, más o menos como si buscara algo que explicara a qué se debía ese extraño comportamiento de ella.

—Estás enfadada —dijo, en tono apaciguador, pero tal vez mezclado con un pelín de superioridad.

—No estoy enfadada.

Muchas personas habrían replicado que hablaba como si lo estuviera, pero él simplemente la miró de esa molesta y serena manera tan suya.

—No estoy enfadada —repitió, porque el silencio de él parecía exigirle que dijera algo.

—No, claro que no.

Ella levantó bruscamente la cabeza. Eso sí lo dijo en tono de superioridad. Lo de antes podría habérselo imaginado, pero eso no.

Él no dijo nada más. Y no diría nada. Marcus jamás armaría una escena.

—No me siento bien —soltó.

Eso al menos era cierto. Le dolía la cabeza, estaba muerta de calor, se sentía inquieta y lo único que deseaba era irse a casa, meterse en la cama y esconder la cara bajo las mantas.

—Te llevaré a tomar aire fresco —dijo él, fríamente, y le puso la mano en la espalda para llevarla hacia las puertas cristaleras que daban al jardín.

—No —dijo ella, y la palabra le salió muy fuerte y disonante—. Quiero decir, no, gracias. —Tragó saliva—. Creo que me iré a casa.

Él asintió.

—Buscaré a tu madre.

—Yo la buscaré.

—Con mucho gusto yo...

—Soy capaz de hacer las cosas sola —estalló ella. Buen Dios, la fastidió el sonido de su voz. Era el momento de callarse; al parecer era incapaz de decir las palabras correctas; y de callarse también—. No tengo por qué ser tu responsabilidad.

—¿De qué hablas?

De ninguna manera podía contestar esa pregunta, así que dijo:

—Necesito irme a casa.

Después de mirarla un momento que a ella le pareció una eternidad, él hizo le hizo una formal venia.

—Como quieras —dijo, y se alejó.

Entonces se ella se fue a su casa, tal como deseaba. Había conseguido exactamente lo que deseaba.

Y era horrendo.

CAPÍTULO 19

El día de la velada musical

Seis horas antes de la actuación

¿Dónde está Sarah? —preguntó Iris.

Honoría levantó la vista de su partitura, en la que estaba haciendo anotaciones en el margen. Nada de lo que escribía tenía sentido, pero le daba la ilusión de que sabía algo de lo que iba a hacer, así que se había dedicado a hacer anotaciones en todas las páginas.

Iris estaba de pie en medio de la sala de música.

—¿Dónde está Sarah? —repitió.

—No lo sé —contestó Honoría. Miró hacia uno y otro lado —. ¿Dónde está Daisy?

Iris agitó la mano en dirección a la puerta.

—Pasó al tocador cuando llegamos. No te preocupes por ella; no se perdería esto por nada del mundo.

—¿Sarah no ha llegado?

Iris pareció a punto de explotar.

—¿Acaso la ves?

—¡Iris!

—No he querido ser grosera, pero ¿dónde diablos está?

Honoría expulsó el aliento en un soplido de irritación. ¿Acaso Iris no tenía algo más importante de qué preocuparse? No fue ella la que hizo el más completo ridículo delante del hombre al que, había comprendido hacía poco, amaba.

Habían pasado tres días, y se sentía enferma sólo de pensarlo.

No recordaba qué fue lo que dijo; sí recordaba el sonido de su voz, ahogada, entrecortada. Recordaba cómo su cerebro le

suplicaba que dejara de hablar y cómo su boca no aceptaba de ninguna manera la orden. Estuvo totalmente irracional, y si antes él la consideraba una carga, ahora debía considerarla un trabajo pesado.

E incluso antes de eso, antes de comenzar a decir tonterías, antes de dejarse llevar tanto por la emotividad que sin duda cualquier hombre se sentiría justificado al considerar a las mujeres el sexo más caprichoso, también había sido una tonta. Bailó con él como si fuera su tabla de salvación, lo miraba con el corazón en los ojos, y él dijo...

Nada. No dijo nada, solamente su nombre. Y entonces la miró como si ella se hubiera puesto verde; igual pensó que iba a vomitar y estropearle otro par de botas.

De eso hacía tres días. Tres días. Y desde entonces no había sabido nada de él, ni una sola palabra.

—Debería haberse presentado por lo menos hace veinte minutos —gruñó Iris.

—Él debería haber venido hace dos días —dijo Honoria.

Iris se giró bruscamente hacia ella.

—¿Qué has dicho?

—¿Tal vez se ha retrasado por el tráfico? —sugirió Honoria, ya recuperada.

—Vive a sólo media milla.

Honoria asintió, distraída. Miró las anotaciones que había hecho en la página dos de su partitura y vió que había escrito «Marcus» dos veces. No, tres veces. Vio las iniciales M.H. escritas en letras con muchas curvas y florituras, casi ocultas después de una media anotación tachada. Buen Dios. Sí que era lastimosa.

—¿Honoria? ¡Honoria! ¿No me estás escuchando?

Iris otra vez; tuvo que reprimir un gruñido.

—Estoy segura de que no tardará en llegar —dijo en tono tranquilizador.

—¿Estás segura? Porque yo no. Sabía que me iba a hacer esto.

—¿Hacerte qué?

—¿No lo entiendes? No va a venir.

Entonces Honoria levantó la vista.

—Vamos, no seas tonta. Sarah no haría eso.

—¿No? —dijo Iris, mirándola con una expresión de absoluta incredulidad; y pánico—. ¿No?

Honoria la miró un buen rato y finalmente exclamó:

—¡Ay, Dios!

—Te dije que no deberías haber elegido el cuarteto número uno. En realidad Sarah no toca mal el piano, pero esta pieza es demasiado difícil.

—Es difícil para nosotras también —dijo Honoria, con voz débil; comenzaba a sentirse enferma.

—No tan difícil como la parte para piano. Además, no importa lo difícil que sean las partes para violín, porque... — Se interrumpió, tragó saliva y se ruborizó.

—No vas a herir mis sentimientos —dijo Honoria—. Sé que toco fatal. Y sé que Daisy toca peor aún. Lo haríamos igualmente mal con cualquier pieza de música.

—No lo puedo creer —dijo Iris, comenzando a pasearse inquieta por la sala—. No puedo creer que nos haga esto.

—No sabemos que no vaya a tocar —dijo Honoria.

Iris se giró a mirarla.

—¿No?

Honoria tragó saliva, incómoda. Iris tenía razón. Sarah nunca se había retrasado veinte minutos, no, ya eran veinticinco, para un ensayo.

—Esto no habría ocurrido si tú no hubieras elegido esta pieza tan difícil —dijo Iris, acusadora.

Honoria se levantó de un salto.

—¡No me eches la culpa a mí! No soy yo la que se ha pasado toda la última semana quejándose. Ah, eso no importa. Yo estoy aquí y ella no, y no veo cómo puede ser culpa mía.

—No, no, claro que no —dijo Iris, negando con la cabeza—. Es que... ¡Oooh! —exclamó con furiosa frustración—. No puedo creer que me haga esto.

—A nosotras.

—Sí, pero soy yo la que no quería tocar. A ti y a Daisy no os importa.

—No veo qué tiene que ver eso.

—No lo sé —lloriqueó Iris—. Sólo que todas debíamos estar unidas en esto. Eso es lo que tú nos has dicho. Lo has repetido cada día. Y si yo iba a tragarme el orgullo y humillarme delante de todas las personas que conozco, Sarah tenía que hacerlo también.

Justo entonces llegó Daisy.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué Iris está tan afligida?

—Sarah no ha llegado —explicó Honoria.

Daisy miró el reloj de la repisa del hogar.

—Es una maleducada. Ya se ha retrasado casi media hora.

—No va a venir —dijo Iris rotundamente.

—Eso no lo sabemos —rebatió Honoria.

—¿Qué quieres decir con que no va a venir? —preguntó Daisy—. No puede no venir. ¿Cómo vamos a interpretar un cuarteto de piano sin pianista?

Se hizo el silencio en la sala, y pasado un largo rato Iris exclamó:

—Daisy, eres brillante.

Daisy pareció complacida, aunque de todos modos dijo:

—¿En serio?

—¡Podemos cancelar la audición!

—¡No! —exclamó Daisy, negando enérgicamente con la cabeza—. No quiero cancelarla.

—No tendremos otra opción —dijo Iris, con los ojos brillantes de alegría—. Tú lo has dicho. No podemos tocar un cuarteto de piano sin pianista. Ah, Sarah es brillante.

Pero Honoria no estaba convencida. Adoraba a Sarah, pero le resultaba difícil creer que hubiera ideado algo tan generoso, sobre todo en esas circunstancias.

—¿De verdad crees que hace esto con la intención de cancelar el concierto?

—No me importa el por qué —dijo Iris francamente—. Estoy tan feliz que podría... —Se interrumpió como si se hubiera quedado sin habla, y pasado un momento, exclamó—: ¡Estoy libre! ¡Estamos libres! ¡Estamos...!

—¡Niñas! ¡Niñas! —exclamó una voz, interrumpiéndola a mitad de la feliz exclamación.

Las tres se giraron a mirar hacia la puerta. Acababa de entrar la madre de Sarah, tía Charlotte para ellas, lady Pleinsworth para el resto del mundo, seguida por una joven de pelo moreno, que llevaba un vestido de buena confección pero tremendamente sencillo, lo que les reveló al instante que era la institutriz.

Honoria tuvo un muy mal presentimiento.

No por la joven, pues se veía muy agradable, aunque tal vez algo incómoda por haber sido arrastrada a un problema familiar. Pero la tía Charlotte tenía un brillo aterrador en los ojos.

—Sarah se ha puesto enferma —anunció.

—¡Oh, no! —exclamó Daisy, dejándose caer teatralmente en una silla—. ¿Qué vamos a hacer?

—La voy a matar —masculló Iris al oído de Honoria.

—Pero naturalmente yo no podía permitir que se cancelara la velada —continuó la tía Charlotte—. No podría vivir conmigo misma si ocurriera esa tragedia.

—Para ella es demasiado —dijo Iris en voz baja.

—Mi primera idea fue que podríamos romper la tradición y poner a tocar en el grupo a una de nuestras músicas anteriores, pero no hemos tenido ninguna pianista desde que tocó Philippa en el año 1816.

Honoría la miró impresionada. ¿De verdad recordaba esos detalles o los tendría escritos?

—Philippa está esperando un bebé —dijo Iris.

—Lo sé —repuso la tía Charlotte—. Le queda menos de un mes, pobrecilla, y está enorme. Podría arreglárselas con un violín, pero de ninguna manera cabría entre la banquetta y el piano.

—¿Quién tocó antes que Philippa? —preguntó Daisy.

—Nadie.

—Bueno, eso no puede ser cierto —dijo Honoría.

¿Dieciocho años de veladas musicales y las Smythe-Smith sólo habían producido dos pianistas?

—Lo es —dijo la tía Charlotte—. Yo me he sorprendido tanto como tú. Revisé todos nuestros programas para estar segura. En la mayoría de los años teníamos dos violines, una viola y un cello.

—Un cuarteto de cuerda —dijo Daisy, innecesariamente—. El clásico conjunto de cuatro instrumentos.

—¿La cancelamos, entonces? —preguntó Iris.

Honoría tuvo que dirigirle una mirada de advertencia; su tono demostraba que la entusiasmaba demasiado esa posibilidad.

—De ninguna manera —dijo la tía Charlotte, e hizo un gesto hacia la joven que había venido con ella—. Os presento a la señorita Wynter, ella sustituirá a Sarah.

Las tres miraron a la joven de pelo moreno que estaba a un lado y un paso por detrás de la tía Charlotte. Era, en una palabra, preciosa. Todo en ella era perfección, desde su lustroso pelo a su blanquísima piel. Tenía la cara acorazonada,

los labios llenos y rosados y las pestañas tan largas que Honoria pensó que debían tocarle las cejas si abría mucho los ojos.

—Bueno —dijo a Iris en voz baja—, al menos nadie nos va a mirar a nosotras.

—Es nuestra institutriz —explicó la tía Charlotte.

—¿Y toca el piano? —preguntó Daisy.

—No la habría traído si no lo tocara —contestó la tía Charlotte, impaciente.

—Es una pieza difícil —dijo Iris con cierta agresividad—. Una pieza muy difícil, muy, muy...

Honoria le dio un codazo en las costillas.

—Ella ya la conoce —dijo la tía Charlotte.

—¿La conoce? —repitió Iris. Miró a la señorita Wynter incrédula y, para ser totalmente sincera, angustiada—. ¿La sabe tocar?

—No muy bien —contestó la señorita Wynter, con voz suave—, pero he tocado partes.

—Los programas ya están impresos —probó Iris—, han puesto a Sarah en el piano.

—Al diablo los programas —dijo la tía Charlotte irritada—. Informaremos del cambio al comienzo. Lo hacen cada dos por tres en el teatro. —Agitó la mano hacia la señorita Wynter, golpeándola sin querer en el hombro—. Consideradla la sustituta de Sarah.

Pasado un momento de silencio algo descortés, Honoria avanzó.

—Bienvenida —dijo, con la firmeza necesaria para que Iris y Daisy entendieran que debían imitarla, pues si no...—. Encantada de conocerla.

La señorita Wynter se inclinó en una leve reverencia.

—Y yo de conocerla a usted, eeh...

—Ah, perdone. Soy lady Honoria Smythe-Smith, pero, por favor, puesto que va a tocar con nosotras, debe llamarnos por nuestros nombres de pila. —Indicó a sus primas—. Ella es Iris y ella es Daisy. También Smythe-Smith.

—Como era yo antes —terció la tía Charlotte.

—Yo me llamo Anne —dijo la señorita Wynter.

—Iris toca el cello —continuó Honoria—, y Daisy y yo somos violinistas.

—Os dejo para que comencéis el ensayo —dijo la tía Charlotte dirigiéndose a la puerta—. Os espera una tarde muy ocupada, sin duda.

Las cuatro músicas esperaron hasta que la tía salió y entonces Iris saltó:

—No está enferma, ¿verdad?

Anne hizo un gesto de sobresalto, sorprendida por la vehemencia de Iris.

—¿Perdón?

—Sarah —dijo Iris, y no con amabilidad—. Se ha fingido enferma, lo sé.

—No sabría decirlo —contestó Anne, con mucha diplomacia—. Ni siquiera la he visto.

—Tal vez tiene un sarpullido —dijo Daisy—. No querría que nadie la viera si tuviera manchas rojas.

—Nada inferior a una desfiguración total me satisfaría —gruñó Iris.

—¡Iris! —la regañó Honoria.

—No conozco muy bien a lady Sarah —dijo Anne—. Sólo me contrataron este año y ella no necesita institutriz.

—De todos modos no te haría ningún caso —dijo Daisy—. ¿Eres mayor que ella por lo menos?

—¡Daisy! —la regañó Honoria; buen Dios, parecía no hacer otra cosa que regañar.

Daisy se encogió de hombros.

—Si nos vamos a tutear, creo que puedo preguntarle qué edad tiene.

—Es mayor que tú —dijo Honoria—, y eso significa que no, no puedes preguntar.

—No tiene importancia —dijo Anne, sonriéndole levemente a Daisy—. Tengo veinticuatro años. Tengo a mi cargo a Harriet, Elizabeth y a Frances.

—Dios te asista —musitó Iris.

Honoria no pudo contradecirla. Las tres hermanas menores de Sarah eran muy encantadoras por separado, pero juntas... Había un buen motivo para que en la casa Pleinsworth nunca faltara un drama.

—Supongo que deberíamos ensayar —suspiró.

—Debo advertiros —dijo Anne—, que no soy muy buena.

—No pasa nada. Nosotras tampoco.

—¡Eso no es cierto! —protestó Daisy.

Honoria se acercó a la señorita Wynter de forma que no la pudieran oír las demás y le susurró:

—En realidad Iris tiene mucho talento, y Sarah toca bastante bien, pero Daisy y yo somos horrorosas. Mi consejo es que te armes de valor para aguantar el desbarajuste.

Anne la miró un tanto alarmada. Honoria le respondió encogiéndose de hombros. La joven no tardaría en enterarse de lo que significaba actuar en una velada musical Smythe-Smith.

Y si no, se volvería loca intentándolo.

Marcus llegó temprano para la velada, aunque aún dudaba entre asegurarse un asiento en la primera fila o en la última. Había traído flores, no jacintos de penacho, pues, nadie tenía esas flores, sino dos docenas de tulipanes de Holanda de aspecto alegre.

Jamás en su vida había llevado flores a una mujer; eso lo hacía pensar qué diablos había hecho con su vida hasta ese momento.

Le había pasado por la mente la idea de no asistir a la velada. Honoria había actuado de forma muy rara en el baile de cumpleaños de lady Bridgerton. Le quedó claro que estaba enfadada con él por algo. Pero no tenía ni idea de por qué y no sabía si importaba o no. Además, ella se mostró atípicamente distante la tarde en que fue a visitarla después de llegar a Londres.

Pero cuando bailaron...

Fue mágico. Habría jurado que ella sentía lo mismo. El resto del mundo sencillamente desapareció; sólo estaban los dos en medio de un remolino de color y sonido, y ella no le pisó un pie ni una sola vez.

Lo cual ya era de suyo toda una proeza.

Pero tal vez sólo se lo imaginó, o tal vez solamente él sintió la emoción. Porque cuando terminó la música ella se mostró seca, cortante y aunque dijo que se sentía mal, rechazó su ofrecimiento de acompañarla.

Jamás entendería a las mujeres. Había creído que ella era la excepción, pero por lo visto no. Y se había pasado esos tres días intentando entender por qué.

Pero al final comprendió que no podía faltar a la velada musical porque era, como lo explicó tan elocuentemente Honoria, una tradición. Él había asistido a todas y cada una desde que tenía edad para estar en Londres solo, y si no asistía después de asegurarle que ese era el motivo de haber venido a Londres tan pronto después de su enfermedad, ella se sentiría ofendida.

No podía hacer eso. Qué más daba que ella hubiera estado enfadada con él. Qué más daba que él estuviera enfadado con ella, y que creyera estar en su derecho al estarlo. Ella se había comportado de forma rara y hostil, sin darle el menor indicio del por qué.

Era su amiga. Aun en el caso de que nunca lo amara, siempre sería su amiga. Y no era capaz de herirla a posta como no era capaz de cortarse la mano derecha.

Cierto que sólo se había enamorado de ella muy recientemente, pero la conocía desde hacía quince años. Había tenido quince años para conocer qué tipo de corazón latía en ella; y ahora no iba a cambiar de opinión debido a una única noche.

Se dirigió a la sala de música, que era un hervidero de actividad, los criados yendo y viniendo en los últimos preparativos para la velada. Sólo deseaba ver un momento a Honoria, tal vez decirle unas palabras de aliento antes del concierto.

Demonios, él necesitaba aliento. Iba a ser penoso estar sentado ahí viéndola hacer la interpretación de su vida sólo para complacer a su familia.

Se situó muy rígido en un lado de la sala, deseando no haber llegado tan temprano. Cuando lo pensó, le pareció conveniente llegar temprano, pero en ese momento no sabía cómo se le pudo ocurrir eso. Honoria no se veía por ninguna parte. Debería haberse imaginado que no estaría ahí; seguro que estaría en otro lugar de la casa con sus primas afinando sus instrumentos. Y todos los criados lo miraban raro, como diciendo «¿Qué hace aquí?»

Alzó el mentón y contempló la sala más o menos con la misma actitud que adoptaba en la mayoría de las reuniones formales. Posiblemente parecía aburrido, sin duda se veía orgulloso, y ninguna de las dos cosas era cierta.

Suponiendo que ninguno de los invitados llegaría antes de unos treinta minutos por lo menos, estaba pensando si podría ir a esperar en el salón, en el que sin duda no habría nadie, cuando vio una especie de relámpago rosa y cayó en la cuenta de que era lady Winstead, que iba caminando por la sala con un brío y frenesí atípico en ella. Ella lo vio y apresuró el paso.

—Ah, menos mal que has llegado —dijo.

Él captó inquietud en su expresión.

—¿Pasa algo?

—Sarah ha caído enferma.

—Cuánto lo siento —dijo él, cortésmente—. ¿Se pondrá bien?

—No tengo ni idea —contestó lady Winstead, con cierta brusquedad, tomando en cuenta que se refería a la salud de una sobrina—. No la he visto. Lo único que sé es que no ha venido.

Él intentó aplastar la sensación de dicha que le hinchó el pecho.

—Entonces, ¿tendrán que cancelar el concierto?

—¿Por qué todos hacen esa misma pregunta? Ah, no te preocupes. De ninguna manera podemos cancelarlo. Al parecer la institutriz de las Pleinsworth toca el piano y reemplazará a Sarah.

—Entonces todo está bien —dijo él y se aclaró la garganta—, ¿verdad?

Ella lo miró como si fuera un niño lerdo.

—No sé si esta institutriz toca bien.

Él no veía cómo la habilidad para el piano de la institutriz podría cambiar en algo la calidad total de la interpretación, pero declinó hacer el comentario en voz alta. En lugar de eso dijo algo así como «Ah, bueno», o tal vez «Así es». Fuera lo que fuera, sirvió a la finalidad de hacer ruido sin decir absolutamente nada.

Y eso era lo mejor que se podía esperar, dadas las circunstancias.

—Esta es nuestra velada musical número dieciocho, ¿lo sabías? —preguntó lady Winstead.

Él no lo sabía.

—Todas han sido un éxito, y ahora esto.

—Es posible que la institutriz tenga talento —dijo él, con el fin de tranquilizarla.

Ella lo miró impaciente.

—El talento importa poco cuando se han tenido sólo seis horas para practicar.

Marcus comprendió que no había manera de llevar esa conversación a ninguna parte sin volver a lo mismo, así que preguntó amablemente si él podía hacer algo en favor de la velada musical, seguro de que la respuesta sería un no, con lo que quedaría libre para ir al salón a disfrutar de una solitaria copa de coñac.

Pero ante su absoluta sorpresa y (hay que ser sincero) horror, ella le cogió firmemente la mano y dijo:

—¡Sí!

Él se quedó inmóvil.

—¿Perdón?

—¿Podrías llevarles limonada a las niñas?

Quería que él...

—¿Qué?

—Todo el mundo está ocupado. Todo el mundo. —Agitó los brazos como para demostrarlo—. Los lacayos ya han reordenado las filas tres veces.

Marcus paseó la mirada por la sala pensando qué podía tener de complicado ordenar doce filas de sillas.

—Quiere que les lleve limonada —repitió.

—Deben de estar sedientas —explicó ella.

—No van a cantar, ¿verdad?

Buen Dios, qué horror.

Ella apretó los labios, irritada.

—Claro que no. Pero han estado ensayando todo el día. Es un trabajo agotador. ¿Tocas?

—¿Un instrumento? No.

Esa era una de las pocas habilidades que su padre no consideró necesario que aprendiera.

—Entonces no lo puedes entender —dijo ella, con mucho dramatismo—. Esas pobres niñas deben de estar muertas de sed.

—Limonada —dijo él, pensando si ella querría que la llevara en bandeja—. Muy bien.

Ella arqueó las cejas, al parecer molesta por su lentitud.

—¿Estás lo bastante fuerte, supongo, para llevar la jarra?

En lo que a insultos se refiere, ese era tan ridículo que no lo molestó.

—Creo que me las puedo arreglar, sí —dijo, irónico.

—Estupendo —dijo ella—. Está ahí —apuntó hacia unas mesas que estaban arrimadas a una pared lateral—. Y Honoria está al otro lado de esa puerta —añadió, apuntando hacia atrás.

—¿Sólo Honoria?

Ella entrecerró los ojos.

—Por supuesto que no. Es un cuarteto.

Y diciendo eso se alejó, dando órdenes a los lacayos, interrogando a las criadas y, en general, intentando supervisar un trabajo que, en opinión de él, era bastante fácil de organizar.

Fue hasta una de las mesas con refrigerios y cogió una jarra con limonada. No vio ningún vaso, al parecer todavía no los ponían, y eso lo llevó a pensar si lady Winstead querría que vertiera limonada por las gargantas de las chicas.

Sonrió. La imagen le resultó divertida.

Llevando la jarra fue hasta la puerta que le indicó lady Winstead, caminando silencioso, para no perturbar si estaban ensayando.

No estaban ensayando.

En lugar de un ensayo, lo que vio fue a cuatro mujeres discutiendo como si de la discusión dependiera el destino de Gran Bretaña. Bueno, no, en realidad eran tres las que estaban

discutiendo. La que estaba sentada al piano, que tenía que ser la institutriz, juiciosamente no participaba en la discusión.

Era extraordinario que las tres Smythe-Smith lograran discutir sin elevar las voces, por acuerdo tácito, supuso, dado que no tardarían en comenzar a llegar los invitados a la sala contigua.

—Si sólo sonrieras, Iris —ladró Honoria—, lo harías todo mucho más fácil.

—¿Más fácil para quién? ¿Para ti? Porque te aseguro que a mí no me lo haría más fácil.

—A mí no me importa si sonrío —dijo la otra—. No me importa si no sonrío nunca. Es mala.

—¡Daisy! —exclamó Honoria.

Daisy entrecerró los ojos y miró furiosa a Iris.

—Eres mala.

—Y tú eres idiota.

Marcus miró hacia la institutriz. Tenía la cabeza apoyada en el piano, lo que lo llevó a preguntarse cuánto tiempo llevarían discutiendo las tres Smythe-Smith.

—¿Podrías intentar sonreír? —preguntó Honoria, cansinamente.

Iris estiró los labios en una expresión tan espantosa que Marcus estuvo tentado de salir de la sala.

—Buen Dios, no te preocupes —masculló Honoria—. No hagas eso.

—Es difícil fingir buen humor cuando lo único que deseo es arrojarme por la ventana.

—La ventana está cerrada —terció Daisy.

—Exactamente —dijo Iris, mirándola con puro odio.

—Por favor —rogó Honoria—. ¿No podemos entendernos?

—Yo creo que tocamos maravillosamente —dijo Daisy sorbiendo por la nariz—. Nadie se daría cuenta que sólo

hemos tenido seis horas para practicar con Anne.

La institutriz levantó la cabeza al oír su nombre, y enseguida volvió a bajarla al darse cuenta de que no le habían dicho ni preguntado nada.

Iris dirigió a su hermana una mirada rayana en la malignidad.

—Tú no sabrías distinguir lo bueno de... ¡ay! ¡Honoría!

—Perdona, ha sido mi codo?

—En mis costillas.

Honoría le siseó algo que Marcus supuso era sólo para sus oídos, pero sin duda era acerca de Daisy, porque Iris miró despectiva a su hermana menor, puso los ojos en blanco y dijo:

—De acuerdo.

Él volvió a mirar a la institutriz; esta parecía estar contando puntitos en el cielo raso.

—¿Ensayamos una última vez? —propuso Honoría con cansina resolución.

—No me imagino de qué podría servirnos —dijo Iris, con la mayor naturalidad.

Daisy le dirigió una mirada fulminante y dijo, mordaz:

—La práctica perfecciona.

A Marcus le pareció que la institutriz reprimía la risa. Finalmente esta levantó la vista y lo vio ahí de pie con la jarra de limonada. Él se puso un dedo en los labios y ella hizo un leve gesto de asentimiento, sonriendo, y volvió la atención al piano.

—¿Listas? —preguntó Honoría.

Ella y Daisy levantaron sus violines.

La institutriz colocó las manos sobre las teclas.

Iris emitió un gemido de sufrimiento, pero puso el arco en su cello.

Y comenzó el horror.

CAPÍTULO 20

Marcus no podría haber descrito de ninguna manera el sonido que salía de los cuatro instrumentos en la sala de ensayo de las Smythe-Smith. No sabía si existían palabras para describirlo, al menos palabras que se pudieran decir entre personas educadas. No podía llamarlo música; con toda sinceridad, era más un arma que otra cosa.

Fue mirando una a una a las cuatro intérpretes. La institutriz parecía algo desesperada, bajando y subiendo la cabeza al mirar desde las teclas a su partitura. Daisy tenía los ojos cerrados y movía la cabeza como si estuviera atrapada en la gloria de... bueno, tal vez debía decir de la música. Iris daba la impresión de que se iba a echar a llorar. O tal vez asesinar a Daisy.

Y Honoria...

Estaba tan hermosa que él deseó llorar; o tal vez asesinar a su violín.

No tenía la expresión que le viera en el concierto del año anterior. Atacaba su violín con adusta resolución, con los ojos entrecerrados y los dientes apretados, como si fuera llevando a sus tropas a la batalla.

Ella era el pegamento que mantenía unido a ese ridículo cuarteto, y él no podría haberla amado más.

No sabía si ellas tenían pensado ensayar toda la pieza, pero afortunadamente Iris levantó la vista, lo vio y emitió un «¡Oh!» lo bastante fuerte para interrumpir el ensayo.

—¡Marcus! —exclamó Honoria—. ¿Qué haces aquí?

Él habría jurado que a ella la alegraba verlo, pero ya no tenía claro si podía fiarse de su juicio en eso.

—Tu madre me envió con limonada —contestó, levantando la jarra.

Ella lo miró un momento, sorprendida, y luego se echó a reír. Iris también se rió, e incluso la institutriz esbozó una

sonrisa. Daisy, en cambio, parecía perpleja.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó.

—Nada —farfulló Honoria—. Sólo que... santo cielo, todo el día..., y ahora mi madre ha enviado a un conde a servirnos limonada.

—Eso no lo encuentro divertido —dijo Daisy—. Lo encuentro sumamente incorrecto.

—No hay que hacerle caso —dijo Iris—, no tiene sentido del humor.

—¡Eso no es cierto!

Marcus se mantuvo muy quieto y sólo movió los ojos para mirar a Honoria en busca de orientación. Ella hizo un leve gesto de asentimiento, confirmando lo dicho por Iris.

—Díganos, milord —dijo Iris, en tono muy exagerado—, ¿qué le ha parecido nuestra interpretación?

De ninguna manera él podía contestar a eso.

—Sólo estoy aquí para servir limonada —dijo.

—Muy bien —musitó Honoria levantándose y yendo a situarse a su lado.

—Espero que tengáis vasos —le dijo él—, porque no había ninguno por ahí.

—Los tenemos —dijo ella—. ¿Harías el favor de servirle a la señorita Wynter primero? Ella es la que ha trabajado más arduo, pues sólo se unió esta tarde al cuarteto.

Emitiendo un murmullo de asentimiento él caminó hasta el piano.

—Eeh, aquí tiene —dijo, con una postura algo rígida, pues no estaba acostumbrado a servir bebidas.

—Gracias, milord —dijo ella, presentando un vaso.

Él se lo llenó y luego se inclinó en una cortés venia.

—¿Nos conocemos de antes? —preguntó, pues su cara le resultaba conocida.

—Creo que no —contestó ella, y se apresuró a beber un trago.

Haciendo un encogimiento de hombros mental, él fue a servirle a Daisy. Podría suponer que la institutriz simplemente tenía una de esas caras que siempre parecen conocidas, pero no era así. Era pasmosamente hermosa, aunque de una manera discreta, serena. No era en absoluto el tipo de mujer que una madre desearía contratar como institutriz. Tal vez lady Pleinsworth se sentía muy segura: no tenía hijos, y su marido apenas venía a Londres desde Dorset; al menos él nunca lo había visto.

—Gracias, milord —dijo Daisy una vez que él le llenó el vaso—. Es muy democrático de su parte hacer una tarea como esta.

Él no supo qué decir, así que se limitó a hacerle una torpe venia y se giró hacia Iris, que había puesto los ojos en blanco, burlándose sin tapujos de su hermana. Iris le dio las gracias sonriendo cuando le sirvió, y entonces pudo ir a servirle a Honoria.

—Gracias —dijo ella, bebiendo un trago.

—¿Qué vas a hacer?

Ella lo miró interrogante.

—¿Acerca de qué?

—De la velada musical —repuso él, pensando que su pregunta tenía que ser evidente.

—¿Qué quieres decir? Voy a tocar. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Él hizo un leve gesto con la cabeza hacia la institutriz.

—Tienes la disculpa perfecta para cancelarla.

—No puedo hacer eso —contestó ella, aunque él detectó un deje de pesar en su voz.

—No tienes por qué sacrificarte por tu familia —dijo él en voz baja.

—No es un sacrificio. Es... —Sonrió, tal vez avergonzada, tal vez algo triste—. No sé qué es, pero no es un sacrificio. —Levantó la vista y lo miró con esos ojos enormes y cálidos—. Es lo que hago.

—Creo...

Ella esperó; pasado un momento, preguntó:

—¿Qué?

Él deseó decirle que ella era tal vez la persona más valiente y generosa que conocía. Deseó decirle que asistiría a mil veladas musicales Smythe-Smith si eso era lo que tenía que hacer para estar con ella.

Deseó decirle que la amaba, pero ese no era el lugar ni el momento para decírselo.

—Nada —dijo—, sólo que te admiro.

Ella emitió una risita.

—Podrías querer retractarte de eso al final de la velada.

—Yo no podría hacer lo que haces tú —dijo él en voz baja.

Ella lo miró a la cara, sorprendida por lo serio que dijo eso.

—¿Qué quieres decir?

Él no encontró las palabras para decirlo, así que finalmente se explicó, vacilante:

—No me gusta ser el centro de atención.

Ladeando la cabeza ella lo miró un buen rato.

—No, no te gusta —dijo al fin—. Siempre hacías de árbol.

—¿Perdón?

La expresión de ella se tornó sentimental.

—Cuando representábamos esas horribles pantomimas. Siempre hacías de árbol.

—Así no tenía que decir nada.

—Y siempre te situabas atrás, al fondo.

A él se le formó una sonrisa sesgada, verdadera.

—Me gustaba ser un árbol.

—Y eras un muy buen árbol. —Entonces sonrió también, una sonrisa radiante, maravillosa—. El mundo necesita más árboles.

Al final del concierto a Honoria le dolía la cara de tanto intentar mantener la sonrisa. Sonrió de oreja a oreja durante todo el primer movimiento; continuó con la sonrisa durante el segundo, y cuando terminaron el tercero igual podría haber estado en la consulta del dentista, enseñando casi todos los dientes.

La interpretación fue todo lo horrenda que había temido. De hecho, había sido posiblemente la peor de la historia de las veladas musicales Smythe-Smith, y eso no era poca proeza. Anne tenía bastante talento para el piano, y si hubiera tenido más de seis horas para ensayar podría haber hecho una interpretación decente, pero dadas las circunstancias, había ido siempre retrasada en un compás y medio respecto a las demás.

Y para complicar más las cosas, Daisy había ido siempre adelantada en un compás y medio.

Iris había tocado maravillosamente bien o, mejor dicho, podría haber tocado maravillosamente. La había oído practicar sola y quedado tan pasmada por su habilidad que no la habría sorprendido si de repente hubiera revelado que era hija adoptiva.

Pero la pobre se sentía tan desgraciada por haberse visto obligada a subir al improvisado escenario, que movía el arco sin ningún vigor. Con los hombros hundidos y la cara apenada, cada vez que la miraba parecía estar a punto de atravesarse con el mástil de su cello.

En cuando a ella... Bueno, había tocado fatal; pero eso ya lo sabía de antes. En realidad, le parecía que podría haber tocado peor que nunca; estaba tan concentrada en mantener la boca estirada en esa sonrisa extasiada, que con frecuencia perdía de vista el pentagrama de la partitura que estaba tocando.

Pero había valido la pena. Muchos asientos de la primera fila estaban ocupados por familiares. Ahí estaban su madre y todas sus tías. Estaban presentes varias de sus hermanas y un montón de primos y primas. Todos le sonreían de oreja a oreja, orgullosos y felices por formar parte de la tradición.

Y si los demás asistentes parecían sentirse algo enfermos, bueno, tenían que haber sabido en qué se iban a meter. Después de dieciocho años, nadie asistía a las veladas musicales Smythe-Smith sin tener una idea de los horrores que los aguardaban.

Sonó una buena ronda de aplausos, casi sin duda para celebrar el final del concierto. Cuando acabaron los aplausos ella continuó sonriendo y saludó a los invitados que tuvieron el valor de acercarse a la tarima.

Seguro que muchos dudaban de su capacidad de mantener la cara seria mientras felicitaban a las músicas.

Entonces, justo cuando creía que podía dejar de fingir que se creía a todas las personas que fingían que les había gustado el concierto, llegó la última persona admiradora.

No era Marcus, condenación. Él parecía estar inmerso en una conversación con Felicity Featherington, que, como todo el mundo sabía, era la más guapa de las cuatro hermanas Featherington.

Aflojó la mandíbula que se le había apretado para esbozar su sonrisa y saludar a...

Lady Danbury. Santo cielo.

Intentó no parecer aterrada, pero, maldita sea, la dama la aterraba.

Pum, pum (sonó el bastón) y a eso siguió:

—No eres de las nuevas, ¿verdad?

—¿Perdón, señora? —preguntó, porque de verdad no entendió qué quería decir.

Lady Danbury se le acercó más, con la cara arrugada en un guiño que casi le hacía desaparecer los ojos.

—Tocaste el año pasado. Miraría mi programa para comprobarlo, pero no lo guardo. Se junta demasiado papel.

—Ah, comprendo —dijo Honoria—. No, señora, o sea, sí, no soy una de las nuevas.

Repasó la frase para ver si había dicho correctamente los «no» y el «sí», pero finalmente concluyó que no importaba si los había dicho bien, pues lady Danbury daba la impresión de haber comprendido.

Por no decir que la mitad de su cerebro estaba concentrado en Marcus, y en que él «seguía» conversando con Felicity Featherington. La cual, no pudo dejar de observar, estaba excepcionalmente bonita esa noche, con un vestido del color prímula exacto al que ella había tenido la intención de comprar antes de tener que marcharse de Londres para ir a cuidar de Marcus cuando estaba con esa fiebre.

Hay un momento y un lugar para todo, pensó, incluso para la mezquindad.

Lady Danbury se agachó un poco a mirar el violín que ella tenía en las manos.

—¿Violín?

Con esfuerzo dejó de mirar a Marcus para mirar a la dama.

—Eh..., sí, señora.

La anciana condesa levantó la vista y la miró con ojos sagaces.

—Veo que deseabas decirme que no es un piano.

—No, señora —repuso, y puesto que había sido ese tipo de velada, añadió—: Iba a comentar que no es un cello.

En la arrugada cara de lady Danbury apareció una sonrisa, y luego se rió fuerte, lo que atrajo la atención de su madre, que miró hacia ellas alarmada.

—Me cuesta distinguir entre un violín y una viola —dijo la anciana—. ¿A ti no?

—No —contestó ella, sintiéndose algo más valiente, pues comenzaba a animarse—, pero eso podría deberse a que yo

toco el violín.

«Bueno —pensó a modo de añadido—, podría ser muy ambicioso emplear el verbo “tocar”.»

Pero no lo dijo.

Lady Danbury dio un golpe con su bastón.

—No reconocí a la chica del piano.

—Es la señorita Wynter, la institutriz de las chicas Pleinsworth menores. Mi prima Sarah cayó enferma y fue necesario reemplazarla. —Frunció el ceño—. Creí que les habrían informado de eso antes.

—Puede que lo hayan dicho. Seguro que yo no estaba escuchando.

Honoría deseó decir que esperaba que la dama no hubiera estado escuchando en ningún momento del concierto, pero se tragó las palabras que alcanzaron a llegarle a la punta de la lengua. Tenía que mantener la cara alegre, y culpaba totalmente a Marcus y, en menor grado, a Felicity Featherington, por sentirse tan irritable.

—¿A quién estás mirando? —preguntó lady Danbury, ladina.

—A nadie —contestó Honoría, demasiado rápido.

—Entonces, ¿a quién estás buscando?

Santo cielo, la anciana era como un percebe.

—A nadie tampoco, señora —contestó, dulcemente, era de esperar.

—Jumjum. Es mi sobrino, ¿sabes?

Honoría trató de no parecer alarmada.

—¿Perdón?

—Chatteris. Es mi sobrino bisnieto, si hemos de entrar en detalles, pero esos bis y tátaras me hacen sentirme ancianísima.

Honoría miró a Marcus y luego a lady Danbury.

—Marc..., o sea, lord Chatteris, ¿es su sobrino?

—Aun cuando no va a visitarme con la frecuencia que debiera.

—Bueno, no le gusta Londres —musitó Honoria, sin pensar.

Lady Danbury soltó una risita ladina.

—Lo sabes, ¿eh?

Con gran fastidio, Honoria sintió subir calor a las mejillas.

—Lo conozco de toda la vida.

—Sí, sí —dijo lady Danbury en tono casi desdeñoso—, eso he sabido. Sé que... —Se interrumpió, su atención atraída por algo, y entonces se le acercó más mirándola con una expresión aterradora—. Te voy a hacer un inmenso favor.

—Prefiero que no —dijo Honoria, porque seguro que no podía salir nada bueno de esa expresión.

—Pff, pff, déjame a mí. Tengo un excelente historial en este tipo de cosas. —Pensó un momento—. Bueno, de una en una en todo caso, pero me siento optimista respecto al futuro.

—¿Qué? —preguntó Honoria, desesperada.

Lady Danbury no le contestó.

—¡Señor Bridgerton! ¡Señor Bridgerton! —gritó entusiasmada.

Agitó la mano pero, por desgracia, en ella tenía el bastón, así que Honoria tuvo que inclinarse hacia la derecha para evitar que el bastón le arrancara la oreja.

Cuando se enderezó ya se había unido a ellas un hombre guapo en cuyos ojos verdes había un destello pícaro. Le llevó un momento, pero justo antes que la anciana se lo presentara reconoció a Colin Bridgerton, uno de los hermanos mayores de Gregory. No lo conocía personalmente, pero siempre había oído suspirar por él a sus hermanas mayores cuando ya se habían presentado en sociedad y estaban solteras. Su encanto era casi tan legendario como su sonrisa.

Y en ese momento esa sonrisa iba dirigida a ella. Sintió un vuelco en el estómago, así que se apresuró a ordenarle que se quietara. Si no estuviera perdidamente enamorada de Marcus (cuya sonrisa era mucho más sutil y elocuente) ese sería un hombre peligroso.

—He estado fuera del país —dijo el señor Bridgerton después de besarle la mano—, así que no estoy seguro de que nos hayan presentado antes.

Honoría asintió y estaba a punto de decir algo de lo más intrascendente cuando vio que él llevaba la mano vendada.

—Espero que su herida no sea grave —dijo amablemente.

—Ah, ¿esto? —dijo él, enseñando la mano; tenía los dedos libres así que parecía que llevaba un mitón—. No es nada. Un altercado con un abrecartas.

—Bueno, tenga cuidado de que no se le infecte, por favor —dijo ella, con más energía que la que era de rigor—. Si se le hincha, se le pone roja o, peor aún, amarilla, vaya a ver a un médico inmediatamente.

—¿Verde? —bromeó él.

—¿Perdón?

—Ha nombrado unos colores de los que tengo que recelar.

Honoría no pudo hacer otra cosa que mirarlo sorprendida; una herida infectada no era asunto de risa.

—¿Lady Honoría? —dijo él.

Ella decidió continuar como si él no hubiera dicho nada:

—Lo más importante es observar si de la herida salen líneas rojas. Eso es lo peor.

Él pestañeó, pero si lo sorprendía el giro que había tomado la conversación, no lo demostró. Simplemente se miró la mano con curiosidad y preguntó:

—Cómo de rojas?

—¿Perdón?

—¿Qué grado de rojez tienen que tener las líneas para comenzar a preocuparme?

—¿Cómo es que sabes tanto de medicina? —preguntó lady Danbury al mismo tiempo.

—¿Sabe? No sé cómo de rojas —dijo ella al señor Bridgerton—. Yo diría que cualquier línea que se extienda por la piel debe ser causa de alarma. —Entonces contestó la pregunta de lady Danbury—: Hace poco cuidé de una persona que tenía una herida terriblemente infectada.

—¿En la mano? —ladró lady Danbury.

Honorina no logró entender de qué hablaba.

—¿Tenía una herida en una mano? ¿En un brazo? ¿En una pierna? Todo está en los detalles, niña. —Dio un golpe con el bastón y por poco se lo enterró en el pie al señor Bridgerton—. Si no, la historia es aburrida.

—Perdone..., esto... en la pierna —contestó Honorina, y no vio ningún motivo para aclarar que era un «él», no una «ella».

Lady Danbury no dijo nada y pasado un momento cacareó de risa; Honorina no entendió a qué se debía la risa. Entonces la anciana farfulló que necesitaba hablar con la otra violinista y se alejó, dejándola sola, todo lo sola que se puede estar en una sala atestada de gente, con el señor Bridgerton.

No pudo dejar de observarla cuando se acercaba a Daisy, y el señor Bridgerton dijo:

—No se preocupe, es inofensiva.

—¿Mi prima Daisy?

—No —dijo él, pasado un momento de desconcierto—. Lady Danbury.

Honorina volvió a mirar hacia Daisy y lady Danbury.

—¿Es sorda? —preguntó.

—¿Su prima Daisy?

—No, lady Danbury.

—Creo que no.

Honorina hizo un mal gesto.

—Oh, una lástima. Podría estarlo cuando Daisy termine de hablar con ella.

Entonces el señor Bridgerton no pudo resistir la curiosidad y miró atrás por encima del hombro; fue recompensado con la visión o, más correctamente, el sonido, de las frases muy fuertes y lentas de Daisy al hablarle a lady Danbury. También hizo un mal gesto.

—Eso no va a acabar bien —musitó.

—No —reconoció Honorina, moviendo la cabeza.

—¿Su prima le tiene cariño a los dedos de sus pies?

Honorina pestañeó, confundida.

—Creo que sí, sí.

—Entonces tendrá que estar atenta al bastón.

Honorina volvió a mirar, justo a tiempo para ver a Daisy lanzar un chillido e intentar retroceder de un salto; en esto último no tuvo éxito; el bastón de lady Danbury le tenía bien sujeto el pie.

Los dos guardaron silencio, esforzándose en no sonreír, hasta que el señor Bridgerton dijo:

—Tengo entendido que estuvo en Cambridge el mes pasado.

—Estuve, y tuve el placer de comer con su hermano.

—¿Con Gregory? ¿Sí? ¿Y eso lo califica como placer?

Eso lo dijo sonriendo y al instante Honorina se imaginó cómo debía ser la vida en la casa de los Bridgerton: muchísimas bromas y muchísimo cariño.

—Fue muy amable conmigo —dijo, sonriendo.

—¿Le cuento un secreto? —dijo él, y Honorina consideró que en el caso de él era correcto y decoroso escuchar un chisme, era un coqueto increíble.

—¿Debo guardarlo? —preguntó, acercándose levemente a él.

—De ninguna manera.

Ella lo obsequió con una radiante sonrisa.

—Entonces, sí, por favor.

Él se le acercó un poco, más o menos la misma distancia que se había acercado ella.

—Le gusta catapultar guisantes por encima de la mesa durante la cena.

Ella hizo un gesto de asentimiento muy seria.

—¿Ha hecho eso últimamente?

—No, últimamente, no.

Ella apretó los labios para no sonreír. Qué encantador ver ese tipo de bromas entre hermanos. Antes hacían eso mismo en su casa, aunque la mayor parte del tiempo ella sólo era espectadora. Era mucho menor que sus hermanos; con toda sinceridad, tal vez la mayor parte del tiempo olvidaban embromarla a ella.

—Tengo una pregunta, señor Bridgerton.

Él ladeó la cabeza.

—¿Cómo construyó la catapulta?

Él sonrió de oreja a oreja.

—Una simple cuchara, lady Honoria. Pero en las arteras manos de Gregory no tenía nada de simple.

Ella se echó a reír y de pronto sintió una mano en el codo.

Era Marcus y parecía estar furioso.

CAPÍTULO 21

Marcus no recordaba ninguna ocasión en que se hubiera sentido inclinado a la violencia, pero al mirar la cara sonriente de Colin Bridgerton, la tentación fue fuerte.

—Lord Chatteris —dijo Bridgerton, saludándolo con una cortés venia.

Una cortés venia y una «mirada». Si hubiera estado de mejor humor habría podido expresar qué era lo que lo irritaba de esa mirada. Pero no estaba de buen humor. Había estado de buen humor; había estado de muy buen humor, en realidad, incluso a pesar de haber soportado una interpretación de Mozart que era posiblemente la peor conocida por la humanidad.

Qué más daba que una parte de sus oídos hubiera muerto trágicamente esa noche; el resto de él estaba inundado de felicidad. Instalado en su asiento había observado a Honoria. Mientras durante el último ensayo ella había sido una implacable guerrera, durante el concierto se había mostrado como una componente feliz del cuarteto. Había sonreído durante todo el concierto, y sabía que no le sonreía al público y ni siquiera a la música. Sonreía para las personas a las que quería, y pudo imaginarse, aunque fuera un momento, que él era una de esas personas.

En su corazón sentía que ella le sonreía a él.

Pero en ese momento le estaba sonriendo a Colin Bridgerton, el del famoso encanto y chispeantes ojos verdes. Eso había sido casi tolerable, pero cuando Colin Bridgerton comenzó a sonreírle a ella...

Hay cosas que simplemente no se pueden tolerar.

Pero para poder intervenir, primero tuvo que librarse de la conversación con Felicity Featherington, o más bien con la madre de Felicity Featherington, que lo tenía cogido en el equivalente verbal de un torno. Tal vez fue descortés; no, decididamente fue descortés, pero escapar de las Featherington es algo que no se puede conseguir con tacto ni sutileza.

Finalmente, después de soltarse bruscamente el brazo de la mano de la señora Featherington, se dirigió hacia Honoria, que estaba radiante riendo alegremente con el señor Bridgerton.

Tenía toda la intención de ser cortés, la tenía, de verdad. Pero cuando ya estaba cerca de Honoria, ella dio un corto paso hacia un lado y por la orilla de su falda él vio asomar un trocito de brillante satén rojo.

Sus zapatos para la suerte.

Y de repente se le encendió el genio.

No quería que otro hombre viera esos zapatos. No quería que otro hombre «supiera» de la existencia de esos zapatos.

La observó cuando ella detuvo el movimiento y el seductor trocito rojo volvió a quedar oculto debajo de la falda. Avanzó otro paso y dijo, tal vez en tono más glacial de lo que pretendía:

—Lady Honoria.

—Lord Chatteris —contestó ella.

Detestaba que lo llamara lord Chatteris.

—Cuánto me alegra verte —dijo ella entonces, como quien le habla a un conocido o tal vez a un primo muy lejano—. ¿Conoces al señor Bridgerton?

—Sí —repuso él, lacónico.

Bridgerton hizo su venia, él hizo la suya, y al parecer eso era toda la comunicación que deseaban tener.

Marcus esperó a que Bridgerton inventara alguna disculpa para alejarse, porque sin duda entendía que eso era lo que se esperaba de él, pero el muy cabrón continuó ahí sin moverse, sonriendo, como si no tuviera ni una sola preocupación en el mundo.

—El señor Bridgerton me estaba diciendo... —dijo Honoria.

—Si nos disculpas, necesito hablar en privado con lady Honoria —dijo él al mismo tiempo.

Pero lo dijo en voz más alta y, por si fuera poco, terminó la frase.

Honorina cerró la boca y se sumió en un silencio pétreo.

Bridgerton lo miró evaluador y continuó firme donde estaba, hasta que él apretó las mandíbulas y entonces, como si no hubiera transcurrido ese momento, se revistió de todo su encanto, se inclinó en una airosa venia y dijo:

—Pero por supuesto. Justo estaba pensando que nada me apetecería más en el mundo que un vaso de limonada.

Haciendo otra venia, sonrió y se alejó.

Honorina esperó hasta que lo vio a una distancia en que no podría escuchar y se volvió hacia Marcus con un entrecejo de furia.

—Has sido increíblemente grosero.

Él la miró severo.

—A diferencia del señor Bridgerton menor, este no está verde.

—¿De qué hablas?

—No deberías coquetear con él.

Honorina lo miró boquiabierta.

—¡No estaba coqueteando!

—Pues sí que lo estabas. Yo te estaba mirando.

—No, no me estabas mirando. Estabas conversando con Felicity Featherington.

—Que es más baja que yo por una cabeza. Te veía por encima de ella.

—Si has de saberlo —dijo ella entre dientes, sin poder creer que él actuara como la parte agraviada—, lo llamó tu tía. ¿Esperas que yo sea grosera y le haga un desaire aquí en mi propia casa? ¿En una velada a la que, podría añadir, está invitado?

De eso último no tenía la seguridad, pero no se imaginaba que su madre no hubiera invitado a uno de los Bridgerton.

—¿Mi tía? —preguntó él.

—Lady Danbury, tu tatará tatará...

Él la miró indignado.

—Tatará, tatará, tatará —continuó ella, sólo para molestarlo.

Marcus dijo algo en voz baja y luego añadió en un tono ligeramente más moderado:

—Es un peligro.

—Me cae bien —dijo ella, desafiante.

Él no dijo nada, pero parecía estar furioso. Y ella no pudo dejar de pensar «¿Por qué?» ¿Por qué diablos tenía que enfadarse tanto? Era ella la que estaba enamorada de un hombre que obviamente la consideraba una carga; una carga con la que tenía una agradable amistad, pero carga de todos modos. Incluso en ese momento él seguía guiándose por la estúpida promesa que le hiciera a Daniel, ahuyentando a todos los caballeros que consideraba inapropiados.

Si no la iba a amar, por lo menos podría dejar de estropearle las oportunidades con otros.

—Me voy —dijo, sencillamente porque ya no lo soportaba.

No deseaba verlo, no deseaba ver a Daisy, ni a Iris ni a su madre, y ni siquiera al señor Bridgerton, que estaba en un rincón con su limonada mostrándose encantador con la hermana mayor de Felicity Featherington.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

Ella no contestó. No veía que eso fuera asunto suyo. Y salió de la sala sin mirar atrás ni una sola vez.

Infierno y condenación.

Le habría gustado salir de la sala detrás de Honoria, pero nada habría producido una escena más horrible. También le gustaría creer que nadie se había fijado en la discusión entre ellos, pero Colin Bridgerton estaba en el rincón sonriendo algo burlón por encima de su vaso de limonada, y lady Danbury

tenía en la cara esa expresión «soy omnisciente y todopoderosa» de la que él normalmente se desentendía.

Pero esta vez tenía la deprimente sospecha de que ella había orquestado ese desastre.

Finalmente, cuando el molesto señor Bridgerton levantó su mano vendada en un burlón saludo, decidió que estaba harto y salió por la misma puerta por la que había salido Honoria. Al diablo los chismes. Si alguien se había fijado en que los dos habían salido y deseaba armar un revuelo con eso, igual se veía obligado a proponerle matrimonio.

Eso no sería ningún problema para él.

Después de buscarla en el jardín, en el salón, en la sala de ensayo, en la biblioteca e incluso en la cocina y dependencias, la encontró por fin en su dormitorio, lugar que se había obligado a descartar. Pero claro, había pasado tanto tiempo en la casa Winstead que sabía muy bien dónde estaban los aposentos privados, así que después de recorrer todas las malditas salas y habitaciones, bueno, ¿de verdad ella había supuesto que no iría ahí a buscarla?

—¡Marcus! —exclamó ella, casi en un chillido—. ¿Qué haces aquí?

Al parecer, había supuesto que no la buscaría ahí.

Las primeras palabras que salieron de su boca fueron absolutamente desacertadas:

—¿Qué te pasa?

Ella estaba sentada en la cama y se arrastró hacia la cabecera como un cangrejo.

—¿Que qué me pasa? ¿Qué te pasa a ti?

—No soy yo el que salió de la fiesta a esconderse en un rincón enfurruñada.

—No es una fiesta. Es una velada musical.

—«Tu» velada musical.

—Y si quiero enfurruñarme me enfurruño —masculló ella.

—¿Qué?

—Nada. —Lo miró indignada y se cruzó de brazos—. No deberías estar aquí.

Él agitó la palma como un abanico como para decir (con mucho sarcasmo) «¿Ah, no?»

Ella le miró la mano y luego la cara.

—¿Qué significa eso?

—Tú pasaste buena parte de una semana en mi dormitorio.

—¡Estabas casi muerto!

Ese era un buen argumento, pero él no estaba dispuesto a reconocerlo.

—Escucha —dijo, llegando al punto que realmente importaba—. Te hice un favor al pedirle a Bridgerton que se alejara.

Ella abrió la boca, ofendida.

—Eres....

—Él no es el tipo de persona con la que debas relacionarte —interrumpió él.

—¿Qué?

—¿No puedes hablar más bajo? —siseó él.

—No estaba haciendo ruido hasta que tú entraste —siseó ella.

Él avanzó un paso, sin poder controlar del todo su cuerpo.

—No es el hombre adecuado para ti.

—¡No he dicho que lo fuera! Lady Danbury lo llamó.

—Es un peligro.

—Eso ya lo dijiste.

—Pues te aguantas.

Ella se bajó de la cama, por fin.

—¿Qué diablos tiene de «peligroso» presentarme a Colin Bridgerton?

—¡Ah, pues que quería ponerme celoso! —exclamó él, casi a grito pelado.

Descendió sobre ellos un silencio absoluto; pasado un momento él miró hacia la puerta abierta y fue a cerrarla.

Cuando se volvió, ella estaba tan inmóvil que él vio el movimiento en su garganta cuando tragó saliva. Tenía los ojos agrandados, esa mirada solemne tan suya, que siempre lo desconcertaba. A la parpadeante luz de la vela, sus ojos brillaban casi plateados y se sintió casi atontado.

Era hermosa. Eso ya lo sabía, pero esa verdad lo golpeó otra vez, con una fuerza que casi lo hizo caer de rodillas.

—¿Por qué iba a querer hacer eso?

Él apretó las mandíbulas con el fin de no contestar, pero finalmente dijo:

—No lo sé.

—¿Y por qué creyó que podía hacerlo? —insistió ella.

—Porque se cree capaz de hacer cualquier cosa —dijo él, desesperado.

Diría lo que fuera con tal de no decirle la verdad. No era que no quisiera decirle que la amaba, pero ese no era el momento; no era la manera como quería decírselo.

Ella volvió a tragar saliva, y el movimiento de su garganta fue penosamente exagerado dada la inmovilidad de todo el resto de su cuerpo.

—¿Y por qué crees que es tu trabajo elegir a los hombres con los que debo o no debo relacionarme?

Él no contestó.

—¿Por qué, Marcus?

—Daniel me lo pidió —dijo él al fin, con voz tensa.

No se avergonzaba de eso, como tampoco se avergonzaba de no habérselo dicho. Pero no le gustaba nada verse

arrinconado así.

Honorio hizo una larga y temblorosa inspiración y luego dejó salir el aire. Se tapó la boca antes que terminara de salir el aire, y cerró los ojos. Él pensó que podría echarse a llorar pero luego comprendió que estaba haciendo un esfuerzo por contener una emoción. ¿Qué emoción? ¿Pena? ¿Furia? No logró discernirlo, y por lo que fuera eso fue como si se le clavara una estaca en el corazón.

Deseaba conocerla. Deseaba conocerla totalmente.

—Bueno —dijo ella al fin—, él no tardará en volver, así que quedas eximido de tus responsabilidades.

—No —dijo él; la palabra le salió como un juramento, desde el fondo de su ser.

Ella lo miró desconcertada, impaciente.

—¿Qué quieres decir?

Él avanzó un paso. No sabía qué iba a hacer, sólo sabía que no podía parar.

—Quiero decir que no. Que no deseo ser eximido.

Ella entreabrió los labios.

Él avanzó otro paso. Le retumbaba el corazón y en su interior comenzó a arder algo, un deseo, una avidez, y si había algo en el mundo aparte de ella, aparte de él, no lo sabía.

—Te deseo —dijo, y las palabras le salieron bruscas, casi duras, pero absolutamente ciertas—. Te deseo —repitió, y le cogió la mano—. Te deseo.

—Marcus....

—Deseo besarte —interrumpió él, rozándole los labios con un dedo—. Deseo abrazarte. —Entonces, incapaz de seguir conteniendo el sentimiento en su interior, añadió—. Ardo por ti.

Le cogió la cara entre las manos y la besó. La besó con todo el sentimiento que había ido aumentando dentro de él, con toda la pasión, con todas las ansias, con toda la avidez del deseo. Desde el momento en que comprendió que la amaba

había ido aumentando esa pasión. Tal vez siempre había estado en su interior, esperando a que él se diera cuenta.

La amaba.

La deseaba.

La necesitaba.

Y la necesitaba ya.

Toda su vida había sido un caballero. Jamás había sido coqueto; jamás un libertino. Detestaba ser el centro de atención, pero, pardiez, deseaba ser el centro de atención de ella. Deseaba hacer lo incorrecto, lo malo; deseaba levantarla en los brazos y llevarla a la cama. Deseaba despojarla de toda la ropa y entonces adorarla. Deseaba demostrarle todo lo que no sabía decir.

—Honorina —dijo, porque al menos era capaz de decir su nombre.

Y tal vez ella detectó en su voz lo que sentía.

—Marcus —contestó ella.

Entonces le acarició la mejilla, escrutándole la cara. Entreabrió los labios y él vio asomar la punta rosada de su lengua para mojárselos.

Y no pudo resistirse. Tenía que volver a besarla. Necesitaba estrecharla en sus brazos, sentir su cuerpo apretado al suyo. Si ella decía no, si negaba con la cabeza o daba alguna señal de que no deseaba eso, se daría media vuelta y saldría de la habitación.

Pero ella no dijo no. Simplemente continuó mirándolo, con los ojos agrandados, maravillados, así que se lanzó; la rodeó con sus brazos y volvió a besarla, esta vez liberándose de hasta la última pizca de autodominio que lo había refrenado hasta ese momento.

La apretó a él, gozándose del contacto con todas las curvas de su cuerpo. Ella emitió un gemido, ¿de placer? ¿de deseo? y eso atizó más la llama que ardía dentro de él.

—Honoría —gimió, bajando ansioso las manos por su espalda hasta detenerlas en su trasero.

Le apretó las nalgas y luego le presionó el blando vientre con su miembro erecto, excitado. Ella emitió una suave exclamación de sorpresa al sentir el contacto, pero él no encontró la fuerza para apartarse y explicarle. Sabía que ella era virgen y que tal vez no sabía a qué se debía que el cuerpo de él reaccionara así.

Debería ir más lento, explicarle, orientarla en eso, pero no podía. El autodomínio de un hombre tiene sus límites, y él ya había sobrepasado los suyos en el instante en que ella le acarició la mejilla.

Ella estaba dócil y flexible en sus brazos, y su indocta boca le correspondía con ansias el beso, así que la levantó en los brazos y la llevó rápidamente a la cama. Allí la depositó con toda la ternura que pudo y entonces, totalmente vestido, se echó encima de ella, y casi explotó con la sensación de tener su cuerpo debajo del suyo.

Su vestido tenía de esas mangas abullonadas que al parecer eran las favoritas de las damas, y no tardó en descubrir que al estar acostada la tela le caía floja sobre la piel. Buscó el borde, metió los dedos por debajo y se la bajó hasta dejarle desnudo uno de sus blanquísimos hombros.

Con la respiración resollante se incorporó un poco para mirarla.

—Honoría —dijo, y si no hubiera estado tan tenso se habría reído; él único sonido que era capaz de emitir era su nombre.

Tal vez era la única palabra que importaba.

Ella lo miró, con los labios llenos e hinchados por los besos. Era lo más hermoso que había visto en su vida, sus ojos brillantes de deseo, su pecho subiendo y bajando con cada rápida respiración.

—Honoría —repitió, aunque esta vez fue más una pregunta, o tal vez un ruego.

Incorporándose se sentó sobre los talones y se quitó la chaqueta y la camisa. Necesitaba sentir el aire en la piel; necesitaba sentirla a ella en la piel. Cuando dejó caer las prendas al suelo ella alargó una mano y posó suavemente la palma en su pecho, susurrando su nombre, y eso fue su perdición.

Honoría no sabía en qué momento tomó la decisión de entregarse a él. Tal vez fue cuando él dijo su nombre y ella le acarició la mejilla; o tal vez cuando la miró con los ojos ardientes de deseo y dijo: «Ardo por ti».

En todo caso, tenía la impresión de que fue cuando él entró en su habitación. En ese instante, en su interior supo que ocurriría lo que estaba ocurriendo, que si él hacía o decía algo que indicara que la amaba, o simplemente que la deseaba, ella estaría perdida. Estaba sentada en la cama intentando entender cómo pudo salir todo tan mal después del concierto cuando de repente él estaba ahí, como si ella lo hubiera hecho aparecer con una invocación.

Entonces discutieron, y si hubiera habido alguien ahí que se lo preguntara, ella hubiera jurado que su única intención era obligarlo a salir de la habitación y cerrar la puerta, pero sabía que en su interior, muy en el fondo, algo comenzó a encenderse y a brillar. Estaban en su habitación; ella estaba en la cama. Y la intimidad del momento era avasalladora.

Y así, cuando él cruzó la distancia que los separaba y dijo «ardo por ti», no podía negar que sintió deseo, como no podía negar que respiraba. Y cuando él la depositó en la cama, su único pensamiento fue que ahí le correspondía estar y a él con ella.

Él era de ella. Así de simple.

Entonces se quitó la camisa, desnudando su musculoso pecho; claro que se lo había visto antes, pero no así; no estando él inclinado sobre ella, sus ojos a rebosar de la primitiva necesidad de poseerla.

Y ella deseaba eso. Ah, sí que lo deseaba. Si él era de ella, ella sería alegremente de él, para siempre.

Alargó la mano y le puso la palma en el pecho, maravillándose del calor de su cuerpo. Sentía los latidos de su corazón y se oyó susurrar su nombre. Él estaba tan guapo, tan serio, tan... «bueno».

Era bueno. Era un hombre bueno, de buen corazón. Y, santo Dios, lo que fuera que le estaba haciendo con los labios en el cuello, era bueno para eso también.

Estaba descalza, pues ya antes de llegar a su habitación se había quitado los zapatos, así que deslizó los dedos de los pies por la pierna de él...

Y se echó a reír.

Él levantó la cabeza y la miró, interrogante, pero también muy, muy divertido.

—Tus botas —farfulló ella.

Él se quedó inmóvil y luego giró lentamente la cabeza para mirarse los pies.

—Maldita sea.

Ella se rió más aún.

—No es divertido —masculló él—. Es...

Ella retuvo el aliento.

—... divertido —reconoció él.

Ella ya se reía tanto que estremecía la cama.

—¿Te las puedes quitar? —resolló.

Dirigiéndole una mirada altanera, él se incorporó y se sentó en el borde de la cama.

Después de hacer varias respiraciones ella logró decir:

—De ninguna manera te voy a pasar un cuchillo para quitártelas.

La respuesta de él fue un fuerte golpe al caer al suelo su bota derecha. Después dijo:

—No será necesario ningún cuchillo.

Ella intentó ponerse seria.

—Me alegra mucho oír eso.

Dejando caer la otra bota, él se volvió hacia ella y la miró con los ojos entornados de una manera que la derritió por dentro.

—A mí también —musitó, tendiéndose en la cama al lado de ella—. A mí también.

Le pasó las manos por la espalda hasta encontrar los botones y el vestido de seda rosa se deslizó por su cuerpo y bajó como un susurro. Instintivamente ella se cubrió los pechos. Él no dijo nada y tampoco intentó apartarle las manos. Simplemente volvió a besarla en la boca, un beso ardiente, apasionado. Y con la intensidad del momento ella se relajó en sus brazos y de pronto cayó en la cuenta que era la mano de él la que le cubría el pecho, no la suya.

Y le encantó.

Hasta ese momento no sabía que su cuerpo, que cualquier parte de su cuerpo, pudiera ser tan sensible, estar tan necesitada.

—¡Marcus! —exclamó, arqueando la espalda sobresaltada cuando él le cogió el rosado pezón entre los dedos.

—Qué hermosas eres —suspiró él.

Y ella se sintió hermosa. Cuando él la miraba, cuando la acariciaba, se sentía la mujer más hermosa de la creación.

Entonces él reemplazó los dedos por la boca; a ella se le escapó un suave gemido y estiró las piernas, introduciendo los dedos en su pelo, cogiéndole la cabeza. Tenía que agarrarse a algo, porque si no, sencillamente se caería de la faz de la Tierra; o se alejaría flotando; o desaparecería, explotando con el calor y la energía que discurrían por toda ella.

Sentía el cuerpo raro, absolutamente distinto a todo lo que se habría imaginado. Y al mismo tiempo lo sentía todo muy natural. Sus manos parecían saber por dónde moverse, sus caderas también sabían moverse, y cuando él le deslizó los labios por el abdomen, bajándole más y más el vestido para dejarle la piel desnuda, comprendió que eso era lo correcto y

que era bueno, y que deseaba no sólo eso sino más. E inmediatamente, por favor.

Él le cogió los muslos, se los separó suavemente y, derretida, ella se acomodó en esa posición, gimiendo «Sí, por favor» y «Marcus».

Entonces él la besó. Eso no lo había esperado y pensó que podría morir de placer. Cuando él le separó los muslos ella había retenido el aliento, preparándose para la invasión íntima. Pero en lugar de hacer eso él la adoró con la boca, la lengua, los labios, hasta que ella se retorció y jadeó como un bulto incoherente por el deseo.

—Por favor, Marcus —suplicó, deseando saber qué pedía.

Pero fuera lo que fuera, sabía que él se lo daría. Él sabía calmar las exquisitas ansias que sentía por dentro. Él sabía llevarla al cielo y luego traerla de vuelta a la tierra para que pudiera pasar toda la vida en sus brazos.

Él se incorporó, apartándose de ella y ella casi lloró por esa desconexión. Él se estaba quitando las calzas, casi rompiéndolas a tirones; cuando volvió a echarse sobre ella quedaron unidos a todo lo largo, la cara de él cerca de la de ella, sus manos en las suyas, y acomodando urgentemente las caderas entre los muslos de ella.

Entonces abrió la boca, tratando de respirar parejo, y cuando lo miró, él la estaba mirando a la cara; entonces simplemente dijo:

—Tómame.

Sintió la presión de la punta del miembro, abriéndola, y lo comprendió: era tan difícil porque ella no hacía otra cosa que contraer todos los músculos del cuerpo, pero se obligó a relajarse, de forma que con cada embestida él la penetraba más y más, hasta que, emitiendo una exclamación de sorpresa cayó en la cuenta de que él tenía el miembro totalmente envainado en ella.

Él se estremeció de placer y comenzó a moverse con otro ritmo, penetrándola y retirando el miembro. Entonces ella comenzó a hablar, sin saber qué decía; tal vez le suplicaba, o le

rogaba o trataba de decir algo de forma que él comprendiera y la llevara con él, la llevara hasta el fin, no parara jamás, y...

Ocurrió algo.

Todos los trocitos de ella se unieron en una bolita y luego se separaron, como uno de esos petardos que había visto en Vauxhall. Marcus también gritó, embistió una última vez, se derramó en ella y luego se desmoronó totalmente encima.

Durante varios minutos no pudo hacer nada fuera de yacer ahí, maravillándose del calor del cuerpo de él a su lado. Él había movido una manta cubriéndolos a los dos y ahí juntos formaban su pequeño cielo. La mano de él en la de ella, con los dedos entrelazados, no lograba imaginarse un momento más hermoso y apacible.

Él sería de ella. Así, para el resto de su vida. Él no había hablado de matrimonio, pero eso no la preocupaba. Era Marcus. Jamás abandonaría a una mujer después de un momento como ese. Y era probable que estuviera esperando encontrar la manera correcta de proponérselo. A Marcus, su Marcus, le gustaba hacer las cosas bien.

Su Marcus.

Le gustaba cómo sonaba eso.

Claro que, pensó con un brillo en los ojos, no había sido en absoluto correcto esa noche. Así que tal vez...

—¿Qué estás pensando? —preguntó él.

—Nada —mintió ella—. ¿Por qué me lo preguntas?

Él cambió de posición para poder apoyarse en el codo y mirarla.

—Tienes una expresión aterradora en la cara.

—¿Aterradora?

—Ladina —enmendó él.

—No sé cuál prefiero.

Él se rió, una risa ronca, efusiva, que ella sintió resonar en su cuerpo. Entonces él se puso serio.

—Vamos a tener que volver.

—Lo sé —suspiró ella—. Nos echarán de menos.

—A mí no, pero a ti sí.

—Siempre puedo decirle a mi madre que me sentí enferma, que me cogió lo que sea que afectó a Sarah. Lo que equivale a decir nada, pero eso no lo sabe nadie aparte de Sarah. Y yo. E Iris, y probablemente la señorita Wynter. De todos modos.

Él volvió a reírse y le dio un suave beso en la punta de la nariz.

—Si pudiera, continuaría aquí eternamente.

Ella sonrió sintiendo pasar por toda ella el calor de sus palabras, como un beso.

—Estaba pensando que esto es como el cielo.

Pasado un momento de silencio él dijo en voz tan baja que ella no supo si lo oía bien:

—El cielo no podría compararse.

CAPÍTULO 22

Afortunadamente para ella, no le habían hecho un peinado complicado. Con todas las horas de ensayo esa tarde, no había habido tiempo; así que no le resultó difícil rehacerse.

La corbata de Marcus era otra historia. Hicieran lo que hicieran, no lograban restablecer el complicado y pulcro lazo.

—No vas a poder dejar marchar a tu ayuda de cámara —le dijo Honoria después del tercer intento—. En realidad, es posible que tengas que aumentarle el sueldo.

—Ya le dije a lady Danbury que él me enterró el cuchillo —masculló Marcus.

Honoria se tapó la boca.

—Estoy intentando no sonreír, porque no es divertido.

—Ah, pues lo es.

Ella aguantó todo lo que pudo.

—Lo es.

Él le sonrió, y se veía tan feliz, tan despreocupado que a ella le cantó el corazón. Qué extraño y, sin embargo, qué espléndido, que su felicidad dependiera tanto de la felicidad de otro.

—Déjame probar —dijo él, cogiendo los extremos de la corbata y situándose ante el espejo.

Ella lo observó unos dos segundos y finalmente dijo:

—Tendrás que irte a casa.

Él no apartó la mirada de su imagen en el espejo.

—No he pasado del primer lazo.

—Y no vas a pasar.

Él la miró altanero, con las cejas arqueadas y todo.

—No lo vas a conseguir jamás —afirmó ella entonces—. He de decir que entre la corbata y tus botas, estoy cambiando

mi opinión sobre los detalles nada prácticos de la alta costura para los hombres, no sólo para las mujeres.

—¿Sí?

Ella le miró las botas, abrigadas a la perfección.

—Nunca nadie ha tenido que enterrarme un cuchillo en mis zapatos.

—Yo no uso ninguna prenda que se abotone a la espalda.

—Cierto, pero yo puedo elegir un vestido abotonado por delante, mientras que tú no puedes andar por ahí sin corbata.

—En Fensmore puedo —masculló él, sin dejar de intentar hacerse un lazo con la corbata cada vez más arrugada.

—Pero no estamos en Fensmore —dijo ella, sonriendo.

—Me rindo —dijo él, arrancándose la corbata y metiéndosela en el bolsillo. Movi6 la cabeza—. Sin duda es mejor así. Aun en el caso de que consiguiera atarme bien esta maldita corbata, no tendría ningún sentido que volviera a la velada. Estoy seguro de que todos creen que me he ido a casa. —Pasado un momento añadió—: Si es que han pensado en mí.

Puesto que entre los asistentes había varias damitas solteras, y peor aún, varias madres de damitas solteras, ella estaba bastante segura de que habían notado su ausencia.

De todos modos, el plan de él era bueno, así que bajaron sigilosos por la escalera de atrás. El plan de ella era tomar un atajo atravesando varias salas hasta llegar a la sala de ensayo contigua a la de la velada, mientras que Marcus saldría por la puerta de servicio. Cuando llegaron al lugar donde debían separarse, él la miró y le acarició suavemente la mejilla.

Ella sonrió. Era tanta la felicidad que bullía dentro de ella que no podía contenerla.

—Mañana vendré a verte —dijo él.

Ella asintió. Entonces, sin poder evitarlo, susurró:

—¿Un beso de despedida?

Él no necesitó más estímulo. Bajó la cabeza, le cogió la cara entre las manos y se apoderó de su boca en un apasionado beso. Honoria se sintió arder, luego derretirse y luego evaporarse. Casi riendo de dicha se puso de puntillas para apretarse más a él y entonces...

Él desapareció.

Oyó un grito terrible y vio a Marcus salir volando por el estrecho corredor y luego estrellarse contra la otra pared.

Lanzando un grito echó a correr. Había entrado un intruso en la casa y tenía a Marcus cogido por el cuello. No tuvo tiempo ni para asustarse. Sin pensarlo, se arrojó sobre el intruso y le saltó a la espalda.

—Suéltalo —gruñó entre dientes, cogiéndole el brazo para impedirle que le diera otro puñetazo a Marcus.

—Por el amor de Dios —ladró el hombre—. Bájate de mi espalda, Chinche.

¿Chinche?

Aflojó la presión en el brazo.

—¿Daniel?

—¿Quién otro podría ser, maldita sea?

A Honoria se le ocurrieron varias respuestas, tomando en cuenta que él había estado más de tres años fuera del país. Por no decir que aunque escribió para decir que pensaba volver no encontró conveniente decir «cuándo».

—Daniel —repitió, bajando al suelo de un salto.

Retrocedió un paso y lo miró. Se veía mayor, y claro, lo era, pero se veía mayor en algo más que en años. Tal vez más cansado, más hastiado del mundo. O tal vez se debía al reciente viaje. Estaba polvoriento y despeinado por el viento; cualquiera se vería cansado y hastiado del mundo después del largo viaje de Italia a Londres.

—Has vuelto —dijo, tontamente.

—Pues sí —dijo él en tono duro—, ¿y qué diablos pasa aquí?

—Esto...

Daniel levantó una mano.

—No te metas en esto, Honoria.

¿No le había hecho una pregunta?

—Buen Dios, Daniel —dijo Marcus poniéndose de pie; cojeaba un poco y se estaba friccionando la parte de atrás de la cabeza, donde se golpeó contra la pared—. La próxima vez considera la posibilidad de decirnos...

—Cabrón —siseó Daniel, enterrándole el puño en la mejilla.

—¡Daniel! —gritó Honoria.

Volvió a saltarle a la espalda o, mejor dicho, lo intentó, porque él se la quitó de encima como a...

Bueno, como a una chinche, por molesto que fuera eso.

Trató de ponerse de pie a tiempo para detenerlo otra vez, pero Daniel siempre había sido ágil y en ese momento estaba furioso. Antes que ella lograra levantarse, él ya le había dado otro puñetazo a Marcus.

—No quiero pelear contigo, Daniel —dijo Marcus, limpiándose de sangre el mentón con la manga.

—¿Qué diablos estabas haciendo con mi hermana?

—Estás...

¡Plaf!

—... loco —gruñó Marcus, con la voz ahogada por la fuerza conque Daniel le enterró el puño en el vientre.

—Te pedí que cuidaras de ella —gruñó Daniel, recalcando cada palabra con puñetazos en el vientre—. Que cuidaras de ella.

—¡Daniel, para! —rogó Honoria.

—Es mi hermana —gruñó Daniel.

—Lo sé —gruñó Marcus. Había recuperado el equilibrio y, echando atrás el brazo para darse impulso, le enterró el puño

en la mandíbula—. Y tú...

Pero Daniel no estaba interesado en hablar, al menos mientras Marcus no le contestara la pregunta concreta que le había hecho. Antes que Marcus terminara la frase lo cogió por el cuello y lo aplastó contra la pared.

—¿Qué estabas haciendo con mi hermana? —siseó otra vez.

—Lo vas a matar —exclamó Honoria.

Nuevamente se lanzó intentando subírsele a la espalda, pero quedó claro que Marcus ya era capaz de defenderse, porque levantó la rodilla y golpeó a Daniel en la ingle; este lanzó un grito que no parecía en absoluto humano y cayó al suelo, haciéndola caer a ella también.

—Los dos estáis locos —resolló ella, intentando desenredar las piernas de las de Daniel.

Pero ellos no la estaban escuchando; igual podría haberles hablado a los tablones del suelo.

Marcus se friccionó el cuello con las dos manos, haciendo un gesto de dolor al tocarse los lugares en los que le había apretado Daniel, casi estrangulándolo.

—Por el amor de Dios, Daniel —dijo—, casi me matas.

Daniel lo miró furioso, todavía en el suelo, resollante de dolor.

—¿Qué le estabas haciendo a Honoria?

—Eso no... —terció ella, intentando decirle que eso no tenía importancia, pero Marcus la interrumpió:

—¿Qué viste?

—No importa lo que vi —ladró Daniel—. Te pedí que cuidaras de ella, no que te aprovech...

—Me lo pediste —interrumpió Marcus, enfadado—. Sí, pensemos en eso. Me pediste que cuidara de tu hermana menor soltera. ¡Yo! ¿Qué diablos sé yo de ayudar a relacionarse en sociedad a una damita?

—Al parecer más de lo que deberías saber —bufó Daniel—. Le tenías metida la lengua...

Boquiabierta, Honoria lo golpeó en un lado de la cabeza, y lo habría vuelto a golpear, aunque sólo fuera porque él le dio un empujón, pero antes que pudiera hacerlo Marcus pareció volar por el aire, rugiendo:

—¡Grrrrchchgrrrr!

El sonido que salió de su boca era absolutamente ininteligible; era un rugido de furia puro y simple, y ella alcanzó a hacerse a un lado justo antes que Marcus se arrojara sobre el hombre al que siempre había considerado su único verdadero amigo.

—Por el amor de Dios, Marcus —resolló Daniel entre puñetazo y puñetazo—. ¿Qué diablos te pasa?

—No hables así de ella, nunca, nunca —dijo Marcus, furioso.

Daniel consiguió salir de debajo de él y se levantó.

—¿Cómo? Te estaba insultando a ti.

—¿Sí? —dijo Marcus, también levantándose—. Bueno, entonces este —le enterró el puño en un lado de la cara— es por el insulto. Y este —le enterró el puño en el otro lado— por abandonarla.

A Honoria le encantó ese detalle, pero no lo encontró acertado.

—Bueno, en realidad no me...

Daniel se tocó la boca, de la que empezaba a salir sangre.

—¡Me iban a colgar!

Marcus le dio un empujón en el hombro, y luego otro.

—Podrías haber vuelto hace mucho tiempo.

Honoria ahogó una exclamación. ¿Era cierto eso?

—No —dijo Daniel, devolviéndole el empujón a Marcus—. ¿O no sabes que Ramsgate está completamente loco?

Marcus se cruzó de brazos.

—No le escribiste durante más de un año.

—Eso no es cierto.

—Es cierto —dijo Honoria, aunque no la estaban escuchando.

Entonces comprendió; no la iban a escuchar, al menos mientras durara la pelea.

—Tu madre estaba destrozada —dijo Marcus.

—Yo no podía hacer nada al respecto —repuso Daniel.

—Me voy —dijo Honoria.

—Podrías haberle escrito —dijo Marcus.

—¿A mi madre? Le escribí. No me contestó jamás.

—Me voy —repitió Honoria.

Pero ellos estaban enfrentados, casi tocándose las narices y siseando adjetivos y a saber qué más. Se encogió de hombros. Por lo menos ya no intentaban matarse. Todo iría bien. Ellos ya habían reñido en otras ocasiones y probablemente volverían a reñir, y tenía que reconocer que a una pequeña parte de ella, ah, bueno, a una parte bastante grande, la había fascinado que se liaran a puñetazos por ella, no tanto Daniel, como Marcus.

Suspiró, recordando la feroz expresión de su cara cuando la defendió. La amaba. Aún no se lo había dicho, pero la amaba, y se lo diría. Él y Daniel resolverían lo que tuvieran que resolver y esa historia de amor, «su» historia de amor, tendría un final feliz, dichosísimo. Se casarían y tendrían un montón de bebés, que crecerían y formarían la familia feliz y traviesa que ella tuvo en otro tiempo. La familia feliz y traviesa que Marcus siempre se había merecido. Y comerían tarta de melaza una vez a la semana.

Sería fabuloso.

Echó una última mirada a los hombres, que seguían dándose empujones en los hombros, aunque, menos mal, ya no con tanta fuerza. Bien podría volver a la sala de la velada; alguien tenía que comunicarle a su madre que Daniel ya estaba de vuelta en casa.

Habían transcurrido unos cuantos minutos y estaban sentados uno al lado del otro en el suelo con las espaldas apoyadas en la pared; Marcus tenía las piernas flexionadas, Daniel, estiradas. De pronto sus mentes habían vuelto a ocupar sus cuerpos, vieron lo que se habían hecho y, agotado el brío después de tantos golpes y empujones, por acuerdo tácito los dos se desmoronaron resbalando de espaldas por la pared.

—¿Adónde fue Honoria? —preguntó Daniel.

Marcus levantó la cabeza y miró alrededor.

—Ha vuelto a la fiesta, me imagino.

Esperaba que Daniel no estuviera en ánimo belicoso otra vez, porque no sabía si tendría la energía para volver a la pelea.

—Estás hecho un desastre —dijo Daniel.

—Tú estás peor —repuso Marcus encogiéndose de hombros; al menos eso esperaba.

—La estabas besando —dijo Daniel.

Marcus lo miró molesto.

—¿Y?

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—Iba a pedirte su mano antes que tú me enterraras el puño en el vientre.

Daniel pestañeó.

—Ah.

—¿Qué diablos creíste que iba a hacer? ¿Seducirla y arrojarla a los lobos?

Al instante Daniel se tensó y le relampaguearon de furia los ojos.

—¿La seduj...?

—No —interrumpió Marcus, levantando una mano—, no hagas esa pregunta.

Daniel guardó silencio, pero lo miró desconfiado.

—No —repitió Marcus, sólo para dejarlo claro. Se tocó la mandíbula; condenación, le dolió. Miró a Daniel, que estaba haciendo un gesto de dolor al flexionar los dedos, mirándose las magulladuras en los nudillos—. Bienvenido a casa, por cierto.

Daniel lo miró con una ceja arqueada.

—La próxima vez dinos cuándo tienes programado llegar.

Le pareció que Daniel iba a contestar, pero este se limitó a poner los ojos en blanco.

—Tu madre no pronunció tu nombre ni una sola vez durante tres años —le dijo en voz baja.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque te marchaste. Te marchaste y...

—No tenía otra opción.

—Podrías haber vuelto antes —dijo Marcus, desdeñoso—. Sabes que...

—No —interrumpió Daniel—. No podía. Ramsgate tenía a alguien siguiéndome por el Continente.

Marcus estuvo callado un momento.

—Lo siento —dijo al fin—. No lo sabía.

—No pasa nada —suspiró Daniel, apoyando la cabeza en la pared—. Nunca contestó mis cartas.

Marcus lo miró.

—Mi madre —aclaró Daniel—. No me sorprende que nunca haya pronunciado mi nombre.

—Ha sido muy difícil para Honoria —dijo Marcus en voz baja.

Daniel tragó saliva.

—¿Cuánto hace que tú... esto...?

—Sólo esta primavera.

—¿Qué ocurrió?

A Marcus se le formó una sonrisa. Bueno, con un lado de la boca; el otro se le estaba hinchando.

—No lo sé muy bien —dijo.

No le parecía correcto contarle lo de la falsa madriguera de topo, lo del esguince en el tobillo, lo de la infección de la herida ni lo de la tarta de melaza. Esos eran simples sucesos, detalles ajenos, no lo que ocurrió en su corazón.

—¿La amas?

Marcus lo miró y asintió.

—Bien, pues —dijo Daniel, encogiendo un hombro.

Eso era lo único que necesitaban decir, pensó Marcus. Eso era todo lo que se dirían, comprendió. Eran hombres y eso era lo que hacían. Pero bastaba. Comenzó a alargar la mano para darle una palmadita en la pierna o tal vez en el hombro, pero en lugar de eso le dio un codazo en el costado, diciendo:

—Me alegra que estés en casa.

Daniel estuvo callado varios segundos.

—A mí también, Marcus —dijo al fin—. A mí también.

CAPÍTULO 23

Después de dejar a Marcus y Daniel en el corredor, Honoria entró sigilosa en la sala de ensayo. Tal como esperaba, no había nadie, y vio en el suelo la franja de luz que entraba por la puerta entreabierta que daba a la sala de música principal. Se echó una última mirada en un espejo. Estaba oscuro, así que no consiguió verse los detalles, pero le pareció que estaba presentable.

Aún quedaban bastantes invitados, yendo de aquí para allá o reunidos en grupos; eso le dio la esperanza de que no la habrían echado en falta, al menos nadie ajeno a la familia. Daisy estaba dando audiencia cerca del centro de la sala, explicándole a todo el que quisiera oír cómo se había construido su violín Ruggieri. Lady Winstead estaba a un lado algo alejada del grupo, con una expresión de inmensa felicidad y satisfacción. Iris estaba...

—¿Dónde estabas? —siseó Iris.

Ah, pues estaba a su lado.

—No me sentía bien —dijo.

Iris emitió un bufido de fastidio.

—Y luego vas a decir que cogiste lo que sea que tiene Sarah.

—Eeh, es posible.

Iris exhaló un suspiro.

—Lo único que deseo es marcharme, pero mi madre no quiere ni oír hablar de irnos.

—Lo siento —dijo Honoria, intentando mostrar un tono compasivo, lo que le resultó difícil, pues se sentía a rebosar de dicha.

—La peor es Daisy —continuó Iris, en tono maligno—. No ha hecho otra cosa que pavonearse... Oye, ¿es sangre eso que tienes en la manga?

—¿Qué? —Se miró la manga; había una mancha del tamaño de un penique en la parte abullonada; a saber de cuál de los dos era la sangre; los dos estaban sangrando cuando ella los dejó—. Ah. No, no, no sé de qué es.

Iris miró la mancha más atentamente, ceñuda.

—Yo creo que es sangre.

—Puedo decirte con toda seguridad que no lo es —mintió Honoria.

—Bueno, ¿entonces qué...?

—¿Qué ha hecho Daisy? —se apresuró a preguntarle, y al ver que Iris la miraba pestañeando, añadió—: Has dicho que es la peor.

—Bueno, lo es —dijo Iris, vehemente—. No hace falta que haga nada concreto. Simplemente...

La interrumpió una estridente carcajada. De Daisy.

—Podría echarme a llorar —gimió Iris.

—No, Iris, tú...

—Déjame sentirme desgraciada.

—Perdona —musitó Honoria, contrita.

—Este ha sido el día más humillante de mi vida —continuó Iris, moviendo la cabeza con expresión casi aturdida—. No puedo volver a hacer esto, Honoria, te lo digo de verdad, no puedo. No me importa que no haya ninguna otra cellista esperando para ocupar mi puesto. No pueedo.

—Si te casas...

—Sí, ya lo sé. No creas que eso no se me pasó por la cabeza el año pasado. Casi acepté a lord Venable, sólo para no tener que tocar en el cuarteto.

Honoria hizo un mal gesto. Lord Venable tenía edad como para ser su abuelo. Y tal vez su bisabuelo.

—Por favor, no vuelvas a desaparecer —dijo Iris, con la voz tan ahogada que más parecía un sollozo—. No sé

arreglármelas cuando alguien se me acerca a felicitarme por la interpretación. No sé qué decir.

—Claro —dijo Honoria, cogiéndole la mano.

—¡Honorita, estás ahí! —exclamó su madre, acercándose a toda prisa—. ¿Dónde has estado?

Honorita se aclaró la garganta.

—Subí a recostarme un rato. De repente me sentí agotada.

—Sí, bueno, ha sido un largo día —dijo su madre, asintiendo.

—No sé cómo se me pasó el tiempo —dijo ella en tono de disculpa.

¿Quién habría dicho que era tan buena para mentir? Primero la mancha de sangre y ahora eso.

—No tiene importancia —dijo su madre, y dirigiéndose a Iris preguntó—: ¿Has visto a la señorita Wynter?

Iris negó con la cabeza.

—Charlotte está lista para irse a casa y no la encuentra por ninguna parte.

—¿Tal vez ha ido al tocador? —sugirió Iris.

Lady Winstead negó con la cabeza.

—Ha estado ausente mucho más tiempo del que le llevaría eso.

Honorita recordó a Daniel, que estaba en el corredor de atrás.

—Madre —dijo—, ¿podría hablar contigo un momento?

—Eso tendrá que esperar —dijo lady Winstead, negando con la cabeza—. Estoy comenzando a preocuparme por la señorita Wynter.

—Tal vez necesitaba recostarse un rato también —sugirió Honorita.

—Supongo. Espero que a Charlotte se le ocurra darle un día libre extra esta semana. —Hizo un gesto de asentimiento,

como decidiendo algo—. Creo que iré a hacerle la sugerencia. Es lo menos que podemos hacer. De verdad, la señorita Wynter salvó la situación.

Honorina y Iris guardaron silencio un momento, observándola alejarse. Entonces Iris dijo:

—Supongo que eso depende de la definición que le des a la palabra «salvó».

Honorina se rió y se cogió de su brazo.

—Ven conmigo. Daremos una vuelta por la sala y lo haremos con caras felices y orgullosas.

—Feliz y orgullosa supera mis capacidades, pero...

El fuerte estruendo de un choque la interrumpió. Aunque no fue exactamente de un choque, sino más bien el ruido de madera al romperse; y unos cuantos estallidos, y otros cuantos «clangs».

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Iris.

—No lo sé —repuso Honorina, alargando el cuello—. Sonó como...

—¡Uy, Honorina! —exclamó la voz de Daisy—. ¡Tu violín!

—Santo cielo —exclamó Iris, tapándose la boca.

Con la otra mano sujetó el brazo de Honorina, como diciendo: «Es mejor que no mires».

A Honorina le bajó la mandíbula.

—¿Qué pasa?

—¡Lady Honorina! —ladró lady Danbury—. Siento muchísimo lo de su violín.

Honorina se limitó a pestañear, mirando los enredados restos de su instrumento en el suelo.

—¿Qué? ¿Cómo?

Lady Danbury movió la cabeza en un gesto de pesar que a ojos de Honorina era exagerado.

—No tengo ni idea. Mi bastón, ¿sabe? Debió caerse cuando golpeé la mesa.

Honorina abrió y cerró la boca pero no le salió ningún sonido. El destrozo del violín no parecía haber ocurrido porque se hubiera caído de la mesa. Sinceramente, no veía cómo había podido quedar en ese estado. Se habían soltado todas las cuerdas, todas las piezas se habían desmontado, y la mentonera no se veía por ninguna parte.

Sin duda lo había pisado un elefante.

—Insisto en comprarle uno nuevo —declaró lady Danbury.

—Oh, no —dijo Honorina, curiosamente sin inflexión en la voz—. No es necesario.

—Además —añadió lady Danbury, sin hacerle el menor caso—, será un Ruggieri.

Daisy hizo una brusca inspiración.

—No, no, de verdad —dijo Honorina.

No podía apartar la vista del violín; había algo en él que le atraía poderosamente la atención.

—Yo causé este destrozo —dijo lady Danbury solemnemente. Agitó el brazo, dirigiendo el gesto más al público que a Honorina—. Debo repararlo.

—¡Pero un Ruggieri! —exclamó Daisy.

—Lo sé —dijo lady Danbury, poniéndose una mano en el pecho—. Son tremendamente caros, pero en un caso como este, sólo puede ser lo mejor.

—Hay una larga lista de espera —dijo Daisy, sorbiendo por la nariz.

—En efecto. Ya me dijo eso antes.

—Seis meses. Tal vez incluso un año.

—¿O más? —preguntó lady Danbury, tal vez con una pizca de regocijo.

—No necesito otro violín —dijo Honorina.

Y no lo necesitaba. Se casaría con Marcus. Nunca más en su vida volvería a tener que tocar en una velada musical.

Claro que eso no se lo podía decir a nadie.

Y él tenía que hacerle la proposición.

Pero eso era un asunto sin importancia. Estaba segura que él se la haría.

—Puede usar mi violín viejo —dijo Daisy—. A mí no me importa.

Y mientras lady Danbury discutía eso con Daisy, Honoria se acercó a Iris, sin dejar de mirar el violín destrozado en el suelo.

—Es francamente extraordinario —dijo—. ¿Cómo crees que lo hizo?

—No lo sé —repuso Iris, igualmente perpleja—. Se necesitaría algo más que un bastón. Creo que se necesitaría un elefante.

Honoria hizo una brusca inspiración de placer y desvió la mirada del desastre.

—¡Justo lo que estaba pensando!

Se miraron a los ojos y se echaron a reír, las dos con tanta energía que lady Danbury y Daisy dejaron de discutir para mirarlas.

—Creo que está trastornada —dijo Daisy.

—Por supuesto, boba —ladró lady Danbury—. Acaba de perder su violín.

—Gracias a Dios —dijo alguien, con mucho sentimiento.

Honoria miró hacia la voz. No sabía quién era. Un caballero elegante de edad madura, acompañado por una dama igualmente elegante. Le recordó los dibujos que había visto de Beau Brummell, que era el hombre más elegante conocido en los años en que sus hermanas hicieron sus debuts.

—La chica no necesita un violín —añadió el hombre—. Necesita tener las manos atadas para que no pueda volver a

tocar un instrumento nunca más en su vida.

Algunas personas se rieron. Otras se movieron incómodas.

Honoría no supo qué hacer. Era una regla no escrita en Londres que si bien cualquiera se podía burlar de las veladas musicales Smythe-Smith, jamás debía hacerlo en un lugar donde pudiera oírlo una de las Smythe-Smith. Ni siquiera los columnistas de chismes se referían a lo horrorosas que eran.

¿Y dónde estaba su madre? ¿O la tía Charlotte? ¿Lo habrían oído? Eso las mataría.

—Ah, vamos —dijo él, dirigiéndose a las personas que se habían congregado alrededor—. ¿Tan poco dispuestos estamos todos a decir la verdad? Tocan horrendo. Una abominación contra natura.

Otras cuantas personas se rieron; con las bocas tapadas, pero de todos modos.

Honoría trató de abrir la boca para hacer salir algún sonido, cualquier sonido que pudiera interpretarse como una defensa a su familia. Iris le tenía cogido el brazo como si deseara caer muerta ahí mismo, y Daisy parecía simplemente asombrada.

—Se lo ruego —dijo el caballero, volviéndose a mirarla a ella—. No le acepte el violín a la condesa. Ni siquiera ponga la mano en uno. —Entonces, después de una risita dirigida a su acompañante, como diciendo «Espera a oír lo que le voy a decir ahora», continuó—: Es usted pésima. Hace llorar a los pájaros canoros. Casi me hizo llorar a mí.

—Todavía podría hacerte llorar —dijo la dama que lo acompañaba.

Le relampaguearon los ojos mirando risueña al grupo. Se sentía orgullosa de haber dicho ese insulto, complacida de que su crueldad contuviera algo de ingenio.

Honoría tragó saliva y pestañeó para contener las lágrimas de furia. Siempre había pensado que si alguien la atacaba en público ella contestaría algo de ingeniosa mordacidad; elegiría el momento exacto para responder; le daría una reprimenda con tanta gracia y estilo que su oponente no tendría otra

opción que darse media vuelta y alejarse con la proverbial cola entre las piernas.

Y ahora que estaba ocurriendo estaba paralizada. Sólo era capaz de mirar, y le temblaban las manos por intentar conservar la serenidad. Después, más tarde esa noche, sabría lo que debería haber dicho, pero en ese momento su cabeza giraba en medio de una nube sin forma. No podría formular una frase decente ni que alguien le pusiera en las manos las obras completas de Shakespeare.

Oyó otra risa y luego otra. Él estaba ganando. Ese hombre horrendo, del que ni siquiera sabía el apellido, había entrado en su casa, la insultaba delante de todas las personas que conocía, y estaba ganando. Eso estaba mal por muchísimos motivos, a excepción del más básico: sí que era horrenda tocando el violín. Pero era de suponer, «de mucho suponer», que las personas sabían que no debían actuar de esa manera. Era de suponer que alguien daría un paso adelante para defenderla.

Entonces, por encima de las risitas ahogadas y siseos, se oyó el inconfundible sonido de botas sobre el suelo de madera. Lentamente, como una ola, todos levantaron las cabezas y miraron hacia la puerta. Y vieron...

Honoría volvió a enamorarse.

Marcus, el hombre que siempre deseó ser un árbol en las pantomimas; Marcus, el hombre que prefería llevar discretamente sus asuntos, entre bastidores; Marcus, el hombre que detestaba ser el centro de atención...

Estaba a punto de armar una muy importante escena.

—¿Qué le has dicho? —preguntó, avanzando hacia ellos como un dios furioso.

Un dios furioso magullado y ensangrentado que, daba la casualidad, no llevaba corbata, pero de todos modos, muy decididamente furioso. Y en opinión de ella, muy decididamente un dios.

El caballero retrocedió. En realidad, varias personas retrocedieron; Marcus se veía bastante feroz.

—¿Qué le has dicho, Grimston? —repitió, sin detenerse hasta quedar delante del atormentador.

Un relámpago de recuerdo la iluminó. Era Basil Grimston; durante varios años había estado fuera de la ciudad, pero en sus buenos tiempos era famoso por sus crueles agudezas. Sus hermanas lo odiaban, recordaba.

El señor Grimston alzó el mentón.

—Sólo he dicho la verdad.

Marcus cerró una mano en un puño y puso la otra mano debajo.

—No serías el primero a quien golpeo esta noche —dijo, calmadamente.

Entonces fue cuando Honoria le echó una buena mirada. Se veía francamente fiero, indómito, los pelos de punta, los ojos rodeados de moretones y el lado izquierdo de la boca algo hinchado. Su camisa tenía roturas, manchas de sangre y polvo y, si no se equivocaba, tenía pegada una pequeñísima pluma en el hombro de la chaqueta.

Era el hombre más guapo que había visto en su vida, pensó.

—¿Honoría? —susurró Iris, enterrándole los dedos en el brazo.

Honoría simplemente negó con la cabeza; no deseaba hablar con Iris; no deseaba desviar la mirada de Marcus ni un segundo.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Marcus otra vez.

El señor Grimston se volvió hacia el grupo.

—Sin duda hay que echarlo de aquí. ¿Dónde está nuestra anfitriona?

—Aquí —dijo Honoría, avanzando un paso.

Aunque eso no era estrictamente cierto, su madre no se veía por ninguna parte, por lo tanto le pareció que a ella le correspondía el papel en ese momento.

Miró a Marcus y él le hizo un leve gesto negativo con la cabeza, así que sin decir nada retrocedió y volvió a situarse al lado de Iris.

—Si no le pides disculpas a lady Honoria —dijo Marcus, su tono tan calmado como aterrador—, te mataré.

Se elevó en el aire una fuerte inspiración colectiva, y Daisy fingió un desmayo, apoyándose elegantemente en Iris, que al instante se hizo a un lado y la dejó caer al suelo.

—Oh, vamos —dijo el señor Grimston—, supongo que no será con un duelo de pistolas al alba.

—No he hablado de duelo —dijo Marcus—, quise decir que te mataré aquí mismo.

—Estás loco —exclamó el señor Grimston.

Marcus se encogió de hombros.

—Es posible.

El señor Grimston miró a Marcus, luego a su amiga, luego al grupo y nuevamente a su amiga. Nadie le ofreció ningún consejo, ni de palabra ni en gesto silencioso, así que, como habría hecho cualquier dandi al que están a punto de romperle la cara, se aclaró la garganta, se volvió hacia Honoria y dijo, mirándole la frente:

—Le pido perdón, lady Honoria.

—Hazlo bien —dijo Marcus, mordaz.

—Pido disculpas —dijo el señor Grimston entre dientes.

—Grimston...

Finalmente Grimston bajó la vista y miró a Honoria a los ojos.

—Tenga la bondad de aceptar mis disculpas, por favor —le dijo.

Su expresión revelaba que se sentía fatal, y su voz sonó furiosa, pero lo dijo.

—Gracias —se apresuró a decir ella, antes que Marcus pudiera decidir que no aprobaba la disculpa.

—Ahora márchate —ordenó Marcus.

—Como si fuera a soñar con quedarme —dijo Grimston, sorbiendo por la nariz.

—Voy a tener que golpearte —dijo Marcus, moviendo la cabeza, incrédulo.

—Eso no será necesario —dijo la amiga, mirando a Marcus recelosa; avanzó un paso, le cogió el brazo a Grimston y lo hizo retroceder—. Gracias por la agradable velada —le dijo a Honoria—. Puede estar segura de que si alguien lo pregunta diré que transcurrió sin ningún incidente.

Honoria seguía sin saber quién era, pero asintió de todos modos.

—Bueno, menos mal que se han marchado —masculló Marcus, cuando se alejaron. Se friccionó los dorsos de las manos—. No tenía el menor deseo de volver a golpear a alguien. Tu hermano tiene la cabeza dura.

A Honoria se le formó una sonrisa. Era ridículo sonreír por eso, y más aún sonreír en ese momento. Daisy seguía en el suelo con su fingido desmayo, gimiendo; lady Danbury le ladraba a todo el que quisiera escuchar que «no había nada que ver, nada que ver», e Iris no paraba de preguntar a saber qué.

Pero no estaba escuchando a Iris.

—Te quiero —dijo en el instante mismo en que Marcus la miró a la cara. No había sido su intención decirlo ahí, en ese momento, pero no pudo evitarlo—. Te amo. Siempre.

Alguien debió oírla y ese alguien se lo dijo a otro alguien, porque a los pocos segundos se hizo un absoluto silencio en la sala. Y nuevamente Marcus se encontró siendo el centro de atención de todos.

—Yo también te quiero —dijo, con voz firme y clara. Entonces, bajo la mirada de casi la mitad de los miembros de la alta sociedad, le cogió las manos, hincó una rodilla y dijo—: Lady Honoria Smythe-Smith, ¿me harías el muy inmenso honor de ser mi esposa?

Honorina abrió la boca para decir sí, pero tenía la garganta oprimida por la emoción, así que asintió. Asintió con los ojos llenos de lágrimas; asintió con tanta rapidez y vigor que casi perdió el equilibrio y no tuvo otra opción que echarse en los brazos de él, que ya se había incorporado.

—Sí —musitó al fin—. Sí.

Iris le contaría después que todos los presentes aplaudieron y lanzaron vivas, pero ella no oyó nada. En ese momento perfecto sólo existían Marcus y ella, y la sonrisa de él al apoyar la nariz en la de ella.

—Te lo iba a decir —dijo él—, pero tú te me adelantaste.

—No fue mi intención —repuso ella.

—Yo estaba esperando el momento oportuno.

Ella se puso de puntillas y lo besó, y entonces sí oyó el viva unánime alrededor.

—Creo que este es el momento oportuno —musitó.

Y seguro que él estaba de acuerdo, porque volvió a besarla. Delante de todo el mundo.

EPÍLOGO

Un año después

No creo que la primera fila sea el mejor lugar para ver — dijo Marcus a Honoria, mirando con anhelo los demás asientos, todos desocupados.

Habían llegado muy temprano a la velada musical Smythe-Smith de ese año; ella había insistido en eso para asegurarse los «mejores» asientos.

—No se trata del mejor lugar para ver —dijo ella, paseando la mirada por toda la primera fila con ojo calculador—. Se trata de escuchar.

—Lo sé —dijo él, lúgubrementemente.

—Y en todo caso, ni siquiera se trata de escuchar sino de manifestar nuestro apoyo.

Obsequiándolo con una radiante sonrisa, se sentó en el asiento elegido, primera fila justo en el centro. Suspirando, él se sentó a su lado, a la derecha.

—¿Estás cómoda? —le preguntó.

Honoria estaba embarazada, y tan avanzada en su embarazo que en realidad no debería aparecer en público, pero ella insistió en que la velada musical era una excepción.

—Es una tradición familiar —contestó ella y, en su opinión, eso lo explicaba todo.

En cuanto a él, ese era uno de los motivos de que la amara.

Se le antojaba muy extraño formar parte de una familia, su familia. No eran sólo la verdadera legión que formaban los Smythe-Smith, tantos, tantos, que todavía no lograba llevar la cuenta. Cada noche, cuando estaba acostado a su lado, le costaba creer que ella le perteneciera. Y él a ella. Formaban una familia.

Y pronto serían tres.

Pasmoso.

—Iris y Sarah siguen muy fastidiadas por tener que actuar —susurró Honoria, aun cuando no había nadie que pudiera oírla.

—¿Quién va a ocupar tu lugar?

—Harriet. Es la hermana menor de Sarah. Sólo tiene quince años, pero no había ninguna antes que ella.

Marcus deseó preguntarle si Harriet tocaba bien, pero decidió que prefería no saberlo.

—Este año el cuarteto lo forman dos pares de hermanas —dijo Honoria, que al parecer acababa de caer en la cuenta de eso—. Me gustaría saber si esto ha ocurrido antes.

—Tu madre debe saberlo —dijo él, distraído.

—O la tía Charlotte. Se ha convertido en toda una historiadora de la familia.

Alguien pasó por delante de ellos en dirección al asiento de un extremo. Marcus se giró a mirar y vio que poco a poco se había ido llenando la sala.

—Estoy nerviosísima —dijo Honoria, sonriéndole entusiasmada—. Esta es la primera vez que estoy entre el público, ¿sabes?

Él pestañeó, desconcertado.

—¿Y los años antes de que tocaras?

—Es diferente —dijo ella, mirándolo con una expresión que decía «No podrías comprenderlo»—. Ah, mira, ya vienen, ya estamos. Está a punto de empezar.

Marcus le dio una palmadita en la mano y se acomodó en su asiento para mirar a Iris, Sarah, Daisy y Harriet ocupar sus puestos. Le pareció oír gemir a Sarah.

Entonces comenzaron a tocar.

Era horroroso.

Claro que él ya sabía que iba a ser horroroso; siempre era horroroso. Pero, por lo que fuera, sus oídos se las arreglaban

para olvidar lo horroroso que era. O quizás esta vez tocaban peor que de costumbre. A Harriet se le cayó el arco dos veces. Eso no podía estar bien.

Miró a Honoria, seguro de que vería una expresión de compasión en su cara. Después de todo ella había estado en ese lugar. Sabía muy bien cómo era estar en el escenario haciendo ese ruido.

Pero ella no estaba en absoluto preocupada por sus primas. Las miraba con una sonrisa radiante, tal como una madre orgullosa revolcándose en el esplendor de sus magníficas hijas.

Tuvo que mirarla dos veces para convencerse de que no se estaba imaginando cosas.

—¿No son maravillosas? —musitó ella, ladeando la cabeza hacia la de él.

A él le bajó la mandíbula por la sorpresa. No supo qué contestar.

—Han mejorado muchísimo —susurró ella.

Eso bien podría ser cierto, pensó él. En ese caso, estaba salvajemente contento de no haber estado presente en ninguno de los ensayos.

Se pasó el resto del concierto observando a Honoria. Ella sonreía, suspiraba; una vez se puso una mano en el corazón. Y cuando sus primas bajaron sus instrumentos, o, en el caso de Sarah, puso los ojos en blanco y levantó las manos de las teclas, Honoria fue la primera en ponerse de pie a aplaudir como una loca.

—¿No va a ser maravilloso cuando tengamos hijas que puedan tocar en el cuarteto? —le dijo, dándole un beso en la mejilla.

Él abrió la boca para hablar, aunque, sinceramente, no sabía qué pensaba decir. Pero sin duda no era lo que dijo, que fue:

—No veo la hora.

Pero estando ahí de pie, con la mano posada suavemente en la espalda de ella a la altura de la cintura, oyéndola conversar con sus primas, su mirada bajó a su vientre, en el que se estaba formando una nueva vida. Y comprendió que era cierto. No veía la hora de que ocurriera todo eso.

Bajó la cabeza y le susurró al oído «Te quiero», simplemente porque deseó decírselo.

Ella no levantó la vista para mirarlo, pero sonrió.

Y él también sonrió.

FIN

.{1}. Iris se pronuncia «airis».

.{2}. Pequeña serenata nocturna